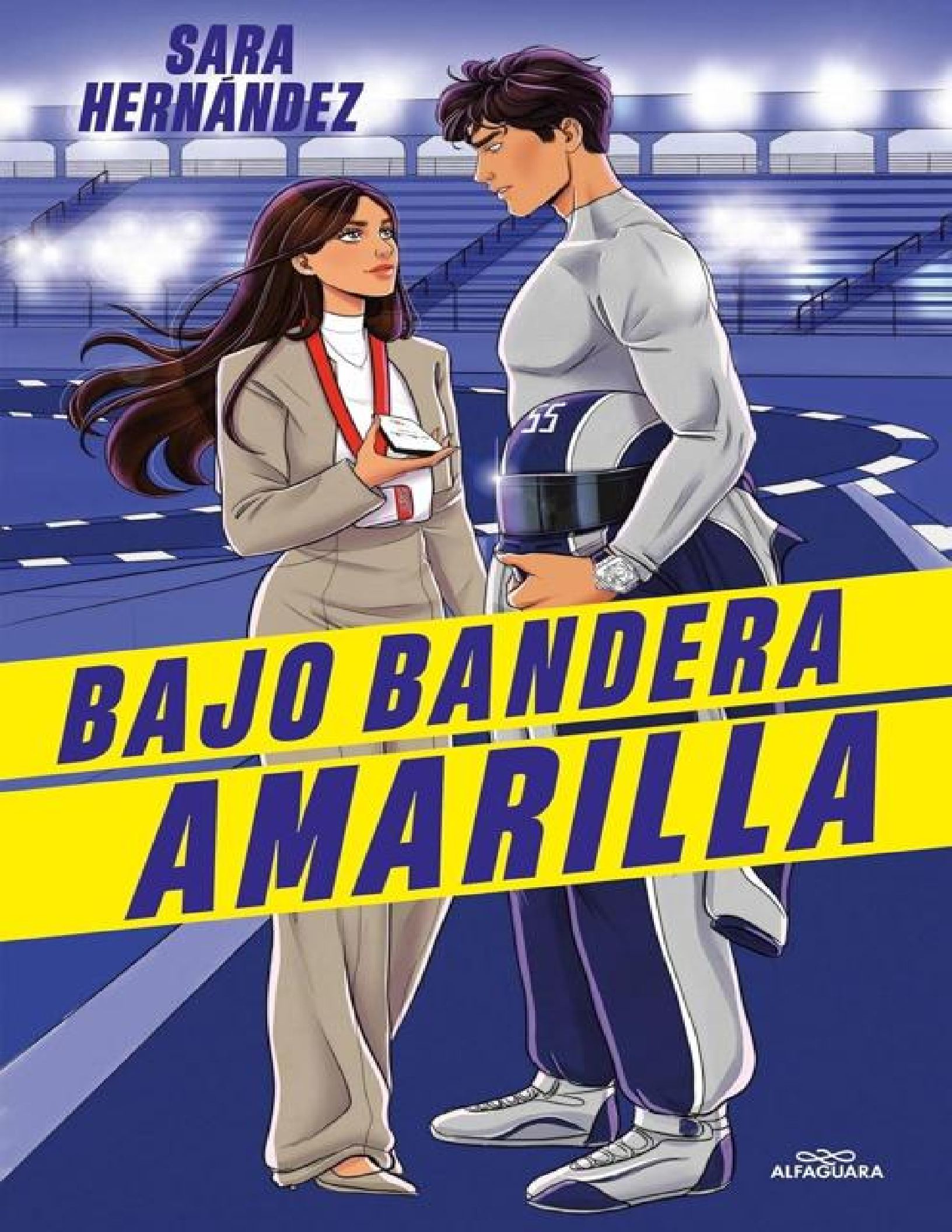
SARA HERNÁNDEZ



BAJO BANDERA AMARILLA

ALFAGUARA

SARA
HERNÁNDEZ

BAJO BANDERA AMARILLA

ALFAGUARA

A Jesús, por ser la persona que me ha
hecho vivir la historia de amor más bonita

A todas las que alguna vez habéis sentido que no sois suficientes
y habéis buscado la aprobación de todo el mundo.
Este libro es también para vosotras, para recordaros que vuestra voz
y vuestro valor son propios y no necesitan permiso de nadie

Nota de la autora

Esta historia se desarrolla en el mundo de la Fórmula 1, aunque me he tomado la libertad de modificar algunos elementos. Por ejemplo, el calendario de carreras no sigue la programación real y las escuderías tienen nombres ficticios. Algunos aspectos, por tanto, no encajarán del todo con la realidad.

El libro incluye situaciones relacionadas con las drogas y los ataques de ansiedad. Lo menciono para que puedas decidir si es el momento adecuado para leerla. Gracias por darle una oportunidad.

Playlist

«Can't Help Falling in Love», Elvis Presley
«Born to Run», Bruce Springsteen
«I Don't Want to Be», Gavin DeGraw
«The First Time», Damiano David
«Girls Just Wanna Have Fun», Cyndi Lauper
«She's So High», Tal Bachman
«I Will Wait», Mumford & Sons
«Just Give Me a Reason», P!nk, Nate Ruess
«Hey There Delilah», Plain White T's
«In the Stars», Benson Boone
«Say You Won't Let Go», James Arthur
«Voices», Damiano David
«Be Myself», Why Don't We
«I Dare You», Rascal Flatts, Jonas Brothers
«Chasin' You», Morgan Wallen
«The Only Exception», Paramore
«Landslide», Fleetwood Mac
«Linger», The Cranberries
«Wonderwall», Oasis
«Somewhere Only We Know», Keane
«With or Without You», U2
«Stay», Rihanna, Mikky Ekko
«I Just Called to Say I Love You», Stevie Wonder
«Enough for You», Olivia Rodrigo
«We Found Love», Rihanna, Calvin Harris
«The Alchemy», Taylor Swift

«Chasing Cars», Snow Patrol
«Starboy», The Weeknd, Daft Punk

Prueba de acceso a *Motorsport Insider*

Sasha Harper, estudiante de cuarto curso del Grado en Periodismo por la Universidad de Mánchester

La F1 es la cima del automovilismo, donde los pilotos más talentosos del mundo compiten en coches impresionantes. No se trata solo de ser el más rápido; es una mezcla de habilidades, de estrategias individuales y de equipo con tecnología punta.

Cada temporada, la F1 viaja por todo el planeta con su circo de alta velocidad, corriendo en circuitos legendarios como Mónaco, Silverstone o Monza. Cada fin de semana es un completo show: adelantamientos al límite, estrategias de equipo y, a veces, choques entre pilotos que te dejan sin aliento.

Pero no se trata solo de los pilotos. Detrás de cada coche hay un equipo de ingenieros, mecánicos y estrategas que trabajan sin descanso para hacer que su máquina sea la más rápida de la parrilla. En este deporte, cada milésima de segundo cuenta.

Cada fin de semana de carrera se divide en varias etapas:

1. Entrenamientos libres: se hacen el viernes y el sábado (normalmente). Los equipos prueban diferentes configuraciones del coche y los pilotos se familiarizan con el circuito.

2. Clasificación/*qualy*: se celebra el sábado y determina el orden de salida para la carrera del domingo. El piloto más rápido consigue la

primera posición de la parrilla de salida (*pole position*).

3. **Carrera:** es la etapa final del fin de semana, donde los pilotos compiten para cruzar la línea de meta en primer lugar. Los diez primeros reciben puntos, y el piloto con más puntos al final de la temporada se corona campeón del mundo.

Además del campeonato de pilotos, existe un campeonato de constructores, donde los equipos compiten por ser el mejor fabricante del año. Cada equipo aporta dos monoplazas y, por tanto, dos pilotos a la competición.

Algunos de los términos más importantes que se utilizan en este deporte son:

1. ***Paddock***: el corazón de cada circuito de carreras, donde se instalan los equipos y *motorhomes* (camiones que funcionan como oficinas y alojamiento), y donde se llevan a cabo todas las actividades fuera de la pista. Solo el personal autorizado tiene acceso a esta zona exclusiva.

2. ***Pit stop***: momento crucial durante la carrera en el que el piloto entra en boxes para cambiar neumáticos o hacer ajustes mecánicos. Anteriormente, también se repostaba. Los equipos intentan que esta operación sea lo más rápida posible, con tiempos que suelen rondar los dos segundos.

3. **Boxes:** área del *paddock* donde los equipos trabajan directamente en los coches. Aquí es donde se hacen los *pit stops* y se preparan los monoplazas antes y durante la carrera.

4. **Monoplaza:** coche de carreras utilizado en la Fórmula 1. Se llama así porque solo tiene espacio para un piloto.

5. ***Pole position***: la primera posición de salida en la parrilla de una carrera, obtenida por el piloto más rápido en la clasificación del sábado.

6. **DRS (*drag reduction system*):** sistema que permite a los pilotos reducir la resistencia aerodinámica del coche, aumentando su velocidad en rectas. Solo se puede usar en zonas designadas y bajo ciertas condiciones.

7. ***Safety car***: coche de seguridad que entra en la pista cuando hay un accidente o condiciones peligrosas. Su propósito es reducir la velocidad

de todos los coches hasta que la pista sea segura de nuevo.

8. FIA: la Federación Internacional del Automóvil (FIA) es la organización que regula y supervisa todos los aspectos de la F1, incluyendo las reglas, la seguridad y las normativas de los coches y los pilotos. También es responsable de la organización del Campeonato Mundial de F1.

9. Velocidad punta: la máxima velocidad que un monoplaza puede alcanzar en condiciones ideales, generalmente en una recta larga sin ninguna restricción como curvas o condiciones meteorológicas adversas.

10. Carga aerodinámica: la cantidad de «agarre» que un coche de F1 genera gracias a sus elementos aerodinámicos, como alerones y difusores, que le permite mantener la estabilidad a altas velocidades. A mayor carga aerodinámica, mayor es la presión hacia el suelo, lo que mejora la adherencia de los neumáticos.

11. Ingeniero de pista: persona encargada de supervisar el rendimiento del monoplaza durante la carrera y trabajar en estrecha colaboración con el piloto. Este ingeniero ofrece información en tiempo real, como datos sobre la estrategia de neumáticos, los tiempos de vuelta y condiciones de pista.

12. *Rookie*: un piloto nuevo en la F1, generalmente en su primera temporada de competición. Aunque algunos *rookies* tienen experiencia en otras categorías, su debut en la F1 les otorga este título.

13. *Motorhome*: es un camión grande y lujoso utilizado por los equipos como oficinas, áreas de descanso y alojamiento de los miembros del equipo. Se instala en el *paddock* y proporciona un espacio para reuniones, descanso y otras actividades logísticas durante el fin de semana de carrera.

14. Sala de *briefings*: es el espacio donde los pilotos y el equipo técnico se reúnen antes y después de la carrera o las sesiones de entrenamiento para analizar estrategias, recibir instrucciones y revisar el desempeño. Es fundamental para coordinar al equipo y ajustar planes según lo que ocurra en pista.

15 y 16. *Overcut* y *undercut*: son estrategias de carrera que se relacionan con el momento de hacer la parada en boxes. El *undercut*

consiste en entrar a boxes antes que el rival para aprovechar con unos neumáticos frescos y ganar tiempo, mientras que el *overcut* es quedarse más tiempo en pista esperando a que el rival se desgaste o pierda tiempo con neumáticos que están más usados, para luego salir delante tras hacer la parada. Ambas tácticas buscan superar al oponente mediante la gestión del momento ideal para el *pit stop*.

17. Chicane: serie de curvas estrechas y rápidas que se colocan en un circuito para reducir la velocidad de los monoplazas en determinados tramos. Su diseño obliga a los pilotos a frenar y maniobrar con precisión, poniendo a prueba su técnica y aumentando la dificultad de la carrera.

18. *Pit wall*: zona en el límite del área de boxes desde donde los ingenieros y estrategas siguen la carrera en tiempo real. Desde aquí se comunican con el piloto por radio, deciden el momento de las paradas en boxes, ajustan la estrategia según lo que sucede en pista y supervisan los datos del monoplaza durante toda la carrera.

19. Neumáticos: en F1 existen tres tipos principales de neumáticos lisos o *slicks*: duros, medios y blandos. Se diferencian por el nivel de agarre en el asfalto y de durabilidad.

- Blandos: ofrecen más agarre y velocidad, pero se desgastan más rápido.
- Medios: equilibran el rendimiento y la duración.
- Duros: más resistentes, ideales para *stints* largos, aunque son menos veloces.

20. Banderas: los comisarios usan diferentes banderas para dar información a los pilotos durante la carrera:

- Verde: pista libre de peligro.
- Amarilla: peligro o algún accidente; los pilotos deben reducir su velocidad y no adelantar a otros mientras esta bandera esté en pista.
- Roja: la carrera o prueba es detenida por un incidente grave o

por condiciones peligrosas.
- Azul: indica a un piloto más lento que debe dejar pasar a otro más rápido.
- Blanca y negra: advertencia por una conducta antideportiva.
- Cuadros blancos y negros: señala el final de la sesión o de la carrera.

21. ***Stint***: periodo de tiempo que un piloto permanece en pista con un mismo juego de neumáticos. Cada *stint* puede variar en duración según la estrategia de carrera, el desgaste de los neumáticos y las condiciones del circuito. Gestionar bien los *stints* es clave para optimizar el rendimiento y superar a los rivales.

Prólogo

El rugido de los motores se mezcla con los gritos de la multitud y con un zumbido agudo que se clava en mis oídos. No puedo apartar la mirada de su coche. Cada curva parece más rápida que la anterior, cada giro mucho más arriesgado.

Mis manos se cierran alrededor del bolígrafo, temblando, como si sujetándolo con la fuerza suficiente pudiera cambiar lo que está pasando. El corazón me late tan fuerte que siento que va a estallar en mi pecho. Cada pulsación retumba en mis oídos como un tambor que no puedo silenciar.

Y entonces, en la vuelta cuarenta y uno, un roce. Una fracción de segundo que lo cambia todo. La rueda de otro coche roza la suya. Y después… se enganchan.

El golpe es brutal. El monoplaza de Eric se retuerce sobre sí mismo, derrapando hacia el muro. Una nube de polvo y grava lo envuelve todo. El rugido del motor se quiebra y se corta, y de repente solo queda un silencio espeso, abrumador. Todo se oscurece ante mis ojos, y no puedo distinguir nada. Solo polvo, fragmentos que flotan, y un miedo que me oprime el pecho.

—No… —susurro, pero mi voz se pierde entre el caos.

La rabia, el miedo, la impotencia y un amor silencioso que nunca había sentido con tanta fuerza me golpean sin piedad. Cada segundo que pasa me atraviesa como mil cuchillos. No sé si sigue con vida, si se mueve, si respira. Solo veo pedazos, destellos, y no puedo estar segura de nada.

Intento enfocar mejor la mirada entre la nube de polvo y grava, pero todo es confuso: su monoplaza, una mano que se agarra al coche, un movimiento que parece humano… o tal vez no. Mi mente se niega a aceptar lo que ve y lo que no ve. Solo sé que algo se rompió, y que no puedo saber si él está bien.

El tiempo se alarga, cada segundo se convierte en una eternidad. Quiero correr hacia él, pero no sé adónde ir, no sé cómo atravesar ese caos sin ponerme en peligro. Mis pies parecen pegados al suelo, mi garganta está seca y el aire no entra como debería.

En esa curva, en ese instante, no se ha roto solo un coche. Se ha encendido un fuego que amenaza con consumirlo todo: el miedo, la adrenalina, lo desconocido. Y yo no puedo hacer nada más que mirar, paralizada, con los ojos abiertos de par en par. Cada segundo se alarga como si el tiempo se burlara de mí, y solo deseo que él siga aquí, intacto, aunque todo a su alrededor se haya roto.

Capítulo 1



Sasha
Silverstone. Viernes
Previa P1

El *paddock* de Silverstone es un ecosistema propio. Un lugar donde la velocidad dicta las reglas y solo los más fuertes sobreviven.

Los mecánicos van y vienen a un ritmo frenético, ajustando alerones, revisando neumáticos y comprobando datos que no logro descifrar, porque, a quién voy a engañar, siempre he preferido las letras. Periodistas y camarógrafos se mueven como depredadores entre los *motorhomes* de los equipos en busca de la siguiente gran noticia. Los *motorhomes* son como casas con ruedas que cada equipo utiliza cada fin de semana, con oficinas, salas de descanso… y, en medio de todo, están los protagonistas: los pilotos. Y menudos pilotos. Caminan con los monos de carreras entreabiertos, con la confianza de quienes saben que pertenecen a la élite del automovilismo.

Me ajusto la acreditación alrededor del cuello y respiro hondo. Es mi primer fin de semana cubriendo la Fórmula 1 como periodista titular en *Motorsport Insider* y no pienso desaprovechar la oportunidad.

En ese momento empieza a sonar una melodía que me resulta familiar. Es mi jefe, Mike Hamilton, que además también es mi editor y la persona que revisa todos los artículos de la empresa antes de publicarlos.

—Sasha, ¿me escuchas? —La voz de Mike suena en mi auricular *bluetooth*.

—Te escucho.

—¿Cómo te sientes al estar por fin en el gran circo?

Miro a mi alrededor. Es un caos impresionante, pero en lugar de sentirme abrumada, siento la adrenalina recorriéndome todo el cuerpo.

—Como si estuviera justo donde se supone que debo estar.

Escucho su risa.

—Esa es mi chica. Oye, ¿cómo llevas lo de la entrevista con Eric Brown?

Pongo los ojos en blanco.

—Aún no la tengo.

—Nadie la tiene —responde Mike con tono divertido—. Ese cabrón ha rechazado todas las solicitudes de prensa este fin de semana. Exceptuando las obligatorias, claro. Intenta cruzarte con él lo más rápido posible.

Eric Brown. El nombre pesa en la Fórmula 1 como un monolito. Talento puro al volante, arrogante dentro y fuera de la pista. Mantiene una relación complicada con la prensa debido a su vida fuera de los circuitos, incluidas las grandes fiestas que monta. Es la estrella de Velocity Racing, el actual subcampeón del mundo y el piloto más polémico del *paddock*.

Y es el único al que necesito conseguir. Sin importar el precio que tenga que pagar.

—Intentaré interceptarlo antes de la primera práctica —digo, ajustando la correa de mi bolso.

—Buena suerte con eso. Y, Sasha…

—¿Sí?

—Si logras sacarle algo, aunque sea un insulto, ya habrás hecho más que el resto de la prensa.

Sonrío.

—Lo tendré en cuenta.

Necesito impresionar a mi jefe y, sobre todo, mantenerme un paso por delante de la competencia. Seguir en *Motorsport* significa demostrarme, una vez más, por qué me dieron este puesto. Desde aquel día, hace ya cuatro años, en el que escribí y presenté mi artículo de prueba para el proceso de selección, sé que este es mi lugar. Recuerdo la ilusión de

aquella espera, el miedo a no ser suficiente y la euforia cuando recibí la confirmación: me habían elegido. Desde entonces no he parado de trabajar duro, aferrándome a cada oportunidad como si fuera la última. Y aunque ahora mi objetivo pueda parecer imposible, no pienso darme por vencida.

Cuando la llamada se corta, avanzo entre los *motorhomes* hasta llegar al box de Velocity Racing. Los colores azul y blanco del equipo destacan entre el gris del *paddock*, y el escudo con la V plateada brilla con elegancia en las paredes de la estructura. Los técnicos, vestidos con polos oscuros, se mueven de un lado a otro como un engranaje perfectamente sincronizado, revisando cada detalle antes de que comience la primera práctica libre.

Y entonces lo veo.

Eric Brown está de pie junto a su monoplaza, con el mono desabrochado hasta la cintura y la mirada clavada en la tableta que sostiene su ingeniero de pista.

Su expresión es fría, calculadora, con el ceño ligeramente fruncido mientras analiza los datos. Hay algo intimidante en su manera de estar completamente enfocado, como si el resto del mundo no existiera para él.

Aprovecho el momento de concentración del equipo y me acerco con paso seguro, aunque por dentro estoy cagada. Hay un montón de ruedas y cables por la zona, y justo cuando estoy a punto de acercarme a Eric, mis pies tropiezan con uno de los cables sueltos. *Bye bye*, factor sorpresa. Intento recuperar el equilibrio, pero es inútil: caigo torpemente hacia delante y me golpeo una rodilla contra el suelo.

El estruendo de mi caída resuena a mi alrededor, pero nadie parece prestarme atención. Ni siquiera el ingeniero de Eric me mira, y evidentemente el grandioso principito de la F1 no me va a hacer ni caso. Siento cómo el calor de la vergüenza sube por mi cuello, pero me levanto lo más rápido posible, intentando no hacer más ruido del necesario.

La indiferencia que me muestran es casi insultante, pero me armo de valor de todas formas. Al fin y al cabo, tengo que hacer mi trabajo; no puedo dejar todo atrás por su actitud de mierda.

—Disculpa la interrupción. Eric, ¿podemos hablar un momento?

Ni un parpadeo. Ni siquiera gira la cabeza.

—Solo un par de preguntas, vengo de *Motorsport Insider*. Mi nombre es Sasha Harper —insisto, manteniendo la voz firme.

Silencio. ¿En serio?

Respiro hondo. No voy a perder la paciencia tan rápido.

Mucho menos por culpa de un sinvergüenza como él.

—Brown, solo necesito unos minutos.

Esta vez, al menos, se digna a mover la cabeza. Me mira de reojo, con la misma indiferencia con la que uno observa una piedra en el camino.

—No doy entrevistas.

Su voz es grave, sin emociones. Cero interés.

—Siempre hay una primera vez —digo, sin ceder terreno.

El ingeniero a su lado me lanza una mirada incómoda, como si yo estuviera interfiriendo en algo importante —y, probablemente, es justo lo que estoy haciendo—, pero no me voy a ir sin pelear.

—Cinco minutos —insisto—. Solo quiero saber cómo te sientes en este fin de semana tan importante. Correr en casa siempre es un momento crucial y emocionante.

Eric deja la tableta en la mesa de trabajo sin prisa y me mira fijamente. Sus ojos verdes, fríos y calculadores, parecen atravesarme, evaluando cada una de mis intenciones. Por fin me presta atención.

—Me siento bien.

—¿No tienes nada más que decir? ¿Solo eso?

—Sí.

No estoy segura de qué me irrita más: su frialdad o el leve destello de diversión en su mirada. Esos ojos verdes tienen algo más que contar, estoy segura.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué opinas sobre los cambios en el reglamento para el año que viene?

—Opino que no quiero responder a tus estúpidas preguntas.

Respiro hondo. ¿Así que íbamos a jugar a esto?

—Se rumorea que podrías estar en conversaciones con otro equipo para la próxima temporada. ¿Es eso cierto?

Su expresión no cambia, pero veo cómo su mandíbula se tensa ligeramente.

—¿Algo más? —pregunta con absoluta calma.

—¿Planeas mejorar tu relación con la prensa este año o seguirás siendo el mismo imbécil de siempre?

El ingeniero suelta un suspiro y mira hacia otro lado. Pero Eric sonríe.

Apenas un movimiento en la comisura de sus labios, pero está ahí. Como si de repente le hubiera parecido interesante.

—Buena suerte con la entrevista, Sasha.

Y con esas palabras, se gira y se aleja como si yo no existiera.

Será cabrón.

Me quedo de pie, sintiendo una mezcla de frustración y adrenalina recorriéndome el cuerpo. No he conseguido lo que quería, pero algo me dice que este no será nuestro último enfrentamiento.

No voy a rendirme tan fácil.

Capítulo 2



Eric
Silverstone. Viernes
P1 y P2

El *paddock* es un jodido circo.

Lo es cada fin de semana, en cada ciudad, en cada circuito al que vamos. En un *paddock* siempre hay periodistas husmeando, jefes de equipo fingiendo que todo está bajo control, directores de la FIA paseándose con sus ridículos trajes y su necesidad constante de cambiar el reglamento. Siempre lo mismo.

Y luego estamos nosotros.

Los pilotos.

Los únicos que de verdad importamos en esta historia. Al fin y al cabo, somos quienes nos jugamos la vida en cada carrera y en cada curva a trescientos kilómetros por hora.

Camino por el box de Velocity Racing con el casco en la mano, esquivando a los ingenieros que van de un lado a otro revisando datos en las tabletas, analizando cada mínimo detalle que pueda ser relevante para la carrera. El monoplaza está listo para salir a pista, pero aún tengo que soportar la reunión previa con el equipo.

—Eric, ¿puedes venir un segundo? —La voz de Adam, mi ingeniero de pista, me saca de mis pensamientos.

Adam Foster lleva dos años siendo mi amigo, mi psicólogo y, lo más importante, mi ingeniero de pista. Es una de las pocas personas en las que realmente puedo confiar aquí dentro.

Asiento con la cabeza y me acerco a la mesa de trabajo, donde la pantalla muestra una comparación de datos entre mi coche y el de Maxime Dupont, mi compañero de equipo.

—Tu velocidad punta sigue siendo inferior en el tercer sector —dice Adam, sin rodeos—. Estamos perdiendo dos décimas en la recta principal.

—¿Es la configuración del ala trasera? —pregunto, apoyando las manos en la mesa.

—No del todo. Es una combinación entre el ala y la entrega de potencia en la salida de la curva de Stowe, la quince.

—Dame más carga aerodinámica en el alerón trasero.

Adam suspira y cruza los brazos.

—Si aumentamos la carga, perderás velocidad en la recta.

—Prefiero perder velocidad punta antes que tener un coche inestable en las curvas rápidas.

Lo veo dudar, pero al final asiente y empieza a hacer ajustes en la configuración. Sé que tengo razón.

Conozco mi coche mejor que nadie.

No es arrogancia, es un hecho.

Llevo años en este deporte, sé lo que me funciona y lo que no. La diferencia entre los buenos pilotos y los campeones está en los pequeños detalles.

Yo no soy bueno.

Yo soy el mejor.

Tengo que serlo.

—Bien, lo ajustaremos para la primera práctica.

Asiento, pero mi atención se desvía al ver a un grupo de periodistas fuera del box, esperando captar cualquier mínimo gesto o comentario. Entre ellos, la veo a ella.

Sasha Harper.

Se nota que intenta disimular su curiosidad, fingiendo que está allí por otra razón, pero no lo hace nada bien. Parece un perrito recién nacido que no sabe qué hacer. Bastante graciosa, la verdad.

Sonrío para mis adentros.

Qué predecibles son los periodistas.

Un encuentro fallido y ya me tiene en su punto de mira.

No me sorprende. Llevo años lidiando con la prensa, con sus preguntas estúpidas y sus titulares amarillistas. Cada palabra que sale de mi boca puede ser distorsionada, sacada de contexto y usada en mi contra.

No confío en los periodistas.

Y ella no va a ser la excepción.

Aun así, me pregunto cuánto tardará en intentarlo de nuevo. No demasiado, seguro. Apuesto a que antes de que termine el día, volverá a intentarlo. Y me encargaré de que falle otra vez. No necesito tener una mosca en el oído durante todo el día.

El rugido del motor resuena en mis huesos cuando salgo del garaje. Es un sonido que lo cambia todo.

Aquí afuera, en la pista, no hay prensa. No hay especulaciones, contratos ni mierdas políticas. Solo yo, el coche y la carretera.

Doy varias vueltas de instalación, calentando neumáticos y tratando de ajustar el equilibrio del monoplaza. No tardo en darme cuenta de que la parte trasera sigue demasiado suelta en las curvas rápidas.

—El coche sigue demasiado nervioso en el tercer sector —informo por radio.

—Copiado, Eric. Trata de adaptarte por ahora, lo revisaremos en el box.

«Trata de adaptarte».

Frunzo el ceño. Odio esa frase.

Yo no me adapto al coche.

El coche debe adaptarse a mí.

Esa es la diferencia entre un piloto del montón y un campeón del mundo.

Cuando regreso al box, Adam ya está esperando con la tableta en la mano.

—¿Qué sientes en la parte trasera?

—El coche está bastante inestable en las curvas de alta velocidad. Falta carga aerodinámica.

—Hicimos los ajustes que pediste.

Me quito el casco y bebo un poco de agua, notando la mirada de mi jefe de equipo, Daniel García, clavada en mí desde el otro lado del box.

—¿Qué? —pregunto, sin paciencia.

García se cruza de brazos.

—Nada, solo me pregunto si en algún momento dejarás de ser un dolor de cabeza.

Sonrío con arrogancia.

—Si dejo de serlo, significa que estoy cómodo. Y si estoy cómodo, significa que no estoy yendo lo suficientemente rápido.

Él niega con la cabeza y se aleja.

Apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos un momento. Está terminando la temporada y siento el peso sobre mis hombros. Este año tiene que ser mío. No puedo arriesgarme a que todo salga mal a estas alturas.

No tardo mucho en notar que alguien se acerca. Abro los ojos y la veo de nuevo.

Sasha otra vez.

Con su dichosa libreta en la mano y una mirada que dice que no se irá de aquí sin conseguir algo.

—¿Sigues aquí? —digo antes de que la morena pueda abrir la boca.

Ella sonríe con autosuficiencia.

—Es mi trabajo.

—¿Molestar?

—Hacer preguntas.

—Parecido.

Pone las manos en la cintura y me mira con una expresión que roza la diversión.

—Tienes fama de ser un cabrón, pero no imaginaba que lo disfrutaras tanto.

Me limito a mirarla sin cambiar de expresión.

—Y yo pensé que ya te habrías cansado. Pero aquí estás otra vez, *rookie*.

Sasha se encoge de hombros. Utilizar con ella el término de *rookie* o novata me parece muy gracioso.

—Porque sé que en algún momento acabarás hablando.

Suelto una risa breve, seca, sin humor.

—Yo, si fuera tú, no contaría con ello.

Me aparto de la pared y camino hacia el interior del box, dándole la espalda.

—Nos vemos en la rueda de prensa, Harper.

No espero su respuesta.

No necesito mirarla para saber que no se rendirá.

Pero yo tampoco.

Capítulo 3



Sasha
Silverstone. Viernes
P1 y pos-P2

El *paddock* podía ser tan despiadado como una carrera en mojado. Lleno de empujones disimulados, zancadillas estratégicas y sonrisas falsas. Aquí, la competencia no solo está en la pista. También está entre nosotros, los periodistas. Y si quiero sobrevivir, no puedo perder ni un segundo aquí dentro.

Aún siento el eco de mi último encontronazo con Brown zumbando en mi cabeza.

«¿Sigues aquí?», «¿Molestar?», «Yo, si fuera tú, no contaría con ello».

Arrogante.

Gilipollas.

Insufrible.

Y lo peor de todo: interesante.

Eso es lo más frustrante. Porque Eric Brown es la historia, y yo no pienso quedarme con las manos vacías, quiero contarla y, sobre todo, entenderla.

La zona mixta del *paddock* es un hervidero. Una pasarela improvisada por donde los pilotos están obligados a pasar después de cada sesión para enfrentarse a la prensa.

Un desfile.

Un campo de batalla.

Los periodistas forman un muro compacto, cada uno con su micrófono y su logo corporativo, esperando como tiburones el olor de la sangre.

Y yo estoy entre ellos.

A mi izquierda, veo a Simon Harris, un periodista veterano de *Motorline*. Tiene el porte tranquilo de alguien que ha visto pasar a generaciones enteras de pilotos y aún se mantiene en pie.

—¿Primer fin de semana, Harper? —dice, con esa media sonrisa paternal que usa con los novatos o, como los llamamos dentro de este deporte, los *rookies*.

—Primero en Fórmula 1, no en periodismo —respondo, ajustando mi micrófono—. Ya sabrás que estoy sustituyendo a Flick.

—Buen espíritu. Pero si vas a por Brown… —Niega ligeramente con la cabeza—. Olvídate de él, solo da entrevistas a quien le da la gana. Y créeme, tú no estás en esa lista.

—Ya veremos —digo sin perder la sonrisa—. No me subestimes, Harris. Sabes de dónde vengo, así que sabrás también que no me voy a rendir tan fácilmente.

El ambiente huele a goma quemada y adrenalina. Las pantallas muestran los resultados de la primera práctica libre:

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION SILVERSTONE **#F1**

Testing

			LAP TIME
1	**Eric Brown**	(Velocity Racing)	**1:27.420**
2	**Luca Rossi**	(Aurora Motorsport)	**1:27.794**
3	**Alexéi Romanov**	(Phoenix Racing)	**1:27.925**

Ninguna sorpresa por el momento.

Eric es primero, evidentemente. Pero Luca Rossi, con su monoplaza de Aurora en tonos amarillos y verdes, está pisándole los talones. Rossi es carismático, rápido y un ídolo en Italia; allí es más conocido como el

Relámpago de Milán o, como dicen los italianos, *Il Fulmine Milanese*. Siempre sonríe hasta que se pone el casco.

Alexéi Romanov, desde Phoenix Racing, ha marcado el tercer mejor tiempo. Frío, metódico, un tiburón que nunca pestañea.

Y ahí vienen.

Los tres juntos.

Dirección a la sala de prensa.

Cámaras encendidas. Voces alzándose.

—¡Eric! —grita alguien de *Blue Sports*—. ¿Cómo te sientes con el rendimiento del coche?

Él se detiene… y responde.

Breve, técnico, pero responde.

—Estoy bastante seguro, y el equipo está trabajando muy bien para que demos lo mejor estos días. Estoy tranquilo.

Aprieto los labios. ¿Con ellos sí y conmigo no? ¿No se supone que no iba a hablar con la prensa?

Este tío me pone de los nervios.

—¿Crees que Luca será tu mayor rival esta temporada? —pregunta la reportera de *Apex Motor*.

—Luca es rápido. Y eso nos hace más fuertes como rivales —dice Eric con su tono neutro.

Luca, a su lado, sonríe con la calma de un depredador.

—Espero que Eric mantenga el resto de la temporada interesante —comenta Rossi, con su acento marcado.

Ya. Claro.

Eric y Luca siempre se han llevado muy bien y han sido muy buenos amigos desde bien pequeños; al fin y al cabo, han crecido juntos en las pistas. Llevan siendo rivales desde los cinco años aproximadamente y, gracias a eso, han conseguido establecer una conexión muy bonita.

Pero eso no quita que Eric sea un inútil y un borde.

Dos segundos después, las cámaras se mueven hacia Alexéi Romanov.

—Alexéi, tercer puesto. ¿Cómo valoras tu rendimiento?

El finlandés entrecierra los ojos, su voz es baja y afilada:

—Está bien… para ser solo el inicio del fin de semana. Nada más es viernes. Lo que importa es lo que ocurra el domingo en la carrera.

Aprovecho la reubicación de los periodistas y me muevo hacia Eric. Es mi momento.

—Eric —digo, clara y firme—, Sasha Harper, *Motorsport Insider*. ¿Cómo valoras el cambio de reglamento en las zonas de DRS?

Su mirada se cruza con la mía.

Un segundo.

Dos.

Y entonces…

Sigue caminando.

Ni un gesto.

Ni una palabra.

Como si yo no existiera.

Escucho algunas risitas veladas a mi alrededor.

—¿Ves? —susurra alguien detrás—. A ella tampoco le responde.

—Brown no da entrevistas a medios pequeños —responde otro—. Solo se centra en los grandes medios, nadie sabe el motivo.

Me hierve la sangre. No porque me ignore, sino porque, al hacerlo delante de todos, me ha puesto en evidencia. Públicamente.

Cabronazo.

El zumbido de la sala de prensa me envuelve mientras tecleo a toda velocidad en mi portátil. Intento redactar algo con lo que he apuntado en la libreta. No tengo declaraciones de Eric, pero tengo contexto, y a veces el contexto es poder.

Eric Brown lidera la FP1 en Silverstone, mientras que su compañero Maxime Dupont enfrenta ciertos problemas técnicos. Aurora y Phoenix pisan fuerte, y la batalla promete ser feroz… |

No es lo que quería, pero algo saco.

A mi lado, Simon Harris me mira con esa expresión de «Te lo dije» que tan bien maneja.

—Nada de Brown, ¿eh?

—Nada —admito, sin levantar la vista.

—No te frustres. Este tío no habla con nadie que no sea de *Blue Sports* o de *Apex Motor*. Es así. Solo se interesa si el medio le asegura bombo mundial. Los demás le dan igual. Todos miran por el dinero.

Vuelvo a mirar la pantalla, mordiéndome la mejilla.

Ya lo sé.

Sé que Eric Brown no es de los que se abren con facilidad, y mucho menos con una periodista recién llegada al *paddock*. Pero también sé que no pienso rendirme.

Sigo escribiendo algunas notas para la columna del lunes. Declaraciones de Daniel García, jefe de Velocity Racing, sobre la estrategia de equipo, un par de observaciones sobre el ritmo de Aurora Motorsport… Nada especialmente brillante, pero es información suficiente y me permite mantenerme en movimiento.

Quiero escribir sobre él.

Sobre Eric.

Pero ¿cómo se escribe sobre alguien que no deja ni una grieta al descubierto?

Un rato más tarde, ya con los dedos algo entumecidos y la espalda pidiéndome tregua, recojo mis cosas y me voy. El sol ya empieza a bajar y está tiñendo los camiones de los equipos con ese brillo anaranjado que solo existe en los circuitos al final del día. Camino hacia la sala de *briefings* sin prisas, repasando mentalmente las preguntas que aún me faltan por cerrar para el artículo, cuando lo veo.

Apoyado contra la pared junto a la puerta de reuniones, el mono bajado hasta la cintura, camiseta blanca ajustada, los brazos cruzados. Parece ajeno a todo. Pero no lo está. Nunca lo está. Se encuentra junto a una máquina de café, solo. Sin cámaras. Sin prensa.

Es la oportunidad perfecta.

Me detengo a una distancia prudente. Ni demasiado cerca como para parecer una acosadora, ni tan lejos como para que pueda fingir que no me ha visto. Él levanta la vista justo cuando yo abro la boca para poder hablar.

Nos miramos.

Y por un segundo, todo el ruido del *paddock* se vuelve eco, como si el mundo se contuviera en ese cruce de miradas.

—¿No tienes a nadie que te sirva el café? —pregunto, con un tono más nervioso de lo que me habría gustado.

La manera en que Eric me mira, fija y casi desafiante, hace que mi corazón se acelere. Arquea una ceja, sorprendido. Y entonces aparece esa maldita sonrisa sarcástica.

La que parece diseñada para sacar a la gente de quicio.

La que, de alguna forma irritante, me fascina.

Me vuelve loca.

—¿Otra vez tú?

—Es mi trabajo —respondo, cruzándome de brazos—. ¿El tuyo es ignorarme?

—Si lo prefieres explicar así, sí —dice con una leve inclinación de cabeza.

—¿Por qué no hablas con medios pequeños?

Toma el vaso de café y se lo lleva a los labios antes de contestar.

—Porque no me gusta perder el tiempo.

—¿Y cuál es tu definición de «perder el tiempo»?

—Preguntas vacías. Artículos sensacionalistas. Periodistas que no entienden este mundo.

Su mirada es afilada, desafiante. Como si esperara que me ofendiera.

En lugar de eso, sonrío.

—Dame una oportunidad. Déjame hacerte una pregunta que valga la pena.

Veo su mandíbula tensarse. Le gusta tener el control. Y yo se lo estoy arrebatando.

—No —dice, seco—. No tengo por qué aguantar a una pesada que solo busca vender.

Trago saliva. Pero no doy un paso atrás.

—No. No tienes por qué. Pero me vas a respetar. Porque no puedes ir por la vida tratándonos como si estuviéramos por debajo de ti. Yo no te debo respeto solo porque conduzcas un coche. Pero tú sí me lo debes si esperas que te sigamos viendo como algo más que un imbécil con talento.

Su expresión cambia, como si acabara de ver algo que no esperaba.

Y entonces, sin decir más, se da la vuelta y se va.

Me quedo allí, con el sabor de la adrenalina en la boca y una certeza ardiendo en el pecho.

Esto no ha terminado.

Si Eric Brown piensa que me voy a rendir, no tiene ni idea de quién soy. No me importa cuántas veces me ignore. No me importa cuántas veces intente hacerme sentir pequeña. Porque yo no necesito que me hable. Lo que necesito es que no pueda dejar de mirarme. Que se fije en mí y en mi trabajo, para poder entrevistarlo.

Y ese es un juego que estoy dispuesta a jugar.

Capítulo 4



Eric
Silverstone. Sábado
Previa P3

He pasado toda la noche dándole vueltas. Me jode admitirlo, pero después de todo lo que pasó en la sala de reuniones, estoy pensando en ella.

Otra vez.

No en su nombre.

Ni en su medio.

En *ella*.

En la forma en que se plantó frente a mí como si no tuviera nada que perder. Esa mirada firme. La voz templada. Como si no fuera su primer rodeo con alguien como yo. No pestañeó cuando la ignoré delante de todos en el *paddock*. Debe pensar que soy un gilipollas, y, sinceramente, es lo mejor para ambos. Aun así, volvió a la carga cuando me vio junto a la máquina de café. Y me clavó esas palabras como si supiera exactamente dónde dolía.

«No. No tienes por qué. Pero me vas a respetar. Porque no puedes ir por la vida tratándonos como si estuviéramos por debajo de ti. Yo no te debo respeto solo porque conduzcas un coche. Pero tú sí me lo debes si esperas que te sigamos mirando como algo más que un imbécil con talento».

¿Quién demonios se cree que es?

Y mucho más importante…, ¿por qué le estoy dando yo tantas vueltas?

El rugido del motor llena el box mientras Maxime Dupont, mi compañero de equipo, prueba la nueva configuración de carga aerodinámica. Yo debería estar centrado en eso. Debería pensar en la curva nueve o en la quince, en la trazada perfecta, en las décimas que necesito arañarle al crono. Pero ahí está ella, metida en mi cabeza como una interferencia constante.

Me apoyo en el muro del garaje con los brazos cruzados, observando el monitor con el mapa del circuito mientras Maxime pasa por el tercer sector.

Su telemetría es buena.

Demasiado buena.

Otra cosa de la que tendría que preocuparme, joder.

—Maxime está ahora mismo solo a doce milésimas de tu tiempo —me informa Adam, mi ingeniero, revisando la pantalla.

Frunzo el ceño.

—¿Con qué puesta a punto?

Duda apenas medio segundo.

—Con la tuya.

Aprieto la mandíbula.

—¿Estás diciendo que habéis copiado mi configuración al coche de Dupont?

Adam desvía la mirada, incómodo.

—Ya sabes que es política del equipo compartir este tipo de datos —añade, bajando un poco el tono, como si eso lo hiciera menos absurdo.

Genial.

Política del equipo. Qué conveniente. Traducción: yo hago el trabajo fino, me paso horas dejándome la piel y el otro piloto lo copia todo como si fuera suyo.

Tiene que ser una broma.

Es una carrera decisiva. Un campeonato apretado. Y su solución es duplicar lo que a mí me cuesta horas de simulador y ajustes.

No mejorar el coche de Maxime.

No retocar su pilotaje.

No.

Copiar al que ya lo tiene hecho.

Me paso la mano por la nuca, conteniéndome. No es culpa de Adam. Solo ejecuta los planes ya pactados. Pero eso no disminuye mi rabia. Lo que tienen que hacer es buscar otros métodos para que los números del coche de Maxime estén a mi altura. Por ejemplo, podrían buscar otro piloto. Sería mucho más sencillo para todos.

Con Maxime, la historia es clara: compañeros en el papel, rivales en la pista. El francés tiene sonrisa de póster y encanta a la prensa, pero detrás del casco es un cazador implacable, que acecha a su presa con paciencia y precisión hasta conseguir lo que quiere.

—Dile que puede copiar lo que quiera. Que imprima mis datos. Que los enmarque, si le hace ilusión —digo, seco—. Pero el domingo verá mi alerón trasero. Dile que se meta el número cincuenta y cinco en la cabeza. No va a pasarme.

Dupont me saca de mis casillas. Es imposible trabajar con alguien tan prepotente. Llevamos años compartiendo deporte y siempre da más desgracias que alegrías. Además, no es de los que hacen amigos: en su primera temporada chocó «accidentalmente» con su compañero de equipo y eso le impidió volver a correr.

Salimos del box y nos dirigimos a la sala de prensa. Dentro, el ambiente no es más fresco. La sala está llena: micrófonos, flashes y todas las cadenas importantes: *Blue Sports*, *Apex Motor*, *Motorline*…

Y, claro…

Ella.

Sentada entre los periodistas, piernas cruzadas, el bolígrafo girando entre sus dedos, con la libreta y esa mirada como si ya supiera lo que voy a decir antes de que abra la boca.

Joder.

Me siento entre Maxime y Luca. A nuestra izquierda, una pantalla muestra los resultados combinados de las prácticas libres del viernes. Yo lidero la P1, pero en la P2… Rossi se ha colado con un tiempo sólido.

Maxime detrás. Yo tercero. Una décima de diferencia. Nada, en pista. Un mundo, en prensa.

—Eric —pregunta un reportero de *Blue Sports*—, ¿cómo valoras la pelea interna en Velocity? ¿Crees que Dupont puede ponerte en aprietos lo que queda de temporada?

Apoyo los codos en las piernas y dejo que mi voz salga tan tranquila como un disparo frío.

—Maxime es rápido. No lo niego. Pero… —dejo que la pausa flote, densa como el aire entre las curvas— yo soy más rápido.

No necesito mirar a Maxime para saber que sonríe.

—Habrá que verlo en pista —suelta el francés, sin perder ese tono encantador que vuelve loca a la prensa.

La sala se agita con murmullos, clics de cámaras, un par de risas nerviosas. La siguiente pregunta viene de *Apex Motor*, y es para él.

—Maxime, ¿te molesta que Eric diga que es más rápido?

Él mantiene esa sonrisa perfecta, al más puro estilo político.

—Yo no hablo. Conduzco.

Más murmullos.

Y entonces supe que venía. Lo sentí antes de oírla.

—Eric —la voz de Sasha Harper, firme y clara—, dices que eres más rápido. ¿Es una declaración basada en los resultados… o en tu ego?

Algunas risas suaves se escapan entre los periodistas.

Zas.

Levanto la mirada.

Y ahí está su primera pregunta. No está desafiándome. Está provocándome.

Me inclino ligeramente hacia el micrófono. La miro.

—¿Tú qué crees? —respondo, dejando la pregunta en el aire, sin parpadear.

La pregunta queda ahí, colgando entre nosotros como una cuerda tensa. Ella alza ligeramente una ceja. No contesta. Solo sonríe. Una sonrisa discreta, afilada. Como un recordatorio.

Mientras la rueda sigue, Maxime y Luca intercambian respuestas vacías sobre rendimiento y mejoras en el coche. Yo no escucho. Mis ojos se desvían, inconscientes, buscando respuestas entre los flashes. Cuando mis compañeros se levantan, veo que Sasha se acerca a…

Luca Rossi.

¿Luca? ¿En serio?

No me importa.

No. En absoluto.

Pero algo dentro de mí… se tensa porque él se inclina y le dice algo que la hace reír. Y yo, por alguna razón, no dejo de observarlos.

—Eric —dice Adam, sacándome de mi trance—. ¿Todo bien?

—Sí —respondo rápido, demasiado rápido—. ¿Qué pasa?

—Tienes una expresión… como si quisieras atropellar a alguien con el coche.

—Sabes que no me gusta la prensa —digo con una media sonrisa, tratando de quitarle hierro al asunto.

No respondo ninguna pregunta más. Me levanto, saludo a los fotógrafos de forma automática y salgo directo hacia el *motorhome.* Cierro la puerta. Apoyo las manos en la mesa. Cierro los ojos. Respiro.

Solo es una periodista. Solo se ha reído. Solo es un puto gesto. Una risa que no significa nada.

Solo es una mujer que me ha puesto contra la pared con una simple pregunta.

Y aun así…

No puedo dejar de notarla.

Ni en pista.

Ni en la sala.

Ni en mi cabeza.

Capítulo 5



Sasha
Silverstone. Sábado
Antes de P3 y *qualy*

El eco de mis pasos en el suelo carga aún la frustración de todo el viernes.

Eric Brown: 2 – Sasha Harper: 0.

Pero lo peor no es perder. Es sentir que él sabe que ha ganado, y lo que más me molesta es que no le importan los sentimientos de los demás. Cierro los ojos un segundo, inhalando profundamente.

No voy a rendirme.

El teléfono vibra en mi bolsillo. Otra vez Mike. Recordándome lo importante que es para nosotros esto:

«Sasha, no lo olvides: necesitamos a Eric Brown. Haz lo que tengas que hacer».

Pongo los ojos en blanco. Claro. Siempre son mensajes relacionados con Eric Brown y lo importante que es que nos conceda una entrevista.

«Entendido», tecleo rápido.

Pero la verdad es que… algo más se remueve bajo mi piel.

¿Y si no lo consigo?

No es solo la presión de Mike. Ni siquiera es solo Eric.

Es mi sombra.

La de mi padre. Un gigante en este mundo. Una leyenda con un apellido idéntico al mío, cuyo legado aún se cierne sobre cada cosa que intento hacer. No quiero ser «la hija de». Quiero ser Sasha Harper.

Quiero que se me recuerde por mis logros. Quiero valerme por mí misma, y voy a conseguirlo.

El bullicio del *paddock* zumba mientras la gente sale de la sala. He recogido algo de material para futuros artículos, pero… falta algo. Necesito algo más. Algo vivo. Algo que haga ruido.

Y entonces lo veo.

Luca Rossi, piloto de Aurora Motorsport, con su mono amarillo y verde desabrochado hasta la cintura, está a punto de salir de la sala de prensa. Su cabello rubio ligeramente desordenado y una expresión relajada, como si el mundo fuera suyo y él solo estuviera de paso.

Nada que ver con Eric. Si Eric es una tormenta, Luca es el sol. Dos polos opuestos que se complementan a la perfección dentro y fuera de la pista.

Y, quizá, también mi oportunidad.

—Luca Rossi —llamo, alzando la voz y levantando la mano—. Soy Sasha Harper, de *Motorsport Insider*. ¿Tienes un momento?

Él se gira, y su sonrisa aparece con la misma facilidad con la que otros se colocan un casco. Cálida, confiada, desarmante.

—¡Sasha Harper! —dice, sorprendiéndome al usar mi nombre—. Claro que sí. Me apetece hablar…, aunque seas periodista.

Suelto una risa breve.

—¿Eso es un cumplido o una advertencia?

—Ambas. —Su sonrisa se amplía—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy escribiendo un artículo. No sobre resultados ni estrategias. Sobre personas. Historias reales. ¿Podríamos charlar un poco…? ¿Algo más informal?

—¿Un artículo sobre mí? —Arquea una ceja, con un brillo divertido—. ¿Y Brown? ¿No es él el hombre del momento?

—Sí…, pero tú me pareces más interesante. Y sobre todo más accesible.

Su sonrisa se vuelve pícara.

—Eso ya me gusta más, Harper. Vamos. Cuéntame qué quieres saber.

Se aparta del camino con un gesto de cabeza y caminamos hacia una de las cafeterías del *paddock*. Nos acomodamos en un rincón apartado, lejos del ir y venir de mecánicos, prensa y técnicos. Un pequeño remanso de calma en medio del caos. Y por primera vez desde que piso este infierno disfrazado de gloria… siento que empiezo a ganar terreno.

Luca se apoya relajado, pero en sus ojos color avellana hay algo más profundo.

—Dime, Sasha, ¿qué quieres saber?

—Tu historia. Nada para los titulares. Quiero saber quién eres tú, qué papel tienes en este mundo…

Él asiente, como si estuviera acostumbrado a preguntas técnicas, pero no a estas más personales. Se le nota bastante sorprendido.

—La Fórmula 1… —comienza, con una leve sonrisa— es una montaña rusa de emociones. Un día eres un héroe y, al siguiente, nadie recuerda tu nombre. Pero… —su mirada se enciende— no cambiaría esta vida por nada del mundo. Es arriesgado, pero esta adrenalina te hace sentir vivo.

—Debe ser increíble —no puedo ocultar mi admiración—. ¿Tienes algún ritual antes de cada carrera?

Su risa es cálida y sincera.

—Siempre escucho música. —Sus ojos brillan—. Supongo que mi pasión y debilidad por la música de Elvis no son ningún secreto.

—¿Elvis? —pregunto, sonriendo—. No te imaginaba con «Jailhouse Rock» antes de una carrera.

—Oh, Harper… —dice con fingido dramatismo—. Elvis es más que «Jailhouse Rock». Es pasión. Es alma. —Cierra los ojos como si escuchara una melodía—. Ritmo. Esa calma que se cuela justo antes de que todo arda.

Y, por un momento, lo entiendo: él siente la pista como una canción. Cada circuito es una melodía diferente; cada metro del recorrido, una nota distinta. Pero necesito ir más allá.

—Luca… —mi voz baja—. ¿Y qué es lo más difícil de todo esto? ¿Lo que no se ve en las carreras?

Su rostro se ensombrece levemente.

—Siempre hay sombras, Sasha. —Su tono es más suave, más íntimo—. Hubo un momento…, durante mi primer año en F1… Un desastre. Tuve unos resultados muy malos. Empecé a dudar de mí mismo… —Su mirada se pierde un segundo—. Pero, aunque a veces tú mismo eres tu peor enemigo, no me rendí. Me rodeé de quienes creían en mí. Me aferré a lo que sentía al conducir. Y, un día, las cosas… empezaron a cambiar, aunque el primer puesto del campeonato está lejos. Los podios van llegando poco a poco.

Se detiene, y siento su verdad. No la versión pulida para la prensa.

—No sé si ganaré un campeonato pronto —añade con honestidad—. Pero sé que los resultados están bien. Estoy más cerca que nunca. —Toma aire—. Y por eso… —continúa—, si algo puedo decirle a cualquiera que tenga un sueño, es: no dejes que el miedo te haga soltar el volante.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros. Y, de repente, siento que me atraviesan. Porque habla de él…, pero también habla de mí. De mi lucha. De mi miedo. De mi deseo de ser más que un apellido.

—Eso… —mi voz sale más suave de lo que pretendía— es lo mejor que he escuchado hoy.

Él sonríe. No como piloto. No como ídolo. Como persona.

—Espero verlo en tu artículo, Harper.

—Oh, lo verás —prometo, con una chispa de desafío.

Horas más tarde, ya en la habitación del hotel, me pongo cómoda. Me recojo el pelo, me desmaquillo y cambio los pantalones de traje por un chándal gris amplio. El aire acondicionado de la habitación zumba de fondo y el aroma a chocolate caliente llena el espacio. Abro el portátil y dejo que las palabras empiecen a fluir. Pero esta vez no es un artículo. Es una historia:

«Luca Rossi: El camino hacia la cima del automovilismo».

Envío el artículo a Mike y cierro el portátil, sintiendo cómo mi corazón se calma… y se enciende al mismo tiempo.

Esta soy yo. No solo soy una periodista. Soy una narradora. Y mientras me relajo sola en mi habitación, sé algo con certeza: esta historia acaba de arrancar.

Y Eric Brown…
No tiene idea de lo que se le viene.

MOTORSPORT INSIDER

Luca Rossi: El camino hacia la cima del automovilismo

Por Sasha Harper

En la Fórmula 1, cada piloto es una historia en movimiento. Algunos ascienden con promesas de gloria, otros caen en el olvido antes de demostrar su verdadero potencial. Pero hay unos pocos que, independientemente de los números, dejan su huella en el asfalto.

Luca Rossi es uno de ellos.

Desde su debut en Aurora Motorsport, el italiano no solo ha demostrado talento y velocidad, sino que ha conquistado a los aficionados con su estilo de conducción agresivo y su actitud relajada fuera de la pista. Sin embargo, detrás de cada adelantamiento perfecto y cada celebración efusiva, hay un piloto que ha tenido que luchar más de lo que muchos imaginan.

«La Fórmula 1 es una montaña rusa de emociones», me dice Luca, con la misma calma con la que enfrenta una curva a 300 km/h. «Pero no cambiaría esta vida por nada del mundo».

Su camino hasta aquí no ha sido fácil. Como muchos pilotos, su historia comenzó en los karts, compitiendo en campeonatos ingleses antes de abrirse paso en las categorías inferiores. Pero no fue un ascenso directo.

En un mundo donde los contratos se renuevan cada año y los asientos son tan frágiles como las alas de un monoplaza, esas dudas

pueden ser letales. Pero Luca encontró su propio motor para seguir adelante.

«Pero no me rendí. Me rodeé de quienes creían en mí. Me aferré a lo que sentía al conducir, a la razón por la que empecé en esto. Y, un día, las cosas... cambiaron».

Luca Rossi no solo es rápido en pista. También es un personaje. Carismático, extrovertido, alguien que siempre tiene una sonrisa lista para los aficionados y una broma preparada en las entrevistas. Pero detrás de esa imagen de estrella, hay un piloto con una determinación férrea.

Su enfoque ha cambiado con los años. Ahora, más maduro y con experiencia, sabe que la Fórmula 1 no es solo velocidad. Es política, es estrategia, es saber estar en el momento correcto en el equipo correcto.

«No es suficiente con ser rápido —dice—. Si solo fuera por eso, todos los pilotos jóvenes con talento estarían en la F1. Necesitas algo más. Mentalidad, resistencia... y un poco de suerte».

Luca es consciente de la competencia que existe en la parrilla. Sabe que hay nombres que suenan más fuerte que el suyo, que hay equipos con más recursos y pilotos con más influencia. Pero eso no lo detiene.

«No dejes que el miedo te haga soltar el volante» es una frase que se repite a sí mismo en cada carrera. Y también es la razón por la que nunca deja de mejorar.

Esta temporada, Aurora Motorsport ha dado un paso adelante. Su monoplaza es más competitivo, y Luca lo sabe. Sus tiempos en clasificación lo demuestran, y sus adelantamientos en carrera han dejado claro que no está aquí solo para participar.

¿Qué sigue para él?

Y si algo he aprendido de Luca Rossi en esta entrevista es que cuando dice algo, lo dice de verdad. Así que, si algún piloto en la parrilla aún no

lo toma en serio..., es posible que más pronto que tarde tenga que hacerlo.

Il Fulmine Milanese ha venido para quedarse.

Capítulo 6



Eric
Silverstone. Sábado
Antes de la *qualy*

El artículo no es sobre mí. Por eso mismo no tiene por qué importarme. Pero, por alguna razón que no consigo identificar, me importa. Algo dentro de mí se remueve.

Y es que el maldito título está en todas partes: en redes sociales, en portales de noticias…

«Luca Rossi: El camino hacia la cima del automovilismo». Pongo los ojos en blanco. ¿Esto es en serio? ¿«Cima»? Mis narices. Esto es ridículo. Rossi no está «caminando hacia la cima». Rossi solo tiene un coche decente este año y sabe venderse bien.

La diferencia entre él y yo es simple: yo no tengo que venderme. Yo gano. Y, sin embargo, ahí está la prensa, colgándole la etiqueta de «próxima gran estrella».

Luca y yo somos como hermanos, y sé que este tipo de declaraciones no son de su estilo. Lo conozco a la perfección, lo conozco tanto como para saber que no suele decir esas cosas sobre sí mismo. No tiene el ego por las nubes. No es su estilo. Nunca ha sido de ponerse medallas ni de buscar titulares fáciles.

Luca es italiano, nació en Milán, con más estilo en una ceja que todo el *paddock* junto, sí. Siempre ha sido un tío con mucha presencia, pero nunca ha ido fardando del dinero que tenía. Cuando tenía apenas cuatro años, se mudó a Inglaterra por el trabajo de su madre.

Y cuando digo que lo conozco, no exagero. Llevamos casi veinte años compartiendo circuitos, entrenamientos, vuelos, derrotas y victorias. Él es parte de mi familia. Y por eso mismo… sé que esas palabras no son cosa suya.

Abro la tableta. «Autora: Sasha Harper». Claro. Quién, si no. Deslizo el dedo, sin intención de leer el artículo completo. Solo quiero ver cuánto lo ha inflado.

«La Fórmula 1 es una montaña rusa de emociones —dice Luca—. Pero no cambiaría esta vida por nada del mundo». Pongo los ojos en blanco. Qué profundo. Sigo bajando. «No dejes que el miedo te haga soltar el volante».

Resoplo. «Miedo». ¿De qué narices está hablando? Cierro la tableta con más fuerza de la necesaria.

La Fórmula 1 no tiene nada que ver con el miedo. Aquí nadie tiene tiempo para sentir miedo. O eres rápido o estás fuera. Punto. No puedes subirte a un coche sintiendo miedo; tienes que subirte para ganar y sentir la adrenalina.

Pero, claro, a Sasha no le interesa eso. No. Ella ha querido que su artículo pareciera una épica historia de superación.

Que, oye, no le quito mérito a Luca; todos lo hemos pasado mal al principio. Nadie llega aquí sin tragar mierda. Pero es que nadie empieza en la F1 siendo el mejor; tienes que trabajar para ello, y todos lo hemos pasado mal al empezar aquí.

Casi puedo imaginarla, sentada frente a Rossi, anotando cada palabra como si entrevistara a un maldito filósofo en vez de a un piloto que aún no ha ganado nada importante.

Me levanto del sofá con la mandíbula apretada. Tengo el pulso más rápido de lo que debería. No son celos. No exactamente. Es… otra cosa. Y eso, quizá, es peor.

Tengo que centrarme en lo importante. No puedo darle importancia a esas cosas. Pero algo no deja de sonar dentro de mí.

—Eric, ¿me estás escuchando?

La voz de Adam, mi ingeniero de pista, me saca del mal humor en el que llevo instalado desde hace horas. Está sentado al otro lado de la sala, junto a la mesa de datos, esperando respuestas que no estoy listo para dar.

—Sí —miento, sin tener ni idea de lo que acaba de decir.

Adam alza una ceja y señala la pantalla con los mapas de carga.

—¿Quieres más aerodinámica en curva o prefieres mantener el balance?

Me paso una mano por la cara, agotado. Otro ajuste. Otro día más cambiando cosas que, en realidad, ya funcionan. Siempre hay algo que «podemos mejorar», aunque los resultados estén ahí.

—Déjalo como está —respondo.

Adam me mira, dubitativo.

—Esta mañana dijiste que querías más estabilidad en el tercer sector.

Inspiro lentamente. Sostengo su mirada.

—Y ahora te digo que lo dejes, Adam, estoy cómodo con los ajustes que tenemos. —No voy a discutir. No hoy.

Al otro lado de la sala, Maxime Dupont habla con su grupo de ingenieros, con ese aire arrogante y esa sonrisa ensayada. No me mira, pero sé que escucha cada una de mis palabras. Desde que llegó a Velocity Racing, no han parado de repetir lo mismo: que es «el futuro de la escudería», «el talento francés», «la promesa del *paddock*».

Perfecto. Pero si creen que me van a presionar con eso, se equivocan. Si Dupont quiere ser rápido, que lo demuestre en la pista. De todas las carreras que llevamos ya a estas alturas de la temporada, su mejor posición ha sido la tercera. Sí, ha subido al podio, pero nada más allá de un tercer puesto.

Salgo de la sala, evitando a todo el mundo.

El *paddock* es un caos que solo la F1 sabe organizar: técnicos cargando ruedas, cámaras rodando contenido, patrocinadores deambulando como turistas con pases dorados.

Y entre todo eso está ella.

Cuando paso delante de ella, no me mira.

O finge no hacerlo.

Está a unos metros, concentrada en su libreta y con su portátil en la mano, hablando con otros periodistas y algunos invitados que crean contenido para las redes. Parece cómoda. Demasiado cómoda para alguien que acaba de empezar en la F1.

Acelero el paso.

No hay razón para mirarla. No hay motivo para pensar en ella. Pero una parte de mí todavía está molesta por su artículo. ¿Qué narices me pasa?

No estoy molesto porque ella haya escrito ese artículo, sino porque ahora todo el mundo habla de Rossi. Porque ahora la prensa tiene otro nombre al que seguir en vez del mío.

Y eso no va a pasar.

No puedo dejar que algo así pase. Sobre todo sabiendo lo que podría esperar en casa si esto sigue así mucho más de lo esperado.

—Eric. Maxime —dice Daniel García, nuestro jefe de equipo—. Esta clasificación es clave. Necesitamos que los dos coches estén al frente.

—Eso no será un problema —responde Maxime con su sonrisa de niño bueno.

Me cruzo de brazos.

—Mientras Dupont no estorbe, no habrá problema.

Maxime me lanza una mirada de lado, evidentemente molesto.

—Oh, tranquilo, Brown. No planeo quedarme detrás de ti para siempre.

Algunos ingenieros ríen. Yo no. No hay nada gracioso en lo que acaba de decir. Este tío y yo no vamos a llevarnos bien nunca.

Vuelvo a mi habitación. Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria y tiro la tableta sobre la mesa.

El artículo sobre Rossi sigue apareciendo en las notificaciones de mi teléfono.

No me importa.

No me importa que Sasha Harper esté ganando notoriedad. No me importa que la gente hable de Luca como si fuera el próximo gran piloto.

No me importa nada de eso. Al menos no de momento, veremos cuando vuelva a casa.

Bueno…, eso me repito una y otra vez.

Pero entonces ¿por qué no hago más que pensar en la próxima rueda de prensa? Y, peor aún… ¿Por qué tengo tantas ganas de desafiarla en público?

Capítulo 7



Sasha
Silverstone. Sábado
Qualy

La Fórmula 1 tiene muchos momentos clave, pero la clasificación del sábado es uno de mis favoritos. Es el momento en el que todos muestran sus cartas. Donde no hay estrategias de carrera ni oportunidades para remontar, solo velocidad pura contra el cronómetro. Puede pasar cualquier cosa, es emocionante.

Y esta clasificación, en particular, se siente diferente. Poder vivirlo desde este punto de vista, que es nuevo para mí, me hace sentirme más que feliz.

El *paddock* está más tenso de lo habitual. Lo noto en la manera en que los ingenieros hablan en susurros, en la forma en que las cámaras parecen enfocarse más en una persona en particular.

Eric Brown.

Lleva mucho tiempo dominando los sábados sin demasiada competencia interna. Pero hoy, por primera vez, tiene a alguien realmente cerca. Maxime Dupont.

Los boxes echan humo. Es imponente ver todos los colores y dorsales de los pilotos tan de cerca, poder vivirlo así es realmente sobrecogedor. Un sueño hecho realidad.

Desde la sala de prensa, observo cómo los monoplazas se alinean en el *pit lane*. Esta vez decido quedarme dentro para poder acostumbrarme a

toda la energía de este deporte. Las luces del semáforo de la salida de boxes parpadean en verde y, uno a uno, los coches comienzan a salir a pista.

La caza de la *pole position* ha comenzado. Los primeros minutos son pura estrategia.

Los equipos miden el desgaste de los neumáticos, juegan con el tráfico en pista y envían a sus pilotos a rodar en el momento adecuado.

Los grandes se quedan en los boxes, esperando a que la pista se limpie para no tener demasiado tráfico. Los demás… van saliendo poco a poco a marcar territorio y a probar los monoplazas.

Veo los nombres aparecer en las pantallas: Romanov, Morales, Smith…; todos peleando por hacer suyo un hueco que seguramente no podrán sostener en Q3. Pero eso no es importante ahora. Cada décima de segundo es un clavo bien puesto en la estructura del fin de semana.

Me inclino hacia el monitor para ver con más detalle. Aún no han salido ni Brown, ni Dupont. Y, aun así, todos los ojos —los de prensa, los de los equipos, incluso los de los rivales— parecen mirar al cronómetro esperando esos dos nombres.

En la clasificación no es necesario que todos los coches estén en pista al mismo tiempo. De hecho, cuantos menos haya, mejor. La pista despejada es oro. Cada milímetro de asfalto sin tráfico puede marcar la diferencia entre la gloria y la decepción. Aquí no se corre solo contra los demás, también se corre contra uno mismo. Contra el cronómetro, contra las dudas, contra los errores del intento anterior.

La Q1, la primera criba, elimina a los cinco más lentos. No tenemos ninguna sorpresa. Los coches menos competitivos caen como era de esperar, arrastrando consigo las esperanzas de pilotos que en el fondo sabían que su lucha no era por el podio, sino por sobrevivir en el campeonato.

La Q2 es otra historia. Más presión. Más nervios. Solo diez pilotos pasan de ronda. El resto quedan fuera. Y los márgenes son ridículos. Milésimas que deciden carreras. Futuros.

Cuando se actualiza el monitor central, los nombres en pantalla lo confirman:

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION		SILVERSTONE	**#F1**
		Testing	
			LAP TIME
1	**Eric Brown**	(Velocity Racing)	**1:28.908**
2	**Maxime Dupont**	(Velocity Racing)	**1:28.943**
4	**Luca Rossi**	(Aurora Motorsport)	**1:28.951**
4	**Alexéi Romanov**	(Phoenix Racing)	**1:29.007**
5	**Ethan Williams**	(Thunderbolt Racing)	**1:29.009**

Apenas una décima de segundo separa a los cinco pilotos en la clasificación. La pista está en su punto. Y el duelo está servido. Todo está muy ajustado, cada milésima cuenta. No está nada decidido; la F1 es así, nunca sabes qué puede pasar.

Eric está en la cima, pero Dupont lo sigue demasiado de cerca.

A mi alrededor, los reporteros apenas pestañean, volcados en los tiempos, en los detalles, en el espectáculo que saben que está por llegar. Cada uno con su libreta, su grabadora, sus ordenadores programados para reventar las redes en cuanto algo ocurra.

Yo también tomo notas. Pero las mías son distintas. Más personales. Más viscerales.

La Q3 comienza y el *paddock* entero parece contener la respiración.

Los motores rugen al salir para el primer intento serio. Ya no hay margen de error. Lo que ocurra ahora decidiría quién arrancará desde lo más alto. La última tanda ya es una realidad. Y el duelo, inevitable.

Las pantallas comienzan a llenarse de colores. Morado: récord absoluto. Verde: mejora personal. Parpadean sin descanso, como un lenguaje cifrado que solo unos pocos saben leer, y aún menos pueden controlar.

Morado en el Sector 1: Eric Brown.

Morado en el Sector 2: Maxime Dupont.

Morado en el Sector 3: Luca Rossi.

Eso no me lo esperaba.

Estoy mordiendo el extremo del bolígrafo sin darme cuenta. Todo está demasiado ajustado. Y yo…, demasiado involucrada. No sé por qué tengo el pulso tan acelerado. Es solo una clasificación. Pero siento la adrenalina de la pista como si fuese mía. Como si yo también estuviera empujando los límites en cada curva, con la diferencia de que jamás me subiría a un coche a esas velocidades.

Cuando los primeros intentos terminan, la tabla de tiempos queda de la siguiente manera:

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION SILVERSTONE **#F1**

Testing

			LAP TIME
1	**Eric Brown**	(Velocity Racing)	**1:27.229**
2	**Maxime Dupont**	(Velocity Racing)	**1:27.311**

Menos de dos décimas de diferencia. Pero con mucha mejora respecto a los anteriores tiempos.

La pista está caliente, el aire es denso, y el ambiente… está muy cargado. En el box, Eric sigue dentro del monoplaza, en completo silencio por radio. Concentrado. Inamovible.

Dupont, en cambio, aún rueda en pista. Empujando todo lo posible. Probando diferentes configuraciones. Pero no lo alcanza. Y él lo sabe. Todos lo sabemos. Queda un último intento. Y si Eric comete un solo error, la *pole*, la cima, la primera posición ya no será para él.

El reloj entra en los tres minutos finales.

Es ahora o nunca.

Desde mi asiento en la sala de prensa, el murmullo general desaparece. Solo queda ese zumbido eléctrico en el ambiente, mezcla de expectativa y nerviosismo.

Los coches salen de nuevo. Uno a uno. Buscando su última bala.

Las cámaras siguen a Eric mientras serpentea por el circuito. Su monoplaza blanco y azul se desliza con la precisión de un cirujano, buscando buena temperatura en sus neumáticos. Preparando la vuelta como si fuera una sentencia.

El comentarista lo resume perfectamente:

—Brown está en una situación que no había vivido en años. Por primera vez, su compañero de equipo parece una amenaza real.

La cámara enfoca al box. Un mecánico de Velocity tiene los brazos cruzados con tanta fuerza que sus nudillos están blancos.

Eric cruza la línea de meta e inicia su vuelta.

Las pantallas parpadean con los sectores de tiempos.

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION	SILVERSTONE	**#F1**
	Testing	

SECTOR 1	**MEJOR TIEMPO PERSONAL**
SECTOR 2	**RÉCORD ABSOLUTO**
SECTOR 3	**UN ERROR EN LA CURVA 16**

Contengo la respiración. Cuando lo veo cruzar la meta, su ingeniero habla por la radio:

—P1, por ahora.

«Por ahora». Porque Dupont aún viene detrás. Y su vuelta pinta bien. Demasiado bien. Todos seguimos observando las pantallas.

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION	SILVERSTONE	**#F1**
	Testing	

SECTOR 1	**RÉCORD ABSOLUTO**
SECTOR 2	**IGUALADO CON BROWN**
SECTOR 3	**LIMPIO. PERFECTO. SIN ERRORES**

Mi pulso se acelera sin darme cuenta. Cuando Dupont cruza la meta, los tiempos se detienen.

F1 TESTING UNOFFICIAL CLASSIFICATION SILVERSTONE **#F1**

Testing

			LAP TIME
1	**Eric Brown**	(Velocity Racing)	**1:26.188**
2	**Maxime Dupont**	(Velocity Racing)	**1:26.205**

Diecisiete milésimas de diferencia. Brown se queda con la *pole*. Pero ha sido una dura batalla.

Las cámaras captan el momento en que Eric apaga el motor en el *pit lane*. Se quita el casco y su rostro es completamente inexpresivo. Saluda a la grada que ruge cada vez más alto. Pero él no hace ningún gesto de celebración. No es la expresión de alguien satisfecho. Es la de alguien que sabía que la amenaza estaba cada vez más cerca.

El ruido de las cámaras y los murmullos llenan la sala de prensa mientras los tres primeros clasificados entran poco a poco. Después de la clasificación, las cosas están tensas en Velocity Racing.

1. Eric Brown.
2. Maxime Dupont.
3. Luca Rossi.

No levanto la mano para preguntar nada. Solo observo y tomo las notas necesarias.

Veo la rigidez en la postura de Eric mientras habla. Veo la tranquilidad en la sonrisa de Maxime, como si supiera algo que los demás no saben.

Veo la mirada relajada de Luca, disfrutando del espectáculo de manera disimulada.

Tomo notas.

Había una historia en ese podio. Una que nadie estaba escribiendo. Pero que yo sí voy a escribir. Porque, por primera vez desde que aterricé en este mundo, entiendo que no se trata solo de Eric Brown.

Se trata de todo lo que está a punto de cambiar en la Fórmula 1.

Y no importa lo que diga Mike Hamilton. No puedo centrarme solo en un nombre.

La temporada acaba de arrancar para mí.

Y Sasha Harper… ha llegado para quedarse.

Capítulo 8



Eric
Silverstone. Domingo
Carrera

Al día siguiente de la *qualy*, el aire dentro del habitáculo es denso. Asfixiante. Mezcla de caucho quemado, gasolina y metal caliente. Un olor que solo puede significar una cosa: todo está a punto de arder.

Respiro hondo. Una, dos veces, mientras aprieto los puños con fuerza, intentando contener la ansiedad que siento. El sonido del motor ruge como un animal contenido bajo mi espalda. Las vibraciones me recorren el pecho. Mi cuerpo sabe lo que viene antes de que mi cabeza lo procese.

Enfrente, las luces del semáforo se alinean sobre la recta principal.

Es impresionante ver todo esto desde la primera posición: la pista completamente despejada, pero con la conciencia de que tengo a diecinueve pilotos detrás, y que una mala salida puede ser el mayor error.

Cinco esferas rojas. Inmóviles. Inquebrantables.

El mundo deja de moverse.

Tres segundos.

Dos.

Uno.

Negro.

La carrera ha comenzado.

El embrague se suelta con una precisión quirúrgica. Las ruedas traseras muerden el asfalto y el coche responde como si nuestras pulsaciones fueran una sola. Siento el golpe seco de la aceleración contra la espalda, el

chillido de los neumáticos buscando agarre, la pista abriéndose ante mí como un campo de batalla.

La presión contra mi espalda va en aumento a medida que el coche gana velocidad. No hay dudas, no hay miedos, no hay pensamientos

Solo pista y competencia.

La primera curva llega rápido. Curva de derechas. Maxime está demasiado cerca. No lo miro, pero lo siento: intenta meter el morro en cada frenada, obligándome a cerrar la línea defensiva sin comprometer mi trazada, pisando el vértice con precisión milimétrica mientras el coche vibra bajo mis manos como si también contuviera la respiración.

Curva tres.

Cubro el interior. No le doy opción. Sé que, si dejo un hueco, aunque sea mínimo, él se va a lanzar sin dudarlo. Y si lo hace, no hay margen para errores. No hay margen para nada.

Curva cuatro.

No puedo cerrarme demasiado; si lo hiciera, perdería velocidad en la salida.

Lo sé. Él también. Por eso insiste. Porque lo conoce todo, como si estuviéramos bailando una coreografía que hemos ensayado cien veces, solo que ahora cada paso cuesta neumático, sangre y gloria.

Curva cinco.

DRS habilitado a partir del siguiente punto.

Maxime pegado a mi alerón trasero. Lo veo por los retrovisores, pero no necesito mirar mucho. Su sombra ya está en mi cuello. El rugido de su motor suena más cerca, más agresivo, como si me gruñera por no dejarle pasar.

Joder, ¿por qué va tan rápido ahora?

Miro el volante, el panel digital muestra la diferencia entre ambos: +1.4 segundos. No está todavía dentro del rango de DRS. Pero casi.

La radio cruje en mi oído.

Adam me da indicaciones.

—La distancia con Maxime es de +1.2. Buen ritmo, Eric. A por todas.

No jodas, Adam. No hace falta que me lo digas. Lo noto en cada curva.

El campeonato de constructores está bastante igualado y todos los puntos son importantes. Vamos en cabeza; sin embargo, Aurora Motorsport nos pisa los talones con una constancia asfixiante. Tenemos que conseguir las mejores marcas posibles, cada vuelta cuenta, cada décima. Y que Dupont pelee tanto conmigo no puede significar nada bueno. Algo trama. O simplemente quieren arrastrarme al límite para que cometa un error.

Williams empezó la carrera en el sexto puesto y ya se ha posicionado tercero. Sé que no debería pensar esto, no en plena carrera, pero no puedo evitarlo: espero que adelante a Maxime. Tenerlo tan cerca durante tantas vueltas puede provocar algo peor. Algo que nadie podrá arreglar con una sanción o con una disculpa por radio.

En cada vuelta, cada frenada, veo la sombra de su monoplaza recortando distancia como un mal presagio. No es un simple perseguidor; es un cazador frío y metódico, estudiándome, midiendo mis debilidades, esperando el momento exacto para atacar con la precisión de un bisturí.

Y yo no voy a dejar que lo haga.

Empujo el coche al límite en cada curva, exigiéndole sin piedad que lo dé todo. Estiro la frenada al máximo, rozando el borde de lo posible, sintiendo cómo la parte trasera amenaza con deslizarse si cometo el mínimo error, si levanto el pie una fracción de segundo antes de tiempo. Las vibraciones en el volante se intensifican cada vez que paso por los pianos.

En la vuelta trece, Maxime hace su primer intento serio. Lo sé. Lo siento venir desde curvas atrás. Y viene con velocidad en la recta Wellington, su alerón trasero está abierto, reduciendo la resistencia al aire. Mi espejo retrovisor se llena de su coche, un monstruo que avanza demasiado rápido, demasiado agresivo.

Se lanza por dentro en la curva siete. Le cierro el paso. Las ruedas casi se tocan. Milímetros. Un pestañeo y volamos fuera de pista.

Por radio, Adam suena tenso, más de lo habitual.

—*No contact,* Eric.

Ignoro el comentario. Ya no pienso. Actúo.

Si Maxime quiere mi puesto, tendrá que quitármelo con las manos ensangrentadas.

—Box, box. Eric, cambio de neumáticos, sigue la estrategia.

El mensaje llega en la vuelta dieciocho. Respondo con un leve ajuste en la radio antes de lanzarme hacia el *pit lane*. Clavo la frenada justo en la línea límite, rozando la sanción, exprimiendo hasta la última décima sin permitir que el coche se descontrole.

Los mecánicos de Velocity me esperan. Cada uno en su sitio. Relojes humanos. 2.4 segundos. Limpio. Preciso. Sin errores. Buena parada en boxes.

Salgo justo cuando Maxime viene en vuelta rápida. Mierda. Lo veo con el rabillo del ojo al incorporarme a pista. No le doy espacio. Intento meter el coche en la curva tres. Él bloquea el interior. Se mantiene en paralelo en la cuatro. Finjo que no lo veo. Si quiere ganar, tendrá que arriesgarse a tocarme.

Maxime parpadea primero. Cede antes de la curva diez, forzando su coche a una línea mala para la siguiente recta. Sonrío. Si no tienes las narices de completar el adelantamiento, entonces no lo mereces.

Consigo abrir hueco. Maxime entra a boxes y, durante unos segundos, es como respirar bajo el agua. Difícil, pero posible. La pista es mía. Mía para dominarla, para leerla con cada rueda.

+2.5 segundos con Maxime.

+4.1 segundos con Rossi, que había conseguido adelantar a Ethan.

Ethan es uno de los grandes pilotos actuales y el más veterano de todos. Lleva casi veinte años en este deporte y ha conseguido de todo. Siempre ha sido un tío reservado, pero es una gran persona. Fue uno de mis referentes en este mundo. En Inglaterra es una leyenda del mundo del automovilismo. A sus cuarenta años, ha pasado por todas las grandes escuderías y trabajado con las personas más valoradas.

Vuelvo a centrarme en la pista

Y entonces… una grieta.

No en la pista. Ni en los neumáticos. En la sensación.

Vuelta treinta y cuatro.

La radio rompe el silencio como una grieta en el casco, seca y directa.

—Eric, atento a la temperatura del motor. Solo vigilancia, por ahora.

Me trago el gruñido que me sube por la garganta como una ola de rabia caliente. Cuando los ingenieros te dicen «vigila», lo que realmente quieren decir es que algo se está yendo a la mierda, pero aún no tienen pruebas suficientes para confirmarlo.

Aprieto el volante con más fuerza de la necesaria, sintiendo cómo el sudor me baja por el cuello, atrapado entre la tela del mono y la piel, que arde como si el fuego estuviera por dentro.

Nada puede estar mal.

No hoy.

No después de esa clasificación.

No con Dupont pisándome los talones.

Vuelta treinta y siete.

Sigo marcando el ritmo, los tiempos se mantienen, la diferencia aguanta…, pero la semilla de la duda ya ha germinado y está creciendo dentro de mi cabeza como una mala hierba que no puedo arrancar.

Vuelta treinta y ocho.

Un parpadeo. No en las luces, no en el tablero.

En el coche. Una respuesta apenas perceptible, pero distinta. Toco el gas saliendo de la curva doce y la aceleración vacila, como si el motor dudara un segundo antes de responder. ¿Me estás jodiendo?

Miro la telemetría al vuelo, ojos rápidos, manos firmes. Todo está dentro de los márgenes. Claro que sí. Pero eso ya lo sabía. El coche miente. Y yo lo siento.

En la vuelta treinta y nueve, lo noto.

Ahí está. No es un fallo evidente, ni un tirón brusco. Es una vacilación, un titubeo en la aceleración que no debería estar ahí. No me jodas. Solo quedan doce vueltas. No puede pasarme esto ahora. No hoy. No después de todo.

Vuelta cuarenta.

Curva dos.

Curva tres. El coche tiembla, una vibración extraña, como un escalofrío.

Curva cuatro. El motor suena diferente, más opaco, más forzado.

Y entonces la confirmación por radio como una sentencia:

—Pérdida de potencia, confirmamos problema en el motor.

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos. Hasta que siento que podría partirlo en dos. Esto no está pasando.

No.

No.

No ahora.

Por favor.

Vuelta cuarenta y uno.

Lo veo venir.

Curva cuatro. Maxime pegado a mi rebufo, esperando el momento.

Curva cinco. Su coche aparece a mi lado como una sombra inevitable.

Curva seis. Me adelanta sin esfuerzo, como si yo estuviera detenido.

Y lo peor es que no puedo hacer nada. El coche ya no responde. No tengo defensa. No tengo herramientas. Solo impotencia.

Rossi me alcanza en la vuelta cuarenta y tres.

No me ataca de inmediato.

Me estudia. Espera.

Y lo hace en la curva nueve, cuando pierdo tracción en la salida, cuando el coche decide que ya no hay más que dar.

Y aquí me doy cuenta.

No tiene sentido luchar.

No puedo pelear si mi propia máquina me está traicionando.

Cuando cruzo la meta, ni siquiera miro el *pit wall*.

Cuarta posición.

Resultado de la carrera:

1. Maxime Dupont
2. Luca Rossi
3. Ethan Williams

No quiero ver a Maxime celebrándolo. No quiero escuchar su nombre, ni los vítores, ni el himno. Ni siquiera quiero estar cerca del podio.

Me bajo del coche con los músculos aún tensos, el cuerpo caliente por la rabia contenida y la mandíbula tan apretada que siento que podría romperme los dientes.

Sabía que no debían haber hecho cambios.

Nosotros, los pilotos, lo sentimos todo en el monoplaza: cada vibración, cada fallo, cada mínima desviación en la respuesta. Y cuando algo no está bien, lo sabemos antes que cualquier gráfica.

Me alegra, sí, estoy feliz porque el equipo haya sumado otra victoria. Pero que no haya sido mía… Eso me destroza por dentro.

Tenemos la celebración en el box tras el podio. Brindis, sonrisas, palmadas. Y yo, con la piel erizada de impotencia, solo deseo no estar aquí. Estoy haciendo esfuerzos por no mirar a nadie. Por no explotar.

En cuanto puedo, me refugio en el *motorhome*, lejos de focos, micrófonos y felicitaciones vacías. Arrojo los guantes contra la pared con tanta fuerza que uno rebota en la puerta. No me importan las excusas. No me importa que el fallo fuera inevitable. No vine aquí a perder. Así que pueden celebrar todo lo que quieran. Pueden disfrutar a Maxime, su copa, sus fotos, su maldita sonrisa. Porque les juro que esto no va a volver a pasar. No mientras me queden manos para pelearlo.

El teléfono suena.

Una llamada.

Mi madre.

Y, sin siquiera mirar la pantalla, ya sé lo que viene.

MOTORSPORT INSIDER

Maxime Dupont rompe el dominio de Eric Brown en Silverstone

Por Sasha Harper

Silverstone fue el escenario perfecto para la gran batalla de la temporada 2024 de esta competición: una batalla estratégica, un duelo de compañeros de equipo y un giro inesperado en las últimas vueltas que dejó a los aficionados al borde de sus asientos. Pero si hubo un mensaje claro tras esta carrera, fue este: Eric Brown ya no está solo en Velocity Racing.

Desde el momento en que las luces del semáforo se apagaron, supimos que la victoria no iba a ser un paseo para Brown. En cada vuelta, en cada curva, el joven francés presionó a su compañero de equipo, demostrando que su velocidad en clasificación no había sido casualidad.

A pesar de los esfuerzos de Dupont, Brown pareció controlar la carrera con su precisión habitual. Todo indicaba que, como en años anteriores, la mayoría de las victorias de la temporada serían suyas.

Hasta que todo cambió.

En la vuelta treinta y cuatro, un mensaje de radio sacudió el box de Velocity Racing: «Eric, revisa la temperatura de motor. Solo vigilancia, por ahora».

Pero seis vueltas más tarde el coche comenzó a mostrar signos de debilidad: pérdida de potencia y una respuesta tardía en aceleración.

Maxime Dupont no desaprovechó la oportunidad. Con un movimiento limpio, superó a Brown y tomó el liderato. Luca Rossi, de Aurora Motorsport, también se sumó a la batalla, adelantando a Brown en la vuelta cuarenta y tres y relegándolo al cuarto puesto.

Por primera vez en mucho tiempo, Eric Brown no ha sido el protagonista del podio.

La victoria de Dupont no solo significa su primer gran triunfo en la Fórmula 1. También marca un cambio en la dinámica interna de Velocity Racing. Desde su llegada a la categoría en 2021, Brown ha sido el líder indiscutible del equipo. Pero en Silverstone, Maxime Dupont ha dejado claro que no ha venido a ser un segundo piloto.

«Estoy feliz por el equipo. Hemos trabajado duro para esto —dijo Dupont en la rueda de prensa tras la carrera. Su tono era tranquilo y seguro—. Sabía que tenía ritmo. Sabía que podía pelear».

¿Fue solo una carrera o es la señal de una lucha real por el liderazgo dentro del equipo?

Para Eric Brown, la frustración fue evidente. A pesar de mostrarse impasible en la celebración, su lenguaje corporal decía más que sus palabras. No hubo celebración por su parte. Brown no suele aceptar la derrota fácilmente. Y aunque un fallo mecánico lo dejó sin opciones esta vez, las preguntas sobre su posición en el equipo ya han comenzado. ¿Es un simple tropiezo o un indicio de que su reinado en Velocity Racing está en peligro?

Silverstone nos dejó un mensaje claro: este año, la batalla por el título será diferente. Maxime Dupont ha demostrado que puede ganar. Eric Brown ha demostrado que puede perder. Y en una categoría donde cada punto cuenta, eso lo cambia todo.

La próxima cita será en Imola. Y la gran pregunta que todos se hacen es: ¿cómo responderá Brown a esta derrota?

Capítulo 9



Sasha
Lunes
Día después de la carrera

El tren se desliza con la suavidad de un latido constante y mecánico. Desde mi asiento junto a la ventana, veo cómo el condado de Northamptonshire se desdibuja en el horizonte, reemplazado poco a poco por los campos verdes de Inglaterra. Me esperan casi cinco horas de tren hasta Mánchester.

Estoy volviendo a casa.

Después de cubrir mi primera carrera como periodista de Fórmula 1, regreso al norte por un par de días antes de partir hacia Imola, la próxima cita del calendario. Dos días para recordar que existe un mundo más allá del *paddock*…, aunque mi mente siga atrapada allí.

El eco de los motores aún vibra en mis oídos. La tensión en el *pit lane*, la rueda de prensa, donde Maxime Dupont había hablado con la confianza de un piloto que sabía que había cambiado la narrativa de la temporada, la expresión de Eric Brown al bajarse de su coche tras perder la victoria… No quiero pensar en él. No debería pensar en él. Niego con la cabeza y me obligo a centrarme en el presente. Mánchester me espera.

Mi trabajo, en teoría, es sencillo: cubrir el gran premio que me toque, recopilar datos, seguir a los pilotos, sobre todo a Eric, y luego convertir todo eso en artículos para la web de *Motorsport Insider*. En la práctica, es

otra historia. Estaba sola en el *paddock*. Sin cámaras. Sin apoyo. Sin nadie que me hiciera sombra o me cubriera las espaldas.

Klauss Flick, el titular habitual de este puesto, se dio de baja hace unas semanas. Va a ser padre por tercera vez y, conociéndolo, probablemente ya esté en casa construyendo una cuna mientras narra en voz alta el proceso como si fuera la última vuelta en Mónaco. Klauss tenía siempre a un cámara siguiéndolo, hacía entrevistas en vídeo, directos, piezas con voz en *off*. Era más visible, más mediático.

Yo… no.

Yo he escrito. He hilado las historias entre ruedas quemadas y declaraciones a medias. Y aunque todavía nadie me ha dicho nada, sé que en algún momento pondrán a alguien más conmigo. Alguien con cámara. Alguien que hable más alto que yo. Porque aquí dentro, hacerlo todo sola… es agotador. Pero no voy a quejarme. No estoy aquí para eso. Estoy aquí para demostrar que merezco estar. Aunque nadie me lo ha puesto fácil.

Bajo del tren con la maleta en una mano y el bolso colgado en el hombro contrario. Apenas pongo un pie fuera de la estación, una ráfaga de aire frío me golpea el rostro. Es como si el norte me saludara. Familiar. Íntimo. Y, justo después, escucho un ladrido que me hace sonreír sin querer.

—¡Misty!

Me agacho justo a tiempo para recibir el impacto de un torbellino de rizos marrones y una lengua húmeda que lame mi mejilla sin piedad.

—Tranquila, pequeña —río, acariciando a mi perrita mientras ella mueve la cola con un entusiasmo tan exagerado que parece que va a despegar.

—Parece que alguien te ha echado de menos.

Levanto la vista. Ahí está mi padre, David Harper. De pie junto a una farola, con las manos en los bolsillos, el abrigo largo de siempre y una expresión en la que se mezcla el orgullo de padre y su mirada analítica. Es la clase de mirada que solo un periodista deportivo de raza puede tener. Observa. Lee entre líneas.

—Hola, papá.

Me enderezo para abrazarlo.

—Bienvenida, pequeña. ¿Qué tal el viaje?

Me revuelve el cabello como cuando era niña y luego toma mi maleta sin preguntar. Mi padre es enorme. Literalmente. De espaldas anchas, con un pelo canoso que parece de anuncio y unos ojos azul océano que te atraviesan. Cuando era joven, con su rubio platino y su mandíbula firme, parecía sacado de una película de surfistas. De hecho, la broma familiar es que yo me parezco más a mi madre porque, físicamente, no he heredado nada de él, solo su pasión por contar historias. Emma y Matthew, en cambio… Ellos sí que parecen su copia mejorada.

—Venga, vamos a casa. Emma está deseando verte y Matthew…, bueno, Matthew es Matthew.

Sonrío. Volver a casa siempre es un choque extraño: me siento bien y, al mismo tiempo, me resulta extraño. Como si las paredes me recordaran quién era antes de todo lo que soy ahora.

La casa está igual. Fachada color arena, ventanas blancas como escarcha y, dentro, las mismas fotos sobre la repisa de la chimenea, el mismo sofá desgastado, el mismo aroma a café que parece haberse filtrado en las paredes desde hace veinte años.

Pero yo no soy la misma.

Emma ya está en la cocina, con los ojos brillantes.

—¡Cuéntamelo todo! —exclama, sin rodeos.

Me río.

Emma es una energía desbordada. Está en tercero de ingeniería y habla de motores como si fueran personas. Cuando algo le interesa, no hay forma de pararla. Es brillante, pero un poco torbellino. O mucho.

—No sé por dónde empezar —digo, dejando mi bolso sobre una silla.

—Por los coches, obviamente. ¿Cómo te sentiste al verlos tan de cerca? ¿Cómo suena un motor de F1 cuando lo tienes al lado? ¿Qué hay del efecto suelo de los monoplazas? He leído que…

—Emma, deja que al menos beba agua antes de matarla a preguntas —interrumpe Matthew, entrando en la cocina con su móvil en la mano.

Le sonrío.

—Hola a ti también, Matt.

Mi hermano mayor. Siempre tan sereno, con su camisa perfectamente planchada y ese aire de CEO de su propia vida. Un contraste total con Emma. Conmigo. Con todo.

—No esperaba verte tan pronto —digo, apoyándome en la encimera.

—Tengo unos días libres. Y quería ver cómo te sienta la fama —dice con una media sonrisa—. He leído tu artículo sobre Silverstone. Bastante sólido. Me gusta.

—¿Lo leíste? —pregunto, sorprendida.

—Sí. Aunque creo que le diste demasiada importancia a Dupont. Brown sigue siendo el que mueve titulares.

Pongo los ojos en blanco.

—No todo gira alrededor de Eric Brown.

—Díselo a la prensa. O a tu jefe.

Mi padre se aclara la garganta desde la cabecera de la mesa.

—Fue un buen artículo, Sasha. Objetivo, pero con tu sello. Se nota que tienes instinto.

Sus palabras me tocan más de lo que quiero admitir. Pero entonces añade:

—Solo ten cuidado. Este mundo no es fácil. Pilotos que intentarán manipularte, equipos que te usarán, jefes de prensa que te vetarán. Si no tienes cuidado…, puedes perder tu voz en medio del ruido.

Me quedo quieta, sintiendo el peso de su mirada. No quiero que piense que estoy allí por él. No quiero que nadie lo piense.

—No lo haré, papá. —Lo digo con firmeza, aunque en realidad no me siento demasiado segura.

Su advertencia queda suspendida en el aire mientras Emma desvía la conversación hacia temas más ligeros como la comida en los circuitos, el caos dentro de los boxes, cómo son los demás periodistas y si todos los pilotos están tan buenos en persona como en las fotos.

Y en ese momento, con Misty dormida a mis pies, Emma hablando sola sobre los difusores y Matthew revisando su correo, sé que hay algo en lo

que sí me parezco a mi padre: como él, sé cómo contar una historia. Pero con mi voz. A mi manera. Aun así, sigo sintiendo su mirada. El peso de su reputación. De su legado. De todo lo que conlleva apellidarse Harper en este mundo. Y me pregunto, una vez más, si algún día me verán como Sasha. No como la hija de David Harper. Me cuesta soportar la idea de que alguien piense que he llegado donde he llegado por él. He trabajado duro. Nadie me ha regalado nada.

Después de cenar, Emma y yo nos acurrucamos en el sofá con Misty a los pies, listas para ver nuestra serie favorita de siempre, *One Tree Hill*. No importa cuánto tiempo pase, Nathan Scott, el protagonista, sigue ocupando un lugar preminente en mi altar emocional. Ninguna madurez puede cambiar eso.

¿Dónde estará nuestro Nathan Scott?

La canción de la serie empieza a sonar y mi hermana y yo empezamos a cantarla como si la vida nos fuese en ello.

♫ *I don't wanna be*
Anything other than what I've been tryna be lately
All I have to do is think of me, and I have peace of mind
I'm tired of looking 'round rooms
Wondering what I've gotta do
Or who I'm supposed to be ♫

Siempre intento disfrutar de las pequeñas cosas. Sé que no todo el mundo tiene a alguien con quien compartir sus aficiones, pero para mí tener una hermana como Emma es algo increíble. Tengo mucha suerte con la familia que me ha tocado.

Tras un par de episodios, me encierro en mi habitación.

Todo está exactamente como lo dejé. La estantería repleta de libros, los pósters de las películas que más me gustaron cuando era más pequeña (el de Nathan Scott un poco torcido), la ventana abierta al jardín trasero donde Misty duerme tan tranquila en su caseta.

Nada ha cambiado.

Y, sin embargo, algo está mal, y ese algo está dentro de mí.

He venido buscando descanso. Un refugio. Pero el silencio que llena la habitación es tan pesado que parece una presencia más. Me dejo caer en la cama, clavando los ojos en el techo, intentando convencerme de que basta con respirar. Inspiro hondo. El aire no baja. Se me queda atascado en el pecho como si un torno invisible me apretara las costillas.

Lo reconozco al instante. Ya lo conozco demasiado bien.

Los recuerdos nunca avisan. Llegan como cuchillas. Los gritos. El portazo. El sonido de los platos rotos. Mi madre alejándose por última vez.

Mi corazón se dispara. El temblor recorre mi piel. Abro los ojos de golpe, pero no sirve de nada. El ahogo sigue ahí. Manos que tiemblan. Pulso desbocado. El pecho atrapado en una jaula invisible.

No.

Me siento en la cama y me llevo las manos a la cabeza, intentando regular la respiración.

Cinco cosas que puedo ver.

Cuatro cosas que puedo tocar.

Es un ejercicio que me enseñaron en terapia para cuando la ansiedad me atrapa. Se llama *grounding* o técnica de conexión con el presente. Se trata de enfocarte en los sentidos para no perderte en la mente. Tienes que identificar cinco cosas que ves, cuatro que puedes tocar, tres que puedes oír, dos que puedes oler y una que puedes saborear. Es como anclarte a lo que tienes alrededor para dejar de flotar entre recuerdos y miedo.

Empiezo a contar. Pero hoy… no funciona.

Tres cosas que puedo escuchar.

Dos cosas que puedo oler

Una cosa que puedo saborear.

Nada.

No funciona, esta vez no.

Mi mente sigue corriendo, atrapada entre recuerdos y pensamientos que no puedo controlar. Busco mi teléfono con manos torpes y abro la carpeta de mis canciones favoritas.

Tramps like us…, baby, we were born to run… La voz áspera de Springsteen llena la habitación como un salvavidas arrojado en mitad del naufragio. La música siempre ha sido mi refugio. Con «Born to Run» siento que puedo escapar, aunque solo sea por unos minutos, correr sin mirar atrás.

Exhalo lentamente.

Las notas recorren las paredes y me envuelven. Algo se mueve a los pies de la cama. Misty ha entrado en la habitación para acompañarme. Se queda quieta, mirándome con sus ojos oscuros, como si supiera exactamente lo que pasa dentro de mi cabeza. Y después, sin pedir nada, se acurruca a mi lado. No me pide atención. No me exige caricias. Solo se queda conmigo. Y eso es suficiente.

Mi respiración empieza a acompasarse con el ritmo de la canción. El temblor se apaga poco a poco. Le paso la mano por el lomo, sintiendo su pelaje suave, usando su calor como ancla.

La canción sigue sonando. Las notas recorren las paredes como si abrazaran todo mi cuarto. Y por primera vez en horas cierro los ojos… y el silencio ya no me da miedo.

Capítulo 10



Eric
Londres. Martes
En casa, después del GP

La puerta se cierra a mi espalda y la casa me devuelve lo de siempre: silencio caro. Cristales del suelo al techo, vistas al río, luces empotradas que parecen de quirófano, un sofá al que nunca le saco arrugas. Todo está impecable y a su vez vacío.

Dejo la mochila y el casco de la moto en el suelo del recibidor, me quito las zapatillas deportivas y camino descalzo, sintiendo cada moratón, cada corte donde el arnés se clavó el domingo, recordándome que salí entero, sí, pero cansado; que cada fibra de mi cuerpo grita lo mismo que mi mente: «Esto es demasiado».

Abro la nevera por inercia. Solo hay agua y proteínas. Nada que pueda reconfortar el cuerpo. Bebo directamente de la botella de cristal y el eco del trago rebota en la cocina, un aplauso distante que no celebra nada.

Enciendo la televisión y dejo que los titulares pasen sin tocarme. La misma historia de estos últimos días: «¿Quién frena a Brown?», y una cámara congelando el momento exacto en que cerré la trazada. Apago la tele. No necesito ver otra vez lo que ya repito dormido y despierto: el mismo gesto mecánico, la misma respiración contenida.

El móvil vibra en la encimera. Es un mensaje de voz de mi madre. Pulso el *play* por costumbre, no porque realmente me haga ilusión recibir un mensaje de ella.

Eric, cariño. Ayer cené con los de la Federación. Todos hablan de ti. Me alegra, pero hay que ser listos. No puedes dejar escapar más puntos. El campeonato no perdona. Llámame cuando puedas. Y, por favor, cuida la imagen.

Corta sin preguntar cómo estoy. Corta donde siempre.

El mensaje se queda flotando entre la cafetera y el bol de fruta. Lo borro. No porque duela, sino porque pesa.

Me quito la camiseta con cuidado. Cada movimiento me recuerda los golpes del fin de semana. Mi cuello cruje y noto los hombros cargados. Voy al baño y enciendo la luz. La cara que me devuelve el espejo es la de un tipo que no dormía antes de Silverstone y que no va a dormir ahora: ojeras profundas, mandíbula tensa, un corte fino en la base del cabello que ni recuerdo cuándo me hice. Abro el grifo de la ducha, espero a que arda y dejo que el golpe del agua caliente en la nuca me devuelva por un minuto a un lugar donde solo existe el ruido blanco, motor sin pistones, calor sin público, respiración sin exigencia.

Salgo con la toalla alrededor de la cintura y voy a la cocina para coger hielo de la nevera. Me lo aplico en la base del cráneo y camino lentamente hasta el salón. Me dejo caer en el sofá de cuero, que suelta un suspiro breve, como si él también estuviera cansado de sostenerme. La casa no huele a nada.

Abro el portátil. Correo del equipo con el *debrief*. Adam subraya tres puntos de trabajo y un «descansa DOS días, no seas héroe». Lo cierro antes de que la sangre me hierva por no poder tocar un coche. Entro en la web oficial de F1. Busco mi nombre, por si en alguna línea hubiera un atisbo de mí mismo que todavía no he entendido.

Top de portada: «Luca Rossi: el arte de bajar la velocidad para ganar». Firma: Sasha Harper. Empieza hablando de ritmos, no de tiempos por vuelta, sino de ritmos internos; de cómo algunos pilotos no atacan la pista, la persuaden; de cómo el *paddock* confunde silencio con arrogancia porque nadie sabe qué hacer con alguien que no grita. Luca en parciales

negativos que le abren la vuelta, Luca sabiendo esperar, Luca como si supiera algo que los demás no sabemos.

Me jode que el artículo no sea sobre mí. Me jode más reconocer que está bien escrito. Y hay una frase que se me clava: «A veces, lo más rápido que puedes ir es exactamente a la velocidad a la que no te rompes».

Cierro los ojos. Ridículo que me afecte una frase, y sin embargo ahí está el pinchazo en el orgullo, el eco de mi madre diciendo «No puedes fallar» mientras todo lo demás se desvanece. En medio de todo, una voz que no conozco, apuntando a un lugar que no enseñamos a nadie.

Paso al final. No hay chisme fácil. No hay heroína colándose en el box. Harper no escribe para agradar; escribe como si tuviera prisa por llegar a la parte que duele, y cuando llega, no hace brotar la sangre. Me molesta el respeto. Me intriga.

Cierro el portátil. La casa vuelve a su latido mínimo: el compresor del frigorífico, un coche lejano sobre el puente, mi respiración intentando encontrar un ritmo que no parezca una recta infinita.

Suena el teléfono. Papá:

—Pasamos por tu casa en veinte minutos. Llevamos algo de cena.

Unos minutos más tarde, cuando llegan, la puerta se abre y mi madre entra con su habitual aire de superioridad. Mi padre va detrás con la bolsa de pan, un pastel de carne recién hecho y un par de botellas de vino. Todo perfectamente organizado. Cuando se presentan así, siempre tengo la sensación de que van a inspeccionar cada rincón de la casa. Mi madre no me dice nada, solo entra y me mira, evaluándome, como si intentara medir cuánto de lo que soy hoy se corresponde con la versión que quiere ver. Mi padre, más tranquilo, intenta relajar el ambiente, pero incluso su sonrisa tiene esa carga de «Confío en que todo saldrá bien», como si supiera que hoy voy a necesitar sostenerme a mí mismo más que nunca.

—Hola, hijo —dice papá, tratando de insuflar normalidad—. Nada de complicaciones hoy, solo comida lista para comer y calma, puedes estar tranquilo. Me alegro de verte.

—Hola —respondo, sin entusiasmo, mientras los dejo acomodarse en la cocina, sintiendo cada paso de mi madre como un recordatorio de todo lo

que no puedo permitir que se vea.

Mi padre coloca el pastel de carne sobre la encimera, abre una botella de vino y sirve un poco en cada copa. Mientras tanto, mi madre se sienta con los brazos cruzados y se dedica a examinar cada gesto que hago, cada línea de tensión que mi cuerpo no logra disimular, cada sombra bajo mis ojos. Nada le pasa inadvertido.

—Eric, en cuanto a la comida del otro día, deberías usar más sal —comenta, cortando un trozo de pan y dejándolo sobre la tabla con una precisión calculada—. Y la pasta… estaba demasiado cocida. ¿No me digas que no has pensado en hacer un curso decente de cocina?

Papá suspira, levanta los hombros y me da una palmada ligera en el brazo.

—Oh, vamos… —dice con suavidad a mi madre—. Hoy solo comemos, nada de exámenes de cocina, nada de lecciones que no pedimos, por favor.

—Creo que tienes que estar más centrado en general, Eric —insiste ella, y esta vez su voz se clava en el aire como un bisturí—. No basta con correr rápido si no sabes cuidar lo que proyectas. Dejar que Rossi y los demás se cuelen en los titulares sin que muevas un dedo… Eso es algo que dice mucho de ti, aunque no quieras verlo.

Me siento atrapado, como si cada palabra de mi madre pesara más que cualquier esfuerzo físico que haya hecho este fin de semana, como si el calor de la casa y el aroma del pastel de carne se volvieran cadenas invisibles. Noto que mis hombros se tensan y que estoy apretando la mandíbula, y por un segundo tengo que recordarme que puedo respirar, que el silencio de la ciudad no me va a ahogar tanto como esto.

—Lo que otros piensen o dejen de pensar de mí no suma puntos en la pista —respondo, casi susurrando, dejando que mis palabras caigan pesadas sobre la mesa, con cada sílaba luchando contra el peso de sus expectativas.

—Te equivocas —replica ella, con esa mezcla de desprecio y autoridad que hace que me sienta desnudo incluso con la ropa puesta—. La competición también se lleva a cabo fuera del coche, Eric. Con tu imagen,

con tu control, con cómo te muestras al mundo, incluso cuando crees que nadie te está mirando.

Papá suspira de nuevo, levanta la copa y me lanza una mirada que quiere ser un refugio, pero solo consigue recordarme lo solo que estoy en todo esto.

—Recuerda Interlagos, Eric —dice con suavidad, casi en un susurro, pero es suficiente para atravesarme—. Diecinueve años, lluvia, pista, tú solo… No necesitabas aprobación, ni titulares, ni consejos de nadie.

Asiento, pero mis pensamientos giran en círculos como un motor que no deja de rugir. El recuerdo me quema por dentro, demasiado íntimo para compartirlo, demasiado real para ignorarlo.

Mi padre deja la copa a un lado y me lanza una mirada que intenta ser ligera, un pequeño puente entre la tensión y algo parecido a normalidad.

—Oye, Eric —dice con voz tranquila—, ¿y Luca? ¿Cómo va todo con él? ¿Algo nuevo en el *paddock* que me puedas contar? ¿Alguna chica a la vista?

Su intento de conversación me desconcierta, pero de algún modo también me calma. Respiro hondo y dejo que unas pocas palabras salgan de mi boca, torpes, pero sinceras.

—Bien…, todo bien. Nada especial, solo trabajo. Y… no, no hay chicas —respondo, encogiéndome de hombros, tratando de que mi voz no traicione el cansancio ni la tensión.

Mamá cruza los brazos y me mira con esa mezcla de curiosidad y juicio que siempre me pone en alerta.

—¿No hay ninguna chica? —dice, ladeando la cabeza—. ¿Seguro que no estás ocultando algo, Eric? Porque me parece raro que no haya nadie que te haga sonreír fuera de la pista. ¿Luca tampoco te ha presentado a nadie interesante?

Me quedo congelado un segundo, deseando que la tierra se abra bajo mis pies. Mi padre interviene antes de que la situación se enrede demasiado.

—No hagas caso, Eric —dice con voz suave y haciendo un gesto con el que quiere quitar importancia a lo que mi madre acaba de decir—. No

hay necesidad de convertir la cena en un interrogatorio. Lo importante es que descanses y comas algo caliente, ¿verdad?

—Sí, claro —murmuro, dándole la razón sin mirar a mamá.

Pero ella no se rinde, y la tensión vuelve a filtrarse como un hilo de humo entre nosotros:

—También cuenta cómo te muestras fuera del coche. La gente observa siempre a gente como tú, les importa con quién compartes los momentos fuera de la pista. Luca parece un buen amigo, úsalo a tu favor, deja que se te vea, que hablen bien de ti por algo más que tus tiempos.

—No es mi prioridad —respondo, manteniendo un tono de voz bajo, intentando no perder la paciencia.

—Bueno, supongo que cada uno tiene sus tiempos —dice mi padre suavemente, tratando de que tengamos la cena en paz—. Pero me gusta saber que tienes amigos en los que apoyarte. Luca parece alguien en quien puedes confiar. Tú solo sé tú mismo, y ya está.

Asiento, un poco más relajado tras la intervención de mi padre, aunque mamá sigue evaluándome como si estuviera a punto de dictar sentencia.

La cena continúa, lenta y tensa, pero ahora con un hilo de conversación más humano, más cercano. Cada comentario de mi madre cae como pequeñas astillas en mi piel, pero los silencios incómodos se intercalan con gestos y palabras de mi padre que logran suavizar un poco la presión. Intento concentrarme en la comida, en el calor que ahora empieza a sentirse menos opresivo, y en la respiración que trato de hacer que parezca normal.

Cuando finalmente se van, dejando atrás copas medio llenas y un pastel de carne que ya nadie tocará, la casa recupera el silencio habitual, pesado, como si respirara conmigo. Recojo los platos, guardo lo que ha sobrado de la comida y coloco las botellas de vino en su sitio. La soledad ahora pesa distinto: no es vacío, no es calma. Es un momento mío, raro y breve, en el que puedo escuchar mi propio ritmo, el murmullo de mi sangre todavía acelerada, y sentir que, entre la presión, la tensión y el ruido apagado, sigo siendo yo, aunque por unos minutos, y solo por unos minutos, parezca suficiente.

Capítulo 11



Eric
Jueves
Vuelo de Mánchester a Bolonia

El día empezó con la promesa de que iba a ser fácil.

Spoiler: no lo fue.

Me levanto temprano, con la esperanza de que todo sea rápido, limpio, simple. Un par de cafés, un jet de Londres a Mánchester, un salto cómodo hasta Bolonia. Todo en orden, todo controlado. Pero la vida, últimamente, parece empeñada en recordarme que el control es un espejismo.

Subo al jet privado en Londres con la convicción de que al menos durante esa hora y media voy a tener un respiro. No necesito lujos, no necesito comodidades: solo cerrar los ojos, dormir un poco, que nadie me hable. Pero incluso ese trayecto, que debería ser un trámite, me sabe amargo. El asiento me resulta incómodo, el aire está demasiado cargado y mi cabeza no se calla. Intento dormir, me revuelvo, me quito los cascos, me los vuelvo a poner. Nada funciona. Pienso en Silverstone, en Dupont respirándome en la nuca, en la prensa, en los patrocinadores, en esa carrera que aún no ha empezado, pero que ya me está pesando como una losa en los hombros.

Cuando por fin aterrizo en Mánchester, me convenzo de que lo peor ya pasó. Error.

El teléfono vibra en cuanto pongo un pie en la terminal privada. Adam.

—No puede ser, ¿en serio? —murmuro con el móvil pegado al oído, mientras el cansancio y el mal humor se me clavan como agujas detrás de

los ojos.

—Mira, Eric, lo siento —responde Adam, y ya ese tono de resignación me pone de los nervios—. El jet a Bolonia no despega hasta dentro de seis horas. Problemas técnicos en el sistema de navegación. Nada grave, pero lo suficiente para dejarlo en tierra.

Seis horas.

—¿Y cuál es la alternativa? —escupo, apretando los labios como si me sirviera para no perder la paciencia.

—Te hemos reservado un billete en un vuelo comercial a Bolonia. Sale en dos horas desde la terminal principal.

Cierro los ojos un momento. Respiro. Cuento hasta cinco.

Un vuelo comercial.

—¿Estás de coña? —gruño. Lo que me jode no es la gente, ni la incomodidad. Es la improvisación. La pérdida de control. —O te esperas seis horas en Mánchester para volar en el jet o tomas el vuelo comercial dentro de dos horas —responde Adam, con ese tono cansado de «no tengo tiempo para tus quejas».

Aprieto los dientes. No es el vuelo comercial lo que me toca los cojones. Lo que me revienta es tener que cambiar un plan que ya estaba cerrado. Esa sensación de que me arrebatan el control justo cuando más lo necesito.

—Dame los datos del vuelo —digo, pasándome la mano por la cara, deseando que todo esto sea una pesadilla de esas que desaparecen al despertar.

Y entonces empieza la verdadera tortura.

Dejo atrás la calma de la terminal privada y me adentro en el caos de la terminal comercial de Mánchester. Es como cambiar de dimensión: ruido, golpes secos de maletas arrastrándose por el suelo, constantes anuncios por megafonía, niños que corren, conversaciones en idiomas que apenas entiendo, un mar de rostros tensos y cansados que se mueven en todas direcciones… Una marea humana que parece arrastrarme, aunque no quiera.

Me pongo la gorra negra y las gafas de sol e intento pasar desapercibido. Spoiler: solo funciona en las películas.

Diez minutos. Ese es el tiempo que tardo en notar cómo las miradas empiezan a buscarme, a clavarse en mí. Susurros, murmullos, pequeñas sacudidas en la multitud que se encienden como chispas de un incendio que no tarda en propagarse.

—¿Es Eric Brown?

—¿Qué hace aquí?

—¿Los pilotos no viajan en jets privados?

—¿Deberíamos pedirle una foto?

Ignoro todos esos comentarios. Bajo la cabeza y acelero el paso. Solo quiero sentarme, respirar, dormir. Nada más. Pero, claro, eso tampoco va a pasar.

Sasha

Cuando llegamos al aeropuerto, mi padre aparca sin decir mucho, y mientras me ayuda a bajar la maleta, me lanza una mirada que parece contener todo lo que no puede decir con palabras: que se siente orgulloso y también preocupado.

Acaba envolviéndome en un abrazo fuerte, de esos que intentan protegerte de todo lo malo, aun sabiendo que no es posible. Y sus palabras son escasas, pero están cargadas de significado:

—Cuídate, ¿sí?

—Lo haré.

—Y si Brown vuelve a decirte algo que esté fuera de lugar… ya sabes dónde encontrarme.

Me río, pero me sale una risa un poco forzada, como si fuese un eco débil de tranquilidad que no logra llenar el vacío.

—Gracias, papá, pero puedo manejarlo.

—Te quiero, peque. Disfruta del viaje.

—Yo también te quiero.

Me giro para mirarlo antes de desaparecer entre la multitud. Sigue ahí, mirándome orgulloso, pero también con una especie de resignación silenciosa que parece acompañarme incluso desde lejos, como si supiera que mi mundo no tiene freno y que ninguna precaución será suficiente.

El aeropuerto de Mánchester está lleno, mucho más de lo que esperaba para ser un jueves por la mañana, y de un momento a otro la multitud me envuelve: familias arrastrando maletas gigantes, ejecutivos con maletines y miradas tensas, mochileros con auriculares y ese aire de despreocupación que parece un lujo inalcanzable.

Me dirijo al control de seguridad, rezando para que la broma del sobrepeso no se repita. Saco el portátil, los líquidos y el pasaporte, y me repito que necesito calma, pero la ansiedad se instala en mi pecho como una piedra que no se mueve, pesada y persistente.

Mi mente se resiste a quedarse quieta; repasa todo el fin de semana en Silverstone, la presión de mi jefe Mike, el accidente de la carrera, Eric, los recuerdos de casa, mi madre y ese vacío que dejó al marcharse, un hueco que resuena con cada paso que doy y cada maleta que arrastro.

Recojo mis cosas de manera automática, casi mecánica, y avanzo hasta la zona de embarque, guiándome por pantallas que parpadean sin descanso y anuncian mi vuelo: 2084 – Mánchester → Bolonia, puerta 17, embarque en dos horas.

Dos horas para sentarme a pensar, para sentir, para sumergirme en el caos de mi cabeza. Camino hacia una de las cafeterías más cercanas y me siento junto a la ventana, como si ese pequeño espacio pudiera absorberme por completo.

Pido un chocolate caliente, abro el libro electrónico y me sumerjo en las páginas de un libro que me arrastra a otra vida, a personajes que tropiezan y se levantan, a historias que me permiten respirar y olvidar, aunque sea por un instante, que estoy a punto de enfrentarme a algo inevitable.

Un rato más tarde, después de leer varios capítulos, levanto la cabeza y me pongo en pie para estirarme un poco. Estiro los brazos y muevo los hombros, como si con esos simples movimientos pudiera librarme de la tensión que se acumula en mi espalda. El murmullo del aeropuerto me

envuelve, un ruido constante de maletas rodando, megafonía repitiendo destinos, voces entrecortadas que van y vienen. Me pierdo un instante en esa corriente anónima, como si pudiera disolverme en ella. Y entonces, justo cuando vuelvo a girar la cabeza hacia la cristalera, lo veo.

No.

No es posible.

Al principio pienso que es un error, un reflejo en el vidrio, alguien con un parecido casual. Parpadeo varias veces, incrédula, intentando convencerme de que es una broma del cansancio, un espejismo, una de esas jugarretas que te hace la mente cuando llevas demasiado tiempo despierto. Pero no. La silueta se acerca, inconfundible.

Ahí está él.

Eric Brown.

Cruza la terminal con el ceño fruncido, el paso rápido, la mandíbula apretada. Parece que lleva esa expresión de cabreo tatuada en su cara. Va solo. Sin equipo, sin asistentes, sin cámaras. Debería estar subiendo a un jet privado, rodeado de silencio y privilegios, y en cambio está aquí, caminando entre la misma multitud que yo.

Mi mente lucha por procesarlo mientras fragmentos de conversaciones ajenas flotan cerca.

—… problema con la logística de Velocity Racing…

—… avión privado cancelado…

—… cogerá un vuelo comercial hasta Bolonia…

No. Esto no puede estar pasando.

Instintivamente, me escondo detrás del libro electrónico y levanto el portátil como un escudo, intentando desaparecer mientras lo observo avanzar hacia el embarque. Siento que cada uno de sus pasos resquebraja un poco más mi calma. La realidad se vuelve densa, casi tangible. Respiro con dificultad, anticipando algo que aún no ha ocurrido.

Cuando levanta la vista y gira la cabeza hacia mí, noto que el mundo se encoge. Me agarro al portátil con fuerza sintiendo una mezcla de miedo, exasperación y fascinación.

—No me jodas —susurro para mí misma, con el corazón latiéndome en los oídos.

Salgo corriendo de la cafetería y me dirijo a la puerta. El embarque comienza y me muevo hacia la cola como un autómata. La pantalla repite el número de mi vuelo en un bucle que ya me taladra la cabeza: 2084, destino Bolonia, puerta 17. La azafata revisa mi billete, sonríe sin mirarme de verdad y me desea buen viaje. Apenas consigo devolverle un gesto, porque mi estómago es un nudo.

Camino por el pasillo, rodeada de desconocidos que arrastran maletas y parlotean sobre vacaciones, mientras yo me siento fuera de lugar, como si todo esto fuera una broma macabra. Mis zapatos resuenan en el suelo metálico y cada paso me pesa más que el anterior.

Dentro del avión, el aire huele a plástico, café recalentado y perfume barato. Recorro el pasillo con el billete apretado en la mano, buscando mi asiento. Fila 14. Avanzo con rapidez, esquivando cabezas y maletas, hasta que lo veo.

Ahí está.

Eric Brown en un avión comercial.

Viajando en clase turista.

Sin su servicio de bar privado.

Con sus cascos de siempre y un espacio ridículo para sus largas piernas.

Sentado junto a la ventanilla, con la gorra calada, los brazos cruzados, la mandíbula apretada y su eterna expresión de fastidio.

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que acabaría compartiendo vuelo con Eric Brown, me habría reído tan fuerte que medio *paddock* se habría vuelto a mirarme. Y hubiera sido una carcajada cínica, llena de incredulidad y veneno. Sin embargo, aquí estoy. Aquí estamos. Mismo vuelo. Misma fila. Asientos contiguos.

Eric Brown, el dios del asfalto, compartiendo espacio con un puñado de simples mortales. Parece que el universo ha decidido equilibrar la balanza. Aunque, la verdad, ver a alguien como él, tan perfecto, enjaulado en lo ordinario tiene un aire… poético.

Aunque el universo, por supuesto, también me está puteando a mí. Porque no está sentado en la fila de delante, ni en el otro extremo del pasillo. No. Está literalmente a mi lado. A un movimiento de codo. Compartiendo reposabrazos, espacio, oxígeno. La incomodidad es tan real que casi puedo olerla.

Y lo peor… es que no dice nada. Ni un saludo. Ni un gruñido. Permanece sentado y deja que el aire se cargue de tensión hasta niveles peligrosos. Y yo… hago lo mismo. No porque sea madura, sino porque prefiero fingir que Eric Brown no existe antes que interactuar con él en un espacio cerrado a doce mil metros de altura.

Enciendo mi libro electrónico y me sumerjo en esas páginas con la desesperación de alguien que necesita desaparecer al menos durante un par de horas. Pero, por supuesto, no puedo ignorar del todo el leve crujido del cuero de su asiento cuando cambia de posición, ni cómo se remueve como si el aire le molestara, ni su maldito perfume, ese que huele a algo prohibido, costoso, peligrosamente familiar.

Todo va bien.

O eso quiero creer.

El avión despega sin problemas. Y aunque siempre me ha dado miedo volar, esta vez es distinto. No hay sacudidas. No hay sobresaltos. Pero siento una presión en el pecho que no afloja.

A mi lado, Eric apoya la cabeza hacia atrás con la mandíbula relajada y los brazos cruzados sobre el pecho. Como si no le importara nada. Como si estar atrapado en un avión conmigo no le resultara incómodo ni significativo. Como si, para variar, él sí supiera desconectar del mundo.

Intento volver a la lectura. Una línea. Otra línea. Lo cierto es que no avanzo ni dos páginas. Mi cerebro está demasiado ocupado: recordando que estoy en un vuelo rumbo a Italia para cubrir mi segunda carrera de Fórmula 1, que solo quedan cuatro carreras para terminar la temporada y que estoy sentada junto a Eric maldito Brown.

Respiro hondo, paso página sin haber leído nada. Ha pasado casi una hora. Solo quedan dos. Puedo sobrevivir dos horas más.

Entonces, algo cambia. Siento un movimiento sutil a mi lado. Eric, que hasta ahora parecía esculpido en piedra, empieza a relajarse. Bien… Giro la cabeza apenas, sin apartar la vista de mi libro, y lo veo cerrar los párpados lentamente. ¡Oh! ¿Se va a dormir? Genial. Al menos eso significa que no tengo que intercambiar ninguna palabra con él. Cierro los ojos un segundo y me permito disfrutar de este pequeño triunfo silencioso. Hasta que empieza la tortura. Todo arranca con un sonido gutural, casi imperceptible. Pero no pasan ni dos minutos y se convierte en el ruido más horrible que he oído en mi vida.

Eric.

Brown.

Ronca.

Y no de forma normal. No. Es el tipo de ronquido que te hace preguntarte si la persona está a punto de ser exorcizada en pleno vuelo.

—¿Estás de coña? —murmuro.

El sonido resuena en el reducido espacio de la cabina, profundo y rasposo, como si su cuerpo protestara contra su propia existencia. Y lo más insoportable de todo no es que ronque, es que… ¿cómo puede alguien verse tan jodidamente perfecto incluso mientras ronca? La primera vez que lo oigo, todo mi cuerpo se tensa. La segunda, giro la cabeza con la boca entreabierta. Tras la tercera, quiero asesinarlo.

Apago el dispositivo y miro a mi alrededor. No soy la única que está sufriendo. En el asiento de delante de Eric, una señora mayor con pelo blanco recogido en un moño apretado frunce el ceño y me lanza una mirada de desaprobación y desconcierto. Apostaría que no tiene ni idea de quién es Eric.

Un hombre mayor, dos filas más adelante, resopla con dramatismo y se coloca los auriculares con tanta fuerza que casi se los incrusta en el cráneo. Incluso un niño en la fila opuesta gira la cabeza y nos mira con absoluta confusión.

Los asientos están dispuestos de tres en tres: yo en el centro, Eric en la ventanilla. Perfecto para el infierno.

Y Eric, por supuesto, sigue en coma. Boca ligeramente abierta, cabeza ladeada hacia un lado, cuello expuesto, respiración profunda como si llevara años sin dormir. Cero conciencia del caos que está provocando.

Ignóralo, Sasha.

Respiro hondo. Intento concentrarme. Vuelvo a encender el libro electrónico y finjo que leo, porque mi atención está volcada a lo que pasa a mi izquierda. Cada vez que su respiración se vuelve más sonora, me obligo a contener la risa.

No puedo grabarlo. No puedo hacerle una foto. Y no puedo dejar de escucharlo. Desde luego, es de lo más molesto, pero lo que realmente me golpea es la sorpresa: ver al magnífico Eric Brown tan humano. Tan humano que duele. El arrogante y ególatra piloto con complejo de estrella. Pero ahora está ahí, dormido, con la cabeza girada hacia mí, las pestañas oscuras descansando sobre su piel, roncando como si el mundo no lo estuviera mirando.

En ese momento… no es Eric Brown, el piloto. Es solo Eric. El tipo que se ha quedado sin vuelo privado y que, igual que yo, solo quiere llegar a Italia sin colapsar por el camino.

Necesito espacio. Aire. Silencio. Me levanto con cuidado, evitando rozarlo, y camino por el pasillo del avión con pasos medidos, como si huyera de algo que todavía no tiene nombre. Pero apenas giro hacia la zona del baño…, me choco de frente con alguien.

—¡Oh, mierda! Perdón —digo, tambaleándome hacia un costado y sujetándome en el respaldo de un asiento.

La chica también se desequilibra ligeramente, aunque lo disimula con elegancia. Es delgada y tiene la piel clara y un cabello rojo precioso recogido en una coleta floja. Lleva un jersey gris enorme que le cae por los hombros como si lo hubiera robado del armario de alguien más. Sus ojos azules se clavan en los míos con una mezcla de diversión y algo que no termino de descifrar. Algo inusualmente tranquilo.

—¿También estás huyendo del chico ruidoso? —pregunta como si me conociera de toda la vida.

Tardo un segundo en procesarlo y luego suelto una carcajada silenciosa, tapándome la boca.

—No tienes idea —respondo, soltando el aire que no sabía que estaba conteniendo.

La chica se cruza de brazos y ladea la cabeza.

—Se ve que lo conoces.

—Más de lo que me gustaría —confieso, sin pensarlo demasiado.

Ella sonríe y se me queda mirando.

—Debe de ser una tortura de hombre si ronca así.

—Lo es —respondo, y por primera vez lo admito en voz alta. Sin sarcasmo. Sin máscaras. Lo es. Pero no por las razones que ella imagina.

—Mis condolencias —añade, medio en broma.

El silencio que sigue no es incómodo. Fue como una pequeña pausa compartida por dos desconocidas que no necesitan decir mucho más. Una burbuja de calma en mitad del ruido. La miro mejor. Tiene algo en la mirada, como si ya hubiera estado en sitios complicados. Como si supiera exactamente qué se siente al querer escapar de algo… o de alguien.

—¿Eres periodista? —pregunta de pronto, señalando con la barbilla la acreditación que asoma de mi bolso.

Asiento, algo desconcertada.

—Sí.

—Interesante —dice, sin explicar a qué se refiere.

Antes de que pueda preguntarle nada más, la puerta del baño se abre y un pasajero sale. La chica da un paso atrás, como si nuestra pequeña conversación se hubiera agotado de forma natural.

—Nos vemos por ahí, supongo.

—Sí…, nos vemos.

Y se va. Así. Como si nunca hubiera estado.

Me quedo allí un momento más. Respiro. Me acomodo el pelo. Me encierro en el baño, no porque lo necesite, sino porque quiero unos minutos más lejos de él. Cuando vuelvo a mi asiento, enseguida noto que ya está despierto. Lo sé por su postura: más rígida, nada relajada. Está

mirando por la ventanilla con el ceño fruncido, como si estuviera enfadado con el mismísimo cielo.

Me siento sin decir nada. Él tampoco habla. Por un momento, la paz del pasillo parece un sueño. El resto del vuelo es… tolerable. Eric sube el volumen de sus cascos, decidido a aislarse del mundo. Yo, por fin, me pierdo en las páginas de mi libro.

El avión aterriza sin incidentes. Rutina. Movimiento. Ruidos de cinturones, equipaje, conversaciones a medio terminar. Nos ponemos de pie casi al mismo tiempo. Y cuando ya creo que vamos a marcharnos sin romper ese silencio denso que llevamos cargando desde el despegue…

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo, sin pensarlo demasiado.

Él gira el rostro hacia mí con una ceja levantada, cauteloso.

—Depende.

Lo miro directamente, sin escudo alguno. Esta vez, su mirada no es la habitual barrera fría. Hay un destello fugaz, un brillo que asoma por un segundo a sus ojos, como si algo genuino, inesperado, se colara entre la distancia y la tensión que siempre lo rodea. Me deja sin aliento y por un instante casi olvido que lo tengo enfrente.

—¿Por qué te gusta tan poco la prensa?

Veo el destello. Apenas un parpadeo de emoción cruda. Una sombra de algo que podría haber sido una respuesta. Pero se desvanece rápido. Demasiado rápido.

Su expresión se endurece.

—Nos vemos, *rookie* —murmura con tono neutro.

Y se va. Como siempre.

Y, aun así…, algo se queda conmigo. Una grieta. Una duda. Una historia sin escribir.

Capítulo 12



Eric
Bolonia-Imola
Jueves por la tarde

El aterrizaje en Bolonia es suave.

O eso dicen por el altavoz.

Yo no noto una mierda. Lo único que me atraviesa es la presencia de Sasha Harper a mi lado, demasiado cerca, demasiado consciente de cada respiración que compartimos, como si el espacio entre nosotros fuese una línea tan fina que puede romperse en cualquier momento. Todo lo que siento ahora mismo es demasiado real. Llevamos unas horas compartiendo fila, aire, tensión, y si algo tengo claro es que el verdadero aterrizaje no ha sido el del avión, sino el mío en la realidad de mi vida. Su pregunta sigue taladrándome desde que me la lanzó en voz baja y con mirada firme:

«¿Por qué te gusta tan poco la prensa?». Como si tuviera algún puto derecho a saberlo, como si quisiera algo más que una frase jugosa para su artículo, como si, por un segundo… me viera.

Bufo por lo bajo y me incorporo de golpe, agarrando mi maleta del compartimento con más fuerza de la que necesito. Sasha no dice nada, ni siquiera me mira y, por alguna razón, eso me jode todavía más. ¿Qué esperaba? ¿Qué me abriera en canal antes de bajar del avión, que le contara mis razones mientras arrastrábamos las maletas por los pasillos del aeropuerto? No. Yo no le debo explicaciones a nadie. Y mucho menos a ella.

Cuando piso la pasarela de la terminal, allí está Adam, esperándome, con el rostro relajado, pero con ese aire de quien ha estado organizando mil cosas al mismo tiempo, y está cansado. De todas formas, tenerlo ahí siempre me hace sentir que el mundo funciona un poquito mejor. No dice nada por ahora. Solo me dedica un leve asentimiento silencioso, y eso me basta. Significa que todo está bajo control.

—¿Has dormido algo? —pregunta mientras se estira como un gato malhumorado.

—Lo justo para desear no haberlo hecho —murmuro, ajustándome la gorra.

Nos movemos por la escalerilla del avión y entramos a la terminal.

Y entonces lo veo.

El caos. Cámaras apuntando, micrófonos levantados, personas gritando mi nombre, teléfonos móviles en alto, pantallas encendidas, flashes que estallan como pequeñas explosiones de luz en medio del pasillo. Voces, gritos, destellos. Es como si estuviera a punto de pisar la alfombra roja de un maldito estreno. Pero no es Hollywood. Y yo solo soy un piloto de Fórmula 1. No obstante, una vez más, me convierto en el centro del espectáculo. Quisiera desaparecer detrás de un maldito asiento de avión, pero tengo la sensación de que nunca voy a poder bajar del escenario.

—Fantástico —mascullo entre dientes, bajando la visera de la gorra y subiéndome el cuello de la sudadera como si ese gesto pudiera convertirme en invisible.

Adam lanza una mirada rápida al tumulto, con esa expresión que mezcla hastío y cálculo, como si dijera sin palabras «no es mi guerra, pero si explota, me salpica».

—Tranquilo. Solo tienes que ignorarlos —suelta, como si esas palabras fueran mágicas y pudieran ahogar el ruido.

—¿Caminar recto, sin mirar a nadie y procurando no asesinar a ninguna persona por el camino? Lo de siempre.

—Exacto. Pero esta vez intenta no parecer un asesino en serie. No sé, sonríe un poco.

No le contesto. Ya sonrío lo justo para sobrevivir.

La primera oleada de preguntas me alcanza antes incluso de que logre pestañear, como si las palabras hubieran estado esperando tras un dique que se rompe de repente.

—¡Eric! ¿Cómo afrontas este fin de semana tras la derrota en Silverstone?

—¿Tienes algo que decir sobre la victoria de Maxime Dupont?

—¿Es cierto que dejarás Velocity Racing al final de la temporada?

Perfecto. Los *greatest hits* de siempre. Preguntas que se repiten en bucle, que nunca cambian, que solo buscan arrancarme un gesto en falso para convertirlo en carnaza. Y lo peor de todo es que ya ni siquiera me sorprenden. Por eso odio a la prensa, por eso detesto cada segundo fuera del coche: porque en cuanto dejo el volante, dejo de ser piloto y me convierto en carne, en un trozo de carne que todo el mundo cree tener derecho a cortar, examinar y servir en bandeja a la opinión pública. Sí, ya sé que «solo hacen su trabajo», que «es parte del show», pero, vamos…, un poco de tacto no estaría de más, un mínimo de humanidad tampoco vendría mal.

Clic. Una cámara dispara.

Clic. Otra más.

Clic. Otra.

Como si caminar por una terminal con cara de estar harto del mundo fuera digno de un maldito reportaje fotográfico.

Desde Silverstone, los rumores han corrido como una enfermedad contagiosa imposible de frenar. Que si Maxime Dupont es el nuevo niño mimado del equipo, que si he perdido el liderazgo interno, que si mi salida de Velocity es cuestión de semanas. Y, la verdad…, nadie me ha dicho una mierda. Todo son suposiciones, voces que se repiten hasta que parecen ciertas, ecos que se convierten en cuchillos afilados.

Clic.

Las cámaras no paran.

Una tras otra, insaciables, como si estuviera haciendo algo más interesante que caminar con paso rápido y odiar mi vida. Mantengo la cabeza baja, los auriculares puestos, la expresión neutra y un silencio

absoluto. Porque lo sé, lo tengo grabado: cualquier palabra mal medida, cualquier maldito gesto fuera de lugar pueden convertirse mañana en un titular explosivo.

«Eric Brown, al borde del colapso tras perder en Silverstone».

«Eric Brown se enfrenta a los rumores de su salida de Velocity Racing».

«Eric Brown sigue siendo un imbécil con la prensa».

Este último, al menos, sería verdad.

A veces me siento mal por ser tan duro, por responder con ese tono cortante que parece que me define. Pero ellos también son duros conmigo; la diferencia es que sonríen mientras me clavan el cuchillo.

Salir del aeropuerto y poder caminar sin que nadie me agarre del brazo me parece un maldito milagro, por unos segundos puedo ir sin el peso del mundo entero colgándome del cuello. En cuanto veo el SUV negro de Velocity Racing aparcado junto a la acera, con el logo brillante en la puerta como un recordatorio de que nunca estoy realmente libre, me meto dentro sin mirar atrás. El portazo resuena fuerte, seco, con ese golpe contundente que me atraviesa el pecho.

Adam se sube al asiento del copiloto sin prisa, encorvado sobre el teléfono, y apenas me dedica una mirada.

—Maxime ya está en el circuito —dice con ese tono neutro que utiliza cuando sabe que lo que va a soltar me va a escocer, aunque yo no quiera demostrarlo.

—Qué sorpresa —mascullo, con todo el veneno que soy capaz de contener.

—Parece que probará un nuevo alerón en los entrenamientos.

No respondo. No hace falta. Ya lo sé. Lo he leído en los informes internos, en los titulares que no paran de repetirse en cada medio, en las malditas redes sociales que no me dejan respirar. Está en todas partes. Silverstone sigue clavado en mi cabeza como una espina que no termina de infectarse, pero que tampoco sana, que se queda ahí recordándome cada vuelta, cada error, cada segundo que no pude controlar. La última tanda. El fallo. La impotencia. Y Maxime, levantando los brazos al cielo, sonriendo como un político que sabe exactamente cuándo mirar a cámara,

celebrando como si hubiera ganado el maldito campeonato del mundo y no una carrera que le cayó en las manos por un error mecánico ajeno.

Aprieto los dientes hasta sentir cómo la presión me sube a la mandíbula. Lo hice entonces, lo hago ahora. Y mientras la rabia me quema en silencio, me repito la única certeza que me mantiene de una pieza: no va a volver a pasar.

El coche avanza por la autopista, devorando kilómetros como si quisiera llevarme a rastras hacia el infierno de este fin de semana. Me obligo a mirar hacia fuera. Italia tiene algo imposible de definir, ese aire antiguo que se cuela en cada piedra, ese idioma afilado que suena a música y amenaza al mismo tiempo, esa manera absurda y perfecta de abrazar la belleza como si fuera lo más fácil del mundo.

Siempre me ha gustado Imola, con toda su historia, su velocidad, su carga emocional que pesa más que cualquier muro. Pero esta vez no hay espacio para disfrutar de nada. Esta vez, todo el mundo espera lo mismo: ver si Brown se rompe otra vez.

El silencio en el coche dura apenas unos segundos más, hasta que Adam, por supuesto, no puede evitar abrir la boca.

—Por cierto…, ¿qué tal el vuelo con Harper?

Mis dedos se tensan alrededor del móvil, lo aprieto con fuerza, pero no levanto la vista.

—¿Qué?

—La periodista —insiste—. Me han dicho que iba en el mismo vuelo que tú.

—¿Y?

Adam se encoge de hombros con esa maldita media sonrisa que me dan ganas de borrarle de un golpe.

—Dicen que la tensión entre vosotros podría haber derribado el avión.

Le lanzo una mirada que podría congelar la gasolina del coche. Él sonríe aún más, como si le divirtiera meterse en el barro.

—Exageras.

—Ajá —responde, alargando la última sílaba como si acabara de descubrir algo que no pienso darle.

Silencio. Una pausa que no es inocente, nunca lo es con Adam.

—¿Y qué te ha dicho? —insiste, como quien tantea el borde de una herida para ver si sangra—. Has bajado del avión con cara de querer romper algo. Fijo que soltó alguna cosa que te ha molestado.

Miro por la ventana, buscando en el reflejo una vía de escape, pero lo único que me devuelve es una imagen que no me gusta: mis propios ojos, cansados y oscuros, como si llevaran demasiado tiempo peleando guerras que nadie más ve.

—Nada importante —respondo, seco, con esa voz que no admite réplica, aunque por dentro me hierva la contradicción.

—¿La ignoraste al menos?

La verdad es que no. Y ese es el verdadero problema.

No solo no la ignoré, sino que la escuché con más atención de la que quería reconocer. Y lo peor es que su pregunta sigue ahí, dando vueltas como un eco que no se apaga, como si se hubiera colado en un rincón de mi cabeza donde no le pertenece estar… y ahora no quisiera salir. Pero no pienso decírselo. Ni a él, ni a nadie. Así que me limito a cerrar los ojos y dejar que el coche me arrastre hacia ese infierno disfrazado de *paddock* que ya puedo sentir como un peso en el pecho.

Como si fuera tan fácil.

Como si esa maldita pregunta pudiera responderse con una frase, como si pudiera reducirse a algo tan simple cuando, en realidad, lo que hay detrás son cicatrices, recuerdos enquistados, heridas que no enseñaría ni aunque me pusieran contra la pared.

—No te preocupes, Adam —murmuro al fin, forzando una sonrisa irónica que no llega a los ojos—. No nos hemos hecho amigos en este vuelo.

Él suelta una risa suave, casi incrédula, fingiendo sorpresa por mi escueta respuesta, pero satisfecho con lo poco que ha conseguido, y deja el tema ahí. Yo no. Mi cabeza nunca descansa.

Unos minutos después, el coche se detiene frente a la entrada del circuito. El cartel AUTODROMO ENZO E DINO FERRARI me recibe como un viejo conocido, con esa mezcla de respeto y amenaza que solo tienen

los lugares donde has ganado tanto como has perdido, donde la gloria y el desastre conviven en cada curva. El estómago se me tensa apenas cruzamos la verja.

El *paddock* se abre ante mí con su caos ordenado de estructuras metálicas que parecen ciudades portátiles, contenedores pintados con los colores de cada equipo, grúas moviendo material, los *hospitalities* erguidos como templos de cristal y acero. Es un ecosistema que conozco mejor que mi propia casa, con sus rutinas, sus reglas no escritas, su tensión siempre al borde de estallar.

Es jueves. Hoy tenemos algunas ruedas de prensa y entrevistas para redes sociales. Y mañana empieza lo bueno: las reuniones eternas con ingenieros, *briefings*, las primeras prácticas y tomas de contacto con la pista real. Pero ahora, al menos en teoría, tengo unas horas para desconectar.



Horas más tarde, después de sobrevivir a todo lo que el día exigía de mí —reuniones, saludos forzados, ese circo inevitable que siempre rodea a un fin de semana de Gran Premio—, por fin llego al hotel. El recepcionista apenas me mira cuando me entrega la tarjeta de la habitación, un nombre en una reserva anónima, alguien que pasa y desaparece sin dejar huella. Y por un segundo me sorprende esa indiferencia tan mecánica, porque en mi mundo nadie es indiferente: cada mirada pesa, cada gesto significa algo, todos esperan algo de mí. Aquí no. Aquí soy solo un apellido escrito en un sistema.

Suite 705.

Nada mal.

El ascensor sube despacio, las paredes forradas de espejos me devuelven una y otra vez mi propio reflejo, esa cara de «no me jodas» que la prensa tanto adora fotografiar y convertir en titular. No importa cuánto lo intente, esa expresión ya se ha vuelto parte de mí.

Entro en la habitación y dejo caer la maleta justo al lado de la puerta, sin siquiera pensar en abrirla. La suite es amplia, silenciosa, con esas cortinas de lino que filtran la luz de una manera casi elegante, como si el espacio quisiera convencerme de que aquí podría bajar la guardia. Es más sofisticada de lo que esperaba. Menos fría de lo que merezco. Y aunque casi me invita a soltar los hombros, a dejar que la respiración encuentre un ritmo normal, no lo consigo del todo. Nunca lo consigo.

Me quito la sudadera, la lanzo sobre una silla y me dejo caer en el sofá con un suspiro largo, sin molestarme en ordenar nada. Esto no es un hogar, pero tampoco es la guerra. Es ese terreno intermedio donde no soy ni el piloto ni el hombre que intenta esconderse, un limbo extraño que a veces se parece a un breve descanso…, aunque no lo sea.

Saco el móvil del bolsillo y abro la conversación con Luca.

Él es el único que puede sacarme de esta niebla mental. El único que no espera que yo actúe, que sonría, que dé explicaciones o que represente nada. Luca siempre ha sabido verme sin necesidad de etiquetas. Y en este mundo, eso vale más que cualquier victoria.

Le escribo:

> Luca, ¿qué andas haciendo? ¿Puedes escaparte un rato? Acabo de llegar y he pensado que podríamos hacer algo juntos, como en los viejos tiempos.

La respuesta llega casi de inmediato, como siempre, porque cuando no tiene un casco puesto, Luca Rossi es exactamente eso: un amigo al alcance de un mensaje.

> Estamos alojados en el Palazzo delle Rose. Dime dónde estás y en un rato me tienes ahí.

Sonrío, a pesar del día, a pesar del peso que todavía me arrastra hacia abajo.

Villa Sant'Elena. Me sale que está a unos quince minutos en coche de tu hotel, así que voy preparándolo todo.

No hace falta añadir nada más. No hacen falta explicaciones. Entre nosotros, las tradiciones hablan por sí solas. Pequeñas anclas que nos mantienen cuerdos cuando el resto del mundo intenta arrancarnos de raíz.

Antes de que llegue, saco la consola de la maleta y me pongo a buscar enchufes como si fuera cuestión de vida o muerte. Sí, la llevo a todas partes. Sí, es ridículo. Pero en un deporte donde lo público lo devora todo, donde lo íntimo apenas existe, cualquier cosa que te recuerde quién eras antes de convertirte en un producto es como un salvavidas. La conecto a la televisión del hotel, pruebo con dos adaptadores distintos y funciona a la tercera. Igual que siempre.

Este ritual nos acompaña desde que teníamos doce años. Cuando el mundo era solo *karting*, colegio y sueños empapados de gasolina. Nunca lo hablamos, pero era un pacto silencioso: antes y después de cada carrera, cada prueba, cada día de mierda… siempre había un sofá, dos mandos, una consola encendida y nosotros. Solo eso: Luca y Eric.

Más de una vez nos hemos quedado dormidos con los mandos en la mano, la consola zumbando de fondo como un recordatorio de que todavía somos esos críos que jugaban hasta que el amanecer los encontraba. La mañana siguiente siempre era la misma historia: ojeras, resaca de sueño y alguna bronca por llegar tarde al *warm-up*. En la consola él me ganaba siempre, sin discusión. En la pista…, bueno, ahí las reglas eran distintas.

Cuando nos cansábamos de competir en lo virtual, pasábamos al plan B: películas, series absurdas, maratones que jamás lográbamos terminar porque la temporada siempre nos arrastraba de vuelta. Eso, sobre todo en verano, cuando me invitaba a su casa en Italia y me hacía sentir parte de algo que no era show, ni prensa, ni campeonato. Solo familia. Solo

normalidad. Y ahí, por fin, yo dejaba de ser Brown, el rival, la promesa, la decepción o el titular fácil. Ahí era simplemente Eric. Y eso, en este mundo, no tiene precio.

Luca llega menos de veinte minutos después. No hace falta decirnos nada. Una mirada rápida, un gesto de cabeza, y a continuación… el sofá, los mandos y la consola zumbando. Por un rato, aunque sea breve, aunque el ruido del *paddock* siga esperándonos al día siguiente, el mundo vuelve a ser algo simple. Algo nuestro.

Horas más tarde, ya entrada la noche, con los ojos pesados y las manos cansadas, me dejo caer de espaldas en el sofá después de perder otra maldita partida. Luca me ha humillado en cada partida como si se tratara de un campeonato oficial, como si existiera una medalla olímpica para recordarme lo pésimo que soy en lo virtual. Los mandos se quedan abandonados sobre la mesa y yo suelto un gruñido mientras me masajeo las sienes.

—No sé cómo lo haces, pero siempre ganas —murmuro.

—Talento natural —responde Luca con su simpática sonrisa arrogante.

—Si fueras tan bueno en la pista como en la consola, ya tendrías un título mundial.

Me lanza una almohada y yo la atrapo al vuelo, fácil. Esa es nuestra manera de hablar: competitiva, mordaz, pero sin veneno. Un juego de pullas que, en el fondo, nos mantiene atados al lugar de donde venimos.

—Tienes suerte de que no exista un campeonato oficial de F1 virtual, Brown —dice riéndose—, porque entonces yo ya sería campeón del mundo y tú estarías chupando rueda.

Ese es nuestro idioma. La provocación como escudo, la risa como recordatorio. Un lenguaje hecho de pullas y recuerdos que nos devuelve, al menos por unos minutos, a cuando no éramos pilotos profesionales, ni promesas incumplidas, ni enemigos de la prensa. Solo dos críos que madrugaban para rodar en un circuito de alquiler, con cascos agrietados y los sueños todavía intactos.

La habitación está en penumbra, apenas iluminada por el parpadeo perezoso de la televisión, que ahora emite algo irrelevante, ruido de fondo

que ninguno de los dos escucha. El silencio que reina en el cuarto es de esos cómodos, de los que no piden ser rellenados. Entonces, con la voz cargada de cansancio, Luca pregunta:

—¿Tienes rueda de prensa mañana?

Suelto un resoplido que es casi un gruñido.

—Sí. Y seguro que será lo de siempre: Silverstone, Maxime, mi humor de mierda… Las preguntas clásicas, ya sabes.

Él chasquea la lengua, divertido, como si ya hubiera anticipado mi respuesta.

—Espero que no vuelvas a montar otro número delante de la prensa, porque cada vez te superas más a ti mismo.

—No es culpa mía que hagan preguntas de mierda —protesto, hundiéndome más en el respaldo.

—Claro, claro —ironiza, sonriendo de lado—. La culpa siempre es de los periodistas.

Le lanzo la almohada de vuelta y él ni siquiera intenta esquivarla. La risa que compartimos es corta, seca, pero suficiente para romper la tensión que todavía me aplastaba.

El murmullo del televisor sigue llenando el aire. Y entonces, cuando ya parece que el sueño va a ganarnos, Luca suelta con una naturalidad que me deja desconcertado:

—¿No vas a decir nada de Sasha?

Me quedo en silencio. No lo miro. Ni intento fingir sorpresa. Luca no es Adam, no necesita rumores ni titulares para leerme. Él me conoce. Punto.

—No hay mucho que decir —respondo.

No insiste. Solo asiente despacio, como si entendiera que no es el momento, o tal vez como si supiera que nunca lo será. Y ese gesto basta. Jugamos otra partida, y luego otra más, hasta que las risas se convierten en murmullos y, después, en puro ruido blanco. Un lenguaje privado hecho de insultos a media voz, de miradas cómplices y silencios compartidos.

Finjo que no importa, pero en el fondo lo sé: necesitaba esto. Un rato sin presión, sin cámaras, sin nadie esperando que sea perfecto. Un

momento de normalidad. Esa clase de equilibrio que solo encuentro cuando todo encaja, como en una vuelta limpia, sin errores, frenando justo en el punto exacto. Cuando finalmente apagamos la consola, la madrugada ya araña el cielo. No recuerdo en qué momento Luca se fue. Debió de vencerme el sueño a mí primero y prefirió no despertarme. Duermo algunas horas, lo justo para no romperme del todo.



Cuando el sol apenas comienza a teñir el cielo de dorado, salgo del hotel. La ciudad aún respira despacio, como si se resistiera a despertar antes del caos del Gran Premio. El coche ya me espera en la entrada, con el motor encendido y el logo de Velocity Racing brillando bajo la luz del amanecer. Promesa o amenaza. A veces, las dos cosas son lo mismo.

Me detengo un segundo antes de subir, respiro hondo y acepto la realidad: la noche ha sido un respiro, una pausa, nada más. Ahora ya está detrás de mí. Se acabaron los juegos. Se acabó el descanso.

El circuito me espera. Es hora de volver a ser Eric Brown.

En cuanto bajo del coche, la atmósfera me golpea como una ola. El bullicio del *paddock* me envuelve de inmediato: mecánicos afinando piezas en los garajes, ingenieros concentrados en datos incomprensibles para cualquiera que no viva en este mundo, jefes de equipo lanzando órdenes por radio con esa urgencia contenida que flota en el aire antes de cada sesión. Y, en medio de todo, los pilotos. Mis rivales. Mi reflejo.

Las risas se mezclan con bromas en cinco idiomas distintos. Espalda contra espalda, hombro contra hombro, saludos, palmadas. Es una comunidad que juega a ser familia, aunque todos sabemos que en la pista no hay hermanos. Yo no estoy aquí para reírme. No tenía espacio para eso. Hay un único pensamiento latiendo con fuerza en mi cabeza, un mantra que me empuja a seguir adelante: ganar.

—Brown.

La voz me atraviesa incluso antes de girar. La reconozco al instante. Maxime Dupont. Mi compañero de equipo. Mi sombra más incómoda.

Mi mayor rival. El mismo cabrón que me ha arrebatado la victoria en Silverstone y todavía lleva esa corona invisible como si le perteneciera.

Se acerca con la misma sonrisa de siempre. No es una sonrisa inocente. Es un arma disfrazada de simpatía, una máscara pulida para las cámaras que, sin embargo, huele a satisfacción contenida. Cada palabra suya, cada gesto, parece otra vuelta de tuerca para recordarme que, la última vez, fue él quien ganó.

—¿Listo para otra batalla? —pregunta con ese acento francés suyo tan marcado que parece ensayado.

No me molesto en devolverle la sonrisa. Me limito a mirarlo directamente, sin variar un ápice el gesto.

—Siempre.

Sostiene mi mirada un segundo más, intentando tal vez encontrar algo detrás de ella. Luego deja escapar una risa breve, cortés, casi educada.

—*Bonne chance*, entonces —dice, y se aleja como si nada.

No le respondo. No necesito suerte. Solo necesito un coche que no me deje tirado.

Paso por el box para hablar con los ingenieros y repasar ajustes, datos y configuraciones. Todo debe estar bajo control. Esta vez sí. Esta vez no hay espacio para dudas. No puedo permitirme otra derrota. No contra Dupont.

Luego me alejo de todo aquello un momento. Necesito aire. Cruzo el *paddock* y me pierdo en la parte trasera, esa zona donde no hay cámaras husmeando, ni periodistas listos para fabricar titulares con cualquier mueca mía, ni idiotas interpretando lo que ni yo mismo sabría explicar. Allí, por fin, silencio.

Miro al cielo. El cielo en Imola se tiñe en el horizonte de tonos naranjas y rojos que parecen un presagio. En menos de cuarenta y ocho horas estaré peleando por la victoria en este circuito. Un circuito que conozco como la palma de mi mano, y que sé que no perdona ningún error. Aquí todo puede cambiar en una curva. Aquí, lo que ganas tras hacer una vuelta perfecta lo puedes perder en un suspiro. No hay margen para la duda. No hay margen para otra caída.

En un acto reflejo, casi automático, saco el teléfono. La pantalla se ilumina y veo que está llena de notificaciones: menciones, artículos, titulares que ya empiezan a especular con mi supuesto declive, con la sombra de un fracaso que no estaba ni cerca de entender. Las paso por alto. No tienen nada nuevo que ofrecerme. Pero mi dedo se queda suspendido sobre un mensaje sin abrir. Es de mi padre.

Lo miro unos segundos, como si bastara con eso, como si pudiera adivinar su contenido sin leerlo. Como si ver su nombre brillando en la pantalla fuera suficiente para sentir el golpe.

Bloqueo el teléfono y lo guardo de nuevo en el bolsillo. No ahora.

Inspiro hondo y dejo que el aire de Imola se me quede dentro el tiempo justo. La batalla está a punto de empezar, y no puedo permitirme distracciones.

Es momento de prepararse.

Capítulo 13



Sasha
Imola. Viernes
Previa a P1 y P2

Anoche apenas tuve fuerzas para dejar la maleta en la habitación antes de caer rendida sobre la cama. Villa Sant'Elena. Habitación 207. Ni siquiera me quité los zapatos de lo cansada que estaba, pero entonces el móvil me vibró en la mesilla y, con más inercia que ganas, lo miré: era un mensaje de mi jefe: «Recuerda publicar la previa antes de las 9 AM. Añade detalles técnicos, menciona a Brown si puedes».

Claro. «Menciona a Brown si puedes». Como si pudiera escribir un solo párrafo sin que su nombre se colara en él como un eco. Como si mi trabajo, mi vida profesional y, a veces, mi vida entera no orbitaran alrededor de él.

Abrí el portátil, aunque los párpados me pesaban toneladas, y tecleé el título de mi próximo artículo: «Todo lo que necesitas saber sobre el Gran Premio de Emilia-Romaña».

Repasé toda la noche estadísticas, curvas con mayor probabilidad de error, velocidades punta, previsiones meteorológicas, y volví a leer, una y otra vez, los reportes de Silverstone. Había una obsesión disfrazada de rutina en todo ello. Lo sabía, pero no lo detuve. La última imagen que recuerdo antes de dormirme es el cursor parpadeando en la pantalla, como si se estuviera burlando de mí.



Hoy, viernes, el día arranca con un rugido metálico que atraviesa el aire desde el circuito y llega hasta mi pecho: motores en plena prueba de encendido. El aroma a goma quemada se mezcla con café demasiado cargado, y el caos del *paddock* se abre frente a mí como un hormiguero gigantesco donde cada persona parece saber exactamente adónde ir, aunque para un ojo externo todo sea ruido y confusión. Acreditaciones golpeando contra el pecho de quienes corren, cámaras que ya buscan la mejor toma, voces en acentos de medio planeta.

El viernes siempre tiene esta energía particular: la tensión de lo que empieza, el preludio, la calma falsa antes de la batalla real del domingo.

Estoy a punto de cruzar el arco que da acceso al corazón del *paddock* cuando la escucho.

Esa voz.

—¿Otra vez huyendo del caos o vas directa a la boca del lobo?

Levanto la vista, y ahí está. La chica pelirroja del vuelo. El mismo jersey gris ligeramente ancho, como si se negara a vestirse siguiendo las estrictas reglas de este circo. El cabello recogido en un moño alto con algunos mechones sueltos cayendo de manera estratégicamente descuidada alrededor de su rostro. Y esa expresión que parece un acertijo: como si supiera algo que los demás ignoramos y pudiera permitirse el lujo de guardarlo para sí.

Tardo un segundo en reaccionar.

—¿Tú de nuevo? —pregunto, y una sonrisa se me escapa, inevitable—. ¿Me estás siguiendo?

Ella suelta una carcajada ligera y se apoya en la valla metálica, justo delante de mí, apropiándose del espacio como si el *paddock* entero le perteneciera.

—Si quisiera seguirte…, créeme, lo haría mejor.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo evitar devolverle la sonrisa. Tiene algo que me mantiene alerta, parece que en cualquier momento va a

lanzarme una verdad incómoda que me dejará sin palabras. Pero al mismo tiempo… hay en ella una especie de magnetismo, un aire que invita a escuchar más.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Imola? —pregunto, genuinamente intrigada.

Levanta una taza térmica y responde con la misma calma estudiada que ya exhibió en el avión:

—Trabajo en la Fórmula 1.

Mis antenas periodísticas se encienden de inmediato.

—¿En qué exactamente?

Sonríe de lado. Es evidente que le divierte verme intentar encajar las piezas.

—En muchas cosas.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Es parte de mi encanto.

Bufo, cruzando los brazos, pero antes de que pueda insistir, me lanza una pregunta quirúrgica:

—Ah, la periodista. Sigues en lo tuyo, ¿no?

Asiento, todavía intentando leerla.

—Así es.

Sus ojos brillan con algo que no sé si es curiosidad o diversión.

—Debe de ser interesante. Dar forma a lo que la gente cree con solo unas cuantas frases bien elegidas.

Frunzo el ceño.

—Intento ser objetiva con todo lo que hago.

Ella ladea la cabeza y apoya la barbilla en la mano.

—Eso dicen todos.

La miro fijamente.

—¿Hablas por experiencia propia?

Su sonrisa se ensancha, tranquila, y en ese instante vibra su teléfono. Lo desbloquea sin prisa, con esa parsimonia que parece parte de su ADN. Y ahí lo veo. El logo. Aurora Motorsport.

Me quedo inmóvil. Aurora. El equipo de Luca Rossi. El chico dorado del *paddock*. Ella capta mi reacción y, con la naturalidad de alguien que

nunca se sobresalta, gira el móvil y lo pone boca abajo.

—Parece que has descubierto mi pequeño secreto.

—Trabajas con Luca.

—«Con» Luca es una manera generosa de decirlo —responde con un tono irónico—. Manejo su imagen. Redes, campañas, el circo digital.

Las piezas encajan al instante. Aurora ha arrasado en redes en los últimos meses: vídeos virales, estética impecable, un *fandom* que se multiplica como un enjambre, y Rossi brillando como nunca.

—Entonces eres Sienna Blake —digo, con la sensación de que decir su nombre en voz alta pudiera aclarar algo de ella.

Asiente en silencio, como si fuera un dato irrelevante.

Suelto una risa baja, incrédula.

—Definitivamente, no me lo esperaba.

—¿Por qué?

—Porque si estás en el *paddock…* significa que nos veremos más de lo que pensaba.

Sus ojos se encienden con un destello divertido.

—Vaya, qué sorpresa. No sabía que estabas tan ansiosa por tener una amiga.

—No pongas esas palabras en mi boca.

—Demasiado tarde.

La manera en la que lo dice, casi en un susurro, me desarma más de lo que debería. Y justo entonces, como si su curiosidad aún no estuviera satisfecha, me observa con atención renovada.

—Por cierto…, no me has dicho tu nombre.

—Sasha —respondo, aunque con una sensación extraña en la boca del estómago.

Sus ojos se abren un poco más.

—¿Sasha Harper?

Asiento despacio. Estoy acostumbrada a esa reacción, pero nunca me siento del todo cómoda con ella. Su emoción es inmediata, genuina, como la de una niña que acaba de encontrarse con su heroína.

—¡No puede ser! ¿Eres la hija de David Harper?

Me tenso un segundo, pero no lo niego.

—Sí.

Sienna se lleva una mano al pecho, exagerada pero sincera.

—Oh, Dios… No me lo esperaba. Soy…, bueno, he sido fan de tu padre desde pequeña. Tengo todavía artículos suyos guardados en mis estanterías.

Sonríe con esa ilusión que parece imposible de fingir, y por primera vez siento que algo en ella no está calculado. Me quedo callada un segundo, intentando decidir si esa emoción me incomoda… o me conmueve.

Mientras tanto, los motores siguen rugiendo al fondo, recordándome que el fin de semana apenas ha comenzado y que esto va a ser mucho más complicado de lo que imaginaba.

MOTORSPORT INSIDER

Aurora Motorsport: El equipo que ha conquistado las redes

Por Sasha Harper

En la Fórmula 1, la velocidad no es lo único que importa. En una era donde la conexión con los aficionados es casi tan crucial como el rendimiento en la pista, Aurora Motorsport ha entendido el juego mejor que nadie.

El equipo italiano no solo compite con agresividad en el asfalto, sino que ha encontrado una forma de diferenciarse fuera de él: las redes sociales. Mientras algunas escuderías mantienen una comunicación fría y corporativa, Aurora ha apostado por una estrategia más cercana y entretenida, consiguiendo una de las comunidades más leales de la parrilla.

Es imposible hablar de Aurora Motorsport sin mencionar a Luca Rossi, su piloto estrella. Conocido por su estilo de conducción agresivo y su habilidad para adelantar en pista, Rossi ha sido el rostro del equipo desde hace años. Pero más allá de los resultados, el piloto italiano ha sabido convertirse en uno de los favoritos de los aficionados gracias a su carisma natural. Siempre sonriente, accesible y dispuesto a participar en actividades con los aficionados, desde firmas de autógrafos hasta videos para redes sociales. Rossi ha entendido que, en la F1 actual, conectar con la audiencia es tan importante como cruzar la meta en primer lugar.

El equipo ha sabido aprovechar esto y ha construido una imagen fresca y moderna en torno a él. Junto a su compañero Javier Morales, el rookie y promesa española, forman una dupla muy querida en este mundo. Y ahora tienen ganado el corazón de muchos aficionados.

Aurora Motorsport no se conforma con ser competitivo en la pista, también quiere dominar el mundo digital. Y para ello ha incorporado a Sienna Blake, una de las creadoras de contenido más innovadoras en el automovilismo.

Blake, australiana de veintiséis años, tiene experiencia en diferentes categorías del motor y ha trabajado con equipos de resistencia y Fórmula E antes de aterrizar en la F1. Su enfoque es claro: mostrar el lado más humano y divertido del deporte para acercar la Fórmula 1 a los aficionados de una manera diferente.

Su llegada marca un cambio en la forma en la que los equipos se relacionan con su público. Aurora no solo quiere atraer patrocinadores con números, sino que quiere construir una comunidad que realmente conecte con la marca.

Uno de los puntos fuertes de Aurora Motorsport ha sido su apuesta por YouTube y las plataformas digitales.

Desde hace meses, el equipo ha sabido venderse bien en redes con contenido innovador: retos entre sus pilotos, juegos de cultura general, vídeos de detrás de cámaras y entrevistas más relajadas que muestran a los corredores más allá del casco y el mono de carreras.

Los resultados han sido evidentes: millones de visitas, mayor engagement con los fans y un crecimiento exponencial en sus plataformas.

Más dinero para el bolsillo y más visibilidad para el equipo.

Aurora Motorsport está demostrando que la Fórmula 1 no solo se gana en la pista, sino también ¡conquistando a los fans! Con Rossi y

Morales como imagen y Blake detrás de las cámaras, el equipo italiano ha encontrado la fórmula perfecta para conectar con el público.

En un mundo donde la atención es un bien escaso, Aurora ha logrado lo que muchos equipos aún no entienden: la F1 no es solo un deporte, es un espectáculo. Y quien domine ese espectáculo tiene ventaja.

Capítulo 14



Eric
Imola. Viernes
P1 y P2

El sonido del motor arrancando en el garaje no es solo un ruido familiar, ni siquiera un simple recordatorio de lo que significa estar aquí. Es una constante, una certeza que no cambia por mucho que el resto del mundo insista en hacerlo. Es la respiración del coche, la mía, el único pulso que importa cuando todo lo demás amenaza con desbordarse.

El viernes es la primera mañana de acción en Imola. El aire todavía guarda un frío húmedo que se mezcla con el olor penetrante a caucho quemado, aceite fresco y metal que despierta bajo el sol. Las gradas, prácticamente vacías, parecen contener un murmullo dormido, como si supieran lo que va a pasar dentro de un par de días y se guardaran el eco de miles de voces para entonces. Ahora solo devuelven el sonido de las herramientas, las órdenes secas de los mecánicos y el zumbido eléctrico de las cámaras que ya buscan historias que contar.

En el box, cada gesto es parte de una coreografía que se repite mil veces y que, aun así, nunca pierde tensión. Los mecánicos se mueven como sombras rápidas y precisas, encajando piezas invisibles de un puzle que me pertenece y que, al mismo tiempo, nunca está del todo bajo mi control. El ajuste de los alerones, la presión de los neumáticos, el ángulo exacto en la suspensión delantera; cada parámetro es una nota en una partitura que exige perfección absoluta.

Mentalmente, me repito como un mantra: «No hay margen para errores».

Silverstone todavía late en algún rincón de mi memoria, como una herida mal cerrada que se abre con cada recuerdo. La última vuelta. El fallo. El podio escapando de mis manos como arena. Y Maxime levantando los brazos al cielo, bebiéndose una gloria que, si mi coche hubiese aguantado, me habría pertenecido a mí.

El tiempo avanza rápido. Configuración tras configuración, *stint* tras *stint*, la mañana se escurre en simulaciones de carrera, mensajes constantes por radio y correcciones mínimas que parecen detalles hasta que decides ignorarlos y te cuestan décimas, posiciones, puntos. Salgo del coche con la espalda empapada bajo el mono y la cabeza todavía vibrando por la presión del casco.

Necesito aire. El garaje, con su calor sofocante y el zumbido perpetuo de herramientas, es como una caja hermética. Camino hasta el pasillo exterior del *paddock*, donde la luz del mediodía golpea con más fuerza.

Y entonces la veo.

Harper.

No está cerca; no tiene por qué estarlo. Está al otro lado, caminando entre un grupo de personas con acreditaciones, la cámara colgando del cuello como si fuese parte de ella. No me mira, ni siquiera parece saber que estoy ahí, pero basta una fracción de segundo para que el mundo se afine de una manera extraña.

Me descubro conteniendo la respiración.

Ridículo.

Ella se ríe de algo que alguien le dice y el sonido me llega distorsionado, como si se filtrara en mí tras atravesar capas de ruido. Algo de esa naturalidad me irrita, porque yo llevo toda la mañana midiendo cada palabra, cada gesto, cada décima de segundo, y ella, sin embargo, se mueve ligera, sin esfuerzo.

Aparto la mirada antes de que alguien note que la estoy observando. No tengo tiempo para esto. No debería tenerlo.

En el *hospitality*, Adam ya me espera con la tableta en las manos, un café frío en un vaso de cartón y el ceño demasiado fruncido, lo que no es augurio de buenas noticias. Me dejo caer en la silla frente a él, cruzo los brazos y observo cómo la pantalla se ilumina con gráficas, parciales, telemetrías, temperaturas… Toda mi vida reducida a líneas y números que respiran y se contraen como si fuesen la prolongación de mi cuerpo.

—¿Qué quieres primero, las malas noticias o las peores? —pregunta Adam, sin rodeos, sin adornos.

Lo miro sin mover un músculo, midiendo su tono, como si de eso dependiera el siguiente paso.

—Dame una razón para no largarme ahora mismo.

Suspira. Pasa la pantalla con un dedo de forma brusca, casi violenta.

—Vale. Lo menos malo es que el motor ya está revisado. Todo indica que lo de Silverstone fue una sobrecarga puntual por la temperatura. No debería repetirse.

«No debería». Dos palabras que suenan huecas a trescientos kilómetros por hora, cuando el coche decide dejarte solo en mitad de la recta y tu única compañía es el eco de lo que se pierde.

Asiento, pero sin convicción.

—¿Y las peores?

Adam no tarda en responder. Cambia de gráfica como quien suelta una bomba en silencio.

—Maxime tiene el alerón nuevo.

Y ahí está. No es una puñalada rápida, directa al corazón, sino algo más calculado como una incisión lenta, precisa, fría, justo entre las costillas. Un recordatorio cruel de lo que ya sé, pero que nunca deja de doler: la política del equipo es inamovible. Las mejoras van para el que esté delante. Méritos, no nombres. Y después de Silverstone, Dupont está delante.

No es justo, pero ya no busco justicia en este deporte. La justicia es un lujo que nadie puede pagar aquí. Solo significa una cosa, tendré que ganarle sin alerón, sin ventaja, sin excusas. A la antigua. Con instinto, precisión y rabia.

Cuando salgo del *hospitality*, lo que necesito es aire. La conversación con Adam sigue incrustada en mi cabeza y noto una presión insoportable, así que camino despacio por el *paddock* con las manos metidas en los bolsillos del mono y la vista fija en el suelo.

A veces me pregunto si siempre fue así, un enjambre de cámaras persiguiendo historias, periodistas hambrientos de titulares, ingenieros corriendo con papeles y tabletas como si el mundo se fuera a acabar en cuestión de minutos. Pilotos saludándose con abrazos forzados y sonrisas demasiado amplias para ser sinceras. Todo con la exactitud artificial de un club privado al que, por mucho que me repitan lo contrario, nunca quise pertenecer.

Pero aquí estoy.

Alzo la vista casi por reflejo, y entonces la veo.

Sasha.

Y una pelirroja que lleva una cámara colgando del cuello y camina junto a Luca Rossi. Ríe por algo que él le dice, y la risa desentona con el ruido metálico y áspero del *paddock*, como una frecuencia imposible de ignorar. Sus movimientos tienen una naturalidad que no se aprende; la cámara parece una extensión de su cuerpo, como si hubiera nacido con ella.

No la conozco. Y, en este mundo, eso ya es raro.

No tiene pinta de periodista. No tiene pinta de ingeniera.

Y, sin embargo, ahí está.

Un cruce en la línea de visión que no debería importarme, pero que me incomoda más de lo que quiero admitir. Frunzo el ceño, molesto, y me obligo a apartar la mirada antes de quedarme atrapado en algo que no tiene que ocupar espacio en mi cabeza. No es asunto mío. No puede serlo.

Vuelvo al box.

Cuando por fin me meto en el coche para los primeros entrenamientos libres, el mundo recupera su eje. Todo lo demás desaparece. Maxime, las declaraciones en prensa, la intriga constante del *paddock*, incluso esa maldita pregunta de Harper en Silverstone; todo queda fuera. Aquí, dentro del *cockpit*, mando yo.

Me ajusto los guantes con un gesto firme. La radio cruje en mi oído con la voz de Adam, pero suena lejana, como si hablara desde otra dimensión. Lo único que importa es la vibración que me atraviesa cuando el motor cobra vida, un latido eléctrico que sustituye cualquier otro pensamiento.

El semáforo verde en el *pit lane* marca el inicio de FP1, y salgo. El aire fresco entra por las aberturas del casco, mezclado con el rugido del motor que retumba en mi pecho.

La pista, todavía caliente de por la mañana, ofrece poco agarre, pero eso no importa; aquí es donde se marca el territorio, vuelta tras vuelta, décima tras décima. El coche responde con la precisión de un bisturí. Cada curva se clava en mi memoria como un golpe seco, cada frenada me arranca parte de la tensión acumulada.

Al final de la sesión, estoy arriba. P1. El primero de la lista. El mensaje es claro.

En la segunda práctica no es distinto. La pista más engomada, los tiempos cayendo vuelta a vuelta, los demás buscando referencias. Yo no busco nada: lo tengo. Me concentro en alargar los *stints*, en probar tandas largas mientras el coche se comporta como si entendiera que no hay margen para segundas oportunidades. La voz de Adam suena satisfecha al confirmarlo: otra vez arriba. Otro P1.

Cuando bajo del coche tras la segunda sesión, la noche empieza a caer sobre Imola y el *paddock* hierve con rumores, entrevistas y titulares que ya se escriben solos. No me interesa. No son para mí.

Me quito los guantes, los dejo sobre la mesa de trabajo del box y me permito un segundo para respirar. Un segundo de silencio que, aunque breve, me basta para recordarme lo importante:

Este fin de semana no es para complacer a nadie.

Este fin de semana es mío.

Y pienso quedármelo.

Capítulo 15



Sasha
Imola. Viernes
Después de las prácticas

La noche ha caído sobre Imola, pero el circuito todavía respira como si se negara a dormirse. El día de las primeras prácticas libres ya ha quedado atrás, sin embargo, la electricidad sigue flotando en el aire.

Los focos iluminan el *paddock* con un blanco duro, proyectando sombras largas sobre el asfalto. Hay ruido aún, aunque distinto al del día, mecánicos recogiendo herramientas, periodistas repasando notas, técnicos que caminan deprisa con cara de cansancio. El caos no desaparece; solo cambia de ritmo.

Llevo mi acreditación colgando del cuello y todavía pesa. No por el cordón ni el plástico, sino por lo que significa: que realmente estoy aquí. Después de dos sesiones en las que Eric Brown ha encabezado las tablas de tiempos, después de escuchar a los equipos medir cada décima como si fuera cuestión de vida o muerte, después de sobrevivir a otro día en medio del enjambre… sigo aquí.

Hace unos meses todo esto era solo un sueño remoto, un fondo de pantalla. Hoy camino entre *motorhomes* con un cuaderno, un teléfono y demasiadas ganas de hacerlo bien.

El *paddock* de Imola es distinto al de Silverstone. Es más íntimo, más cerrado…, pero también más visceral. Los colores parecen gritar incluso bajo la luz artificial. El rojo intenso y amarillo eléctrico de Horizon

Motorsport aún brilla con agresividad. El azul marino y blanco metálico de Velocity Racing resplandece frío, quirúrgico, impecable. Y el verde con toques neón de Aurora Motorsport es un estallido tropical que se niega a pasar desapercibido.

Italia no sabe hacer las cosas en silencio. Aquí todo tiene más volumen, más manos gesticulando, más gente esgrimiendo sus cafés.

Mucho café.

Puaj. Café. Lo odio con toda mi alma. Ese sabor amargo, a desesperación líquida, debería estar prohibido. Yo sobreviviré con algo dulce hasta el fin de mis días. Un batido de chocolate. Un *matcha*. Lo que sea.

Me obligo a mirar alrededor como periodista, no como espectadora. A convertir el ruido en historia; el caos en relato. Ese es el mantra.

A lo lejos, veo a los pilotos dispersarse entre entrevistas y reuniones. Luca Rossi bromea con su ingeniero, va caminando como si la presión no existiera. Alexéi Romanov, de Phoenix Racing, gesticula vehementemente mientras habla con su jefe de estrategia; parece como si estuvieran discutiendo sobre el destino del mundo. Ethan Williams, siempre encantador, se ríe con un grupo de reporteros igual que lo haría si estuviera en una cena informal. A Eric Brown, sin embargo, le rodea una nube de silencio.

Está junto al box de Velocity, con el mono a la cintura. La prenda es de un blanco limpio con detalles en azul marino y plata. Sobria. Elegante. Bajo el mono, una camiseta térmica azul oscuro que se ajusta como una segunda piel. Sobre la mesa de trabajo, su casco de fibra de carbono: tonos azules y blancos con líneas plateadas que recorren los laterales. Acabado mate. Diseño limpio, agresivo. Como él. Su nombre, E. Brown, bordado justo sobre la cadera, en el cinturón del mono.

No sonríe. No habla. Solo observa a Adam, su ingeniero, como si midiera cada palabra antes de darle la mínima importancia. Después de liderar las dos prácticas, cualquiera esperaría que estuviera celebrándolo, haciendo declaraciones o dando titulares fáciles. Pero Eric parece estar en

otro plano. Lejos. Aislado. Parece que nada de lo que ocurre fuera de la pista puede arrancarle siquiera un gesto.

Es… fascinante.

En un sentido puramente profesional, claro. ¿Cómo puede alguien ser tan brillante en lo suyo y al mismo tiempo parecer tan fuera de lugar?

Un murmullo me arranca de mis pensamientos. Voces en enjambre, periodistas que se arremolinan frente al box de Velocity:

—¿Va a hablar hoy?

—Dicen que probaron una configuración distinta en la segunda sesión.

—Si vuelve a negarse a dar declaraciones, no vamos a tener titular…

Reconocí un par de voces: un británico de acento filoso que escribe para *Apex Motor* y una reportera alemana que siempre lleva los auriculares colgando del cuello y el micrófono ya encendido, por si acaso. Estaban en modo caza de Eric Brown.

No importa. Hoy no es él quien me interesa. Tengo otros nombres en mi lista.

Camino entre cables y maletines, y mis ojos tropiezan con Luca Rossi. Está apoyado en una barandilla metálica, camiseta amarilla chillona, mono atado a la cintura. Cuando me ve, sonríe como si me hubiera estado esperando.

—¡Harper! —me saluda con entusiasmo.

La conversación fluye ligera. Él bromea, me recuerda que este mundo «muerde a los nuevos si no saben moverse rápido», y yo disimulo mi tensión con frases cortas. Me lanza un dardo disfrazado de curiosidad:

—¿Sigues sin conseguir que Brown te hable?

—Pues sí, es el mayor dolor de cabeza del *paddock* —respondo sin pensar.

Rossi ríe. Es una mezcla de piloto y hermano mayor que parece querer enseñarme a sobrevivir aquí dentro. Cuando me despido, me cruzo con Sienna. Como siempre, aparece antes de que yo la vea, apoyada contra una estructura, cámara al cuello y media sonrisa cargada de ironía.

—Si no supiera más, diría que estabas disfrutando demasiado esa conversación.

La conozco. Nunca habla por hablar. Y como siempre, tiene razón en fastidiarme justo en el momento exacto.

—No empieces —murmuro.

Pero empieza. Claro que empieza. Con frases suaves y esa mirada que ve demasiado. Hasta que, sin que yo me dé cuenta, acabamos hablando de ayuda, de contactos, de entrevistas que quizá no conseguiría sola.

Y ahí está otra verdad incómoda: en este caos, Sienna es lo más parecido a una amiga que tengo aquí. Aunque yo me empeñe en negarlo y aunque me saque de quicio porque convierte cada frase en un juego psicológico.

Respiro hondo. Miro alrededor.

El viernes termina, pero sé que esto apenas acaba de comenzar.

El fin de semana promete más de todo: más trabajo, más presión, más historias por contar. Y con Sienna cerca…, todo eso puede llegar a ser más de lo que me atrevo a admitir.

Me acompaña unos pasos mientras recogemos el caos del *paddock* nocturno.

—¿Dónde vas ahora? —pregunta, inclinando la cabeza como si leyera mis pensamientos.

—Al hotel —respondo, encogiéndome de hombros—. Necesito un poco de silencio… y una ducha.

Ella arquea una ceja, divertida.

—¿En cuál estás? —dice, y su sonrisa se ensancha un poco más.

—En el Villa Sant'Elena —respondo.

Me detengo en seco. La luz de los focos pinta su rostro con sombras largas, y por un segundo me pregunto si me está tomando el pelo.

—¿Villa Sant'Elena? —pregunta con cautela.

Asiento, orgullosa, como si acabara de descubrir un pequeño secreto.

—Sí, parece que el destino quiere que compartamos hotel.

No puedo evitar reírme.

—Bueno, al menos no tenemos que buscar la entrada por separado.

Ella me da un codazo amistoso.

—Exacto. Y así podemos cotillear un poco sobre lo que hemos visto hoy en pista…, si te atreves.

Asiento, sintiendo que, después de un día tan intenso, esa complicidad inesperada es un alivio.

—Vale, Sienna. Vamos al hotel. Pero te aviso: nada de hablar de Brown hasta que no me dé alguna pista útil para mis artículos.

Ella hace un gesto de rendición teatral, con una media sonrisa.

—Prometido… por ahora.

Caminamos juntas hacia el coche, bajo las luces amarillentas del *paddock*, y por primera vez en esta noche Imola parece un poco menos caótica, un poco más soportable.



El sol de la mañana ya entra a trompicones entre las cortinas pesadas del Villa Sant'Elena cuando por fin consigo levantarme de la cama. Dormir ha sido un lujo relativo: demasiado cansancio encima y demasiadas imágenes del día anterior dándome vueltas en la cabeza. Una ducha rápida, mi *matcha* a medio terminar y ya estoy otra vez cargando con la mochila y el equipo de grabación.

En el vestíbulo me encuentro con Sienna, fresca como si las horas previas hubieran sido un paseo. Lleva la cámara colgada del cuello y esa sonrisa fácil que parece retar al cansancio. Caminamos juntas hacia el coche que nos espera en la entrada, y durante el trayecto no faltan bromas sobre quién va a pillar primero a Dupont bostezando o a Brown esquivando preguntas incómodas.

El camino hasta el circuito pasa rápido, con el sol ganando fuerza sobre los viñedos y las colinas de Emilia-Romaña. Al llegar al *paddock*, el contraste es inmediato: el murmullo del viernes se ha convertido en un hervidero. Mecánicos cargan neumáticos, ingenieros revisan monitores, periodistas corren con trípodes como si estuvieran en una guerra por posiciones. El sábado tiene otro pulso.

Me ajusto la acreditación al cuello y respiro hondo. Es el momento de empezar.

Estoy preparando mi equipo de grabación, revisando preguntas y acreditaciones, cuando siento el zumbido del teléfono en el bolsillo.

Mike Hamilton.

Genial.

Ya sé por dónde va a ir esta llamada.

—Dime, Mike.

—¿Qué tal en Imola, Harper? ¿Ya tienes algo interesante o sigues paseando por el *paddock*?

Su tono arrastra sarcasmo. Quiere sonar ligero, pero lo que hace es ponerme contra las cuerdas. Lo conozco demasiado bien: detrás de cada una de sus frases hay una cuenta atrás invisible. «Dame algo o estás fuera».

—Acabo de llegar. Estoy organizando las entrevistas. Primero Luca Rossi, luego Maxime Dupont.

—Bien, bien… —murmura, como quien sopesa algo que no termina de convencerle—. Dupont puede servir, pero lo que quiero es a Brown. Algo con más peso. Algo más mediático.

Ahí está. La bomba.

Me detengo junto a un pilar, entre la caravana de Motorline y una valla que separa el acceso a los boxes. Cierro los ojos un segundo.

—Mike, sabes perfectamente que no puedo sacar información de donde no la hay.

—No me vengas con ética periodística ahora, Harper. —Su tono mezcla risa y amenaza, como si le divirtiera acorralarme—. La gente quiere saber qué pasa ahí dentro. Brown y Dupont son dinamita. Quiero que lo confirmes. Quiero fuego.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—No voy a inventarme nada —digo, más firme de lo que me siento.

—No te pido que inventes. Te pido que observes. Que insistas. Que preguntes donde otros callan. Y si puedes acercarte más a Brown…, mejor.

Su nombre queda flotando en el aire como una granada con el pasador medio suelto.

Brown.

Suspiro. Siento el tirón familiar en los hombros. El recordatorio de lo que está en juego.

—Voy a hacer mi trabajo, Mike. Déjame hacerlo.

—Eso espero, Harper. Porque esta es tu oportunidad de demostrar que vales más que un apellido. No la jodas.

Clic.

La llamada termina. Me quedo un momento allí, con el teléfono aún en la mano, como si sus palabras hubieran dejado una marca que no se borra con un botón. El *paddock* sigue latiendo, impasible, como si no le importara que con cada paso que damos en él estemos cargando con las expectativas de medio mundo.

Guardo el móvil, me cuelgo la acreditación al cuello y respiro hondo.

—¿Lista para el caos? —pregunta Sienna con esa sonrisa que mezcla diversión e ironía.

Empezamos a caminar entre los *motorhomes*.

—Nací lista —respondo, ajustando la cinta de la acreditación con un gesto que ya es casi un acto reflejo—. Primero quiero hablar con Luca… y luego intentar sacarle algo a Maxime.

—Buena estrategia —asiente—. Luca te soltará un monólogo sin necesidad de que le preguntes mucho. Maxime, en cambio…

No termina la frase, pero no hace falta. Sé lo que quiere decir. Maxime Dupont tiene ese aire de póster publicitario de colonia cara: perfectamente calculado, carismático en la superficie, pero con una capa de frialdad que lo hace difícil de leer. Todo en él parece pensado para quedar bien en cámara. Y eso, para mí, siempre es una señal de alarma.

Pero justo por eso…

Después de la llamada de Mike, la entrevista a Dupont se vuelve aún más importante.

Luca está apoyado en una de las paredes del *motorhome* de Aurora Motorsport. Como siempre, se le ve relajado. Brazos cruzados. Gafas de

sol en la cabeza. Sonrisa fácil. Parece más un actor esperando su escena que un piloto a punto de entrar en otro fin de semana de alta tensión.

—¿Otra vez tú por aquí? —dice con su marcado acento italiano.

—Persigo a quienes me dan buen material —replico sonriéndole y sacando la libreta—. ¿Tienes un minuto?

—Para ti, siempre.

Luca habla con ese equilibrio perfecto entre confianza y cercanía, como si todo lo que dice estuviera milimétricamente medido para sonar natural. Empezamos con las preguntas de rutina: Silverstone, el balance del coche, expectativas para Imola.

—Aurora Motorsport ha crecido mucho en los últimos años —comento, tanteando—. ¿Sientes que este puede ser el año para dar el salto?

Luca asiente con convicción.

—Definitivamente. Tenemos un coche competitivo, gente con talento y un gran ambiente de equipo. ¿Victorias? Sí. ¿Más que eso? No lo descarto. Ya estamos segundos en el campeonato, eso no es suerte.

Buena respuesta.

Pero lo que me interesa no es lo que dice…, sino cómo lo dice.

Ese matiz en su voz. Esa ligera tensión en la mandíbula.

Luca quiere más.

Mucho más.

—Y sobre la llegada de Sienna… —continúo—. Aurora ha apostado fuerte por lo digital, por la conexión con los fans. ¿Qué significa para el equipo?

Su mirada se desvía hacia Sienna, que está unos metros más allá ajustando una cámara con el equipo de media. Sus gestos son precisos, casi coreografiados. Profesional hasta el último milímetro.

—Es brillante —dice Luca sin dudar—. Ha cambiado muchas cosas aquí dentro. Nos hace pensar más allá de la pista, y eso…, eso también cuenta. Otros equipos deberían empezar a aprender.

Tomo nota.

Es evidente que no solo cree en lo que dice, sino que sabe que él y su equipo van un paso por delante.

Una frase simple, con peso estratégico.

—Gracias por tu tiempo, Luca.

—Gracias a ti —responde con esa sonrisa suya que parece un arma de doble filo—. ¿Me harás quedar bien en tu artículo?

—Eso depende de cómo lo escriba.

Sus ojos chispean. Hay juego ahí. Y competitividad.

Luca Rossi sabe jugar en todos los frentes. No me cabe duda de que, tanto dentro como fuera de pista, sabe cuándo presionar y cuándo soltar el pedal.

Una parte de mí lo admira por ello.

La otra… empieza a preguntarse cuántas verdades hay bajo esa sonrisa perfecta.

MOTORSPORT INSIDER

Clasificación del campeonato tras el GP de Silverstone

Sábado por la mañana, previo a la clasificación en Imola

Por Sasha Harper

CAMPEONATO DE PILOTOS

Posición	Piloto	Dorsal	Equipo	Puntos
1	**Maxime Dupont**	60	Velocity Racing	**276**
2	**Eric Brown**	55	Velocity Racing	**264**
3	**Luca Rossi**	7	Aurora Motorsport	**258**
4	**Ethan Williams**	42	Thunderbolt Racing	**232**
5	**Alexéi Romanov**	5	Phoenix Racing	**218**
6	**Javier Morales**	17	Aurora Motorsport	**196**
7	**Oliver Smith**	21	Horizon Motorsport	**182**
8	**Nico Rosales**	14	Thunderbolt Racing	**173**
9	**Benjamin Schmidt**	33	Phoenix Racing	**168**
10	**Carlos Martínez**	11	Horizon Motorsport	**154**

Maxime Dupont mantiene el liderato, pero Eric Brown está a solo 12 puntos de distancia.

Luca Rossi sigue en la pelea, a 28 puntos del líder. No se puede descartar en la lucha por el título.

Javier Morales ha sido clave para que Aurora Motorsport se mantenga segundo en el Campeonato de Constructores.

Oliver Smith y Carlos Martínez siguen sumando puntos para Horizon Motorsport, pero necesitan buenos resultados en Imola.

CAMPEONATO DE CONSTRUCTORES

Posición	Equipo	Puntos	Pilotos
1	Velocity Racing	**540**	**Eric Brown/Maxime Dupont**
2	Aurora Motorsport	**454**	**Luca Rossi/Javier Morales**
3	Thunderbolt Racing	**405**	**Ethan Williams/Nico Rosales**
4	Phoenix Racing	**386**	**Alexéi Romanov/Benjamin Schmidt**
5	Horizon Motorsport	**336**	**Oliver Smith/Carlos Martínez**

Lo que esto significa para la temporada

Velocity Racing sigue dominando, pero la tensión entre Eric y Maxime podría afectar la dinámica del equipo.

Aurora Motorsport ha sido el equipo más sólido detrás de Velocity, con Luca Rossi y Javier Morales sumando puntos clave.

Thunderbolt Racing es el tercero en discordia, pero necesitan más podios si quieren meterse en la pelea real.

Phoenix y Horizon están en la parte baja, pero cada punto cuenta para cerrar la temporada con fuerza.

Con cuatro carreras restantes, cualquier error podría cambiarlo todo.

Mañana, la clasificación en Imola será clave para definir quién toma la delantera en esta batalla.

Capítulo 16



Eric
Imola. Sábado
P3 y *qualy*

El rugido del motor me despierta antes de que suene la alarma del móvil, pero no es real. Es un eco de mis sueños. Se queda en mi cabeza y sigo escuchándolo incluso después de abrir los ojos. Como si mi cuerpo me recordara que no hay escapatoria. A veces pienso que no descanso nunca, que aun dormido sigo dentro del coche.

La tercera práctica no reparte puntos ni trofeos, lo sé de sobra, pero para mí significa mucho más que una sesión de tanteo. Es la última oportunidad antes de la clasificación, el momento en que le echas un pulso al circuito, a tu coche… y a tu rival. Aquí nadie lo admite en voz alta, pero lo que haces en esta hora marca el tono del resto del fin de semana.

El *paddock* es un enjambre en ebullición. Los viernes, el ambiente siempre es más relajado, como de exploradores que toman notas, pero el sábado es distinto, es un día caótico: mecánicos corriendo de un lado a otro como piezas de un reloj tensado al límite, cámaras en busca de cualquier gesto malinterpretado y periodistas hambrientos de declaraciones que nadie quiere dar. Todo vibra con una electricidad invisible que se mete bajo la piel.

Camino directo hacia el box, sin frenar por los micrófonos que me rodean. No necesito escuchar las preguntas para saber lo que me lanzarían si les diera la oportunidad: «¿Eric sigue siendo el de antes? ¿O Maxime ya

lo ha superado?». Esa es la duda que flota en cada rincón del *paddock*, aunque nadie se atreva a formularla así, de forma tan cruda.

Dentro del garaje me espera Adam, de pie junto a la mesa de telemetría, con la tableta firmemente sujeta a la altura del pecho como si se tratara de un escudo. Va directo al grano; me conoce demasiado como para perder tiempo con frases vacías.

—Hoy quiero tandas largas y luego dos intentos a una vuelta —dice con un tono seco que no admite réplica.

Asiento. No hay nada más que añadir.

Me enfundo el mono, me ajusto el casco y me dejo caer en el asiento del coche. En cuanto bajo la visera, el mundo exterior se desintegra: el ruido de los flashes, los rumores e incluso los nombres desaparecen; lo único que queda es el rugido del motor, la vibración en el pecho, el aire denso del garaje esperando la señal de salida.

La primera tanda es con neumáticos blandos usados. El coche responde bien, con cierta pereza inicial en Tamburello, la tercera curva, pero obediente al soltar los frenos en Tosa. No busco el límite, solo ritmo constante. Vuelta tras vuelta, los tiempos se clavan en la tabla sin grandes sorpresas. Adam me lo confirma por radio con la calma que le caracteriza:

—Ritmo sólido. El coche está en la ventana—dice, refiriéndose a que todo funciona como debería: los neumáticos, el balance, los tiempos.

Lo escucho, pero no me basta. Yo no quiero un ritmo «sólido». Quiero un ritmo preciso y agresivo, quiero sentir que estoy afilando un cuchillo contra la piedra y que, cuando llegue la clasificación, cortará sin dudar.

Regreso al box, cambio rápido de neumáticos, y vuelvo a salir con blandos nuevos. Ahora sí, toca empujar. La pista se abre frente a mí como un tablero de ajedrez que conozco de memoria, pero que siempre guarda alguna trampa. En Acque Minerali, el coche se mueve bajo mis manos; en Rivazza, clava la tracción, y cruzo la línea con un 1:15.0 que me coloca arriba.

Silencio en la radio.

Demasiado silencio.

Miro el marcador.

Y ahí está.

Maxime Dupont: 1:14.9.

Una décima.

Siempre una maldita décima.

Aprieto los dientes bajo el casco. La rabia me sube como un latigazo, pero no digo nada. Adam no lo necesita; sé que desde el muro ha visto lo mismo que yo y que, aunque no lo admita, entiende perfectamente lo que significa para mí.

Doy otra vuelta, buscando esa fracción de segundo que me separa de Dupont. Empujo más, rozo el límite hasta sentir cómo las ruedas se deslizan un instante antes de morder de nuevo, pero el cronómetro no se mueve. Es como si el tiempo mismo se burlara de mí, como si me gritara que, por mucho que me esfuerce, siempre habrá una sombra azul y blanca delante de mí.

Regreso al box con el pulso acelerado. Me arranco el casco con brusquedad y noto el sudor pegajoso en la frente. Adam se acerca y me tiende la botella de agua.

—Es solo una práctica, Eric —dice con un tono de voz tranquilo, casi demasiado tranquilo.

Asiento, bebo y me quedo en silencio. Pero sé que esto no es solo una práctica; no lo es. Nunca lo es. Para ellos quizá sí, para mí no. Porque cada décima contra Maxime no es un dato más en la hoja de tiempos: es un recordatorio de todo lo que el equipo espera de mí, de todo lo que debo ser, de lo que nunca me perdonarán si fallo.

El sábado avanza con la precisión de un reloj suizo. La FP3, al final, es poco más que una coreografía bien ensayada, un simulacro que no da premios, pero sí respuestas. Yo ruedo lo justo para confirmar sensaciones, pruebo un par de cambios en la barra estabilizadora, ajusto frenadas, y el coche responde.

Cuando la bandera a cuadros cae sobre la última práctica, siento que el aire en el *paddock* cambia. Es como si el día se partiera en dos, lo que hemos hecho hasta ahora queda atrás, y lo que importa de verdad empieza en cuestión de horas. En ese tránsito invisible, mientras me quito los

guantes y los pliego con la costumbre de quien necesita aferrarse a pequeños rituales para no perder el centro, me llega la certeza que me golpea en la boca del estómago: lo que viene ya no es preparación, lo que viene es un juicio.



Apenas unas horas más tarde, el box vibra con otra energía. En medio del caos contenido, Adam y yo repasamos los últimos ajustes. Es el instante en que la tensión y la euforia conviven, cuando la clasificación aparece ante nosotros como la parte más exigente y, al mismo tiempo, la más adictiva del fin de semana.

—El coche está bien. Solo tienes que hacer lo que mejor sabes hacer —dice Adam.

Su voz es grave, medida; parece que quiera contener con sus palabras la avalancha que me espera. Ojalá fuera tan fácil. Ojalá bastara con escucharlo para que todo lo demás dejara de pesar.

No respondo, no porque no quiera, sino porque sé que en este punto ya no hay discusión posible: o lo hago, o fracaso.

Q1. Primera parte de la clasificación.

Me subo al monoplaza con movimientos tan automáticos que parecen parte de mí, como si fueran reflejos tatuados en los músculos. Las correas del arnés crujen cuando me las ajusto, ciñéndomelas como una segunda piel, un recordatorio de que aquí dentro no hay espacio para la debilidad. El casco baja, la visera se cierra, y con ese gesto todo el ruido exterior desaparece.

Una vez más, los periodistas con sus preguntas de sobremesa, los rumores que me persiguen desde niño, los susurros de ingenieros… e incluso ellas, Sasha y mi madre, se quedan fuera. Dentro, en el coche, solo estoy yo y el rugido del motor.

—Motor en modo clasificación —dice Adam, flotando en mi oído.

—Recibido.

El semáforo se enciende en verde y salgo a pista con blandos. La primera vuelta es un ejercicio de paciencia: neumáticos entrando en temperatura, frenos calibrando, el coche murmurando bajo mis manos lo que está dispuesto a dar. No voy al límite; aún no.

Cruzo meta: 1:14.6.

Un tiempo suficiente, un registro limpio, un pase seguro a la siguiente ronda.

Pero para mí no es suficiente. Aquí, hoy, el éxito y el fracaso caben en una décima, y yo no puedo concederme ni esa mínima grieta. En mi vida los errores siempre han tenido consecuencias, y la voz de mi madre sigue recordándomelo cada vez que cierro los ojos: «No seas mediocre, Eric». La oigo tan clara como si estuviera hablándome al oído. La escucho, aunque no esté, aunque nunca esté. Y da igual lo rápido que corra: jamás consigo dejarla atrás.

Los cinco últimos quedan eliminados en esta primera tanda, el resto seguimos en pie.

Q2. Segunda parte de la clasificación.

Ahora la pista ya no es un campo de pruebas; ahora es una criba. Los tiempos empiezan a caer, los márgenes de comodidad desaparecen y cada piloto muestra cuánto está dispuesto a arriesgar.

—Neumáticos nuevos y presión de frenos ajustada —dice Adam. Su tono es firme, sin espacio para dudas.

—Voy a empujar —respondo, con una seguridad que ni yo mismo me creo del todo.

Y salgo.

Cada curva es una batalla contra el cronómetro: los pianos vibran bajo las ruedas, el coche responde, mi cuerpo aguanta. Sector uno, rápido. Sector dos, incluso mejor. Sector tres…, limpio, pero no perfecto.

Cruzo la meta con un mejor tiempo 1:14.3.

Una vuelta sólida, técnica, precisa. Pero no brillante. No parece suficiente. Porque en el monitor ya aparece su nombre.

Dupont.

1:14.2.

Una décima. Siempre una maldita décima.

Respiro hondo, como si el aire pudiera ayudarme a tragar la rabia que me arde en el pecho. Pero no basta. No esta vez.

Aun así, el tiempo es suficiente para pasar a la última tanda, la que cuenta realmente.

Q3. Tercera y última parte de la clasificación.

El momento de la verdad. Aquí no se trata de ser rápido, sino de ser perfecto.

Espero en el box con el casco sobre las rodillas, el asfalto brillando más allá de la línea como una promesa envenenada. Los demás ya ruedan, marcan tiempos, enseñan sus cartas. Yo no. Yo aguardo. Hasta que el reloj marca seis minutos exactos.

—Neumáticos nuevos. Sal ahora —ordena Adam.

Asiento. Ni una palabra. Solo acción.

Vuelvo a pista con cada músculo tenso, cada respiración medida. Y, de repente, todo se reduce a lo esencial: yo, el coche y la línea de meta. Nada más existe.

La primera vuelta es bastante sólida. Todo controlado. 1:14.1. *Pole* provisional. Pero no basta. No mientras Maxime esté ahí fuera. No con el peso de mi apellido, ni con los ojos de mi madre midiendo desde la distancia.

Quedan dos minutos.

—Dame espacio, Adam. No quiero mensajes por radio, por favor.

Un silencio breve, y luego:

—Recibido.

Me aíslo. Por completo.

Acelero. Sector uno en color morado. Frenada tardía, demasiado tardía, pero el coche obedece, se clava en la trazada como si me leyera el pensamiento. Sector dos también morado. El volante vibra, el coche roza el límite, yo mismo rozo el límite. Sector tres: sin errores, sin concesiones.

Cruzo la línea de meta.

1:13.8.

Pole provisional.

Los gritos en el box explotan como un rugido. Pero yo no los escucho. Solo siento el vacío dulce de haberlo dado todo. Por un instante creo que sí, que esta vez al fin es suficiente.

Hasta que lo veo.

El otro coche azul y blanco.

Maxime.

En vuelta.

Miro los sectores en la pantalla con un nudo en la garganta. Verde. Morado. El tiempo se estira hasta doler, y cuando cruza la meta…

1:13.7.

Una décima.

Una puta décima.

Maxime Dupont, *pole position*.

Vuelvo al box en silencio, con la frustración ardiendo bajo la piel. No grito, no golpeo nada; solo trago veneno y me quito el casco de un tirón, como si me quemara. El aire en el garaje es espeso, irrespirable.

Adam se acerca. Me dice que mañana tengo ritmo para ganar. Lo escucho, pero no respondo. Porque sé la verdad: mañana no borra hoy.

Ser segundo no significa nada. No para mí. No con mi madre esperando que vuelva a casa como ganador.

Miro de reojo a Maxime. Está bajándose de su coche con esa sonrisa tranquila que me destroza más que cualquier tiempo en el cronómetro.

Él lo sabe.

Y le encanta.

Capítulo 17



Sasha
Imola. Sábado
Después de la *qualy*

No esperaba que Maxime Dupont fuera fácil de abordar, ni tampoco que me recibiera como si llevase horas esperando mi aparición, pero durante un instante tengo la sensación de que tal vez es justo eso lo que pasaba, que estaba esperando verme llegar para recibirme con una sorprendente amabilidad.

Está rodeado de periodistas, todos intentando atrapar una palabra que lo haga brillar, y, sin embargo, en cuanto levanta la vista y me ve entre la multitud, su expresión cambia. Sutil, medida, casi imperceptible, como si activara un modo distinto solo para mí, y hace un gesto con la cabeza, una inclinación leve y precisa. ¿Cortesía o cálculo? No sé cuál de las dos cosas.

—*Mademoiselle* —dice con su acento francés perfectamente marcado —. ¡Qué placer verte por aquí! ¿Qué puedo hacer por ti?

Mi mirada se cruza con la de Sienna, unos pasos detrás, y reconozco en ella la misma mezcla de sorpresa y alerta que siento yo. No he hablado con Maxime antes, al menos no de esta manera tan próxima, y sin embargo me saluda como si fuésemos viejos conocidos, como si me reconociera por algo más que la acreditación que llevo colgada al cuello.

—Solo un par de preguntas, si tienes tiempo —digo, dejando que la voz salga más firme de lo que realmente me siento.

—Por supuesto —responde, sonriendo con una calma que parece calculada—. Siempre tengo tiempo para una buena conversación.

Hay algo raro en lo dispuesto que está a responder a mis preguntas. La entrevista comienza con lo básico: algo sobre su *pole*, sus sensaciones durante el fin de semana, la dinámica dentro del equipo…, y él responde con precisión impecable, sin titubeos, sin excesos, midiendo cada palabra como un piloto que sabe exactamente cuándo acelerar y cuándo frenar. Pero hay algo que no encaja. Mientras habla, Maxime no deja de mirar más allá de mí, no distraídamente, sino de forma deliberada, con una intención que me obliga a seguir su línea de visión.

Y entonces lo veo. Eric. A pocos metros, apoyado junto a su ingeniero, revisando algo en una tableta. Tiene la mandíbula apretada y está tan concentrado que no mueve ni un músculo del rostro. Parece esculpido en piedra. Ajeno a todo, o eso parece.

Maxime lo observa y sonríe. Es apenas un gesto sutil. Pero su media sonrisa me indica que sabe exactamente lo que está haciendo y que disfruta de que otros lo vean en acción. Esto no es solo una entrevista; es un movimiento calculado en la partida que él y Eric están jugando, y el francés claramente está disfrutando.

—Velocity Racing está en una posición fuerte, pero hay rumores de cierta tensión interna con Eric Brown —lanzo, midiendo su reacción, buscando esa grieta que sé que existe, pero que quizá él quiera ocultar.

La sonrisa del francés no se hace más grande; es precisa, medida. Por un instante sus ojos se afilan, un destello apenas perceptible, suficiente para transmitir más de lo que sus labios muestran.

—Oh, la prensa siempre busca tensión donde no la hay. Eric es un gran piloto, no hay duda, pero… —hace una pausa breve, casi teatral— es verdad que no siempre es fácil trabajar con alguien que tiene un carácter tan fuerte.

Es una frase cargada de veneno sutil, la clase de comentario que cualquier redactor podría convertir en un titular incendiario.

—¿Crees que eso afecta al equipo? —insisto, manteniendo la calma.

Él inclina la cabeza, como si pensara por primera vez en esa posibilidad. Mentira.

—Bueno, no diría eso exactamente, pero hay decisiones que se toman pensando en el bien del equipo y otras que buscan más el beneficio individual.

Ambiguo, cortés, letal. Exactamente lo que esperaba de él. Antes de que pueda apretar más, Maxime se inclina hacia mí, y la conversación se vuelve casi personal.

—¿Sasha? —pregunta mirando mi acreditación, como si necesitara asegurarse de que estoy siguiendo su juego.

—Sí.

—Eres una periodista inteligente. Seguro que sabes cuándo hay algo más en una historia.

No lo dice con arrogancia; suena a elogio disfrazado de complicidad, un movimiento sutil para ver si me atrevo a responder.

—Siempre estoy atenta —replico, devolviéndole la sonrisa, aunque la mía es menos suave. Estoy alerta.

Maxime asiente, satisfecho. Me ha guiado hacia algo, dejándome pistas apenas perceptibles, dándome margen para escribir algo que podría dinamitar el ambiente de trabajo del equipo Velocity Racing si decido hacerlo. Es hábil, demasiado hábil.

Cuando la entrevista termina, me quedo con la sensación de que me ha dado algo valioso…, pero que puede ser un arma peligrosa que aún no sé si debo usar. La noche cae sobre Imola con una quietud engañosa, y el hotel parece otro universo comparado con el ruido del *paddock*. Sienna y yo nos refugiamos en la sala común, con bebidas calientes en las manos y las piernas cruzadas en un sofá ideal para relajarse tras una jornada agotadora.

—¿Qué tal con Maxime? —me pregunta Sienna. Tiene los pies sobre la mesa de café y la taza a medio camino de la boca.

—Demasiado perfecto para ser real —digo sin rodeos—. Hay algo que no me cuadra.

Sienna sonríe. Es evidente que está acostumbrada a este tipo de reacciones en relación con todo lo que tiene que ver con la Fórmula 1, que despierta fascinación y recelo a partes iguales.

—Bienvenida al circo —dice—. Maxime sabe manipular a la gente sin que parezca que lo está haciendo. Sabe a quién debe mirar, cómo tiene que hacerlo y qué debe dejar caer para que parezca accidental.

Remuevo el chocolate caliente y me quedo mirando cómo gira la espuma como si pudiera encontrar en ella el significado de los movimientos estratégicos del piloto francés.

—Intentó manipularme de una forma muy sutil —digo—. Dejó caer lo suficiente como para que yo tenga material para escribir algo que podría tensionar el ambiente en Velocity Racing.

—Eso significa que estás jugando en la liga de verdad —responde Sienna, seria—. Cada palabra que publiques tiene peso, Sasha.

Me quedo en silencio, contemplando la delgada línea entre contar la verdad y formar parte de un juego que Maxime controla mejor que nadie. Porque sí, me ha dado una historia, pero esa historia no es solo mía, y aún no sé si merece ser contada.

Sienna se acerca un poco más y se queda mirándome con seriedad con los codos apoyados en las rodillas. Parece que está tratando de leer no solo mis pensamientos, sino también mis dudas y mis miedos.

—Piénsalo bien, Sasha —dice con calma, dejando que cada palabra se hunda en el silencio que nos rodea—. Publicar lo que te ha dicho Maxime podría abrirte muchas puertas…, pero también podría cerrártelas de golpe.

—¿Por qué? —pregunto, sin apartar la vista del chocolate caliente, viendo cómo la espuma sigue girando lentamente en la taza como un reloj silencioso—. Es solo información. Es la verdad.

—Claro, pero esa «verdad» forma parte de un juego que va mucho más allá de lo que ves en la pista —responde, inclinándose apenas hacia mí—. Maxime no solo quiere sembrar discordia, quiere que Eric pierda la confianza de todos: del equipo, de los patrocinadores, incluso de ti.

Quiere desbancarlo, humillarlo, dejar que cada pequeño movimiento cuente en su favor.

—¿Y crees que puede conseguirlo? —pregunto, levantando la mirada para encontrar la suya—. Eric es un tipo duro, no se va a dejar manipular de esa forma.

—Bueno, Maxime está trabajando en ello… —responde Sienna con una sonrisa irónica—. Está tratando de que Eric pierda los nervios, que cometa un error, que se enfrente al equipo e incluso a ti. Porque cuanto más visible sea su grieta, más ganará él. Se posicionaría como el piloto estable, el líder que Velocity Racing necesita.

—¿Y tú crees que Eric está al tanto de todo esto? —susurro, preocupada. Me cuesta creer que Maxime haya hecho que yo forme parte de semejante estrategia.

Sienna asiente, ladeando la cabeza. Su sonrisa contiene un dejo de ironía que lo dice todo.

—Claro que sí. De ahí viene su mala leche. Pero no puede demostrarlo. No sin poner en peligro su posición. Es un pulso invisible, pero constante.

Me quedo pensativa, dejando que sus palabras se mezclen con el aroma del chocolate, con la quietud engañosa del hotel y el recuerdo de los movimientos precisos de Maxime durante la entrevista.

—Entonces ¿mi artículo no sería solo una historia? —digo, bajando el tono de voz, consciente de que cada palabra podría ser un arma.

—No —responde ella—. Sería como lanzar una bomba en medio de esa tensión contenida. Podría ser la chispa que lo haga estallar todo.

—¿Y si se me va de las manos? —susurro, sintiendo un peso extraño en el pecho—. ¿Y si, en lugar de contar la verdad, solo sirvo para iniciar una guerra?

—Eso, Sasha, solo tú lo decides —dice Sienna, y luego deja que el silencio se asiente entre nosotras unos segundos. Después añade—: Pero recuerda: aquí no basta con contar la verdad. Hay que saber cuándo y cómo hacerlo. Porque detrás de cada titular, hay vidas y carreras que pueden destruirse. Y secretos que pueden violarse.

La sala se queda en silencio un momento, roto solo por el leve sonido de nuestras respiraciones y por el frío que se cuela desde el exterior mientras la noche cae sobre Imola con una calma que engaña a cualquiera que no haya estado en el *paddock*.

—Esto es la Fórmula 1 —digo finalmente, con una sonrisa amarga que se escurre entre mis labios—. Un mundo donde la verdad siempre tiene un precio.

Sienna asiente y levanta la taza en un brindis silencioso, como si selláramos juntas un pacto invisible.

—Y tú acabas de empezar a pagar ese precio —dice.

Sus ojos me recuerdan que, en este juego, la información es poder, pero también puede ser un arma que se vuelve contra ti si no sabes manejarla.

MOTORSPORT INSIDER

Borrador del ordenador de Sasha

(Archivo: NOTAS_ARTÍCULO_Maxime.docx – Última edición: 23:47)

Título provisional: ¿Qué está pasando realmente en Velocity Racing?

Idea principal: Algo no cuadra. Maxime Dupont no es tan transparente como parece. Su actitud en la entrevista de hoy me dejó con más preguntas que respuestas.

Puntos clave:

- En Silverstone, Maxime gana la carrera, pero la narrativa sigue centrada en Eric Brown.
- En Imola, Maxime me concede una entrevista con demasiada facilidad. No es común que un piloto con su perfil se muestre tan accesible.
- Su lenguaje corporal era interesante: miradas calculadas y pausas estratégicas en sus respuestas.
- Quería que Eric lo viera hablando conmigo. ¿Para qué? ¿Qué gana con eso?

Notas sobre la entrevista con Maxime:

Frase clave: «Eric es un gran piloto, no hay duda, pero... no siempre es fácil trabajar con alguien con un carácter tan fuerte».

→ ¿Sutil ataque o simple comentario? ¿A quién quiere convencer con esto?

Otra frase clave: «Hay decisiones que se toman pensando en el bien del equipo y otras que buscan más el beneficio individual».

→ Está sugiriendo que Eric no piensa en el equipo.

→ Pero ¿es eso cierto?

Posibles hipótesis:

- Maxime quiere sembrar dudas sobre Eric. → ¿Busca posicionarse como el piloto número uno de Velocity Racing?
- Maxime está tratando de poner a la prensa a su favor. → Da respuestas ambiguas, sin afirmar nada, pero dejando suficiente material para que los medios hagan su trabajo.
- Hay algo más dentro del equipo que no conocemos. → ¿Realmente hay problemas en Velocity Racing o esto es solo una jugada mediática?

Eric Brown en todo esto:

- No ha dicho nada.
- No se ha defendido públicamente, lo cual no es raro en él, pero ¿hasta cuándo se mantendrá en silencio?
- ¿Qué piensa realmente sobre Maxime? ¿Lo ve como un rival o solo como una molestia?

Conclusión provisional: No puedo escribir un artículo sin pruebas claras. Por ahora, solo tengo intuiciones.

Preguntas que necesito responder antes de publicar:

1. ¿Alguien dentro del equipo confirmaría que hay tensión entre Maxime y Eric?
2. ¿Cómo ha reaccionado Eric a todo esto? (Si es que lo ha hecho).
3. ¿Maxime ha hecho esto antes? ¿Jugar con la prensa para manipular la narrativa?

NO PUBLICAR NADA HASTA TENER MÁS INFORMACIÓN.

(Guardado como borrador).

Capítulo 18



Eric
Imola. Sábado
Noche después de la *qualy*
y domingo antes de la carrera

El reloj de la mesita parpadea en rojo: 23.47. La clasificación de Imola ha terminado hace horas, pero aquí estoy, tumbado en la cama del hotel, con los músculos aún tensos por la adrenalina y el calor del circuito y los ojos ardiendo de cansancio; sin embargo, no consigo conciliar el sueño. Debería estar dormido; pero no hay manera. Ni siquiera cerrar los ojos me da tregua.

El móvil brilla a mi lado y lo tomo con dedos que tiemblan más por la tensión que por el frío de la pantalla. Hay mensajes de mi madre en los que se mezclan palabras de decepción y afecto: «Sé que has hecho lo que has podido, Eric. No es lo que esperaba, pero confío en que mañana saques lo mejor de ti. Buena suerte». Y luego otro mensaje, más breve, más directo: «No me defraudes». El orgullo y la culpa se pelean dentro de mí, recordándome que la presión no viene solo de la pista, ni de Maxime, ni de la prensa, también viene de los que me quieren, de los que esperan que siempre sea perfecto, pero yo sé que no lo soy.

El calor de la habitación es denso, cargado, y el ruido lejano de los motores apagados aún parece vibrar en mi pecho. Vuelvo a recordar los resultados de la clasificación. El cuarto puesto no me satisface en absoluto. Sé que podía haber hecho más, que podía haber evitado los errores que Maxime aprovechó con la sutileza de un depredador.

Los mensajes de mi madre se mezclan con los ecos de Silverstone, con la voz de Sasha Harper resonando en mi cabeza, las frases de su artículo diseccionándome como si hubiera sido escrito con un bisturí invisible. Lo malo es que nada de lo que dijo es mentira. La verdad duele más cuando alguien sabe exactamente dónde apretar.

La noche sigue avanzando y, en medio del silencio del hotel, solo oigo mis pensamientos y el tictac del reloj. Estoy aquí, despierto, pensando en que mañana, cuando cruce la línea de salida, no solo estaré compitiendo contra los otros coches, sino también contra la tensión que se ha sembrado, contra la mirada del mundo, contra mis propios demonios internos y contra la expectativa silenciosa de todos los que creen que siempre debo ser perfecto.

Me doy vuelta en la cama, y noto los músculos doloridos y la mente alerta. Sé que no hay escapatoria. Solo importa cruzar el primero la línea de meta, mantener la calma y recordar que, a pesar de todo, sigo siendo yo.

Imola. Domingo
Carrera

Abro los ojos y el reloj marca las 7.15. La noche se ha quedado atrás como un recuerdo pesado y el amanecer del domingo me recibe con un frío que me atraviesa los huesos mientras me levanto todavía adormilado, con los párpados pesados y la cabeza llena de la voz de Maxime y los mensajes de mamá que me recuerdan que tengo que ganar, que no puedo perder.

Me visto con rapidez, consciente de que cada minuto cuenta, y bajo las escaleras del hotel con los músculos todavía rígidos y la mente tratando de ordenar pensamientos y estrategias.

Llego al ascensor, presiono el botón de la planta baja y dejo que el silencio me acompañe mientras las puertas se cierran. Cada segundo que pasa es un recordatorio de que no hay margen de error, de que cada gesto, cada decisión cuenta.

Cuando las puertas se abren, respiro hondo y doy el primer paso hacia el vestíbulo, con la mirada fija en la salida, donde me espera el coche que me llevará al circuito. Pero el destino decide hacerme una broma justo en ese instante, y me choco de frente con alguien.

—¡Brown! —dice una voz conocida.

Harper. Justo ahí, en medio del vestíbulo, con su libreta en la mano, el traje beige perfectamente entallado y la acreditación colgando del cuello. El pelo suelto, un poco despeinado, como si hubiera corrido hasta aquí sin perder la compostura. Dispuesta a lograr sacarme de quicio sin hacer nada. Doy un paso torpe hacia atrás e instintivamente la sujeto por los hombros para que ninguno de los dos se caiga. Por un segundo nos quedamos mirándonos, atrapados en la sorpresa del encontronazo.

No me había fijado nunca tanto en la mirada de alguien, pero sus ojos castaños claros me atraviesan como si pudieran leer cada pensamiento que trato de esconder y descubrir la tensión que intento disimular y que no dejo que vea nadie.

—Vaya… —susurra, con una ceja arqueada, claramente más divertida que molesta—. No esperaba verte tan temprano.

Mi mandíbula se tensa, no tanto por el contacto como por el hecho de que justo hoy, justo ahora, no necesito distracciones. Pero no puedo apartar la vista de ella de inmediato, una parte de mi cabeza está empeñada en analizar cada uno de sus gestos y se olvida por un instante de que tengo una carrera que ganar.

—Yo… —comienzo, y la voz me suena más seca de lo que quiero—. Lo siento. Voy… voy hacia el circuito.

Ella asiente, dando un paso atrás, y por un instante todo en ese vestíbulo parece quedar congelado. Luego cada uno retoma su camino: yo hacia el coche que me espera, ella quizá hacia una nueva historia que todavía no conozco. Mientras me dirijo a la puerta, siento que el corazón me late más rápido, no solo por la carrera que se acerca, sino porque es evidente que, por mucho que intente centrarme, hay algunas cosas y algunas personas, como Sasha, que no puedo ignorar.



El circuito de Imola despierta con un rugido distante de motores, luces de garajes encendidas y el olor familiar a goma caliente y gasolina que me recuerda que todo esto no es un juego.

Cruzo el *paddock* con el mono medio desabrochado atado a la cintura y la camiseta pegada por el sudor y la tensión acumulada de todo el fin de semana. Voy con la gorra calada hasta las cejas y los auriculares puestos, aunque no suene nada, como una armadura que me separa del mundo.

—Buen ritmo en la sesión de calentamiento —me dice Adam, siguiéndome mientras revisa su tableta—. La temperatura del asfalto va a subir rápido, así que cuidado con el primer sector.

Asiento sin apartar la vista del garaje, concentrado.

—Maxime también ha salido, ¿verdad? —pregunto, notando que mi voz suena más tensa de lo que quiero.

Adam suspira y levanta una ceja.

—Sí. Como siempre, intentando intimidar antes de tiempo. No le hagas caso. Tú a lo tuyo.

—Fácil de decir —respondo, frunciendo el ceño mientras paso junto a los mecánicos que ajustan los neumáticos y comprueban presión y temperatura.

—No tanto —dice él, sonriendo un poco—. Si quieres, podemos repasar la estrategia de paradas. La última simulación muestra que, si empujas en la primera vuelta del segundo *stint*, Maxime podría ceder unos segundos.

—Perfecto —murmuro, sintiendo cómo la tensión se mezcla con la adrenalina—. Eso me sirve.

Adam hace un gesto hacia mi asiento del garaje mientras camino, como guiándome a mi burbuja.

—Ah, y, Eric…, recuerda la línea de carrera en la variante alta. No te dejes llevar por la emoción de la salida. Maxime va a intentar provocarte.

—Lo sé —respondo, apretando la mandíbula, consciente de que todo esto es parte del juego, incluso antes de subirme al coche.

El garaje parece acercarse más rápido ahora. Adam sigue a mi lado, hablando de los neumáticos, los ajustes y posibles escenarios de lluvia, y por un momento, el mundo exterior desaparece, no hay prensa, no hay miradas curiosas, solo nosotros y la carrera que está a punto de empezar.

—Vale, Eric —dice Adam, inclinándose hacia mí antes de que me suba al coche—. Recuerda: respirar, concentración y a tu ritmo. El resto se resuelve en pista.

Asiento, sintiendo cómo la tensión baja un poco mientras entro en mi burbuja. El casco en la mano, el mono ajustado, el corazón latiendo con fuerza. Afuera, Imola sigue rugiendo, pero dentro…, dentro solo soy yo, el coche y la línea de meta que tengo que cruzar primero.

Giro la esquina del pasillo que conecta con la zona técnica, y algo detiene mi paso.

Ahí está. Sasha Harper.

De lejos, con la libreta en la mano, concentrada junto a Luca. No hace ruido, no llama la atención. Solo observa, anota, mira. Esa manera suya de absorberlo todo, de descifrar lo que otros ni siquiera ven.

Mi mente hace un salto fugaz a nuestro encontronazo en el hotel. Su mirada, sus ojos castaño claro. No es consciente de lo que provoca. O tal vez sí. Sus artículos siempre se me quedan dando vueltas en la cabeza, no tanto por lo que dice, sino por lo que su mirada deja entrever. Frunzo el ceño de forma automática. No tiene sentido. Es solo una periodista. Otra más. Pero, aun así…, no puedo ignorarla.

El pelo castaño siempre algo despeinado, las pecas que se expanden por su nariz, la seriedad de su gesto, como si cada frase fuera una ecuación que solo ella sabe resolver. Su instinto, su manera de narrar lo que pasa aquí. No ve la F1 solo como un deporte, sino como una guerra emocional.

Aparto la mirada antes de que me sorprenda. No quiero que sepa que la estoy observando. Que llevo días observándola. No puedo permitírmelo. No ahora. No con Maxime pisándome los talones, con el

equipo encima, con mi madre encima… Tengo una carrera que ganar. Y en este mundo… solo importan los que cruzan la línea primero.

Capítulo 19



Eric
Imola. Domingo
Carrera

El rugido de los motores me atraviesa el pecho y hace que vibre cada fibra de mi cuerpo, como si el monoplaza respirara la furia contenida de la pista. Es un sonido que lo consume todo: la multitud, las voces en la radio, incluso mis propios pensamientos se desvanecen bajo el estrépito de la parrilla lista para la batalla.

A mi izquierda está Maxime.

No necesito girar la cabeza para sentir su presencia; está ahí, tenso, con las manos firmes sobre el volante, la respiración controlada, pero algo me dice que también está nervioso. La *pole* es suya, sí, pero la victoria… no.

No de momento.

Aprieto la mandíbula y fijo la vista en las luces sobre mi cabeza. Este es mi mundo, este es mi momento. Respiro hondo dentro del casco, llenando los pulmones de aire, intentando calmar la furia que arde como fuego en mi pecho.

Todo lo que ha pasado esta semana, la mierda de la prensa, los juegos de Maxime, la presión de Velocity Racing, ahora no significa nada; lo único que importa está delante de mí. P2 en la parrilla, Maxime en la *pole*, cientos de ojos sobre nosotros. La tensión en el *paddock* es casi tangible, pero no me importa; solo el semáforo, solo el instante en que todo estalle.

Cinco luces. Cuatro. Cada fibra de mi cuerpo se tensa; el volante vibra bajo mis manos transmitiendo cada pulso del motor, que espera la orden para lanzarse hacia la primera curva. Tres. Mis dedos aprietan el volante con fuerza, no hay espacio para errores. Dos. El mundo se comprime en un solo instante. Uno.

Las luces se apagan.

Y la guerra comienza.

Piso el acelerador a fondo y el coche sale disparado hacia delante como un proyectil. Las ruedas traseras patinan apenas un instante; el motor ruge con una fuerza que me hace sonreír por dentro.

Mi reacción es perfecta. Maxime no tiene la misma suerte. Sus ruedas traseras derrapan más de lo necesario, quemando goma, perdiendo tracción, dudando un segundo que basta para que yo esté a su lado. Los motores rugen, se entrelazan, y avanzamos rueda a rueda hacia la primera curva. Siento cada vibración, cada cambio de presión, y mi instinto se afila como un cuchillo.

Nos emparejamos en la recta y, en el momento exacto, me tiro al interior, agresivo, sin dudar. Maxime intenta cerrarme el espacio, pero es demasiado tarde: ya he metido el coche, ya voy primero. Freno en el último segundo, sintiendo cómo el cinturón se clava en mi pecho mientras el monoplaza se mantiene firme en la trazada, las ruedas delanteras mordiendo el asfalto con precisión quirúrgica en la chicane.

Doblo la curva primero y, antes de que pueda siquiera saborearlo, la radio estalla:

—¡Vamos! —grita Adam—. Salida impecable.

No hay tiempo para celebrar. Veo a Maxime tambalearse y perder tiempo, mientras Luca Rossi aprovecha el hueco para lanzarse a su rebufo. Perfecto. Ahora solo tengo que mantenerme al frente.

El ritmo se estabiliza, lidero con Luca pegado a mi alerón trasero y Alexéi Romanov en tercera posición. Maxime, tras su desastre en la salida, ha caído hasta la sexta plaza.

Las gomas están en la temperatura óptima, el coche se siente bastante firme, y Adam me confirma por radio que todo va según lo planeado. Pero

entonces lo veo: un movimiento extraño en el fondo del circuito, un monoplaza que pierde el control.

Un mensaje por radio me lo confirma:

—Accidente en la parte trasera —la voz de Adam suena tensa—. Un coche de Thunderbolt Racing disparado contra las barreras en la curva siete.

Aprieto los dientes; restos de fibra de carbono y humo se esparcen por la grava. Dirección de carrera confirma lo inevitable: Safety Car. Exhalo y suelto el acelerador mientras las luces amarillas parpadean, y el cartel de SC aparece en el *pit wall*.

Ethan Williams está fuera, su coche destrozado por un pequeño error en un circuito que no perdona. Todos nos agrupamos detrás del Safety Car, y de repente mi ventaja inicial desaparece. Respiro, balanceo el monoplaza para mantener los neumáticos calientes, y miro los espejos: Rossi está demasiado cerca. Sé que en cuanto el Safety Car entre a boxes se lanzará a por mí, porque así corremos los que queremos ganar.

Cuatro vueltas más tarde el Safety Car se va, las luces verdes parpadean y el coche ruge otra vez con toda su potencia. Luca no pierde tiempo y se pega a mi alerón trasero, intentando adelantarme por el exterior en la curva cuatro. Freno tarde, manteniendo la línea, pero él aguanta como un demonio.

Entramos codo a codo en la siguiente curva y, en ese instante, entiendo por qué le llaman el Relámpago de Milán: es rápido, agresivo, implacable. Pero si él es un relámpago, yo soy una tormenta. En la recta siguiente defiendo con agresividad y recupero la trazada; nos rozamos ligeramente, pero no cedo ni un centímetro. Cuando salimos de la curva, sigo por delante. Luca vuelve a su sitio, sabiendo que tendrá otra oportunidad, pero yo no pienso ceder.

A mitad de carrera, Alexéi Romanov se retira por un fallo mecánico.

—Otro DNF —anuncia Adam.

No termina la carrera, otro abandono más esta temporada.

Dos fuera. La carrera se vuelve imprevisible. Soy de los primeros en entrar a boxes y los mecánicos de Velocity hacen un *pit stop* perfecto: 2,3

segundos. Salgo en primera posición, con Luca justo detrás. Ni de lejos esto ha terminado. Las últimas vueltas son un infierno; las gomas se degradan, cada curva exige precisión absoluta, y Luca mantiene la presión constante, esperando que cometa algún mínimo error.

Pero la verdadera amenaza viene más atrás.

Maxime ha estado remontando desesperado, y en la vuelta cuarenta y cinco, el caos estalla detrás de mí.

—¡Maxime ha bloqueado en la variante alta! ¡Se ha ido largo! —grita Adam por radio. Freno para entrar en la curva sin perder concentración, miro por el espejo: humo. —Ha caído a P6 —continúa Adam—. Ha perdido posiciones con Morales, Rosales y Williams. —Dentro del casco, una risa breve se escapa: el cabrón se lo ha buscado.

Cuatro vueltas después, un nuevo sobresalto:

—Coche parado en pista, bandera amarilla en el tercer sector —dice Adam—. Schmidt se ha tocado con Rosales y va contra las barreras. Safety Car de nuevo.

Respiro hondo y todas las ventajas desaparecen, Morales consolida su podio y Luca sigue pegado a mi alerón. Todo se decidirá en el reinicio.

Cuando el Safety Car apaga las luces, piso a fondo. Cada latido retumba en mis oídos, cada milésima cuenta. Luca me presiona en cada curva, pero mantengo la trazada impecable, cerrándole todas las oportunidades.

Última vuelta. *Pit wall* en vilo. Nada puede fallar. El rugido del motor, los gritos de la multitud, las banderas ondeando: cruzo la línea.

Victoria.

—¡¡¡Victoria!!! —explota Adam por radio—. ¡Eres el puto amo, Eric!

Cierro los puños, grito dentro del casco, mientras la adrenalina recorre mi cuerpo como un incendio.

Luca cruza segundo, impecable.

Maxime, sexto. La perfección.

En el podio, el himno suena, la multitud estalla, y por un instante Imola es solo mío. Hoy nadie me lo puede quitar.

Capítulo 20



Sasha
Imola. Domingo
Podio y momentos después de la carrera

El sol de la tarde ilumina el podio mientras los tres pilotos suben los escalones, recibiendo una ovación ensordecedora del público.

Eric Brown está en el centro, con su trofeo en alto. Luca Rossi a su derecha, con una sonrisa contenida, sereno pero competitivo. Y Javier Morales en P3, todavía con esa expresión de incredulidad en el rostro, como si no terminara de creerse que está allí.

Desde mi sitio en la zona de prensa, junto a Sienna, observo cómo Eric se quita la gorra y deja que el himno británico resuene en todo el circuito.

Está increíble ahí arriba.

El sol resalta los reflejos castaños más claros de su cabello, despeinado tras quitarse el casco y la gorra. Su mandíbula está tensa, su postura es firme, lleva el mono de carreras abierto hasta la cintura dejando ver la camiseta ignífuga ajustada a su torso. Es la imagen del vencedor absoluto, del piloto que sabe que la victoria le pertenece. Y joder, tengo que admitirlo, le queda muy pero que muy bien ese papel.

Mierda.

Niego internamente.

«No, Sasha. No caigas en esto».

Mirarlo es inevitable. No solo porque está en el centro de la escena, con todas las cámaras enfocándolo, sino porque hay algo en él que atrapa toda

la atención. Su manera de sostener el trofeo con tanta seguridad, sin necesidad de sonreír ampliamente como Luca o Javier. Sin exagerar nada. Es pura convicción. Y yo, como una idiota, lo estoy mirando más de lo que debería. Muevo la cabeza, obligándome a apartar la vista, pero es demasiado tarde. Sienna me mira de reojo y sonríe.

—Si sigues mirándolo así, creo que vas a empezar a aplaudir más fuerte que los fans.

Me tenso al instante.

Joder.

La miro con el ceño fruncido, como si pudiera borrar lo que acaba de decir.

—Cállate.

Ella alza las manos con una sonrisa maliciosa.

—Solo digo lo que es evidente.

Maldita sea. No puedo permitirme que esto pase. Que Sienna se dé cuenta de que he estado mirando a Eric con más interés del necesario. Porque eso significa que es real. Que, aunque lo niegue, algo en mí lo observa de manera diferente. Y no quiero aceptarlo. No quiero que esto me suceda con Eric.

Sacudo la cabeza y me cruzo de brazos, intentando distraerme. Pero mi mirada vuelve al podio. Para mi desgracia, me resulta imposible ignorarlo.

Eric baja el trofeo con un gesto contenido. Ni una sonrisa exagerada, ni una celebración efusiva. Solo seguridad en sí mismo y un control absoluto. Pero cuando Luca se gira para felicitarlo con una palmada en el hombro, Eric esboza una sonrisa fugaz. No es grande ni llamativa, es apenas un pequeño movimiento en la comisura de sus labios, pero suficiente para que la cámara la capture. Es una de esas sonrisas que te hacen olvidar por un segundo que es un capullo insufrible.

Sienna, que no se pierde ni un solo detalle, se inclina hacia mí con esa expresión de quien está a punto de soltar una pulla.

—Admítelo, Harper. Está buenísimo.

Bufo, girándome hacia ella con una mirada incrédula.

—¿Perdón?

—Oh, por favor —se cruza de brazos y se queda mirándome con diversión—. No me vengas con la típica fase de negación. Lo has estado mirando todo el rato.

Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro exagerado.

—Lo he estado mirando porque es mi trabajo. Estoy intentando escribir sobre el podio, ¿te suena?

Sienna enarca una ceja, como si no creyera ni una palabra.

—Ajá. Claro. Y por eso te brillaban los ojos hace un minuto.

La miro con el ceño fruncido.

—Deja de inventarte cosas.

—No me invento nada. Te has quedado embobada.

—No me he quedado embobada —replico, sintiendo una punzada de irritación.

—Lo que tú digas, Harper —canturrea con su maldita sonrisa. Me dan ganas de lanzarle agua a la cara para borrársela—. Pero yo solo te aviso…

—¿Avisarme de qué? —pregunto con los brazos cruzados.

—De que, si sigues mirándolo así, lo mismo terminas soñando con él esta noche.

Suelto una carcajada sarcástica.

—Sí, claro. En mi peor pesadilla.

Sienna niega con la cabeza, sin dejar de reírse.

—Lo que tú digas.

Saco el móvil del bolsillo y lo levanto frente a ella.

—¿Quieres que te grabe diciendo esto? Lo subimos ahora mismo y que todo el mundo sepa lo mucho que te gusta Brown.

Ella suelta una carcajada y aparta mi mano con un manotazo.

—No hace falta, el mundo ya lo sabe.

Sacudo la cabeza, desvío la vista del podio y vuelvo a concentrarme en mi trabajo. A diferencia de Sienna, yo tengo entrevistas que hacer.

Apenas termina la ceremonia, bajo junto a los demás periodistas a la zona mixta, donde los pilotos van llegando uno a uno. El ambiente es un enjambre caótico. Micrófonos, grabadoras, cámaras; todos peleando por conseguir las mejores declaraciones. Los reporteros se agolpan en los

laterales, empujando sutilmente para conseguir una mejor posición. Algunos ya discuten en voz baja, debatiendo qué enfoque venderá mejor la historia del día.

«Maxime en caída libre, Eric imparable».

«Rossi sigue siendo la mayor amenaza de Brown».

«Morales logra su primer podio. Es la nueva promesa española».

Todo son titulares y especulación, pero no importa. Lo realmente interesante es lo que los pilotos van a decir ahora, después del podio, cuando la adrenalina todavía corre por sus venas. Javier Morales es el primero en llegar. Su mono aún tiene restos de champán y su expresión refleja una mezcla de incredulidad y emoción pura.

—Es un sueño hecho realidad. Estar en el podio en mi primer año en la F1 es increíble —dice con la voz aún vibrante por la emoción.

Es genuino. Se nota que está viviendo un momento inolvidable, uno que marcará su carrera. Sonrío mientras anoto sus palabras en mi libreta.

Luca llega después, con su actitud relajada de siempre y su media sonrisa, como si lo que acabara de hacer no fuera gran cosa para él.

—Brown ha hecho una carrera impecable. Hoy ha sido el más rápido, pero la batalla ha estado muy bien, nos hemos divertido en la pista.

Siempre sabe cómo dar respuestas que suenan correctas sin revelar demasiado. Hay respeto en su tono, pero también la certeza de que la próxima vez intentará estar delante.

Y entonces llega él.

Eric.

Desde el primer paso en la zona mixta, se nota que no tiene la menor intención de detenerse a hablar con la prensa. Camina con la gorra de Velocity Racing calada hasta las cejas, los labios apretados en una línea tensa y la actitud de alguien que quiere acabar cuanto antes con la parte aburrida del día.

Pero yo no me voy a ir sin intentarlo.

—Eric, unas palabras sobre la carrera —digo en voz alta, asegurándome de que pueda escucharme incluso con el bullicio de fondo.

Ni siquiera se detiene.

—Ganamos. Fin de la historia.

Respiro hondo. No me lo va a poner fácil, pero tampoco voy a rendirme.

—¿Esperabas un resultado así después de la clasificación de ayer?

—Trabajo para ganar. Hoy lo hice.

Me cruzo de brazos.

—¿Nada que decir sobre la pelea con Luca en pista?

Esta vez, sus ojos verdes me miran fugazmente, solo por un segundo, con un brillo entre desafiante y aburrido, como si estuviera evaluando si vale la pena seguir la conversación.

—Si Rossi quiere decir algo, que lo haga él.

Y sin más, se larga.

Me quedo ahí un momento, viendo su espalda alejarse entre los reporteros.

Capullo.

Respiro hondo, reprimiendo mi frustración mientras tomo notas en mi libreta. No he conseguido mucho, pero al menos tengo algo. No es la entrevista más reveladora, pero, conociendo a Eric, incluso una respuesta como esa es todo un logro.

A mi lado, Sienna me observa con una sonrisa maliciosa y un brillo pícaro en los ojos.

—Te mira más de lo que crees.

Le lanzo una mirada afilada.

—Y tú hablas más de lo que deberías.

Ella se encoge de hombros, divertida.

—Solo digo que tiene una forma muy peculiar de ignorarte.

No respondo. No quiero darle la razón. Suspiro, pensando en lo que tengo que escribir cuando llegue al hotel. Sin embargo, antes de que pueda moverme, Sienna saca algo de su bolsillo y lo agita frente a mí. Dos entradas negras con letras doradas.

—¿Qué es eso? —pregunto, sin mucha paciencia para más sorpresas.

Su sonrisa se amplía con satisfacción.

—Luca nos ha conseguido dos entradas vip para el Velvet Club. Dice que es la mejor forma de celebrar una buena carrera.

Parpadeo, sorprendida.

—¿El Velvet Club? ¿Ese tipo de fiesta en la que solo entra la mitad del *paddock* y los demás se quedan fuera, como idiotas?

—Exactamente eso. —Asiente con una expresión de pura satisfacción —. Así que, Harper…, ¿nos vamos de fiesta o qué?

Primero miro las entradas y luego la miro a ella. Después de todo lo que ha pasado en el fin de semana, tal vez una salida no sea una mala idea.

—Venga, vamos a ver si el Velvet Club realmente vale tanto la pena como dicen.

Sienna me guiña un ojo.

—Esa es la actitud.

Sin decir nada más, guardo la libreta.

Cuando llegue al hotel terminaré de perfeccionar el artículo. Después, el periodismo puede esperar.

La noche solo acaba de empezar.

MOTORSPORT INSIDER

Imola 2025: Eric Brown domina, Maxime se hunde y un nuevo héroe emociona la parrilla

Por Sasha Harper

El Gran Premio de Imola 2025 no decepcionó. Desde la salida hasta la bandera a cuadros, fue un espectáculo de caos, estrategia y giros inesperados que sacudieron el campeonato.

Después de una clasificación que lo dejó en la segunda posición, Eric Brown demostró por qué es uno de los pilotos más temidos en la parrilla. Su salida impecable lo puso por delante de su compañero de equipo, Maxime Dupont, en la primera curva, y a partir de ahí fue una demostración de control absoluto.

A pesar de la presión constante de Luca Rossi, Brown no cometió errores, gestionó el ritmo de carrera a la perfección y cruzó la línea de meta en primer lugar, logrando su segunda victoria de la temporada.

El británico sigue en su lucha por el campeonato y, con este resultado, manda un mensaje claro: no piensa conformarse con el segundo puesto.

El piloto italiano de Aurora Motorsport tuvo otra actuación sólida, manteniéndose siempre en la pelea por la victoria. Aunque no logró superar a Brown en pista, su consistencia lo convierte en el rival más peligroso para la lucha por el título.

Con un equipo que apuesta fuerte por él y una conducción agresiva pero precisa, Rossi sigue sumando puntos importantes y deja claro que

no dejará que Velocity Racing domine sin resistencia.

Si alguien salió perdiendo en Imola, fue Maxime Dupont.

El francés arrancó desde la pole, pero una mala salida lo dejó en desventaja desde el principio. A partir de ahí, su carrera se convirtió en una serie de errores y malas decisiones, culminando con una pasada de frenada en la Variante Alta que lo dejó fuera de la pelea por el podio.

Terminó en la sexta posición, un resultado que no solo le hace perder puntos valiosos en el campeonato, sino que además podría empezar a generar tensiones dentro de Velocity Racing.

Mientras Dupont se hundía, otro piloto aprovechaba la oportunidad.

Javier Morales, piloto de Aurora Motorsport, firmó este fin de semana el primer podio de su carrera en la Fórmula 1 con una actuación impecable. El español mantuvo la calma bajo presión, aguantando el asedio de rivales con más experiencia, y cruzó la línea de meta en tercera posición. Un resultado que nadie esperaba al inicio del fin de semana, pero que llega tras una temporada de progresión constante: veinte carreras consecutivas finalizando entre la cuarta y la séptima posición.

Con este resultado, Morales no solo conquista su primer gran trofeo, sino que se afianza como uno de los nombres que seguir en la parrilla. Su ascenso ha sido silencioso, pero ahora resulta imposible de ignorar.

CLASIFICACIÓN DEL CAMPEONATO DE PILOTOS

Posición	Piloto	Dorsal	Equipo	Puntos
1	**Eric Brown**	55	Velocity Racing	**289**
2	**Maxime Dupont**	60	Velocity Racing	**282**
3	**Luca Rossi**	7	Aurora Motorsport	**276**
4	**Ethan Williams**	42	Thunderbolt Racing	**232**

5	**Alexéi Romanov**	5	Phoenix Racing	**218**
6	**Javier Morales**	17	Aurora Motorsport	**211**
7	**Oliver Smith**	21	Horizon Motorsport	**194**
8	**Nico Rosales**	14	Thunderbolt Racing	**183**
9	**Benjamin Schmidt**	33	Phoenix Racing	**168**
10	**Carlos Martínez**	11	Horizon Motorsport	**160**

CLASIFICACIÓN DEL CAMPEONATO DE CONSTRUCTORES

Posición	Equipo	Puntos	Pilotos
1	Velocity Racing	**565**	**Eric Brown/Maxime Dupont**
2	Aurora Motorsport	**487**	**Luca Rossi/Javier Morales**
3	Thunderbolt Racing	**415**	**Ethan Williams/Nico Rosales**
4	Phoenix Racing	**386**	**Alexéi Romanov/Benjamin Schmidt**
5	Horizon Motorsport	**354**	**Oliver Smith/Carlos Martínez**

Con la temporada entrando en su fase más crítica, las posiciones aún no están definidas.

¿Podrá Brown ampliar su ventaja?

¿Conseguirá Rossi arrebatarle el liderato?

¿Hasta dónde podrá llegar Javier Morales tras su primer podio?

¿Y qué pasará con Maxime tras su decepcionante fin de semana?

Las respuestas, en la próxima carrera.

Capítulo 21



Sasha
Imola. Domingo
Noche de fiesta después de la carrera

El sonido del secador llena la habitación del hotel, mezclándose con la música suave que suena en mi móvil. Paso los dedos por mi pelo, asegurándome de que queda bien antes de apagar el aparato. La brisa caliente se disipa y me quedo mirándome en el espejo un momento.

No te invitan todos los días a algo así.

Suelto un suspiro y me giro hacia la cama, donde Sienna está tumbada con el móvil en la mano, deslizando los dedos por la pantalla sin mucho interés. Su falda vaquera le queda impecable, y la combina con un top corto que le resalta la figura.

—Vamos, Harper, muévete —dice sin apartar la vista del móvil—. No puedes hacer esperar a un grupo de pilotos egocéntricos.

Pongo los ojos en blanco, pero una sonrisa se me escapa.

—Dudo que esperen a que lleguemos para que empiece la fiesta —respondo mientras saco el maquillaje del neceser para darme los últimos retoques.

—Cierto. Nunca subestimes el poder del alcohol en un grupo de hombres que viven a trescientos kilómetros por hora.

Me río mientras me aplico el pintalabios. Tiene razón. Los pilotos son puro caos, tanto dentro como fuera de la pista. Vuelvo a mirarme en el espejo y ajusto el top blanco que llevo. Tiene un vuelo ligero en la parte

inferior que contrasta con los pantalones de traje negros anchos y los tacones que me regalan un par de centímetros extras. No es un sitio al que haya que ir demasiado arreglada, pero tampoco pienso presentarme con lo primero que saco de la maleta.

Sienna se levanta de la cama y camina hasta mí. Me observa con una sonrisa aprobatoria. Luego se coloca detrás de mí, me rodea con los brazos y apoya la barbilla en mi hombro.

—Estás perfecta.

Me mira a través del espejo y, por un instante, su gesto me transmite una calidez reconfortante.



El coche de Aurora Motorsport nos deja justo en la entrada del Velvet Club. Incluso antes de cruzar la puerta, la música retumba en el aire como un pulso eléctrico que atraviesa el suelo. Las luces de neón parpadean en rojo y dorado y se reflejan en los cristales y en los rostros ansiosos de la fila de gente que espera para entrar.

Nosotras no tenemos que esperar. Luca se ha encargado de que estemos en la lista de invitados.

—¿Preparada? —pregunta Sienna, ajustándose la chaqueta vaquera sobre los hombros con una sonrisa que brilla más que los focos de la entrada.

—Preparada —respondo. Aunque no sé si es verdad.

No es que no me guste salir de fiesta. A veces lo necesito. Pero después del fin de semana que acabamos de tener, lo único que realmente necesito es una cama, una ducha caliente y no pensar en nada durante dos días. Aun así, esta noche es una celebración. Y los podios, en este deporte, no se dan por sentados.

Los porteros nos dejan pasar sin problemas y, en cuanto cruzamos la entrada, el mundo cambia. La música lo llena todo. Se pega a la piel, se cuela por los poros, hace que el cuerpo se mueva incluso sin querer.

El club está abarrotado.

Cuerpos entrelazados en la pista, luces estroboscópicas que estallan en todas direcciones, destellos de colores que rebotan en las botellas y en los rostros sudados. El olor a alcohol, perfume y deseo forma una nube espesa que lo envuelve todo.

—Dios, esto está a reventar —murmuro, avanzando como puedo entre la gente.

—Tal y como me gusta —responde Sienna, guiñándome un ojo con complicidad.

Llegamos a la barra. Ella pide un cóctel sin pensarlo. Yo elijo algo suave para empezar, aunque sé que eso no va a durar.

—Por el podio —dice, alzando su copa.

Brindamos. Sonrío. Y bebo.

La primera copa baja rápido.

La segunda, aún más.

Y cuando llega la tercera, ni siquiera recuerdo haberla pedido. Solo aparece entre mis dedos, fría, translúcida, y me la bebo como si fuera agua. Como si me estuviera aferrando a ella para no pensar. O para dejar de sentir.

De fondo, suena «We Found Love», y el bajo retumba como un latido colectivo. La pista vibra y las luces estallan en destellos rojos y blancos. Todo se empieza a mezclar y el tiempo se vuelve blando.

La noche, al principio nítida, empieza a deshacerse como tinta en el agua. Las luces se mezclan con las sombras. Las voces se convierten en murmullos distorsionados. El mundo pierde sus bordes.

No estoy borracha. No exactamente. Es otra cosa. Algo más espeso. Como si la realidad se alejara un paso más con cada parpadeo. Como si todo lo que soy estuviera envuelto en algodón húmedo.

Mi cuerpo sigue aquí, pero no me pertenece del todo. La cabeza me pesa. Siento el suelo blando, resbaladizo; tengo la sensación de que no puedo confiar en que me sostenga. Me cuesta respirar profundamente. Me cuesta ordenar los pensamientos, me cuesta mantenerme en pie.

—Sasha, ¿estás bien? —pregunta Sienna.

Su voz parece llegarme desde el fondo de un túnel.

Levanto la vista, pero su cara está borrosa. Como si la viera detrás de un cristal empañado.

—Sí… Solo… un poco mareada —murmuro.

Y sé que no suena creíble.

Sienna frunce el ceño. La conozco. Va a decirme que paremos.

—Tal vez deberíamos ir más despacio. Voy a por algo de agua, espérame aquí, no te muevas.

Tiene razón. Suena lógico. Suena bien. Pero antes de poder asentir, antes de articular una sílaba, siento una presión en el brazo. No es fuerte. No duele. Pero mi cuerpo se tensa, como si rechazara el contacto por instinto. Giro la cabeza lentamente, como si cada vértebra del cuello pesara una tonelada.

Un chico. Cabello oscuro, sonrisa fácil. No lo reconozco. O no consigo recordarlo. Tiene una edad indefinida y una seguridad que me incomoda.

—Te he visto hoy por el *paddock* —dice, inclinándose demasiado—. Eres la hermana de algún piloto, supongo, ¿verdad?

Parpadeo.

Mi cerebro tarda en procesar lo que dice. Cada palabra se mueve como si flotara en gelatina.

—No… —murmuro. La lengua se me pega al paladar—. No soy…

No termino la frase.

El chico sonríe más, como si supiera que estoy indefensa.

—Déjame invitarte a una copa.

Quiero decir que no. Pero no puedo moverme. Intento dar un paso atrás. Nada. Las piernas me fallan. Son de goma. Mi centro de gravedad desaparece.

Busco a Sienna, pero ya no está. No sé en qué momento se ha ido de mi lado o si he sido yo la que se ha quedado atrás. La música retumba, distorsionada. Las luces giran. Todo es demasiado rápido y demasiado lento a la vez. El chico me pasa un brazo por la cintura. Sus dedos presionan la tela de mi top. No debería estar ahí. Nadie debería estar tan cerca.

No.

Mi mente me grita.

Mi cuerpo lo sabe.

Pero mi boca no se mueve.

El mundo se inclina, y por un segundo tengo la sensación de que me hundo en el suelo, como si el aire se volviera líquido.

Capítulo 22



Eric
Imola. Domingo
Noche de fiesta después de la carrera

—Vamos, cabrón, una copa. Solo una.

Luca me mira desde la barra del Velvet Club con esa sonrisa insistente, con la confianza de quien sabe que, tarde o temprano, va a salirse con la suya. Yo pido un San Francisco, como siempre, sin una gota de alcohol. Nunca me ha gustado. O quizá aprendí a que no me guste. El alcohol huele a malas decisiones y promesas rotas. A estas alturas, todos lo saben, incluso Luca. Pero eso no le impide intentarlo. Le da vueltas al vaso con los dedos mientras me observa con una ceja arqueada, esperando a que ceda.

Yo, en cambio, bebo un sorbo lento. El dulzor cítrico me cubre la lengua antes de deslizarse suave por la garganta. Nada de ardor, nada de fuego. Solo el sabor familiar de algo que, a diferencia de tantas otras cosas en mi vida, nunca he tenido que disfrazar.

—No necesito celebrar nada —respondo, seco—. Gané. Fin de la historia.

Luca chasquea la lengua, niega con la cabeza, fingiendo decepción.

—¿Desde cuándo eres tan aburrido? —bufa, cruzándose de brazos—. No salimos desde la tercera carrera de la temporada. Y no será por falta de razones.

No digo nada. No hace falta. Tiene razón.

Desde que empezó el campeonato, mi vida se ha convertido en un bucle de entrenamientos, carreras y discusiones dentro de Velocity Racing. Todo lo demás ha quedado fuera. No queda espacio para nada más, ni para celebraciones ni para distracciones.

La presión lo devora todo.

Mi madre llama cada día para recordarme lo que está en juego, para vigilar que no me desvíe ni un milímetro del camino que ella trazó. Pero nunca pregunta cómo estoy.

Maxime encima. El equipo encima. La prensa encima. Y yo atrapado en medio, obligado a demostrar a cada segundo que soy el mejor.

Salir de fiesta es lo último en lo que pienso.

Pero esta noche, por alguna razón, me he dejado arrastrar.

El Velvet Club está a reventar. Música que retumba en los huesos, luces rojas que se reflejan en cada superficie, humo espeso, sudor, perfume caro y alcohol. Todo mezclado en un caos disfrazado de celebración.

Luca y Javier desaparecen un rato entre la multitud, perdiéndose entre risas, vasos y cuerpos. Yo sigo en la barra, apoyado, observando con expresión neutra. No es que no sepa divertirme. Es que no le encuentro el sentido. Tal vez Luca tenga razón. Tal vez me estoy volviendo aburrido.

Me quedo en la sombra. Como siempre. Con los ojos abiertos, alerta, viendo cómo el resto se deja llevar entre copas y carcajadas.

Yo no. Nunca.

No quiero perder el control. No después de ver a mi madre hundirse noche tras noche detrás de una copa, de ver la forma en que se rendía a cualquiera de sus exhibiciones de dolor. No quiero repetirlo.

Y entonces la veo.

Entre el humo, el ruido, las luces rojas y los cuerpos que se entrelazan en la pista… aparece ella.

Sasha.

La reconozco de inmediato, como si el resto del mundo se difuminara y solo quedara esa silueta. Pero algo no encaja. No está sola. Hay un tipo pegado a ella, demasiado cerca, con esa clase de confianza repulsiva de quien cree que tiene derecho a tocar lo que no es suyo. Al principio

pienso que está borracha. Quizá estuvo bebiendo con Sienna. Tiene sentido, puedo imaginármelo.

Pero no.

Me basta un segundo para darme cuenta.

No se mueve como alguien ebrio. No tropieza, no ríe, no titubea. Es como si estuviera deshaciéndose. Literalmente. Como si el suelo la estuviera absorbiendo poco a poco. Los ojos de Sasha están vidriosos, perdidos, apagados. Y ese tipo la sujeta por la cintura, inclinándose demasiado sobre ella, murmurándole al oído como si fuera suya.

Y algo explota dentro de mí.

Dejo el vaso en la barra con un golpe seco y avanzo. El corazón me late a un ritmo que quema. La rabia me atraviesa como electricidad bruta, y cada paso que doy empujando cuerpos es un rugido mudo. No escucho quejas ni insultos, no siento los codazos. Nada existe. Nada, salvo ella.

Sasha.

Llego justo cuando la mano de este cabrón se desliza por su espalda.

—*Rookie*, ¿estás bien? —pregunto. La voz me sale más grave, más amenazante de lo que esperaba.

No responde. Ni siquiera me mira. Y eso me basta para saber que está peor de lo que imaginaba.

—Tengo la sensación de que ella quiere que la dejes en paz y te largues —digo, y mi tono corta el aire como una cuchilla.

El chico se gira. Molesto. Prepotente.

—¿Y tú quién coño eres?

Le sostengo la mirada, sintiendo todos mis músculos listos para estallar.

—El que te va a partir la cara si no la sueltas ya. Ha venido conmigo.

No es cierto. Pero en ese momento lo siento con una certeza feroz: ella es mi responsabilidad. No voy a permitir que la dejen tirada como si fuera otro accidente más en una fiesta. He visto de lo que es capaz esta mierda, te destroza por dentro. Me vienen a la cabeza recuerdos de hace diez años, cuando la policía llamó a casa para darnos la noticia. Encontraron a mi tío cerca de su casa. La autopsia lo dejó bien claro: fueron las drogas. Mi madre… mi madre no volvió a ser la misma. Se hundió en una racha

interminable de alcohol, noches enteras llorando y culpándose por lo que había pasado, por no poder salvarlo.

Esto no puede volver a pasar. No a nadie que esté cerca de mí.

El tipo titubea. Me reconoce. Lo veo. Y ese instante de duda me basta.

Sasha murmura algo, suspira y de repente se desploma. La atrapo antes de que toque el suelo. Su cuerpo pesa como plomo y, al mismo tiempo, es tan frágil, demasiado frágil. Su cabeza cae contra mi hombro, y el miedo se me clava en el pecho con violencia.

—Tiene las pupilas dilatadas —dice Sienna justo apareciendo detrás de mí, con la voz cargada de miedo—. He ido a por agua, no sabía qué más hacer.

—Busca a Rossi —ordeno, sin apartar la mirada de Sasha—. Dile que nos vamos.

No es alcohol. Lo sé. Es algo más. Lo he visto antes, en gente que ya no volvió igual. No puedo arriesgarme a perder a nadie más.

¿Se ha drogado o es que alguien le ha metido algo en la bebida?

La furia me consume. Cruda, total. Es un incendio que no puedo contener, pero bajo las llamas hay otra cosa, una especie de zumbido frío que me aprieta el pecho y acelera mi respiración. Mis manos tienden a temblar un instante; la visión se me estrecha como el ojo de una cerradura

Me inclino hacia ella.

—Tranquila, *rookie*. Te tengo —le susurro contra la piel.

Sus labios se mueven, pero no dice nada. No puede. Solo se sostiene porque la sujeto. Y eso me enciende más. La apoyo contra la barra y me aseguro de que Sienna cuide de ella.

—¡Blake, agarra a Harper! —rujo, y mi voz atraviesa la música como un trueno.

Me giro.

El cabrón corre. Intenta desaparecer entre la multitud como una rata asustada. Cree que puede escapar. Cree que la oscuridad lo va a proteger.

Me lanzo tras él. Empujo, golpeo, no escucho nada. El mundo se reduce a su silueta esquiva. El pulso me retumba en los oídos como un

tambor de guerra. Lo veo abrir la puerta trasera y huir. El golpe metálico al cerrarse resuena como una sentencia.

Empujo la hoja y salgo. El aire frío de la noche me corta la cara. El callejón está vacío. Silencioso. Demasiado silencioso. Respiro con la boca seca, noto que mis dedos se aprietan en un puño hasta que me duelen. La rabia me arde en las costillas y algo dentro de mí palpita desordenado. Miro a ambos lados, jadeando y por un segundo pienso en todo y en que no puedo permitir que esto suceda otra vez, se lo debo al Eric de dieciséis años.

Nadie. Nada. Se ha esfumado. No tropezó con la suerte. Sabía lo que hacía. Sabía cómo salir de aquí.

Y entonces lo entiendo. No ha sido casualidad. A Sasha le han puesto algo en la bebida.

No pueden hacerle esto a ella, no mientras yo pueda impedirlo.

Capítulo 23



Eric
Imola. Domingo
Noche después de la fiesta

—¿Cómo que no sabe ni dónde está?

Sienna, con el ceño fruncido, me lanza una mirada cargada de preocupación mientras sujeta a Sasha con fuerza, intentando mantenerla en pie. Apenas reacciona. Parpadea lentamente con la cabeza ladeada, como si no entendiera qué está pasando a su alrededor.

—No sé qué le han dado, pero está completamente desorientada —responde Sienna. Es evidente que está asustada—. Yo sola no puedo llevarla así.

No hace falta que lo diga. Sasha no se sostiene. Su cuerpo se apoya contra el mío como si no tuviera voluntad propia, y tiembla de vez en cuando, como si estuviera peleando por no desmayarse. La miro y, por un instante, veo a mi madre en su peor época, hundida, derrotada, sola en medio de la nada. Esa imagen me corta el aliento.

Chasqueo la lengua y me paso una mano por el pelo, echando un vistazo alrededor. La música sigue retumbando en el club, las luces parpadean sin tregua, y la gente continúa con su jodida fiesta como si nada. Nadie se da cuenta. O peor: nadie se detiene a mirar a una chica medio inconsciente en la puerta. Y si lo hacen, no les importa.

Aprieto la mandíbula. Siento que el pecho me late con fuerza y un zumbido frío me recorre los brazos. No es solo rabia; es miedo, ansiedad, impotencia.

—Nos vamos —digo, sin perder ni un segundo más.

Sienna asiente al instante. Ajusta la chaqueta de Sasha y me ayuda a incorporarla, pero veo que no se sostiene, que las piernas apenas responden. No lo pienso: paso un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por su espalda y la levanto con un solo movimiento. En cuanto la tengo contra mi pecho, ella se estremece, un gesto leve, y entonces sucede. Sus brazos se alzan con torpeza, se enredan alrededor de mi cuello y se aferran como si fuera su única tabla de salvación.

Trago saliva y la sostengo más fuerte. Su frente roza mi clavícula; pesa poco, pero siento como si me estuviera confiando todo lo que no dice. La pelirroja me lanza una mirada rápida, sorprendida por cómo la sujeto, pero no dice nada.

Empujo la puerta con el hombro, sin soltarla, y el aire de la noche nos golpea en cuanto salimos. No hace frío, pero el contraste con el ambiente sofocante del Velvet es brutal.

—Vamos, *rookie*, por favor aguanta un poco más —murmuro, sin saber si me escucha.

—¿Está respirando bien? —pregunta Sienna, pegada a mi lado, con un tono de alarma contenida.

—Sí, pero está débil… demasiado.

Sienna me sigue de cerca mientras avanzo por la acera, y ahí está: mi Koenigsegg Gemera negro, esperándonos en la esquina. Brilla bajo las farolas como una promesa peligrosa. Llama demasiado la atención, lo sé, pero ahora mismo me importa una mierda. Saco las llaves del bolsillo y desbloqueo las puertas con un clic seco.

—Voy detrás con ella —dice Sienna, firme, como si no me dejara opción.

—Está bien —respondo, sin perder tiempo.

Abro la puerta del copiloto y dejo a Sasha con cuidado sobre el asiento. Sus brazos se deslizan de mi cuello, caen a los lados, y su cabeza rueda contra el respaldo con la fragilidad de una muñeca de trapo.

—Mierda… —murmuro, ajustándole la chaqueta antes de pedirle a Sienna—. ¿Puedes abrocharle el cinturón?

Ella asiente y se asegura de que quede bien sujeta. Le acomoda el cabello con suavidad, como si temiera hacerle daño. Yo rodeo el coche, me siento al volante y arranco el motor. El rugido del Gemera llena el silencio, pero no logra tapar lo que siento en el pecho. Mis manos aprietan el cuero del volante, buscando esa sensación de control que siempre me da. Pero no aparece. Esta vez, no. Esta vez solo pienso en la chica desorientada que llevo en el asiento de atrás.

Mi pecho sigue palpitando con un zumbido frío, como cuando tenía dieciséis años y miraba a mi madre deshacerse. Esa misma impotencia mezclada con rabia que me atraviesa ahora. Y mientras meto primera y salgo sin mirar atrás, sé que no voy a dejar que nadie la deje caer.

—¿Cómo está? —pregunto, echando un vistazo rápido por el retrovisor.

Sienna le sostiene la mano a Sasha; está apretándosela como si pudiera mantenerla consciente a base de fuerza de voluntad.

—No lo sé… Está como ida. No responde del todo, pero tampoco está inconsciente.

Aprieto los dientes.

—Hijo de puta…

Sienna me observa desde atrás con cara preocupada.

—Gracias por esto, Eric.

No respondo. Ni siquiera sé por qué lo hago. No es mi problema. No es mi responsabilidad. Pero dejarla en manos de cualquiera me revuelve el estómago.

El aire nocturno entra por la rendija de la ventanilla, cortante, mientras nos alejamos del Velvet. Sasha se estremece otra vez, un gemido apenas audible se escapa de sus labios. Yo instintivamente bajo la velocidad un segundo y giro la cabeza hacia ella.

—Eh…, tranquila, *rookie*, ya casi está… —murmuro, más bajo, más íntimo.

Sienna me escucha y niega con la cabeza, como si acabara de descubrir algo en mí que yo mismo no quiero admitir.

Minutos después, las luces blancas del hospital más cercano que nos marcaba el GPS rompen la oscuridad. No pienso en nada, solo freno, salgo del coche y la llevo en brazos al interior. El personal reacciona rápido al vernos entrar. Las preguntas se mezclan con el ruido del pasillo, con el pitido de las máquinas y el eco de mis pasos. Sienna es la que responde por los dos con la voz temblorosa, pero mostrándose lo más entera posible.

Nos hacen esperar. Quince minutos, quizá veinte. Pierdo la noción del tiempo mirando el suelo y la puerta cerrada que tengo delante. Cuando el médico aparece, todo se detiene durante un instante.

—Está estable. Parece que le han administrado una droga reactiva suave. No es mucha cantidad, pero el efecto se ha amplificado por el alcohol y el cansancio. Que repose esta noche, que se hidrate mucho y mañana estará mejor.

Sienna deja escapar el aire, como si lo hubiera estado conteniendo desde que entramos. Yo solo asiento sin decir ni una palabra. No sé si es alivio o rabia reprimida lo que siento.

El médico nos da unas indicaciones más y se aleja por el pasillo. Miro la puerta de la sala donde está Sasha. No podemos entrar todavía, pero soy incapaz de moverme de aquí. El sonido distante del monitor se mezcla con el zumbido de las luces. Todo parece ir demasiado lento.

Cuando por fin nos permiten pasar, Sasha está dormida. Respira con calma, el color ha vuelto poco a poco a su rostro. La observo un momento, sin saber descifrar como me siento con toda esta situación.

—Deberíamos llevarla al hotel ya —dice Sienna en voz baja, recogiendo el bolso de una de las sillas.

Asiento. La tomo con cuidado, intentando no despertarla. Su cuerpo se acomoda al mío como si realmente estuviera cómoda. Atravesamos el pasillo en silencio. Las luces blancas quedan atrás cuando cruzamos el hospital hasta el aparcamiento.

La acomodo en el asiento trasero, asegurándome de que respira bien. Cierro la puerta despacio, como si el más mínimo ruido pudiera romper algo frágil.

Sienna se inclina desde el asiento trasero y me dice:

—Estamos en el Villa Sant'Elena —informa, devolviéndome a la realidad.

—Lo sé. Supongo que Sasha no te ha contado que es un poco torpe y siempre va corriendo por todos lados.

Sienna alza una ceja, incrédula.

—No bromeas nada bien cuando estás preocupado.

No le contesto. Porque tiene razón. Estoy preocupado. Más de lo que debería. Acelero un poco más. Solo quiero llevarla al hotel y que se recupere.

El coche se desliza por la carretera, mientras las luces de la ciudad pasan fugaces. El silencio se instala entre nosotros, denso, incómodo.

—¿Siempre vas por ahí salvando a la gente? —dice Sienna, mirándome a los ojos a través del retrovisor.

—No.

—Entonces… ¿por qué a ella?

No tengo una respuesta clara. O quizá sí. Pero no me gusta.

Capítulo 24



Sasha
Imola. Lunes
La mañana después del Velvet Club

Lo primero que siento al abrir los ojos es confusión. Una confusión espesa, densa; me siento rodeada por una niebla que no consigo apartar. Sobre mí, se extiende un techo alto enmarcado por unas molduras discretas. La luz es tan tenue que apenas entreveo las sombras que se proyectan en las paredes. Parpadeo varias veces, intentando enfocar. Lo veo todo borroso. Me pesa la cabeza, como si no fuera del todo mía, y un zumbido sordo me retumba en los oídos.

No sé dónde estoy. O, al menos, no lo sé en ese primer instante.

Giro el rostro con dificultad. Cortinas gruesas, cerradas casi por completo. Un resquicio deja colarse un hilo de luz pálida. A mi izquierda, la pequeña pantalla del aire acondicionado parpadea con un brillo azulado: 22.5°. Trago saliva. Me cuesta.

Deslizo los dedos por las sábanas. Algodón suave, liso. Conozco esta textura. Esta cama. Este cuarto. Es mi habitación del hotel.

La certeza me golpea de repente, nítida y gélida. Y aunque la confusión no desaparece por completo, da paso a algo más inquietante: si estoy en mi habitación…, ¿por qué no la he reconocido desde el primer momento?

Intento incorporarme, pero mis músculos reaccionan con torpeza. Mi cuerpo no coopera. Un escalofrío me atraviesa y me obliga a soltar el aire entrecortadamente.

Y entonces lo veo.

Brown.

Está sentado en el sillón, no demasiado lejos. Su postura es rígida. Tiene los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. La chaqueta abierta, la camisa arrugada y el pelo revuelto como si no hubiera dormido en toda la noche. Sus ojos… están fijos en mí. Quietos. Atentos.

—¿Qué…? —Apenas me sale la voz. Suena ronca, extraña. Siento que me arde la garganta al intentar hablar.

Eric se pone de pie al instante y se acerca despacio. Da la sensación de que teme que cualquier movimiento brusco pueda hacerme daño.

—Tranquila, *rookie*. —Su voz es grave, pero más suave de lo que esperaba—. Estás en el hotel. Estás bien.

«Estás bien».

La frase choca contra mi confusión. Pero verlo ahí, cerca, es lo único que me calma un poco. Lo recuerdo: el vértigo, el Velvet, mi cuerpo cediendo, una voz pronunciando mi nombre.

Lo miro, y lo sé.

Fue él.

Mis labios apenas se mueven.

—Fuiste tú…

—Te saqué de allí —dice. Asiente, apenas, sin darle importancia a lo que hizo por mí—. No iba a dejarte sola.

Algo dentro de mí se tensa y, a la vez, me recorre una oleada de alivio. Intento darle las gracias, pero las palabras se me quiebran en la garganta. Eric baja la mirada un segundo, se pasa una mano por la nuca y vuelve a mirarme.

El silencio se alarga entre nosotros, denso, extraño.

Y entonces escucho movimiento detrás. Giro la cabeza con esfuerzo. Sienna está en otro sillón, más apartada, con el móvil en la mano. Debe haberse quedado dormida a ratos porque su pelo está revuelto. Aun así, parece cansada. Al notar que la miro, se incorpora de inmediato y se acerca a la cama.

—Eh, tranquila… —Me toma la mano con suavidad—. ¿Cómo te sientes?

No respondo. Todavía estoy atrapada en la mirada de Eric. No acabo de creerme que fuera él quien me sostuvo cuando no podía hacerlo sola.

Sienna suspira, con una mezcla de paciencia y preocupación.

—Son las cinco de la mañana, Sasha. ¿Crees que puedes dormir un poco más?

Dormir.

Esa palabra parece un lujo imposible ahora mismo. No estoy segura de poder hacerlo, no después de todo lo que ha pasado. Pero mi cuerpo, pesado, adormilado, parece tomar la decisión por mí.

Asiento lentamente, sin ganas de discutir.

Eric se mueve entonces. Se aparta del sillón y camina hacia la puerta con pasos firmes, pero antes de salir se detiene y gira apenas el rostro hacia mí.

—Si necesitas algo, estamos aquí.

Su tono es simple, casi indiferente, pero hay algo más que no muestra. Y, no sé por qué, no solo siento una calma que me atraviesa, sino que me siento segura. Como si esas pocas palabras me arroparan mejor que las sábanas en las que estoy envuelta. Entreabro los labios con la intención de decir su nombre, pero no sale nada. Solo lo sigo con la mirada mientras abre la puerta.

Cierro los ojos.

Y, por primera vez en toda la noche, me permito dejarme llevar.

Capítulo 25



Sasha
Imola. Lunes por la mañana

El primer pensamiento que cruza mi mente al despertar es que no estoy sola. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar la vista en la penumbra de la habitación. No está del todo a oscuras; la luz tenue de la lámpara junto al sofá proyecta sombras suaves que bailan lentamente sobre las paredes.

Al girar la cabeza, veo a Sienna dormida, acurrucada bajo una manta mal colocada que apenas le cubre las piernas. Su respiración es tranquila, profunda, y su expresión relajada, como si el cansancio la hubiera vencido en algún momento de la madrugada y la hubiera sumido en un sueño reparador.

Intento incorporarme con cuidado, sin hacer ruido, pero un sonido repentino me detiene en seco.

Agua.

El agua de la ducha.

Mi mirada vuela hacia el baño, y noto una punzada de inquietud en el estómago. Si Sienna está aquí, entonces ¿quién…?

El agua se detiene de repente.

Contengo el aliento cuando la puerta del baño se abre y, entre la bruma espesa del vapor, aparece Eric.

Solo una toalla rodea su cintura. Gotas de agua se deslizan lentamente por su piel, y su cabello, más oscuro y húmedo, le cae sobre la frente en

un desorden imposible de ignorar. Su torso, firme, se mueve acompasado con la calma de quien parece dueño absoluto de sí mismo.

Un puñetazo directo al estómago. De un momento a otro olvido cómo respirar.

Joder.

El calor sube de golpe, implacable, y por mucho que parpadee no consigo disiparlo. No debería reaccionar así. No con él. No cuando ni siquiera sé qué significa realmente lo que hay entre nosotros.

Eric se queda quieto en el umbral del baño. No dice nada. Sus ojos me rozan un segundo. Me ha descubierto.

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunto, con una voz más rasposa de lo que me gustaría.

Él se pasa una mano por el cabello mojado y se apoya en el marco de la puerta con una naturalidad irritante.

—Ducharme.

—Podrías haberlo hecho en tu habitación. —Intento no sonar molesta, pero no me sale.

—Podría. —Su tono es neutro, cortante.

Espero más, una explicación, algo. Frunzo el ceño.

—¿Y entonces?

Él suspira apenas, como si mi insistencia fuera inútil. Pero responde:

—No quería alejarme demasiado. Por si alguna de las dos necesitaba algo.

No sé qué decir. Esa simple frase me descoloca más que tenerlo medio desnudo en mi cuarto. No me lo esperaba de él.

—No tenías por qué… —La culpa se cuela en mis palabras antes de que pueda frenarla.

Mientras que yo he estado buscando acercarme a él, intentando que confíe en mí lo suficiente solo para conseguir respuestas a mis preguntas de periodista, él…, él me sacó del Velvet al verme mal y se ha quedado con nosotras cuando necesitábamos ayuda.

Eric no responde. Lo observo mientras se dirige de nuevo al baño. Cuando vuelve a salir, ya está vestido. Se pasa una mano por el cabello,

aún húmedo, y se sienta junto a Sienna en el sofá.Yo lo observo en silencio. La tensión en sus hombros, la manera en que evita sostenerme la mirada. Y siento ese eco extraño en el aire, un vínculo que no sé si me estoy inventando… o si realmente está ahí.

No se fía de mí.

Nunca se ha fiado.

Aparto la vista, intentando ignorar el nudo que noto en el estómago. Es una sensación incómoda que crece con cada segundo que pasa. Respiro hondo y me obligo a centrarme en lo único que puedo hacer ahora: descansar un poco más, aclarar la mente y, si es posible, entender qué demonios está pasando entre nosotros.

Justo entonces mi móvil vibra sobre la mesita de noche.

El zumbido rompe el silencio con insistencia y me saca del torbellino de pensamientos en el que estoy atrapada tras el breve intercambio de frases con Eric. Frunzo el ceño y cojo el teléfono con desgana esperando ver el nombre de Luca o de alguien del equipo en la pantalla.

Pero veo que se trata de un número desconocido y todo mi cuerpo se tensa. La alarma se dispara en mi interior antes incluso de leer el mensaje. Trago saliva con dificultad y deslizo el dedo por la pantalla.

> Ha sido una noche interesante. No sueles olvidar caras tan rápido, ¿verdad?

Un escalofrío helado me sube por la espalda y se me clava en la nuca. Mis dedos aprietan con fuerza el móvil, como si así pudiera contener el vértigo que se abre paso en mi estómago. Repito esas palabras una y otra vez, buscando cualquier pista que me ayude a entender, a recordar algo…

Pero no reconozco el número.

No recuerdo nada.

Tengo la certeza de que algo está mal. Muy mal.

El nudo en mi garganta crece y, antes de que pueda pensarlo demasiado, murmuro su nombre:

—Eric.

Él levanta la vista desde el sofá donde está, todavía junto a Sienna, que sigue dormida. No se ha movido desde que hablamos, pero cuando escucha mi voz, su expresión se endurece al instante.

—¿Qué pasa? —pregunta con el ceño fruncido.

Dudo un momento. No quiero sonar paranoica, ni que esto parezca una tontería…, pero tengo un mal presentimiento. Me inclino un poco hacia él, casi sin darme cuenta, tratando de que no se aleje demasiado.

—Acabo de recibir un mensaje… de un número que no reconozco — susurro, enseñándole la pantalla.

Eric se acerca y toma el móvil de mi mano con un gesto firme, pero cuidadoso; sus dedos apenas rozan los míos. Mientras lee el mensaje, noto que se le tensa la mandíbula, que sus ojos se oscurecen un instante. No puedo definirlo, pero hay algo diferente en él. Esto es raro, inquietante.

—¿Quién coño es? —Su tono se vuelve grave, casi áspero. Aprieta los puños y su mirada se endurece—. Ese tipo… moreno, grande, con la chaqueta oscura. No apareció ahí por casualidad.

Un escalofrío me recorre la espalda al escucharlo describirlo con tanta precisión. Yo también había pensado que lo que me ha pasado no es casualidad, pero no me había atrevido a decirlo.

—No lo sé… —confieso al fin, la voz apenas un hilo—. No recuerdo casi nada, pero no recuerdo haberle dado mi número a nadie.

Eric guarda silencio un instante y, sin dejar de observarme, deja el móvil sobre la mesa con un gesto seco. Hay algo en su mirada que antes no había visto: tensión, preocupación… y un destello de miedo contenido, apenas perceptible.

—Mira —dice finalmente, con un tono más bajo, casi confidencial—, no vas a quedarte sola. No mientras yo pueda estar cerca.

Se me contrae el pecho. No solo por lo que dice, sino por cómo lo dice. Por su tono, me queda claro que puedo confiar en él…, aunque no debería. Me acerco un poco más, intentando leerlo, intentando que me dé algo más de información, pero sin perder la compostura.

—Eric… —mi voz es un hilo—, necesito entender lo que ha pasado. Todo… Lo de anoche…, lo del club. Todo. No recuerdo prácticamente nada.

Me evalúa con su mirada, y por un instante pienso que se va a cerrar de nuevo, pero, en lugar de eso, se sienta en el borde del sofá, cerca, y habla con calma.

—No estuve contigo todo el tiempo —admite con voz grave, sin rodeos —. Había demasiada gente, demasiadas distracciones. Cuando te vi, ese tío ya estaba a tu lado. Y eso es lo que más me jode.

El silencio que sigue pesa; está cargado de todo lo que no se dice. Yo quiero acercarme más, buscar pistas, entenderlo, y él se da cuenta. Pero, aun así, no se aparta.

—Confío en ti —susurro, casi para mí misma, pero él me oye.

Un destello de algo pasa por sus ojos, rápido, casi imperceptible: aprobación, sorpresa, una chispa de conexión. Siento que no estoy sola, y que quizá, solo quizá, podemos ayudarnos mutuamente.

Sin previo aviso, se da la vuelta y sale de la habitación con pasos firmes, cerrando la puerta tras de sí, sin molestarse en disimular su malestar.

Lo observo desaparecer y, por primera vez después de todo el fin de semana, el miedo se instala en mi pecho de manera definitiva.

No sé si por lo que pasó… o por lo que aún no me atrevo a enfrentar. Y algo me dice que Eric también está lidiando con algo que no quiere enseñar al mundo.

Capítulo 26



Eric
Imola. Lunes
Mediodía

Me dejo caer en el sofá de mi habitación del Hotel Villa Sant'Elena, con la maleta cerrada a un lado, como si me estuviera recordando que no puedo escapar. Respiro hondo e intento ordenar las ideas. Pero la verdad es que no tengo ni tiempo ni fuerzas para planear yo los vuelos o pensar en el siguiente Gran Premio. Todo lo que importa ahora es actuar rápido. Hay algo que no encaja en todo esto. Y para eso necesito a Nathaniel Carter.

Marco su número con los dedos tensos. El corazón me golpea el pecho mientras escucho el tono, breve, insistente, hasta que al segundo intento contesta.

—Vaya, vaya… —Su voz, ronca y cargada de ironía, me atraviesa con la misma frialdad de siempre—. El chico de la Fórmula 1 se acuerda de mi número. Y, por cómo respiras, no me llamas por gusto.

Cierro los ojos un instante y suelto el aire por la nariz.

—Si te dijera que solo quería oír tu voz, ¿me creerías?

Una carcajada baja y áspera retumba en el auricular.

—Ni de coña.

Sonrío de lado, aunque él no pueda verlo. Con Nate siempre ha sido así: podemos pasarnos meses sin cruzar palabra, pero, al reencontrarnos, todo sigue igual, como si acabáramos de vernos tan solo hace un rato.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te va todo? —pregunto, modulando la voz para sonar más relajado de lo que en realidad estoy.

Al otro lado escucho un ruido exagerado, casi una burla.

—¿De verdad? ¿Te vas a poner sentimental?

—No te flipes.

Él deja escapar un resoplido divertido antes de ponerse más serio.

—Lo de siempre. Currando, ganando pasta y metiéndome en líos. Ya me conoces. —Suelta una risa corta —. Ser detective privado no es tan emocionante como parece, pero puedo pagar las facturas. Ahora venga, ¿por qué me llamas casi a final de temporada?

Trago saliva, dudo un instante, pero al final lo digo.

—Necesito que identifiques un número de teléfono.

El silencio que sigue pesa. Después, un resoplido bajo.

—Mándamelo.

Tecleo rápido, envío el número y el mensaje que he memorizado, y en apenas unos segundos lo escucho leer en voz baja, como si paladeara cada palabra.

—«Ha sido una noche interesante. No sueles olvidar caras tan rápido, ¿verdad?». —Su tono cambia de inmediato tras leer el mensaje—. ¿Quién ha recibido esto?

Aprieto la mandíbula antes de responder.

—Sasha Harper.

—¿Y quién coño es esa? —responde con desconfianza, como si oliera que no me atrevo a decirle toda la verdad.

Me paso una mano por la cara, agotado.

—Una periodista. La conocí hace poco… Está cubriendo las carreras que quedan de la temporada..

Al otro lado se oye un golpe seco, un ruido áspero, como si hubiera estampado algo contra la mesa.

—¿Me estás diciendo que la prensa está metida en esto? ¿Que has dejado que alguien así se te acerque tanto?

—No es lo que piensas. —Me tiembla la voz un poco más de lo que quisiera—. La drogaron en una fiesta. No recuerda gran cosa, pero sabe que… le hicieron algo. —Las palabras me queman—. Estaba completamente ida.

Nate guarda silencio. Casi puedo visualizar cómo trabajan los engranajes de su cabeza, atando cabos, moviendo piezas. Yo también llevo horas haciéndolo, intentando entender por qué alguien se habría tomado tantas molestias con ella. Y lo peor es que tengo la sospecha de que esto no tiene nada que ver con ella.

—¿Y cuándo recibió el mensaje?

—Esta mañana, unas horas después de que la drogaran.

Un murmullo bajo y un «Joder» mascullado me llegan por la línea.

—¿Tiene guardado el número?

—No. Pero lo he memorizado para enviártelo.

Suelta una risa corta, incrédula.

—¿Tú? ¿Memorizando números?

Pongo los ojos en blanco, aunque él no lo vea.

—No quería que ella sospechara que iba a meterme en esto.

Un silencio breve, y después su tono cambia, una mezcla de burla y gravedad.

—Mírate. Antes nadie te importaba lo suficiente y ahora estás metido hasta el cuello.

No respondo. Tiene razón. Aunque una parte de mí quiera pensar que esto no es asunto mío, no puedo dar media vuelta. No después de ver el miedo en sus ojos. No después de recordar lo que pasó hace años.

—Solo quiero asegurarme de que esté bien —admito al final.

Al otro lado no hay burla esta vez, solo un silencio denso, pesado. Siento que el pecho me late más rápido, el mismo zumbido frío que hace unas horas recorre mis brazos y la mandíbula me tiembla ligeramente; intento calmarme, pero todo me recuerda que necesito tenerlo todo bajo control.

—Lo encontraré —acaba diciendo—. Pero dime la verdad, Brown…, ¿tienes miedo de lo que pueda salir de todo esto?

Cierro los ojos un segundo, tragando saliva.

Sí.

Pero no por lo que él imagina.

—Solo tengo miedo de que esto no acabe bien.

El silencio se prolonga, pero antes de que la conversación termine, añado:

—Voy a pedirle al equipo que te saque un billete para Barcelona. Así tú puedes empezar a buscar y yo no tendré que preocuparme por más que llegar todos al próximo Gran Premio. La próxima carrera es allí y quiero que estés cerca. Si esto se complica, no puedo hacerlo solo.

Al otro lado escucho un resoplido breve, casi una risa sin humor.

—No esperaba menos de ti. Mueve los hilos, Brown. Yo haré el resto.

Su voz se apaga un segundo después. Cuelga.

Me quedo mirando la pantalla, como si las palabras de Nate siguieran ardiendo en el aire. El nudo que noto en el estómago no se disuelve, pero sé que he hecho lo correcto. No hay vuelta atrás.

Respiro hondo y marco otro número. El de Daniel García, jefe de Velocity Racing. Él sabe que, si le llamo directamente, es porque no hay espacio para retrasos.

El reloj marca casi la una del mediodía. El sol entra por la venta del hotel, demasiado brillante para el peso que llevo encima.

Contesta enseguida, directo como siempre.

—Dime, Eric.

—Necesito que compres un billete a nombre de Nathaniel Carter. De Londres a Barcelona, el primero que salga. No puedo esperar mucho, es para la próxima carrera, por favor.

Hay un silencio mínimo al otro lado, lo justo para que Daniel procese la urgencia en mi voz. Con él no necesito adornar nada; sabe cuándo hablo en serio.

—De acuerdo —responde con la calma profesional que le caracteriza —. Pásame sus datos por mensaje y en un par de horas te envío los billetes.

—Gracias, Daniel. —Mi voz suena más tensa de lo que pretendía, cortante, casi áspera, pero él no me hace preguntas.

Me conoce demasiado bien, y sabe cuándo no hay espacio para explicaciones.

Cuelgo despacio y dejo el móvil sobre la mesa de cristal. Me paso las manos por la cara. La tensión se me acumula en la mandíbula, en el cuello, en los hombros, como si llevara horas empujando un coche cuesta arriba sin poder detenerme. Y sé que no desaparecerá. Nate buscará, Daniel ejecutará, y yo… yo solo puedo esperar. Esperar y mantener a Sasha a salvo y a Sienna tranquila.

Un gruñido bajo me sorprende: mi estómago. Apenas he comido nada en todo el día, solo me he tomado un café y un tentempié que tenía guardado en la neverita de la habitación. El cansancio y la preocupación me tienen atenazado, pero si no me meto algo en el cuerpo, no voy a aguantar el ritmo. La Fórmula 1 me ha enseñado a cuidar mi máquina interior, pero hoy siento que me estoy oxidando por dentro.

Me obligo a levantarme, cojo la chaqueta y bajo en el ascensor hasta el restaurante del hotel. El Villa Sant'Elena está silencioso a esta hora, envuelto en ese aire de lujo contenido que parece flotar en cada rincón: mármol brillante, lámparas tenues, un murmullo lejano de cubiertos y platos proveniente de la cocina. El contraste con el caos que tengo dentro resulta casi irónico.

Un camarero me recibe con una sonrisa neutra y me conduce hasta una mesa apartada, discreta, lejos de las ventanas y del resto de huéspedes. No me apetece ser visto. Ni mucho menos interrumpido. Me dejo caer en la silla con un suspiro y pido lo primero que veo del menú, sin detenerme a mirar demasiado. La voz me suena hueca, como si no fuera mía.

El camarero asiente y se marcha, dejándome solo con mi respiración y el móvil apoyado junto al plato vacío. La pantalla apagada parece un artefacto cargado, una bomba silenciosa que en cualquier momento puede volver a vibrar y romper la calma impostada del comedor.

Cuando llega el plato que he pedido, me obligo a comer. Me cuesta pasar el primer bocado, me parece extraño, casi seco, como si mi boca hubiera olvidado cómo saborear. Mastico despacio, sin ganas. Cada trozo me sabe a ceniza porque mi cabeza sigue dando vueltas en círculos imposibles: el número desconocido, las palabras crípticas del mensaje, Sasha desmadejada en medio de la fiesta y el miedo de que lo peor aún

esté por venir. Siento un nudo en el estómago que no cede, como si cada pensamiento encendiera otra chispa de alarma.

A mi alrededor, el restaurante parece otro mundo. Dos parejas hablan en voz baja, ajenas a todo lo que me quema por dentro. Un camarero cambia discretamente un centro de mesa, como si nada importara más que mantener la decoración perfecta. Y yo estoy aquí, tragando a la fuerza, mientras pienso que en un rato me esperan horas de entrenamiento en el simulador y algunos ejercicios de reacción. Mi rutina de piloto no se detiene, aunque mi cabeza esté atrapada en estas sombras que juré dejar atrás.

Dejo el tenedor en el plato con un ruido seco y me froto los ojos. Mi cuerpo me pide un descanso, pero mi mente sigue despierta, en alerta constante. Sé que esta calma es solo un espejismo. El próximo movimiento puede llegar en cualquier momento. Y cuando lo haga, ya no habrá margen para reaccionar.

Me quedo mirando el móvil, esperando el zumbido que confirme lo inevitable, pienso que lo único seguro es que esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 27



Sasha
Imola. Lunes a mediodía
Hotel

La noción del tiempo me resulta extraña. Podría ser por la mañana o por la tarde, pero el reloj del móvil marca las tres menos veinticinco de la tarde y eso me obliga a asumir que he perdido medio día sin darme cuenta. La habitación está en silencio, demasiado perfecta, demasiado impersonal, y el aire acondicionado zumba con esa constancia que me irrita y a la vez me calma. Afuera se escuchan ruidos lejanos: un carrito que rueda por el pasillo, una puerta que se cierra, alguien riendo como si no existiera nada más en el mundo. Todo parece normal. Yo no.

Sienna ya se ha despertado, y está sentada a los pies de la cama, descalza, con el portátil abierto y el pelo recogido a medias en un moño caótico que no le había visto antes. Tiene ojeras, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Mientras yo estaba atrapada en ese sueño borroso, ella ha estado aquí, vigilando que yo estuviera bien. Cuando nota que me muevo, levanta la vista y su expresión cambia. Me mira con alivio.

—¿Qué tal estás? —pregunta, dejando el portátil a un lado—. ¿Mareo, náuseas, dolor de cabeza?

—Un poco de todo —murmuro. La voz me sale rasposa, como si hubiese dormido una semana entera con la boca abierta.

Sienna me alarga un vaso de agua y un par de sobres de suero. Sus dedos rozan los míos un instante y noto que me los sujeta un segundo más

de lo necesario, como si quisiera asegurarse de que no voy a soltarla. Trago a sorbitos, intentando que el estómago no proteste. El caos en la cabeza sigue ahí. Me siento confusa, pero parece que cada vez mi mente está menos embotada.

—He pedido algo de comer —dice—. Pero no vamos a forzar a tu estómago, vaya a ser que no te siente bien.

Asiento. No me fío de mi cuerpo todavía, ni de mi memoria. Cierro los ojos un segundo y respiro. Intento ordenar las piezas que flotan: música, luz roja, calor, una voz grave llamándome *rookie*, la puerta del hospital, aire frío en la cara… Todo llega en flashes desordenados, como si alguien hubiera recortado la cinta de una película y dejado solo fotogramas sueltos.

Llaman a la puerta con tres toques secos.

Sienna y yo nos miramos. Ella se levanta sin ruido, abre y se hace a un lado.

Eric.

Va con una camiseta negra sencilla y una bolsa de papel en la mano, de esas de cafetería. No entra del todo, se queda en el umbral un segundo, como si midiera la temperatura del cuarto. Sus ojos recorren la habitación, pasan por Sienna, por mí, por la ventana, por la mesa. Es un gesto casi imperceptible, pero me da una sensación absurda de seguridad. Como si hubiese comprobado salidas, esquinas, riesgos.

—He traído esto —dice al fin, y entra—. Nada del otro mundo, pero… —Deja la bolsa en la mesita—. Te sentará mejor que cualquier otra comida.

Sienna suspira y sonríe un poco, nerviosa.

—Yo… había pedido algo, pero… —hace un gesto hacia Eric—. Gracias, de verdad. Voy a llamar a recepción para cancelarlo.

—Gracias —respondo, más suave de lo que pensaba.

Sienna nos mira a los dos como si estuviera ante un animal salvaje que no quiere espantar. Luego coge el portátil, improvisa una sonrisa y se encamina a la puerta.

—Voy a la recepción a preguntar por unas acreditaciones que me ha dejado el equipo. Vuelvo en nada —dice, ya fuera.

La puerta se cierra y nos quedamos a solas.

Eric no se acerca demasiado. Se planta a un metro de la cama, con las manos en los bolsillos y una evidente tensión en los hombros tensos, pese a su aspecto aparentemente calmado. Le tiembla un poco la vena del cuello. No dice nada. Yo tampoco.

—¿Habías comido algo ya? —pregunta, por fin.

—Aún no.

Asiente. Abre la bolsa, saca un táper con caldo, otro con arroz blanco, un plátano y un yogur, que deja en la esquina de la mesilla. Los alinea, uno a uno, en un orden meticuloso. Parece que el orden lo tranquiliza. Con el dorso de la mano empuja el primer táper.

—Empieza por el caldo —dice—. Despacio.

—Sí, doctor.

Distingo una leve sonrisa, pero desaparece rápido. Se queda mirándome mientras soplo la primera cucharada. El caldo sabe a poco, pero entra. Siento el calor bajando por el estómago y aflojando los nudos.

—Estoy bien —digo, como si decirlo hiciera que fuera verdad.

—Estás mejor —corrige él—. Que no es lo mismo.

Levanto la vista. Sus ojos no huyen, pero tampoco miran los míos. Se quedan en un punto entre mi frente y mi hombro, como si no mirarme a los ojos fuese una norma no escrita.

—Anoche… —empiezo, pero las palabras se me quedan atascadas, y solo puedo decir—: Gracias.

La mandíbula se le marca. Mira a un lado, se pasa los dedos por la nuca y vuelve a centrar toda su atención en el táper, como si ahí hubiese una salida.

—No me lo agradezcas —responde, brusco, y luego se arrepiente del tono—. Quiero decir…, cualquiera lo habría hecho.

—No —niego—. No son cosas que haría cualquiera. Sin embargo, tú lo hiciste.

Silencio. Escucho mis propios latidos un momento. Él se inclina, ajusta la manta a la altura de mis piernas con un gesto que parece automático. Sus dedos rozan por un instante mi muñeca y siento un chispazo tonto, un aviso. Él lo nota también y retira la mano un segundo tarde.

—Fue una mala noche —dice, intentando aligerar lo que sea que fluye entre nosotros—. Una copa que no tocaba y ya está…

—No, «ya está», no —le corto, y mi voz suena más firme de lo que esperaba—. Me drogaron, Eric. Y lo peor de todo es que no puedo recordar nada.

Otra vez la tensión en su cuello. Traga. Podría decirme que sí, que lo sabe, que no va a pasar otra vez, que todo está bajo control. Pero, en lugar de eso, asiente, una vez, despacio.

—No debería haber pasado —dice—. Y no va a repetirse.

Es una promesa. No sé a quién se la hace realmente, si a mí, a él mismo o a un enemigo invisible que solo él ve con claridad.

Bajo la mirada al caldo. Sigo comiendo despacio. Él da un paso atrás, pero no llega a la puerta. Se queda ahí, de pie, como si su cuerpo no le permitiera irse todavía.

—El equipo sale para Barcelona el miércoles temprano —informa, neutro—. Si necesitas ayuda para hacer la maleta o cualquier cosa, me lo dices.

—Estoy con el grupo de prensa —respondo—. Ellos se encargarán de los billetes y de todo lo demás.

—Bien.

Hace una pausa, breve, como si dudara si decir lo siguiente. Sus dedos se crispan en los bolsillos antes de soltarlo:

—Aun así…, prefiero que tú y Sienna voléis conmigo. —Su mirada me busca al fin, seria, firme—. El jet del equipo puede estar listo cuando lo necesitéis. Es más discreto y más seguro.

No lo plantea como una invitación, sino como una decisión que ya ha tomado. Y por un instante me quedo sin saber qué responder, atrapada entre la gratitud y la incomodidad.

El silencio vuelve a estirarse. De repente, siento un peso que no había notado: la sensación de que, a pesar de todo, él me cuidó sin que yo pudiera corresponder del mismo modo. Que estaba fuera de lugar, me desconcierta porque, a pesar de eso, él no dudó en cogerme en brazos y sacarme de ese club cuando yo no era más que un peso muerto.

—No suelo perder el control —murmuro, casi para mí.

—Lo sé —dice, demasiado rápido.

Le miro. Tiene los ojos muy oscuros.

—¿Lo sabes?

Se encoge de hombros, incómodo.

—Te he observado. Eres… —busca una palabra que no suene condescendiente— obstinada.

Me sale una risa breve, que me duele en la garganta.

—Gracias, supongo.

Él suelta aire por la nariz, algo parecido a una sonrisa cansada. Luego vuelve a ponerse serio.

—Come un poco más. Y duerme. —Se gira hacia la ventana, revisa sin mirar, y añade—: Si alguien llama, no abras sin preguntar.

—No voy a vivir con miedo.

—No te estoy pidiendo eso —responde—. Te estoy pidiendo que tengas cuidado.

Hay algo en cómo lo dice que me desarma. No es una orden. No es paternalista. Es que quiere… que esté bien, sin más. Me recuesto contra el cabecero y apoyo la cucharilla en el borde del táper.

—Eric.

—¿Hum…?

—De verdad. Gracias por sacarme de allí.

Se queda quieto. Esta vez nuestros ojos se encuentran y él no desvía la mirada. Aguanta dos segundos. Tres. Luego asiente. No dice «De nada». No dice «No fue nada». Solo asiente; da la sensación de que aceptar mi agradecimiento le resulta más difícil que todo lo demás que ha hecho por mí.

Tose, incómodo, y se recoloca el dobladillo de la camiseta que no necesitaba ningún ajuste.

—Voy a estar por aquí —dice—. Si necesitas algo, llama a Sienna o… —se señala a sí mismo, con un gesto casi de fastidio—. O a mí.

—¿Y cómo te llamo a ti? —pregunto, midiendo cada palabra.

Saca el móvil, teclea rápido y el mío vibra sobre la mesilla. Aparece un número sin nombre.

—Mi número personal —dice, con voz baja, casi seria. Dejaré pasar la curiosidad de cómo ha conseguido él mi número de teléfono.

—¿Siempre contestas?

—Casi siempre —responde sin mirarme.

—¿Y si te llamo a las tres de la mañana?

—No lo hagas —dice rápido, pero hay algo en la forma de decirlo que no suena del todo firme.

—Puede que lo haga —replico, en un fingido tono de desafío, mientras lo miro.

Se le marcan las comisuras, apenas. Da un paso hacia la puerta, abre, la mantiene un segundo medio abierta, y antes de salir, se vuelve.

—*Rookie*… —dice, casi en un susurro y en un tono… diferente—, no estás sola, tenlo claro.

Me muerdo el labio. Asiento. No confío en mi voz.

Él se va. La puerta se cierra suave, un clic preciso. Me quedo mirando el táper de arroz, el plátano y el yogur perfectamente alineados, y el número nuevo grabado en mi pantalla. Trago otro sorbo de caldo. Siento el calor asentarse, lento, bajo las costillas. No me cura. Pero me ayuda a recomponerme.

Sienna vuelve al minuto de irse Eric, cargada con dos botellitas de agua y un «Te vas a odiar menos si te duchas» ensayado. Me guiña un ojo cuando ve la bolsa vacía.

—¿Se ha pasado el salvador de turno? —pregunta, teatral.

—Ha traído arroz —respondo.

—Ajá. Arroz —dice, como si la palabra contuviera mil cosas más.

Me acomodo en la almohada. Ella se sienta a mi lado, abre de nuevo el portátil, pero no escribe. Me mira de reojo.

—¿Estás bien?

Pienso en la puerta, en su promesa. En mi estrategia idiota que ya no sé si quiero seguir. En el miedo que no se me va del cuerpo.

—Estoy mejor —respondo—. Que no es lo mismo.

Capítulo 28



Eric
Imola. Miércoles

Han pasado dos días desde que vi por última vez a Sasha y Sienna. Hoy es miércoles y la rutina de entrenamiento, reuniones y desplazamientos apenas me ha dejado tiempo para pensar en otra cosa. Pero cada vez que cierro los ojos, su imagen vuelve: la preocupación en sus ojos, la tensión en su cuerpo, y el recuerdo de lo que ocurrió en esa fiesta.

Confirmo con Nate que sale de Londres hacia Barcelona esta tarde. Su voz al otro lado del teléfono es firme, profesional, y eso me da un mínimo de alivio. El hecho de que me asegure que va a ir a Barcelona me deja un poco más tranquilo, aunque la inquietud no desaparece; es un zumbido constante en la cabeza.

En cuanto a Sasha, no puedo obligarla a hablar. No puedo presionarla. Pero mi instinto me grita que no debo apartarme, ni dejarla sola ni un segundo, algo que puede que a ella no le haga demasiada gracia. Me repito que estaré cerca de ella, vigilante, desde la distancia, aunque no entienda mis motivos.

Finalmente, hemos decidido que Sasha y Sienna volarán conmigo y con Adam en un jet privado que nos ha proporcionado el equipo, lo que nos permite ir con más calma y les da un respiro después del susto de estos días.

Reviso mentalmente los pasos: Nate me ha confirmado los vuelos, todo está asegurado… aun así, una parte de mí permanece alerta, pendiente de cualquier imprevisto. Mi mirada se posa en la pantalla del móvil, casi

esperando un aviso, una vibración fuera de lugar, un número desconocido.

El reloj avanza, inexorable. La sensación de impotencia se mezcla con la necesidad de mantener el control. Cada decisión, cada llamada, cada pequeño gesto es un intento de compensar que no puedo estar al lado de Sasha en este momento.

No voy a dejarla sola. No importa lo que pase.

Mientras repaso mi agenda, hago un par de llamadas rápidas. Cada segundo cuenta. Primero a Daniel. La línea suena apenas un par de tonos antes de que conteste. Mantengo la voz neutra, firme, sin dar lugar a preguntas.

—Necesito que prepares el jet del equipo —digo—. Tengo unos invitados que van a venir y tenemos que volar a Barcelona hoy. Coordínalo todo para que no haya retrasos ni contratiempos, por favor.

Hay un breve silencio antes de que responda.

—¿Se trata de otros pilotos o de invitados externos? —pregunta, intentando que le dé más información.

—Invitados externos —respondo—. Solo asegúrate de que todo esté listo, comida, asientos, equipaje. Nada más.

Escucho su asentimiento al otro lado, seco y seguro.

—Entendido. Haré que todo esté preparado antes de la salida.

No entro en detalles, no quiero explicar nada. Lo único que me importa es que lleguen a tiempo y con seguridad. Daniel lo entiende y me devuelve un escueto: «Me encargaré de todo». Perfecto. Cuelgo. Otra cosa más hecha.

Ahora he de hablar con *Motorsport Insider*. No puedo permitir que haya alguna confusión con el equipo de prensa de Sasha, que algo se cruce y provoque retrasos innecesarios. Cojo el portátil y busco el número del medio en su web, lo marco y escucho el tono de llamada apenas un par de veces antes de que una voz femenina conteste.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —me pregunta. Habla con esa seguridad que delata que ha atendido mil llamadas como esta.

—Soy Eric Brown, necesito hablar con Mike Hamilton —respondo, manteniendo un tono de voz neutro, pero esgrimiendo cierta autoridad para que no me pase con nadie que no sea Hamilton.

Hay un breve silencio, apenas perceptible, como si ella estuviera confirmando algo.

—Un momento, le paso —dice. Escucho cómo la línea cambia de timbre, ese clic que siempre anuncia que otra persona va a ponerse.

Cuando Mike responde, voy directamente al grano, no pienso andar con rodeos.

—Buenas, Mike. Soy Eric Brown —digo con firmeza—. No hace falta que compréis ningún vuelo para Barcelona. Velocity Racing se hará cargo del traslado de tu equipo.

Se escucha un murmullo al otro lado, seguido de un carraspeo que denota sorpresa e incredulidad.

—¿Qué…? Espera, ¿cómo? —pregunta, entre confuso y sorprendido —. ¿Velocity Racing? Pero… esto no estaba planificado. El equipo de prensa lo llevaba todo. No entendemos…

Aprieto los dientes, controlando la irritación. No puedo explicarle el porqué de esta decisión, no ahora. No sin tenerlo todo bajo control.

—Solo asegúrate de que Sasha tenga todo lo que necesita en el hotel de Barcelona y que ella y el resto lleguen al jet sin retrasos —respondo, cortante—. Nada más.

—Eric, esto es… inesperado —insiste. Ahora también parece preocupado—. No entiendo la razón. Harper… ¿está bien?

Respiro hondo, lento, midiendo cada palabra. No puedo ni quiero entrar en detalles. Solo necesito que acepte que no debe intervenir, que confíe en mí.

—Todo está bajo control. Puedes estar seguro de que el jet llegará a Barcelona a tiempo. No intervengas —digo, más firme de lo que había planeado, dejando que la tensión se note en la voz.

Se queda unos segundos en silencio. Puedo imaginarlo al otro lado mascullando palabras, intentando procesar lo que acabo de decir. Finalmente, su respuesta llega más calmada, con un hilo de resignación:

—Vale…, Eric. Si tú lo dices. Dejaré que lo gestionéis. Pero espero que… todo esté bien con Sasha.

—Lo está. Es una gran periodista —respondo, cortante, sin añadir más.

Cuelgo y me quedo unos segundos mirando el móvil, respirando hondo. Todo está controlado, todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, pero eso no disipa el peso que me oprime el pecho. Sasha sigue sin hablarme, y eso me quema más que cualquier riesgo que pudiera calcular.

Vuelvo a abrir el portátil y voy directo a la web de *Motorsport Insider*, buscando la sección de prensa y el equipo que cubre el GP. No tardo en encontrarla: Sasha Harper. Su foto aparece junto a un pequeño perfil y una lista de artículos recientes. La observo un momento, tratando de descifrar algo en su mirada, en la forma en que posa, en cómo encara la cámara. Todos sus artículos confirman que es buena en lo que hace. Hago clic en varios de sus textos y leo los títulos y algunos fragmentos. Me detengo en uno sobre la carrera de Imola: notas precisas, agudas, con esa mezcla de emoción y análisis que solo ella consigue. Y pensar que Sasha estuvo días atrás en peligro, y nadie más lo sabe…

Cierro el portátil y apoyo la frente en la palma de la mano. Respiro hondo. Intento recordarme que no puedo controlarlo todo, que hay límites, pero mi instinto protector no deja de gritarme que debería estar con Sasha, asegurándome de que nada ni nadie la toque.

Abro el móvil y escribo. No quiero sonar invasivo, solo necesito saber cómo está.

Hola, *rookie*. ¿Cómo te encuentras?

Los minutos se arrastran como si cada segundo pesara más que el anterior. Finalmente vibra el móvil.

Hola, estoy bien. Un poco cansada, pero bien.
Gracias por preguntar.

Siento un alivio extraño mezclado con la inquietud constante. Esa sensación de que algo sigue sin encajar, que no sé todo lo que necesito saber, pero al menos ella está bien.

Me alegro. Solo quería comprobar que estabas en pie. No quiero agobiarte.

No molestas. De hecho… se agradece que os estéis preocupando por mí.

Hay un pequeño silencio virtual que pesa, pero los dos seguimos en línea. Ambos medimos lo que podemos decir sin cruzar límites, y siento cómo el corazón me da un pequeño salto al leer su mensaje. Aprovecho para ser directo, pero con cuidado:

Mira, ya lo tengo todo organizado. Tú y Sienna volaréis con Adam y conmigo en el jet privado del equipo hacia Barcelona. Dos horas de vuelo, no tendrás que aguantarme demasiado. Solo quiero que lleguéis seguras y sin líos.

Vibra de nuevo el móvil. Su respuesta llega rápida, y leo entre líneas un poco de alivio mezclado con la formalidad que siempre pone en sus palabras.

Gracias, en serio. Acabo de hablar con Mike Hamilton y me lo ha dicho. Parece que todo está bajo control.

Así es. No tendrás que preocuparte de nada. Solo necesito que estéis listas para salir a las cinco de la tarde en el aeropuerto. Todo lo demás lo tengo cubierto.

Vale…, entonces nos vemos allí. Gracias otra vez, Eric.

Sonrío para mí mismo, más por el alivio que por cualquier otra cosa. Ha sido una breve conversación, pero ha hecho que me sienta un poco más cerca de ella, y ahora el peso que noto en el pecho es más ligero.

Guardo el móvil, me estiro y me dirijo a la habitación contigua para hacer la maleta y recoger todas mis cosas.

El viaje al aeropuerto es rápido. Una vez allí, dejo el coche en la zona reservada y me detengo un instante en la entrada del hangar. Desde la distancia las veo: Sienna, con un chándal gris que le queda enorme y su bolso colgado del hombro. Sasha está a su lado, con una chaqueta amarilla que combina con el resto del conjunto, moviéndose con nerviosismo, como si aún dudara de dónde está y qué espera.

Mi mirada se clava en ella sin que lo note de inmediato. Cada uno de sus pequeños gestos se me queda grabado. La manera en que se aparta un mechón de pelo del rostro, cómo frunce ligeramente el ceño al mirar a su alrededor, ese sutil temblor en las manos que no había visto antes… Al verla bien siento un alivio imposible de describir después de toda la tensión que he acumulado durante estos días.

Mi respiración se hace más consciente; cada latido retumba en mis oídos mientras observo sus ojos. Intento leerlos, descifrar lo que guarda, y me sorprendo al darme cuenta de cuánto me importa saberlo. Siento una urgencia absurda, casi irracional: quiero acercarme, asegurarme de que está bien, de que no le falta nada…, pero al mismo tiempo no quiero que se sienta invadida.

Agarro con fuerza el asa de la maleta, consciente de que cualquier movimiento puede delatar la ansiedad que intento ocultar. No es la primera vez que volamos juntos, pero esta vez es diferente; la relación entre nosotros ya no está tan marcada por la distancia ni el rencor. Cada paso que ella da hacia el jet me quema la piel, cada gesto suyo me sacude más de lo que esperaba. Hoy voy a estar más cerca de ella que nunca, y no pienso alejarme. No ahora. No mientras pueda evitar que algo le pase.

Capítulo 29



Sasha
Miércoles
Vuelo Bolonia-Barcelona en jet

El jet se mueve suave, casi silencioso. Me siento junto a la ventana, con las manos sobre el regazo, intentando dejar de darle vueltas a los flashes de la fiesta. El espacio me impresiona; nunca antes había volado en un jet privado. Los asientos son enormes. El lujo sutil y ordenado de este avión no tiene nada que ver con mi caos interior. Cada vibración me recuerda a aquella noche: la música demasiado alta, el calor pegajoso, la sensación de estar atrapada y… aquella voz que no quiero volver a escuchar. Trago saliva varias veces, intentando deshacer el nudo de mi garganta.

Un movimiento a mi izquierda me saca del bucle. Eric se inclina apenas hacia delante desde su asiento. Tengo la sensación de que no sabe si decirme algo o respetar mi silencio. Está mirándome con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. He de admitir que tenerlo cerca me hace sentir segura.

—Sasha —murmura, llamándome. Por su tono de voz es evidente que está preocupado por mí.

Mi pecho se tensa y no digo nada. Siento el calor subirme por el cuello, esa incomodidad de estar demasiado expuesta. Y justo cuando estoy a punto de apartar la mirada, escucho el suspiro de Sienna. Levanta los ojos de la tableta y, sin quitarse los auriculares, nos lanza una mirada que habla por sí sola: «Vosotros dos, a vuestra bola».

—Sasha… —La voz de Eric rompe el silencio, baja, casi un murmullo —. ¿Estás bien?

Le lanzo un vistazo rápido. Sus ojos azules buscan los míos sin presión, pero con una intensidad que me desarma. No puedo mentirle del todo, no si sigue mirándome así.

—Estoy… mejor —respondo, demasiado rápido, con un hilo de voz—. Solo un poco nerviosa todavía.

Asiente, lentamente, como evaluando si puede acercarse un poco más sin incomodarme. El espacio entre nosotros parece demasiado pequeño y a la vez inmenso.

—No hace falta que digas nada más —dice—. Solo quiero que te sientas segura.

Respiro hondo. Cada palabra, cada gesto suyo, me remueve más de lo que debería. Me inclino ligeramente hacia la ventana, fingiendo interés por el paisaje, pero sé que está observándome. Siento un calor extraño en el pecho, mezcla de alivio y tensión.

—Gracias… —susurro, sin atreverme a mirarlo directamente.

—No tienes que dármelas —responde de una forma algo brusca que no encaja con la suavidad de sus ojos—. Solo… respira.

Durante un par de minutos, el silencio pesa y a la vez reconforta. El zumbido del motor del jet parece amortiguar el mundo exterior. Siento la necesidad de acercarme, de decirle más, de explicarle fragmentos de lo que pasó, pero no puedo. Apenas tengo recuerdos borrosos; hay cosas que simplemente me veo incapaz de expresar.

Sienna, desde su asiento, suelta un suspiro exagerado y gira ligeramente la cabeza:

—Bueno, vosotros dos, silencio absoluto o me voy a dormir —bromea, y su tono aligera la tensión sin llegar a romperla.

Me vuelvo hacia Eric y él me lanza una mirada rápida, con apenas una chispa de sonrisa. Cada segundo junto a él me recuerda lo frágil que puedo llegar a ser y lo fácil que me resulta sentirme a salvo cuando lo tengo cerca.

—Estate tranquila —susurra mientras se recuesta ligeramente en su asiento—. No te va a pasar nada.

Asiento en silencio, dejando que su seguridad me envuelva. Sigo sintiéndome muy vulnerable, pero sé que puedo aguantar el tiempo del vuelo.

Cuando aterrizamos, un alivio extraño me invade. Al salir del jet, la brisa me golpea en la cara, fresca, casi reconfortante. Sienna me alcanza con una sonrisa cansada, y Eric se adelanta para hablar con Adam y organizar el traslado. No se acerca demasiado a mí, pero está pendiente de todo lo que hago. De vez en cuando gira la cabeza hacia mí, como para confirmar que sigo ahí, que sigo entera.

El trayecto hasta el hotel es largo, tardamos alrededor de unos treinta minutos. Las calles de Barcelona desfilan al otro lado de la ventanilla del taxi. Debería tranquilizarme, pero no puedo evitar sentirme ajena a todo. Como si el mundo siguiera girando mientras yo continúo atrapada en un bucle del que no sé cómo salir.

Sienna me toca el brazo en un par de ocasiones, preguntándome sin palabras si estoy bien. Asiento, forzando una mueca que quiere ser una sonrisa, pero mis manos siguen apretadas en el regazo, frías, rígidas.

Cuando por fin llegamos al hotel, el bullicio de la recepción me golpea con fuerza: maletas rodando, voces en distintos idiomas, el tintinear de copas desde el bar. Es elegante, con los cristales oscuros y un ejército de empleados uniformados que parecen entrenados más para leer silencios que para cargar maletas.

Estamos en el hotel donde se alojan la mayoría de los equipos. Pilotos, ingenieros, directores, prensa. Todos bajo el mismo techo, pero sin compartir nada más. Este es un ecosistema frágil, sostenido por apariencias, donde una mirada pesa más que un comunicado oficial. Un lugar donde las paredes escuchan y donde los rumores corren más rápido que las personas.

La recepcionista me saluda con una sonrisa mecánica. Me entrega la tarjeta de la habitación y me desea una buena estancia sin mirarme demasiado. Casi agradezco esa indiferencia.

Subo sola.

El ascensor es rápido y eficiente. Aunque dentro de él hace bastante frío. Las puertas se cierran con un susurro metálico y me veo reflejada en los paneles de acero pulido. Parezco tranquila, pero no lo estoy.

Al llegar a mi planta, busco la llave en el bolsillo de mi chaqueta. Una tarjetita blanca con mi nombre escrito en tinta negra con la caligrafía perfecta del personal de recepción. Habitación 906. Pongo la tarjeta en el lector e inmediatamente la puerta se abre.

La habitación es alucinante, con las paredes blancas y unos muebles preciosos. Una cama enorme, un gran ventanal que deja ver la ciudad extendiéndose bajo la luz dorada de la tarde, un escritorio con detalles minimalistas… Todo parece pensado para transmitir calma, para invitar al descanso, y, aun así, siento una opresión en el pecho, como si las paredes pudieran cerrarse sobre mí.

Dejo la maleta a un lado, me quito los zapatos y me siento en el borde de la cama, intentando que el silencio del cuarto haga efecto. No funciona. El eco de la fiesta sigue persiguiéndome: la música, las voces, la sensación de estar atrapada en medio de la multitud.

El móvil vibra en la mesilla. Es Emma. Al ver su nombre, siento un tirón en el pecho: parte alivio, parte miedo a que note lo que intento esconder. Respondo la videollamada con un hilo de voz.

—Hola, pequeña —digo, forzando una sonrisa.

Ella aparece en pantalla con el pelo recogido a la carrera, una taza en la mano y esa energía desbordante que siempre me hace sentir que, por un momento, todo puede estar bien.

—¡Sashaaa! —grita con entusiasmo—. ¡Ya vi en redes que estabas volando! Cuéntamelo todo, ¿cómo es el jet? ¿Tiene sillones enormes? ¡Dime que había champán gratis!

Me río, aunque la voz me tiembla un poco.

—Sí… Bueno, es más cómodo de lo que esperaba. Sillones enormes, pero nada de champán para mí. Sienna y Eric iban concentrados en sus cosas.

—O sea…, ¿viajaste con *ese* Eric? —Emma arquea las cejas como si hubiera descubierto un secreto—. Dime que no es tan serio como parece en las fotos.

—Es… —Dudo un instante, buscando palabras que no lo delaten demasiado—. Diferente a lo que todos creen. Pero sí, puede ser bastante serio.

Emma sonríe traviesa, como si adivinara más de lo que digo. Después cambia de tema con su rapidez habitual:

—¿Y el circuito? ¿Ya has ido? ¿Vas a salir en el *paddock* con la gorra del equipo? ¡Mándame fotos, por favor!

La garganta se me cierra con el peso de lo que no digo, pero intento sonar natural.

—Aún no hemos ido al circuito. Mañana será el primer día. Prometo enviarte muchas fotos, tranquila.

—¡Quiero verlo todo! —dice, y da un sorbo a su taza—. Los coches, los cascos, las luces, el box… Todo. ¿Sabes la envidia que me das? Yo aquí estudiando y tú viajando como una estrella.

Su risa chispeante me arranca una sonrisa sincera, pero la opresión en el pecho no desaparece.

—No es tan glamuroso como crees… —murmuro, bajando un poco la mirada.

—Para mí lo es. Y para papá también, aunque no lo diga tanto como yo. —Emma ladea la cabeza, observándome con más atención. Su alegría no le impide ser perspicaz—. Estás rara. ¿De verdad estás bien?

Me enderezo, respiro hondo y me obligo a mantener el control sobre mí misma.

—Solo cansada. El viaje, los entrenamientos, el cambio de ciudad… —respondo con una precisión bien medida.

Emma me estudia unos segundos más, como si quisiera atravesar la pantalla para asegurarse de que le estoy diciendo la verdad. Luego decide dejarlo pasar, y me regala esa complicidad que solo tenemos entre hermanas.

—Vale. Te dejo descansar, pero prométeme que me escribirás mañana cuando llegues al *paddock*. Y mándame una foto; aunque sea borrosa, me vale.

—Prometido —respondo con un poco más de firmeza.

Nos despedimos entre bromas y un par de «Te quiero» que siempre se nos escapan de manera natural. Cuando la pantalla se apaga, me quedo mirando mi reflejo en negro. El cansancio se me nota en los ojos más de lo que me gustaría, pero Emma no parece haberse dado cuenta. O tal vez sí, y ha decidido no presionarme. Una mezcla de culpa y alivio me golpea el pecho. Culpa por ocultarle lo que siento; alivio porque, pese a todo, sigue tratándome como la misma Sasha de siempre, no como alguien roto.

Suelto un suspiro largo y me dejo caer hacia atrás en la cama cubriéndome los ojos con el brazo. No quiero pensar demasiado, pero mi mente no me da tregua. Me repito que estoy en Barcelona, que estoy a salvo, que nada puede alcanzarme aquí, y, aun así, sigo estando nerviosa.

Con un gesto casi automático, alargo la mano para coger el móvil otra vez. No quiero parecer invasiva, ni dependiente, pero necesito confirmar que hay alguien ahí que está pendiente de mí. Que no estoy sola en esto.

Abro el chat y escribo despacio:

Hola…

Él responde rápido, como si hubiera estado esperando.

Hola, *rookie*. ¿Qué tal estás?

Dudo un par de segundos antes de contestar. Mis dedos teclean despacio.

Cansada. Lo normal después del viaje.

Es lo normal, sí. Pero tengo la sensación de que tú no sueles moverte en la normalidad…

Frunzo el ceño y, a pesar de mí misma, sonrío un poco. Diría que es una forma de decir que soy un poco diferente y que eso le gusta, pero no estoy segura…

¿Es un cumplido o una crítica?

Lo que tú quieras que sea.

El silencio que sigue es raro, cargado de algo que no sé si quiero descifrar. Me muerdo el labio, mirando la pantalla demasiado tiempo antes de escribir de nuevo.

Gracias por organizarlo todo… El vuelo, el hotel, todo… Me he sentido muy tranquila, pero no tenías por qué hacerlo.

Sí, era necesario que lo hiciera. No pienso dejar nada al azar hasta que no sepamos quién está acosándote.

Siento un tirón en el estómago. Hay un peso en esas palabras que me cuesta sostener.

No quiero ser una carga, Eric.

No lo eres, aunque parece que te empeñas
en pensar lo contrario.

Trago saliva, la verdad es que quiero creerle.

De todas formas, no tienes que preocuparte tanto
por mí, ¿vale? Estoy bien.

No me mientas.

El corazón me da un salto. No es una pregunta. Ni una duda. Lo ha escrito con una seguridad que me deja sin aire. No respondo de inmediato. Miro la pantalla y luego al techo de la habitación. Siento que está demasiado cerca, incluso desde la distancia.

Tomo nota. Buenas noches, Eric.
Mañana será un día largo.

Buenas noches, *rookie*. Descansa. Y recuerda:
no estás sola.

Cierro los ojos después de dejar el móvil sobre la mesilla. No sé si sus palabras me calman o me alteran más. La tensión se me queda bajo la piel, vibrante, difícil de apagar. Me obligo a respirar lentamente, a dejar que el cansancio me venza.

Antes de quedarme dormida lo último que resuena en mi cabeza es su voz, firme y clara: «No me mientas».

A la mañana siguiente, el sonido del despertador me arranca de un sueño ligero. Me ducho rápidamente, me visto y preparo lo que necesito.

Sienna me espera en el vestíbulo, fresca y tranquila. Nos subimos juntas a un coche que nos lleva directamente al *paddock*. Afuera, Barcelona late viva y caótica, pero dentro del coche reina un silencio cómodo. Me concentro en la ventana, en las calles que pasan, en el aire nuevo.

Intento repetirme que es solo un día más en el *paddock*. Solo un día más. Pero la sombra de lo que no digo sigue ahí, recordándome que no estoy lista para contarlo. No a Emma. No a Luca. Ni siquiera a mí misma.

Capítulo 30



Eric
Barcelona. Jueves
Paddock

La luz mediterránea de Barcelona lo vuelve todo más nítido, más afilado. El *paddock* ya vibra con su propio caos: mecánicos cargando material, cámaras buscando el mejor ángulo, periodistas oliendo historias antes de que sucedan. Yo camino entre todo eso con la calma medida que llevo años perfeccionando, aunque por dentro no esté tan estable como aparento.

Un coche negro con los logos del equipo se detiene a unos metros. Reconozco al instante la silueta que baja del asiento trasero: Nate.

Es imposible no verlo porque destaca entre la multitud. Complexión atlética, hombros anchos y una figura imponente. Parece reclamar espacio allá donde pisa. Su piel oscura contrasta con la camisa blanca perfectamente planchada y la chaqueta ligera que lleva encima. El cabello corto, rizado, le da ese aire juvenil que nunca ha perdido, aunque en sus facciones marcadas se adivina la experiencia y la dureza de todo lo que ha vivido. Sus ojos, marrón oscuro, son un espejo difícil de descifrar.

Va vestido impecable, con una acreditación vip colgando del cuello, y luce esa sonrisa que nunca es del todo una sonrisa. Sé lo que significa: «Tenemos una conversación pendiente y estás sin margen para esquivarla».

—Barcelona siempre te sienta bien —dice mientras se ajusta las gafas de sol, caminando hacia mí.

—A ti también —respondo, aunque mi tono es seco. Demasiado tarde para fingir entusiasmo.

Nos fundimos en un abrazo breve, de esos que parecen choques de hombros más que gestos de cariño, pero hay verdad en él. Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos. Y por un instante, antes de que la tensión vuelva a ocupar espacio entre los dos, recuerdo lo fácil que era todo cuando estábamos en el mismo lado, cuando bastaba con un gesto para saber que podía contar con él.

Caminamos juntos hacia una zona más discreta, lejos de los fotógrafos curiosos y de los ojos que todo lo quieren captar. Con Nate nunca hacen falta demasiadas palabras para saber cuándo algo serio viene de camino: se le nota en la manera en que aprieta la mandíbula, en cómo guarda silencio justo antes de lanzar el golpe.

—Estás demasiado metido en esto, Eric.

Lo suelta, sin adornos, como una bala directa. No necesito que lo aclare. Sé exactamente a qué se refiere.

—Estoy haciendo lo mínimo —respondo, tajante, con la voz más fría de lo que siento por dentro.

Nate suelta una risa breve, pero sin rastro de diversión. Niega con la cabeza, como si llevara horas ensayando esa réplica.

—¿Trabajo? Vamos, no me vendas esa mierda. —Su mirada se clava en mí, oscura, incisiva—. No cuidas a nadie así, sino te importa de verdad.

—No empieces… —murmuro.

Él da un paso más hacia mí, como si quisiera arrinconarme contra mis propias excusas.

—Conozco esa mirada tuya. La pones cuando no quieres admitir lo que llevas dentro… llevamos demasiado tiempo juntos.

Aprieto la mandíbula. Intento mantenerme frío, pero sus palabras me atraviesan más de lo que deberían.

—Sasha es una novata que necesita apoyo y ha vivido algo que no merecía. Nada más.

Nate arquea una ceja, ladeando la cabeza como si no pudiera creer lo que escucha.

—¿Nada más? Venga, Eric, te conozco demasiado. No necesito verte para saber cuándo estás metido hasta el cuello. Lo escuché el otro día en tu voz, en la forma en la que hablas y en cómo intentas fingir que esto no te importa demasiado. A mí no me la cuelas, que estás hablando con un investigador privado, tío.

No alza la voz, no hace falta. Pero cada una de sus palabras es como un golpe seco. Me deja sin aire, sin espacio para maniobrar. Y lo peor es que sabe demasiado. Lo peor es que tiene razón.

Me paso una mano por la nuca, buscando aire en medio del ruido del *paddock*; el silencio entre los dos es más ensordecedor que cualquier motor rugiendo.

—No lo entiendes —digo al fin, con un hilo de voz.

—Claro que lo entiendo. —Su respuesta es inmediata, cortante—. Entiendo mejor que nadie lo que significa perder el control. Entiendo lo que es jugar con fuego pensando que puedes manejarlo. —Se inclina hacia mí, bajando la voz para que nadie más lo escuche—. Te voy a dar lo que quieres, Eric. Resultados. Sasha va a destacar, a dejar su marca aquí. —Hace una pausa, dejando que la promesa pese entre nosotros—. Pero escúchame bien: cuanto más cerca estés de ella, más peligroso será. Para ti y para ella.

El silencio se estira como un hilo a punto de romperse. Siento la sangre martilleándome en las sienes, el peso de su advertencia colgando de mis hombros. Y, aun así, las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—No voy a dejarla sola.

Nate suspira; se esperaba esta respuesta.

—Entonces asume las consecuencias. —Su mirada se endurece. No es solo una advertencia; está preocupado por mí—. Porque ya no estás solo «ayudando a alguien». Estás implicado. Hasta el fondo. Y una vez que cruces esa línea, no habrá vuelta atrás.

Me quedo en silencio, con el eco de sus palabras clavándose en mi pecho, mientras lo observo alejarse, caminando, como siempre, con paso seguro, hasta que se pierde entre el bullicio del *paddock*. Tengo la sensación de que ha dejado caer sobre mí una bomba.

Trago saliva, pero la sensación de malestar no se va. Y aunque intento repetirme que sigo siendo el mismo Eric calculador que siempre separa lo personal de lo profesional…, sé que no puedo engañarme.

Lo que empezó como una responsabilidad se ha convertido en algo más.

Sasha me empieza a importar demasiado.

Demasiado para mantenerme neutral.

Demasiado para fingir que puedo alejarme de ella.



El día avanza rápido, casi sin darme cuenta. Entre la adrenalina del *paddock* y las prisas del equipo, apenas tengo tiempo para pensar demasiado.

Grabamos algunas piezas de contenido para las redes oficiales del equipo: planos del coche, entrevistas rápidas con mecánicos, algún comentario de Adam sobre los entrenamientos. Cada toma exige concentración, precisión, y, aunque me cuesta apartar la mente de Sasha, llevo a cabo mi trabajo con la meticulosidad de siempre.

Después llegan unas cuantas entrevistas que ya habíamos pactado con medios locales y agencias internacionales. Mantengo la compostura, respondo con profesionalidad, pero en cada pausa mi mirada se escapa hacia el *paddock*, buscando entre la multitud, casi de manera automática, para localizarla. Es un tic que no puedo evitar.

Al final de la jornada, cuando los últimos rayos de sol caen sobre Barcelona y el caos del *paddock* empieza a calmarse, me doy cuenta de que, mientras he hecho todo lo que se esperaba de mí hoy, no he dejado de sentir ese peso constante en el pecho. Nadie ha podido advertirlo, pero Sasha ha estado presente en cada decisión que he tomado, en cada cosa que he llevado a cabo.

Es como si hubiera salido una bandera amarilla dentro de mí, sé que he dejado de respetar la línea que separa lo profesional de lo personal, y que cualquier descuido podría ser peligroso.

Capítulo 31



Sasha
Barcelona. Viernes
P1 y *qualy sprint*

El viernes arranca con un zumbido en el *paddock*. Barcelona está más viva que nunca: cámaras por todos lados, fans con las banderas de sus equipos, periodistas que intentamos arrancar titulares antes de que las ruedas toquen asfalto. El aire huele a gasolina, a calor y a nervios.

Me ajusto el vestido vaquero que me he puesto esta mañana antes de salir, con la acreditación colgada al cuello. Camino hacia la zona de medios con Sienna pegada a mi lado, cargando la tableta con los horarios que tiene que seguir hoy. Intento concentrarme en lo que me espera: práctica uno y, más tarde, la clasificación para la *sprint*. Es mi primera vez cubriendo un fin de semana así de movido, y todo el mundo sabe que las *sprint* generan ruido, titulares y caos.

La P1 pasa en un suspiro. El sol cae a plomo sobre el asfalto, los monoplazas rugen y, cada vez que uno pasa a toda velocidad, el aire vibra en mi pecho. Tomo notas rápidas: tiempos, sensaciones, ajustes que se comentan en los muros de boxes por la radio. Intento ser objetiva, pero cuando Eric aparece en mi campo de visión por las pantallas, serio junto a su ingeniero, me descubro siguiéndolo más de lo que debería.

La clasificación para la *sprint* de mañana me atrapa todavía más. Pilotos entrando y saliendo del garaje, tensión en los equipos, las pantallas llenas de sectores en verde y en rojo. Yo estoy en la zona mixta, preparada para

el momento en que bajen del coche. La adrenalina se me contagia, como si yo también estuviera compitiendo.

Cuando termina la sesión, los pilotos comienzan a desfilar hacia el corralito de prensa, un pasillo estrecho vallado donde los medios esperan con las cámaras listas y las grabadoras en alto. Yo llevo mi equipo ENG, la grabadora portátil y el micrófono que uso para registrar cada palabra, colgado al hombro, preparada para no perder ni una sola respuesta. Cada piloto llega acompañado de un miembro del equipo, encargado de asegurarse de que nada se tergiverse, respondiendo entre empujones de preguntas y destellos de flashes. El murmullo es un zumbido constante, una batalla por arrancar la mejor declaración.

Eric está de pie junto a un grupo de periodistas, impecable como siempre, con esa calma que parece hecha a medida para él. Sus ojos se cruzan con los míos por apenas un segundo, lo justo para que me tiemble el estómago.

Mi turno llega. Me coloco frente al grupo de pilotos, lista con la grabadora en mano. Formulo una pregunta clara, breve, como me enseñaron:

—Eric, ¿qué ajustes crees que serán clave para el coche de cara a la *sprint*?

Varias cabezas se giran: normalmente, no es él quien responde directamente a la prensa, y menos a una pregunta lanzada por mí.

Hoy lo hace.

—La clave, Sasha… —apenas un titubeo—, está en cómo el coche gestione los neumáticos en este asfalto. Pero confío en que tendrá lo necesario para rendir.

«Confío». Esa palabra retumba más fuerte que todo el ruido a mi alrededor. La dice mirándome a mí, no a la cámara. Los periodistas lo notan, claro que lo notan. Yo intento mantener el gesto neutro, profesional.

—Entonces… ¿esperas un resultado sólido en la *sprint*? —pregunto, intentando recomponer la distancia profesional entre ambos.

Él sonríe de medio lado, esa sonrisa que nunca es del todo sonrisa. Sus ojos no se apartan de los míos, como si la respuesta fuera únicamente para mí, no para el resto. El aire entre nosotros se tensa, casi se puede cortar.

—No lo espero. Sé que tendré un buen resultado. Confío en el equipo, en su trabajo y en mí mismo. Sé que vamos a hacer un buen trabajo.

Los flashes capturan el momento. Yo anoto como si nada, pero por dentro estoy ardiendo. Cuando termina la ronda, me aparto lo más rápido que puedo. El corazón me golpea las costillas como si hubiera corrido diez vueltas.

De camino al *paddock* intento despejarme. Me cruzo con Sienna y Luca, que están grabando unos vídeos para las redes sociales del equipo. Me hacen señas para que me una, pero me invento una excusa y sigo andando. Necesito estar sola, ordenar mis notas y sobre todo ordenar mi cabeza.

Más tarde, mientras repaso mis apuntes en una sala de prensa improvisada, vibra el móvil. Una notificación. Por un instante pienso que será Emma o Sienna. Pero no. Es un mensaje SMS del número que no tengo guardado y que no tengo forma de bloquear. «No te escondas. No sirve de nada».

Frío. Preciso. Sé que es el tío del club. No hace referencia a nada de aquella noche, pero lo que dice es suficiente para abrir un nuevo hueco en mi pecho.

Me falta el aire. El corazón me golpea con tanta fuerza que me siento algo mareada. Cierro el portátil de golpe y salgo de la sala a trompicones, buscando oxígeno, buscando espacio. Recorro el pasillo del edificio en el que entré para poder escribir y voy sin rumbo hasta dar con una pequeña sala de reuniones vacía, con un olor a café rancio y moqueta gastada. La cierro tras de mí y apoyo la espalda en la puerta, como si de esta forma pudiera mantener afuera lo que me persigue.

Intento respirar, pero mi cuerpo no responde. Las manos me sudan y me tiemblan, la garganta se me cierra como si tragara fuego. Mi pecho se expande y se contrae demasiado rápido, con demasiada fuerza. De hecho, me duele.

Golpeo con los nudillos la mesa, una, dos veces, intentando anclarme, pero no funciona. Todo gira. Todo se distorsiona.

La memoria me traiciona: una sombra que se acerca, un brazo que me sujeta, la sensación de no tener salida… Trago saliva con dificultad, pero es inútil. El pánico me aplasta contra mí misma. Apoyo la frente contra la pared fría. Me siento diminuta, rota, como si estuviera hundiéndome en un agujero sin fondo del que no puedo escapar.

La puerta se abre y el sonido me corta la respiración.

—Sasha.

Su voz. Eric.

No sé si es casualidad o si me estaba buscando, pero está ahí. Y en el segundo que me ve, su expresión cambia: de control absoluto a alarma contenida. Sus ojos se clavan en mí como un ancla.

—No… no puedo… —susurro, incapaz de controlar el temblor de mi cuerpo.

Él se acerca despacio, midiendo cada paso, como si tuviera miedo de romperme en caso de hacer algún movimiento brusco. No me toca, no todavía. Levanta una mano, abierta, en mi campo de visión, ofreciéndome un punto al que aferrarme.

—Mírame. —Su voz es baja, firme, segura—. Respira conmigo. Uno…, dos…, inhala. Eso es. Exhala… Bien.

Intento seguirle, pero el aire se me corta. Mis labios tiemblan, mi pecho se contrae demasiado rápido. Niego con la cabeza y noto que las lágrimas resbalan por mis mejillas sin que pueda detenerlas.

—No… no puedo.

Él no retrocede. No alza la voz. Mantiene la calma, la mano tendida, los ojos fijos en los míos, como si nada más existiera.

—Sí puedes. Aquí. Conmigo. Uno…, dos… Conmigo. Estoy aquí.

Algo en su tono, en esa firmeza contenida, consigue atravesar el caos. Me concentro en contar. Uno…, dos…, inhalo… Exhalo… Mi cuerpo tiembla, pero poco a poco el aire empieza a entrar. Duele, pero entra. Y entonces me doy cuenta de que, en algún momento, me he derrumbado sobre él. Su pecho es firme, sólido, un refugio inesperado. Su mano

descansa en mi hombro, sin apretar, solo sosteniendo, recordándome que sigo de pie.

El mundo se ralentiza. Mis sollozos pierden fuerza. Mi respiración deja de ser una guerra y se convierte en algo más llevadero, y dejo de luchar contra el miedo. Me permito hundirme en ese momento, solo un segundo.

—No puedo más… —murmuro. Mi voz apenas es audible.

—No tienes que hacerlo sola —me susurra Eric.

No sé si es una promesa que me está haciendo a mí o si se lo está diciendo a sí mismo. Solo sé que, en ese instante, le creo. Respiro hondo, esta vez sin sentir que me ahogo del todo, y me aparto de él apenas unos centímetros, lo justo para poder mirarlo. Mis ojos todavía arden y noto la piel húmeda por las lágrimas, pero ya no tiemblo igual.

—Gracias… —digo con sinceridad. Mi voz es débil, parece rota—. No sé qué habría hecho si no…

Él niega despacio, indicándome que no necesita escuchar mi agradecimiento.

—No tienes que darme las gracias.

Aun así, lo hago en silencio, con la mirada. Me seco las mejillas con el dorso de la mano y trago saliva antes de atreverme a preguntar:

—¿Cómo… cómo me has encontrado?

Eric me observa un instante, como si dudara en decirlo, pero al final responde con esa calma suya que nunca flaquea.

—Le pregunté a Sienna. Me dijo que habías salido corriendo, que estabas rara y que le habías puesto no sé qué excusa. Aunque tengas que seguir con tus rutinas, sé que no estás bien. Ya te lo dije, prefiero no dejarte mucho tiempo sola.

El nudo en mi garganta vuelve a tensarse, pero esta vez no es por el miedo. Es otra cosa, algo que me desarma aún más que la agresión sufrida en el club. En medio del ruido, del caos y de las máscaras que llevo demasiado tiempo sosteniendo, él ha venido a estar conmigo, a sostenerme.

No lo ha dudado. Vino a buscarme. Y, por un instante, todo lo demás desaparece. Mis obligaciones, mis rutinas, incluso el peso que me

aprisiona el pecho.

MOTORSPORT INSIDER

Barcelona. Viernes de P1 y clasificación para la *sprint*

Por Sasha Harper

El Gran Premio de Barcelona arrancó con un viernes que dejó muy poco margen para respirar. La primera práctica libre (P1) fue breve, intensa y marcada por un sol implacable que castigaba tanto a pilotos como a ingenieros. El asfalto alcanzó temperaturas que rozaban los 50 ºC, convirtiendo la gestión de neumáticos en la gran incógnita del día.

Los monoplazas rugieron desde el inicio y apenas tardaron unos minutos en marcar los primeros tiempos competitivos. Velocity Racing y Aurora Motorsport se mostraron fuertes en tandas cortas, mientras que Phoenix Racing buscó ritmo en tanda larga. Thunderbolt Racing, por su parte, experimentó con configuraciones de alerón, sacrificando velocidad punta para ganar en paso por curva.

El cronómetro dejó una tabla ajustada:

- 1.º Eric Brown (Velocity Racing): 1:13.215
- 2.º Maxime Dupont (Velocity Racing): +0.132
- 3.º Luca Rossi (Aurora Motorsport): +0.284
- 4.º Alexéi Romanov (Phoenix racing): +0.301
- 5.º Ethan Williams (Thunderbolt racing): +0.452

La media parrilla estuvo en un pañuelo: menos de medio segundo separaba al sexto del decimotercero. Cada ajuste, cada cambio de estrategia parecía vital, sobre todo pensando en la clasificación de la tarde.

Y si la P1 fue un suspiro, la qualy para la sprint fue directamente un torbellino. La Q1 se definió al límite, con varios pilotos salvándose en su última vuelta lanzada y dejando fuera a nombres que habitualmente pelean por la Q2. En la Q2, la tensión escaló: el tráfico en el último sector complicó las vueltas rápidas y provocó más de un enfado en radio.

La Q3 fue puro espectáculo. El público en las gradas no dejó de agitar banderas mientras el cronómetro caía. Al final, el orden fue el siguiente:

- Pole para la sprint, Eric Brown (Velocity Racing): 1:12.982
- 2.º Maxime Dupont (Velocity Racing): +0.089
- 3.º Ethan Williams (Thunderbolt Racing): +0.154
- 4.º Carlos Martínez (Horizon Motorsport): +0.301
- 5.º Luca Rossi (Aurora Motorsport): +0.337

Los márgenes volvieron a ser mínimos, lo que promete una sprint frenética el sábado.

El ambiente en la zona mixta, donde los pilotos bajan de sus monoplazas acompañados por un miembro del equipo para responder a los medios, era un hervidero. Rostros sudorosos, flashes de cámaras y preguntas entrecruzadas generaban un zumbido constante, y cada declaración parecía decidir el ánimo de toda la tarde. La sensación era unánime: la gestión de neumáticos será la clave, y quien logre mantener un ritmo constante bajo este calor tendrá la ventaja.

Barcelona nunca decepciona, y este viernes lo dejó claro: nada está escrito y cada décima puede decidirlo todo.

Capítulo 32



Eric
Barcelona. Viernes

Cierro la puerta del box y por fin me permito hundirme en la silla. El ruido del *paddock* queda amortiguado, como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe. Pero dentro de mí todo sigue desordenado. No puedo borrar de mi mente la imagen de Sasha encogida contra la pared temblando. He visto accidentes producidos a más de doscientos kilómetros por hora, he sentido la presión de millones de ojos sobre mis manos en la pista, pero nada me ha afectado tanto como verla rota de esa manera.

Apoyo los codos sobre las rodillas, aprieto los puños y bajo la cabeza. Parte de mí quiere desconectarse y pensar solo en lo técnico, en la clasificación, en los neumáticos y en las décimas que decidirán la *sprint*. La otra parte…, la otra parte solo quiere volver a esa sala y asegurarse de que ella está bien, de que puede mirar alrededor sin miedo. Ese conflicto me desgarra más que cualquier curva mal tomada.

La puerta del box se abre con un chirrido breve, seguido de un golpe seco al cerrarse. No necesito mirar para saber quién es. El paso de Nate siempre tiene algo contenido, como si midiera cada movimiento. Su presencia llena el espacio, aunque no diga nada.

Se queda de pie unos segundos, observándome. Lo siento, aunque no lo mire. No tiene prisa en hablar, nunca la tiene. Prefiere leerme primero, como si pudiera descifrarme por la tensión en mis hombros o el ritmo de

mi respiración. Y sabe exactamente qué ha pasado, sin necesidad de haberlo presenciado.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza. No me salen palabras, y con Nate nunca vale fingir. Me conoce demasiado. Se acerca un poco, apoya la espalda contra la pared y cruza los brazos. Habla bajo, como si el box pudiera tener oídos.

—He recibido noticias sobre el número. No está en ninguna base pública, al menos no como lo hemos buscado hasta ahora. Pero alguien me dio una pista… Podría estar vinculado a una línea usada en las fiestas privadas, las vip. Las que se mueven fuera del calendario oficial.

Levanto la vista de golpe.

—¿Quieres decir…?

—Que no es alguien cualquiera. Si ese número circula en ese entorno, hablamos de gente con contactos. Gente que sabe moverse sin dejar rastro. Y eso lo complica todo.

La rabia se me clava bajo la piel. No es solo el miedo que le provocan a Sasha. Es la impunidad, la facilidad con la que alguien puede manipularla, recordarle lo que pasó, jugar con su mente como si fuera un trofeo. Y yo aquí, atrapado entre el box y el coche, como si todo lo demás pudiera esperar.

—Encuéntralo, Nate —digo, y mi voz suena más dura de lo que esperaba.

Él asiente, pero no se mueve. Se queda mirándome, como si esperara que suelte algo más. Y lo suelta él primero.

—Eric…, ¿vas a contarle a Sasha quién soy y por qué estoy aquí? Ella merece saberlo. Y si me preguntas, creo que se quedaría más tranquila.

Me paso una mano por la cara. La idea me persigue desde que la vi derrumbarse en esa sala.

—Yo también lo he pensado. Está sola en esto, y cada mensaje que recibe la destroza un poco más. Tal vez si supiera que alguien lo está investigando, que no está sola…, podría respirar mejor, aunque fuera un poco.

—Entonces ¿quieres decírselo? —pregunta Nate, ladeando la cabeza, como si buscara pillarme en una contradicción.

Me quedo callado unos segundos. Sé lo que siento, pero ponerlo en voz alta es otra cosa.

—Todavía no. Si lo hacemos, tiene que ser en el momento justo. Cuando tengamos algo sólido. No puedo darle esperanzas si aún no sabemos a quién nos enfrentamos.

Nate suelta un bufido leve, como de frustración contenida, pero asiente.

—Entendido. Pero tarde o temprano tendrás que dejarla entrar en esto.

No digo nada. Sé que tiene razón, sé que no contarle nada la mantiene más en la oscuridad, más vulnerable, y lo último que quiero es que ella crea que no confío en ella. Nate me observa un rato más, hasta que rompe el silencio con un tono casi burlón, aunque cargado de verdad:

—No me jodas, Brown. No te da miedo el tío del número, te da miedo abrirte con ella.

Lo miro de reojo. No respondo. Tiene razón. No es que no quiera protegerla, es que me aterra dejarle ver lo que llevo dentro. Si lo hago, si me desnudo del todo frente a Sasha, ¿terminaré siendo una carga más para ella? ¿Y si ve lo que de verdad me pesa y decide que no puede con eso?

Cuando Nate se va, el silencio es más pesado que nunca. Apoyo los codos sobre la mesa del box y cierro los ojos. El olor a gasolina, a caucho, a aceite quemado debería tranquilizarme; forman parte de mi hábitat, de mi refugio, desde que era un crío. Pero ni siquiera aquí logro encontrar paz.

En mi mente solo aparece ella, con la respiración entrecortada, con la mirada perdida como si el suelo se abriera bajo sus pies. Y me veo a mí, con ella, siendo lo único a lo que podía aferrarse. No puedo permitir que vuelva a pasar. No voy a quedarme quieto esperando el siguiente golpe.

Me levanto despacio, recojo mis cosas casi en automático y salgo del box. El *paddock* aún está encendido con luces artificiales, pero el ruido ya se apagó; solo queda ese murmullo lejano de generadores y pasos aislados.

Camino rápido, con la cabeza gacha, como si arrastrara un peso invisible. El coche del equipo me espera para llevarme al hotel.

Cuando llego, cruzar el vestíbulo es un trámite: un par de sonrisas cansadas del personal, algún gesto de reconocimiento, y yo contestando apenas con un movimiento de cabeza. No tengo fuerzas para fingir normalidad. Subo directo a mi habitación, cierro la puerta tras de mí y me dejo caer sobre la cama sin encender la luz.

El cuerpo exige descanso, pero la mente se niega a dárselo. El runrún de la carrera está ahí: neumáticos, estrategia, la clasificación de mañana; todo lo que debería tener en primer plano. Pero ya no es lo único. La adrenalina de competir no logra acallar la desazón que siento por Sasha, por su miedo, por lo que nos persigue.

Ahora hay algo que me preocupa tanto o más que cualquier campeonato.

No solo voy a proteger a Sasha. Voy a encontrar al hijo de puta que está detrás de lo que le sucedió en el club. Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, me asusta más lo que hay fuera de la pista que lo que ocurre en ella. Porque en el circuito todo depende de mí, pero fuera de él… no sé si bastará con ser quién soy.



El sueño me vence a trompicones. No es descanso real, más bien una sucesión de imágenes rotas. No sé cuánto tiempo pasa hasta que la alarma del móvil rompe el silencio.

Abro los ojos con un peso insoportable en los párpados. El cuerpo protesta, los músculos están tensos como si hubiera corrido diez carreras seguidas. Me obligo a levantarme y camino hasta la ducha. Cuando el agua fría golpea mi espalda, por unos segundos, intento vaciar mi cabeza. No lo consigo del todo, pero al menos recupero algo de energía.

Me visto con el polo del equipo y cojo la gorra y las gafas de sol. Antes de salir, me miro en el espejo. Apenas me reconozco: tengo los ojos

enrojecidos y la mandíbula apretada, pero no tengo tiempo para pensar más. Recojo la mochila y bajo al vestíbulo.

El coche del equipo me espera en la puerta. Subo al asiento trasero y me dejo caer contra el respaldo. Afuera, Barcelona ya hierve: calles llenas, banderas colgadas en balcones y tráfico denso rumbo al circuito. El motor ronronea y yo me aferro al silencio del habitáculo.

El *paddock* me espera. Hoy no hay margen para distraerse, tenemos la *sprint* al mediodía y la clasificación por la tarde. Dos batallas en un mismo día.

Y, aun así, lo sé: lo más difícil no está en la pista.

Unas horas más tarde, estoy en el box, con todo el equipo reunido. El aire huele a combustible y tensión. El ingeniero jefe repasa la estrategia, nos recuerda puntos clave de neumáticos y temperatura. Todos asentimos, como soldados antes de una misión.

A mi lado, Maxime escucha en silencio, con los brazos cruzados y esa media sonrisa que nunca sé si es burlona o arrogante. Cuando el *briefing* termina, el jefe da una última palmada en la mesa y se marcha, dejándonos solos unos segundos.

Maxime se inclina apenas hacia mí y baja la voz para que nadie más que yo lo pueda oírlo.

—Disfruta la *pole*, Brown. Es bonita en la tabla, pero, ya sabes…, no siempre lo que brilla en la superficie es lo que importa.

Lo miro de reojo, tenso bajo el mono.

—Céntrate en conducir —respondo, seco, sin darle más espacio.

Él sonríe, una mueca rápida.

—Tranquilo, no hablo solo de la pista.

Antes de que pueda replicar, un mecánico nos avisa de que es hora de ir a los coches. Maxime se da la vuelta como si nada, dejándome con un nudo en el estómago.



Me ajusto los guantes, cierro el casco y siento el latido en mis sienes. Estoy en la *pole*, pero eso no significa nada si no sostengo mi posición hasta la bandera a cuadros. A mi izquierda, en primera fila, Maxime. Su coche rojo y negro brilla bajo el sol, imponente, como si fuera una amenaza hecha de fibra de carbono.

El semáforo todavía está en rojo. Silencio en la radio, aunque sé que todo el equipo me escucha. Agarro con fuerza el volante. Tres luces. Cuatro. Cinco.

Apagadas.

Salgo disparado. La tracción es limpia, perfecta, pero Maxime también arranca como un demonio. Se coloca paralelo en la recta, me obliga a defender el interior. Clavo la frenada en la primera curva y cierro el hueco con decisión. El coche responde, firme bajo mis manos, pero siento que el suyo roza mi alerón trasero antes de tener que levantar el pie.

—Buen arranque, Eric, mantenlo así —dice mi ingeniero por la radio.

No respondo. No puedo. La carrera es demasiado corta para permitirme un respiro. Vuelta tras vuelta, Maxime se mantiene pegado como una sombra, a apenas medio segundo de mí. Cada vez que abro gas, siento su presencia, como si quisiera atravesarme con el morro de su coche.

Barcelona no perdona. El calor sube dentro del *cockpit*, el aire entra denso por la visera. Cada curva es un pulso entre el miedo a perder el control y la necesidad de no ceder ni un milímetro.

En la vuelta seis, Maxime lanza su primer ataque serio en la recta principal. Se abre por fuera, me enseña el coche, me obliga a medir al milímetro. Aguanto el interior, tardo una fracción de segundo más en frenar, el volante vibra en mis manos, pero consigo mantener la posición. Respiro, pero apenas un segundo.

—Sigue igual, Eric, sigue igual; lo tienes controlado —me insiste la voz de Adam en la radio.

Lo tengo, pero sé que no puedo confiarme. Maxime no es de los que se rinden. Y no es solo lo que hace en la pista; es lo que dijo antes, ese

veneno en sus palabras que aún resuena en mi cabeza. «No hablo solo de la pista». ¿Qué coño ha querido decir?

La última vuelta llega marcada en el panel. El coche vibra como si también supiera que ya no queda margen. Clavo las trayectorias, limpio, sin regalar ni un centímetro. Maxime busca hueco hasta el último sector, pero cierro todas las puertas.

Bandera a cuadros. Cruzo primero. El rugido de la grada es un terremoto que atraviesa el casco, pero no me arranca una sonrisa.

—P1, Eric. P1. Gran trabajo —dice mi ingeniero, exultante.

Respiro hondo, bajo la velocidad y dejo que el coche se deslice en la vuelta de enfriamiento. Maxime pasa por mi lado y me lanza una mirada fugaz desde el *cockpit*. No necesito verla con claridad para sentirla: es una mezcla de reto y amenaza que me hiela la sangre.

Capítulo 33



Sasha
Barcelona. Sábado
Qualy

Después de que Eric ganase la *sprint*, todos en el *paddock* ya teníamos la cabeza puesta en la *qualy* que quedaba pendiente. Se notaba en el ambiente, los pilotos están concentrados, muchos de los ingenieros están haciendo cálculos frenéticos, y algunos mecánicos, agobiados, ajustan cada detalle con una precisión obsesiva.

Corro de un lado a otro, grabadora en mano, intentando captar cada gesto, cada palabra, cada expresión fugaz que pueda convertirse en una noticia. El murmullo constante de los técnicos, el sonido vibrante de los motores en calentamiento y las órdenes transmitidas por radio se mezclan en un zumbido hipnótico que mantiene todos mis sentidos alerta.

Sienna aparece entre la multitud, moviéndose con agilidad entre cables y asistentes como si el caos del *paddock* no la rozara. Su cámara cuelga despreocupadamente del hombro y me lanza una sonrisa intrigante, dándome a entender que tiene algo interesante que compartir conmigo. Se acerca y se inclina un poco hacia mí para que pueda oírla sobre el rugido de los motores.

—Oye, Sasha —me dice con entusiasmo—, he pensado que si quieres puedo grabarte una entrevista a modo vídeo con Eric y Luca después de la *qualy*. No sería nada serio, solo algo rápido, informal…, pero te aseguro

que podría tener un montón de visitas. Solo tendrías que hablarlo con tu jefe y listo. Como una especie de colaboración.

La observo un momento mientras mis dedos juegan inconscientemente con la grabadora. La idea me emociona: sería un contenido directo, fresco, algo que en la web y las redes devorarían. Pero al mismo tiempo siento el peso de la responsabilidad, cualquier paso en falso podría cerrarme puertas en el *paddock* o, peor, comprometer mi cobertura.

Saco el móvil y escribo un mensaje rápido a Mike para tener su aprobación:

> Mike, Sienna Blake, de Aurora Motorsport, me propone grabar una entrevista informal con Eric Brown y Luca Rossi después de la *qualy*. Podría ser para web. ¿Cómo lo ves?

Mientras espero su respuesta, sigo observando el ir y venir de los equipos, el constante sonido de los motores y las voces por radio. El *paddock* late con su propio ritmo frenético y yo me siento atrapada en medio de esa corriente, intentando mantenerme firme. El teléfono vibra y leo la respuesta:

> Adelante, Sasha. Solo asegúrate de que no interfiera en el equipo y mantenlo breve. Puedes resumirlo todo en un artículo para la web y poner un enlace al vídeo.

Una sonrisa se me escapa, y no puedo evitar mirar a Sienna. Sus ojos brillan de emoción y triunfo, y por un instante me olvido de la tensión del *paddock*.

—Sabía que Mike te daría vía libre —dice, dándome un pequeño empujón en el brazo con complicidad—. Esto va a quedar super bien, Sasha, de verdad. Vamos a arrasar con el contenido.

Río suavemente, contagiada por su entusiasmo. Hay algo liberador en compartir este momento con ella, sentir que no estoy sola en el caos de cámaras, cables y cronos.

—Perfecto —le respondo, ajustando la grabadora—. Esto puede ser un buen golpe para el canal y para ti, así tienes nuevo contenido.

Sienna me guiña un ojo y sonríe más ampliamente; por un momento todo parece más ligero, como si la presión de la *qualy* se hiciera un poco más soportable gracias a su presencia. Compartimos un instante de complicidad que solo nosotras entendemos.

Mientras seguimos hablando, noto que cada movimiento en el *paddock* parece acelerarse, como si todo estuviera sincronizado con la tensión que se avecina en la pista. Cada gesto, cada carrera de cables, cada voz transmitida por radio me mantiene alerta. Respiro hondo, me obligo a concentrarme y dejo que la energía de Sienna me impulse: cada segundo cuenta, y no puedo permitirme perder ni un detalle.

Entonces me vibra el móvil en el bolsillo. Por un instante pienso que es Mike, que me escribe para darme algún tipo de indicación rápida, pero lo saco rápidamente y, antes de poder pensar, veo que es un mensaje de un número desconocido. Al abrirlo las palabras me hielan la sangre: «Te observo de cerca».

Frío. Preciso. No dice nada más, no hay amenazas explícitas, solo un aviso: alguien me vigila. Y eso basta para que el nudo en mi estómago se tense.

Un escalofrío me recorre la espalda. Mi primer impulso es mirar alrededor, buscar quién podría ser…, pero no puedo perder el foco. «Respira, Sasha. No puedes permitir que esto te desconcentre». Dejo el teléfono a un lado y me obligo a concentrarme en mi trabajo.

Mientras reviso mis notas y anoto detalles de los pilotos, detecto la presencia de un hombre que está de pie, ligeramente apartado, observándome con atención. Es alto, moreno, y tengo la sensación de que no es la primera vez que lo veo. No lo conozco, pero hay algo en su manera de moverse, en cómo fija la mirada en mí, que me incomoda. Parece estar en el ángulo justo para ver lo que yo veo…; no puede ser una

casualidad, es algo extraño. Sacudo la cabeza y de nuevo me obligo a concentrarme en las entrevistas, los murmullos de los mecánicos y las anotaciones que debo tomar. No debería distraerme.

Cuando termino de organizar mis apuntes y me dirijo a preparar las entrevistas oficiales, me esfuerzo por mantener la sonrisa y la postura profesional. Nadie nota el temblor leve en mis manos ni la tensión que todavía me recorre el cuerpo después de leer el último mensaje, pero yo sí los siento. Algo ha cambiado dentro de mí: el miedo está ahí, sí, pero no me paraliza. Noto una fuerza y una determinación que no sabía que tenía. Y aunque sé que alguien me sigue, no voy a permitir que eso me distraiga. Mi trabajo consiste en contar la historia de lo que pasa aquí, y nada, ni siquiera una amenaza invisible, me hará apartar la mirada de la pista.

Me coloco en la zona de prensa justo cuando los pilotos salen a la pista para la *qualy*. Las luces reflejan el brillo metálico de los monoplazas y el rugido de los motores llena cada rincón del circuito. Mi bloc de notas está abierto, el bolígrafo listo y todos mis sentidos completamente despiertos; cualquier detalle puede convertirse en noticia.

Las cámaras enfocan a Eric concentrado, ajustándose el casco, intercambiando palabras rápidas con los ingenieros. Su postura transmite determinación. Un escalofrío me recorre con anticipación. Se nota que sabe exactamente lo que tiene que hacer. Maxime Dupont, en cambio, se mueve con la seguridad arrogante que le caracteriza, provocando miradas tensas entre el personal del equipo. La tensión flota en el aire, casi tangible, como si la rivalidad pudiera estallar en cualquier curva.

La realización cambia de plano. Las cámaras recorren el *pit lane*: los demás pilotos se preparan también para salir, ajustan sus guantes, se colocan los cascos y los mecánicos se apartan para empezar a tomar notas de lo que está a punto de suceder. Los motores de los coches rugen al unísono. Una vibración se me mete debajo de la piel, estar aquí y sentir este deporte tan de cerca es una sensación increíble. Poco a poco, los monoplazas comienzan a salir de los boxes listos para marcar sus primeros tiempos en esta clasificación.

El semáforo se apaga y los monoplazas se lanzan a la pista con un rugido ensordecedor. Observo cómo cada piloto empuja hasta el límite. Eric mantiene una línea precisa, ajusta el volante con movimientos casi imperceptibles y pisa el pedal con suavidad, midiendo cada centímetro de la pista. Maxime frena tarde en cada curva y acelera con audacia, rozando los límites sin miedo a arriesgarlo todo.

Siento la presión en el aire, densa, como si pesara sobre los hombros de todos. Cada vuelta se refleja en los cronos, y yo anoto sector tras sector. Los tiempos suben y bajan, los errores mínimos pueden resultar caros y cada maniobra está calculada al milímetro. Los ingenieros gesticulan desde los boxes, lanzando órdenes por la radio, señalando las pantallas y ajustando algunos parámetros sobre la marcha. Esta lucha por la *pole* no es solo velocidad; es estrategia pura, una danza de precisión y concentración absoluta.

El viento arrastra consigo el olor a goma quemada y combustible, mezclado con el calor de los frenos. Cada gesto de los pilotos habla de la presión que sienten. Todo se suma a la historia que debo contar, y mi bloc de notas se llena de anotaciones rápidas, intentando atrapar lo esencial antes de que se pierda.

Eric marca tiempos consistentes, firme en su ritmo, y Maxime lo sigue de cerca, siempre al límite. La pelea por la *pole* es feroz, y yo registro cada gesto, cada palabra, cada reacción desde la distancia.

Cuando finalmente se confirman los últimos cronos, todo el *paddock* estalla en un murmullo de emociones. *Pole* para Eric, Maxime segundo. Algunos se abrazan, otros murmuran tensos; los ingenieros celebran discretamente mientras los pilotos regresan al *pit lane*. Tomo nota de cada reacción, consciente de que esto no es solo deporte. Mi deber es captar las emociones con precisión.

Al dirigirme hacia la zona mixta, junto al *pit lane*, donde se hacen las entrevistas oficiales justo después de la clasificación. Voy con la grabadora lista y la mente alerta. Siento un hormigueo en la espalda. Alguien me observa, lo sé, pero no voy a permitir que eso me detenga. Mi trabajo es

contar la historia de esta carrera, y nada, ni siquiera el miedo, me impedirá que lo haga.

Me acerco primero a Maxime, que aún parece envuelto en la adrenalina de la *qualy*. Su sonrisa es rápida, casi provocadora, y su mirada transmite confianza y un toque de desafío. Respiro hondo y comienzo la entrevista.

—Maxime, segundo lugar hoy, muy cerca de la *pole*. ¿Cómo valoras tu actuación en la pista?

Endereza los hombros y coloca las manos en las caderas. Su voz es firme, medida, y aunque intenta proyectar seguridad, no puedo evitar notar un pequeño tic en la mandíbula.

—Ha sido una *qualy* intensa. Eric ha estado fuerte, no voy a negarlo. Pero estoy contento con mi ritmo y con cómo ha respondido el coche. Siempre hay margen de mejora, y eso es lo que buscamos —responde; cada palabra está cuidadosamente calibrada.

Anoto cada detalle mientras mis ojos recorren sus gestos: el leve fruncir de cejas cuando habla de Eric, la tensión contenida en los hombros, la manera en que sus manos se entrelazan por un instante. Maxime siempre quiere proyectar seguridad, pero estos pequeños movimientos revelan la presión que lleva encima en su propósito de no quedarse atrás.

—¿Hay alguna curva o sector que consideres clave para tu tiempo? —pregunto, buscando detalles técnicos que interesen a los lectores más especializados.

—Sí, el tercer sector ha sido decisivo —dice, señalándolo con la mano y mirando la pista—. Ahí es donde pude marcar la diferencia, ajustar la trazada y encontrar el ritmo que necesitaba. Pero Eric hizo su trabajo muy bien. Tengo que reconocerlo.

Le doy las gracias y corto la grabadora un momento para pasar al siguiente piloto. Noto cómo el francés sigue a Eric con la mirada, y es imposible no detectar en ella una mezcla de respeto y rivalidad. Maxime es competitivo y se siente seguro de sí mismo, pero detrás de esa fachada hay tensión contenida. Mi trabajo es transmitir todo eso a los lectores.

Me dirijo hacia Eric, que avanza entre cámaras y micrófonos acompañado por uno de los responsables de prensa de Velocity Racing.

Su expresión es tranquila, concentrada, pero puedo percibir la intensidad detrás de esa calma. Lo saludo con una sonrisa, pero siento que, por un instante, nuestras miradas se cruzan de una manera que va más allá de lo profesional.

—Eric, *pole position* para la carrera de mañana, una gran actuación. ¿Qué factores crees que han marcado la diferencia?

Él respira profundamente, se ajusta la visera de la gorra y responde con seguridad, sin arrogancia. Cada palabra suena medida, como si estuviera contando no solo su historia, sino la de todo el equipo. Mientras habla, noto la forma en que sus ojos me buscan, como tratando de comprobar si estoy entendiendo lo que siente realmente en la pista. Esa mirada me hace arquear una ceja; intuyo que hay algo más que profesionalidad en la atención que me dedica.

—Mantener la concentración vuelta tras vuelta ha sido clave —dice—. El coche ha respondido perfectamente y el equipo ha hecho un trabajo increíble. Maxime ha empujado fuerte, pero hoy todo salió a nuestro favor. Estoy satisfecho, pero esto solo es un paso más.

Mientras tomo notas, observo cómo recorre el espacio con su mirada y cómo luego vuelve al equipo y finalmente se posa en mí por un instante más largo de lo normal, con un gesto casi imperceptible de gratitud. No es solo reconocimiento profesional; hay algo contenido, una conexión que todavía ninguno de los dos se atreve a explorar. Siento un ligero cosquilleo, una mezcla de admiración y nerviosismo y, una vez más, he de obligarme a centrarme en mi trabajo, porque mis pensamientos se desvían todo el rato hacia él de forma inevitable.

—¿Hubo alguna sección del circuito que te haya hecho estar especialmente alerta? —pregunto, intentando mantener el tono profesional mientras mi corazón late un poco más rápido.

—La última curva —responde, señalando brevemente el circuito—. Allí hay que combinar precisión y agresividad. Si calculas mal, pierdes todo lo ganado. Hoy salió bien, pero no puedo confiarme. Cada vuelta es un desafío nuevo.

Sus palabras resuenan en mí de manera diferente. La forma en que responde a mis preguntas, cómo me mira entre frase y frase… Sé que estamos al borde de algo, pero aún no nos hemos atrevido a cruzar esa línea. Me sorprende la electricidad contenida que he notado entre nosotros durante la entrevista.



Cierro la grabadora y reviso mentalmente mis notas, asegurándome de no perder ningún matiz. Mi trabajo es contar la historia, y hoy la historia está viva en cada gesto, en cada palabra y en cada mirada que he registrado. He conseguido captar la esencia de ambos pilotos, sus emociones, su enfoque y sus estrategias. Pero el hormigueo en mi espalda sigue presente; la sensación de ser observada no desaparece.

Mientras guardo el bloc y la grabadora, mis ojos se mueven inconscientemente entre la multitud, buscando indicios de quién podría estar detrás del número desconocido. No puedo dejar que eso me distraiga, pero es inevitable que la preocupación siga ahí, latiendo en el fondo.

Los minutos siguientes se me escapan entre comprobaciones y el bullicio del resto de periodistas que van y vienen. Anoto un par de frases más para mi próximo artículo y reviso unos titulares que tengo en mente.

Han pasado quince minutos desde que acabe de ordenar todo y siento que necesito hablar con Eric, así que decido dejar el trabajo a un lado por el momento. Me abro paso entre el personal de Velocity Racing y finalmente lo encuentro cerca del *motorhome*, repasando datos con su ingeniero. Tomo aire y, tratando de deshacerme de mi nerviosismo, lo llamo:

—¡Pst, pst! ¡Eric! Necesito enseñarte algo.

Él levanta la vista y me mira entre curioso y divertido, lo que consigue desconcertarme un poco. Luego me guiña un ojo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta, arqueando una ceja.

De todas formas, su sonrisa no logra ocultar la alerta en sus ojos.

Me acerco y le muestro el mensaje que he recibido.

—Mira… —digo sin rodeos—. Otra vez me ha escrito un número desconocido: «Te observo de cerca».

Frunce el ceño, toma el teléfono y lo lee con atención. Su expresión cambia al instante. Noto que adquiere esa seriedad que normalmente reserva solo para la pista.

—¿Qué…? —comienza, pero se detiene y respira hondo—. Sasha, esto… esto no es un juego. ¿Estás bien? ¿Has notado algo raro durante el día?

—Estoy bien… por ahora —digo, asintiendo. Noto un escalofrío—. Solo quería que estuvieras al tanto.

Me mira con intensidad, evaluándome. Es evidente que quiere asegurarse de que realmente me encuentro bien.

—Mira, esto puede ser serio —empieza, bajando aún más la voz—. Vuelvo a repetirte que no estás sola, que puedes contar conmigo… Cuando acabe la carrera de mañana, hablaremos con calma, pero, por ahora, necesito que confíes en mí, Sasha. De verdad.

Mi corazón se acelera debido a una mezcla de preocupación, adrenalina y algo más que no quiero nombrar. Sus ojos buscan los míos y, por un instante, siento que todo lo que ocurre en el *paddock* desaparece; solo estamos él y yo.

—Confío en ti —respondo, intentando que mi voz suene firme, aunque por dentro soy un nudo de nervios.

Eric asiente y su expresión se suaviza un poco, pero es evidente que está muy preocupado.

—Bien —dice—. Prométeme que vas a tener cuidado, Sasha. No puedo concentrarme si siento que estás en peligro.

Mi respiración se acelera un poco más. Lo que acaba de suceder nos involucra directamente a los dos, y por primera vez siento que lo que ocurre fuera de la pista puede afectarnos más de lo que imaginábamos.

Capítulo 34



Eric
Barcelona. Domingo
Llegada al *paddock* antes de la carrera

El despertador suena antes de que salga el sol. Me levanto sin pensarlo demasiado, dejando que la rutina haga su trabajo: una ducha rápida, me visto con la ropa del equipo, un desayuno que me llene de energía para el día que nos espera hoy. En cuanto bajo al vestíbulo, el coche me espera frente a la puerta del hotel. El conductor asiente en silencio cuando me ve salir del hotel; no hacen falta palabras. Me acomodo en el asiento trasero, con el móvil en la mano y la mochila en el asiento de al lado.

El ruido de los motores ya se cuela en el aire cuando llego al circuito. El *paddock* está despierto, en movimiento y lleno de una energía contenida. Los equipos se mueven con precisión quirúrgica, ajustando datos, repasando la telemetría y revisando los neumáticos. Todo debe estar perfecto. Siento el peso de la presión sobre mis hombros, pero hoy no puedo permitirme errores.

Mientras reviso los últimos ajustes de la telemetría que he estado ajustando con mi equipo, veo a Nate acercarse con el pase vip que le dimos. Sus pasos son rápidos, decididos, y la expresión de su rostro no deja lugar a dudas: algo importante ha ocurrido. Antes de que pueda saludarlo, se detiene junto a mí y, sin rodeos, me dice:

—Eric, tenemos un problema. El número que seguíamos… Lo he conseguido detectar, y está aquí.

Un escalofrío me recorre la espalda. Lo había estado siguiendo de manera indirecta, analizando pistas, pero ahora está delante de nosotros, dentro del circuito, entre pilotos, ingenieros y personal del equipo. El peligro se vuelve tangible, cercano. Mi mente comienza a repasar todas las posibilidades mientras mi cuerpo reacciona de forma instintiva.

—¿Qué quieres decir con «aquí»? —pregunto, tratando de mantener la calma y no mostrar el nerviosismo que siento.

Nate frunce el ceño y baja un poco la voz, asegurándose de que nadie más escuche:

—Fue localizado en la zona del *paddock*, cerca de los boxes de varios equipos. No sabemos quién lo controla, pero está activo. No es solo una amenaza lejana; está dentro, observando, probablemente desde hace unas horas.

Siento cómo la tensión se acumula en mi pecho. Cada movimiento en el *paddock* parece multiplicarse; cada mecánico, cada piloto, cada sonido me recuerda que debo estar atento. No puedo permitir que esta amenaza me distraiga de la clasificación, pero tampoco puedo ignorarla.

—Mantén la calma —continúa Nate, leyendo mi expresión—. Tenemos que actuar con cabeza fría. Hoy te concentras en la pista. Después de la carrera veremos cómo movernos.

Asiento y respiro hondo. La adrenalina que corre por mis venas se mezcla con la preocupación por Sasha y por todo mi equipo. Cada segundo cuenta. La carrera va a exigir lo mejor de mí, y la sombra de esta amenaza añade un peso extra, invisible, pero constante.

Saco un instante para mirar alrededor, el *paddock* lleno de vida y ruido, pilotos y mecánicos en plena actividad, y siento cómo todo se intensifica. Hoy debo estar alerta, calculando cada giro, cada maniobra, cada decisión, consciente de que la amenaza acecha más cerca de lo que jamás imaginé.

Nate asiente una última vez, con ese gesto serio que no deja lugar a dudas y da un paso atrás.

—Después de la carrera te informaré. Ahora céntrate en esto, déjame el resto a mí —murmura antes de alejarse entre la gente, desapareciendo

entre uniformes y cámaras como si nunca hubiera estado aquí.

Lo sigo con la mirada apenas un segundo y después vuelvo al presente. Adam se acerca corriendo, tableta en mano, revisando los últimos datos de telemetría. Su mirada se cruza con la mía. Como siempre le ocurre antes de una clasificación, su concentración es máxima. Hay algo en la manera en que frunce el ceño que me recuerda que él también siente una gran presión, aunque nunca lo admitirá en voz alta.

—Eric —dice, bajando un poco la voz—, los neumáticos están en el rango óptimo, pero si empujas demasiado en la curva tres, podrías perder agarre en la cuatro. Quiero que mantengas el ritmo, no te precipites por ganarle a Maxime.

Asiento, apreciando la precisión de sus comentarios, pero mi mente se escapa y va más allá de la pista. La información que me ha dado Nate es muy preocupante. No obstante, intento concentrarme en lo que mi ingeniero me acaba de decir.

—Lo sé, Adam —respondo—. Cada sector importa. No puedo permitirme cometer errores.

Hace un gesto hacia la pantalla de su tableta y me muestra comparativas de vueltas previas, temperaturas de neumático y tiempos por sector.

—Mira estos sectores —continúa—. Maxime va a presionar, seguro. Está demasiado confiado después de la clasificación. Necesitamos que tú mantengas la calma, que controles hasta la última curva. Cada milésima cuenta.

Asiento de nuevo, y siento cómo el peso de la responsabilidad me recorre la columna. No se trata solo de velocidad; se trata de actuar con precisión, seguir la estrategia y mantener a mi equipo y a Sasha fuera de peligro y de cualquier problema.

—También recuerda el viento en la recta final —añade Adam, señalando un gráfico—. Hoy cambia constantemente, puede afectar el equilibrio en las últimas dos curvas. Mantén la suavidad en el volante, no te precipites.

—Entendido —respondo.

Cierro los ojos por un instante, visualizando cada giro de la pista, cada frenada, cada aceleración. Mi respiración se regula, e intento filtrar la tensión que siento por todo lo que acecha fuera de la pista.

Adam se queda a mi lado unos segundos más, observando cómo repaso mentalmente las maniobras, ajusto los pedales y reviso los botones del volante.

—Eric… —dice finalmente, bajando aún más la voz—. Sé que hay cosas fuera de la pista que te preocupan. Mantén la cabeza fría, ¿vale? No dejes que nada te distraiga. La carrera es tuya si tú controlas la mente y el coche.

Asiento. Me recorre una sensación de gratitud. Adam no suele derrochar palabras de ánimo, pero lo que acaba de decirme me centra. Confía en mí.

—Lo tengo, Adam —digo—. Hoy no solo se trata de velocidad. Se trata de cabeza fría y de tomar decisiones correctas. Tú controlas los datos, yo controlo la pista.

Me da una palmada ligera en el hombro, casi paternal, y asiente con firmeza.

—Bien —dice—. Hoy no hay margen de error. Recuerda que la *pole* es importante, pero es más importante terminar sin fallos y salir entero.

Justo entonces, mi móvil vibra sobre la mesa de trabajo. Lo cojo y veo un mensaje de Sasha:

¡Suerte hoy! Sé que lo vas a dar todo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Inhalo profundamente y, evitando desconcentrarme, escribo rápido:

Gracias, *rookie*. Mira y aprende.

Dejo el móvil sobre la mesa. Cada curva, cada frenada, cada aceleración está en mi mente, repetida como un mantra. Ajusto el casco. Me siento completamente centrado. Maxime Dupont estará en la pista, empujando al límite, siempre dispuesto a sacar ventaja. La rivalidad que tenemos en pista se siente más intensa que nunca; cada movimiento suyo me obliga a estar al cien por cien, y la amenaza que se mueve fuera de la pista solo añade un peso extra a cada decisión que tomo.

El ruido del *paddock* se convierte en un telón de fondo constante: mecánicos ajustando parámetros, radios crepitando con instrucciones, el olor a neumáticos calentándose y el rugido de los motores que parecen sincronizados con mi propio pulso. Hoy no solo compito por la ganar; hoy debo mantener la cabeza fría y cuidar a los míos. Además, hay un peligro que todavía no conocemos por completo, y sé que cada decisión puede marcar la diferencia.

Finalmente, me siento en el monoplaza, me ajusto los cinturones y me tomo un momento para visualizar la primera vuelta. Debo de realizar cada frenada, cada curva, cada aceleración con absoluta precisión. Respiro hondo y me digo a mí mismo: «Concéntrate. Nada más importa ahora. Ni el miedo, ni el número desconocido, ni nada fuera de esta pista».

Arranco lentamente el coche para salir del box e incorporarme a la vuelta de formación. Siento la pista viva bajo mis neumáticos, rugiendo y vibrando con cada giro. Mantengo la concentración, revisando mentalmente cada referencia, cada punto de frenada y cada curva crítica. Los ingenieros me repasan los datos por radio, recordándome ajustes finos y pequeñas correcciones: temperatura de los neumáticos, presión de los frenos, flujo de combustible… Todo tiene que estar perfecto antes de que empiece la carrera.

Observo a Maxime por el retrovisor mientras nos dirigimos hacia la línea de salida. Sus movimientos son confiados, casi provocadores, y puedo sentir su mirada evaluándome mientras mantiene la línea ideal en la pista. Cada movimiento suyo me obliga a anticiparme, a conservar la calma, a controlar la máquina sin dejar que la tensión me domine.

Los monoplazas se van acomodando en sus posiciones. La adrenalina empieza a subir; el corazón me late más rápido con cada respiración. Los mecánicos ajustan los últimos detalles por radio y, detrás del *pit wall* puedo notar a Adam me lanza una mirada y apenas audible por radio dice:

—Vamos al lío.

Los neumáticos rugen sobre el asfalto, los motores llenan el aire de vibraciones constantes, y cada piloto mantiene la línea precisa. La vuelta de formación es un ensayo silencioso de concentración absoluta; cada movimiento, cada aceleración, cada frenada… Todo ha de estar bien calculado, como si cada piloto sostuviera la tensión del mundo en sus manos.

Finalmente, me acerco a la primera posición, repasando en mi mente la primera curva, el punto de frenada ideal, el espacio para evitar que Maxime intente una maniobra arriesgada. Respiro hondo y siento cómo la adrenalina y la concentración se mezclan en un pulso constante. La tensión es casi palpable; todo el *paddock* parece contener la respiración.

Las luces del semáforo se apagan una a una, y el *pit lane* se sumerge en un silencio eléctrico. Todo está listo. La vuelta de formación ha cumplido su propósito: cada piloto en posición, cada máquina calibrada, cada mente enfocada. Solo queda un instante antes de que todo estalle.

Y entonces las luces se apagan.

Empieza el show.

Capítulo 35



Eric
Barcelona. Domingo
Carrera

El rugido de los motores lo devora todo. Siento la vibración del coche como un corazón desbocado que late al ritmo de mi adrenalina. Dejo a un lado todo lo que no tiene que ver con pilotar. Ya no escucho nada más, ni a Adam por radio, ni mi propia respiración. Solo me importa el coche, la pista y Maxime, acechando detrás.

La salida es quirúrgica. Limpia. Sin un milímetro de desliz. El coche responde como si fuera una extensión de mi cuerpo. Hoy no puede haber errores. No con Maxime respirándome en la nuca.

En la primera curva lo siento detrás, como un cuchillo frío presionando mi espalda. No necesito verlo, sé que está ahí, pegado a mí, esperando que me quiebre. Cada metro se convierte en un pulso; cada curva, en un duelo de reflejos y nervios.

Este circuito es bastante exigente; a pesar de contar con una recta larga, adelantar no resulta tan sencillo. Además, es fundamental una buena gestión de los neumáticos para evitar errores que puedan costar la carrera.

Diez vueltas. Diez vueltas de una guerra silenciosa. De repente, la voz de Adam se cuela en mi casco, distante pero cortante:

—Diferencia con Maxime de cuatro décimas. Sigue así, sigue presionando y gestionando neumáticos. Está buscando el hueco.

Él ataca. Yo defiendo. Nos estudiamos como depredadores que saben demasiado el uno del otro. Cada freno tardío, cada línea cerrada, cada

amago: violencia contenida, estrategia al límite. Conozco su estilo. Él conoce el mío. Y ambos sabemos que el duelo solo puede tener un vencedor.

Vuelta dieciocho. Un respiro mínimo. Aprovecho para resetear mi cabeza, ajustar, visualizar.

—Box esta vuelta. Box. Aprieta ahora.

Obedezco. La parada es muy buena, 2,3 segundos. Salgo disparado con los nuevos neumáticos medios y los ojos en los tiempos. Maxime no ha parado. Está jugando el *overcut*, pretende ganarme la posición, forzando la vuelta como si le fuera la vida. Trago saliva. Si le sale, me pasará y se posicionaría delante cuando él pare a cambiar los neumáticos. Y si está delante…, no me dejará volver a mi posición independientemente del ritmo.

Durante unos segundos, el corazón me late al ritmo de la telemetría mientras Adam me canta los parciales por radio.

—Sector uno verde. Sector dos igualado. Está apretando, Eric. Mantén el ritmo.

Piso a fondo en la recta, concentrado, buscando cada milésima.

Cuando finalmente Maxime entra a cambiar neumáticos, contengo la respiración.

—Está en el box. —La voz de Adam suena tensa—. Parada lenta, tres con uno… vas justo.

Cuento los segundos mentalmente. Y cuando salgo de la última curva, lo veo incorporarse a pista.

En el retrovisor, a apenas un par de metros.

Respiro. Lo he contenido. Le gané el pulso otra vez.

Pero algo cambia. Maxime no es un piloto cualquiera. Cuando la frustración lo muerde, se vuelve peligroso. Empieza a lanzarse al límite, a frenar demasiado tarde, a buscar huecos que no existen.

—Está forzando mucho, Eric. Sobreconduce. Mantente limpio —me advierte Adam. Su voz atraviesa el rugido del motor.

Los giros se suceden como latidos acelerados. Vuelta tras vuelta, Maxime no se despega. No ataca del todo, pero tampoco se aparta. Se

mantiene ahí, un depredador paciente que sabe desgastar a su presa.

Curva seis. Se asoma por dentro, como un susurro de amenaza, y se esconde de nuevo en mis retrovisores.

Curva ocho. Se abre un poco más de lo normal, buscando que me desconcentre, que frene antes, que me equivoque.

Después de la curva catorce, en la recta principal, el rugido de su motor se clava en mis oídos, como un recordatorio de que está ahí, siempre ahí. Empiezo a notar el desgaste en las manos, tensas sobre el volante. El sudor me resbala por la frente, dentro del casco, y noto que los ojos me arden. Adam me canta los tiempos:

—Tres décimas. No le dejes la cuerda muy larga.

La diferencia oscila como una cuerda floja. Maxime me lanza sombras, fintas, pequeños golpes psicológicos. Me obliga a mirar más los espejos que la pista. Sé que está esperando el mínimo error, un bloqueo, una salida de línea.

Y entonces llega el momento en que empieza a dejar de esconderse.

Vuelta treinta y nueve. Me enseña el morro en la curva nueve. No hay hueco, pero aun así lo intenta, como si las leyes de la física no existieran para él. Es un movimiento suicida, un cuchillo directo a la garganta. Contengo la respiración, aguanto la línea, y el coche tiembla al límite.

En la vuelta cuarenta me ataca en la chicane. Frena tarde, demasiado tarde. Bloquea. El humo de sus neumáticos me envuelve mientras se sube al piano, el coche salta y cae como un potro desbocado. Cualquier otro habría reducido, pero Maxime no. No entiende de retirada. No sabe ceder.

Estamos en la vuelta cuarenta y uno. Ya no estoy pilotando: trato de sobrevivir. Mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos. Cada curva es un muro que debo proteger, cada recta un infierno donde siento su motor rugiendo en mi nuca. No es miedo lo que me sostiene. Es orgullo. Pase lo que pase, no voy a dejar que me pase, no voy a rendirme.

Y ahí está. En los retrovisores. Más grande, más cerca, más feroz. Maxime.

Se abre por fuera, buscando un hueco imposible. Demasiado rápido, demasiado pronto… Demasiado Maxime.

—¡No! —gruño, apretando el volante hasta que los nudillos crujen.

Cierro la curva por instinto, duro, agresivo. Un roce. Primero un golpe seco. Después las ruedas se enganchan. Un latido. Una fracción de segundo es lo que lo destroza todo.

El coche tiembla, vibra como si se desgarrara desde dentro. El impacto me atraviesa la columna antes de que mi cerebro alcance a entenderlo. Y entonces… vuelo.

El mundo se da la vuelta. Grava. Cielo. Muro. Todo es un torbellino salvaje. La cabina se sacude como un animal desbocado. El aire me aplasta contra el asiento. El grito se me queda atascado en la garganta.

Un rugido metálico. Una nube de polvo. La grava me traga como un monstruo hambriento y me escupe contra el muro con una violencia sorda. El casco retumba, se me corta la respiración. Un segundo eterno en el que todo es ruido, polvo y un sabor metálico en la boca: sangre o miedo; no lo sé.

Silencio.

No hay ruido del motor. No hay ninguna voz por radio. Solo un pitido agudo en mis oídos, como un cuchillo en la sien. El corazón me late tan fuerte que parece que me va a romper el pecho. Sigo agarrado al volante, desesperado, hasta que siento los dedos entumecerse y, entonces, lo suelto de golpe, como si me quemara.

Empujo el *cockpit*, me libero y salto fuera como puedo. La grava cede bajo mis botas. Tos, polvo… Tengo la garganta en carne viva. Pienso, por un instante, que esto es el final. Que no habrá otra vuelta más para mí en este Gran Premio.

Pero entonces lo veo.

Maxime.

Su coche yace destrozado en la escapatoria, una carcasa rota aún humeante. Él se arranca el casco de un tirón, con los ojos ardiendo y la mandíbula desencajada. Nos miramos. Y es como si el choque continuara fuera de los coches. Imán contra imán. Violencia inevitable.

Camino hacia él. Él hacia mí. Solo hay rabia.

—¡¡¡¿Qué coño haces?!!! —grito con la voz rota y el pecho a punto de estallar—. ¡Me has cerrado, hijo de puta! ¡Podías haberme matado!

—¡Ibas fuera de línea! ¡No había espacio y lo sabías! —ruge, acercándose como un toro descontrolado.

Nos empujamos, hombro contra hombro, pecho contra pecho. Los cascos olvidados están en la grava. Los comisarios, demasiado lejos. Las cámaras, demasiado cerca. El mundo entero se reduce a un círculo estrecho de odio, sudor y adrenalina. Puedo olerlo, sentir su respiración golpeándome la cara, su rabia mezclada con la mía.

Nos agarramos, nos sacudimos, nos gritamos. Un espectáculo. El circo romano en su máximo esplendor. Y lo sé porque miro de reojo las pantallas gigantes: la realización repite el choque una y otra vez. El toque, el vuelo, la explosión de polvo. Una y otra vez. Tenemos todos los ojos sobre nosotros. Prensa, jefes, equipos. Un festín para los buitres.

Y dentro de mí algo se rompe.

O quizá algo se enciende.

No sé cuál de las dos cosas es peor.

Finalmente, los comisarios y el personal de seguridad llegan corriendo y nos separan. Actúan con firmeza, pero sin brusquedad. También aparecen dos miembros del equipo médico y comprueban nuestra respiración y nuestro pulso, y se aseguran de que ninguno de los dos tengamos a lesiones graves.

Maxime y yo nos separamos a regañadientes, aún con los músculos tensos, las miradas fijas y los corazones latiendo a mil. El caos alrededor sigue, Luca está liderando la carrera detrás del coche de seguridad, pero por un instante todo queda contenido. Respiramos, comprobamos que estamos bien y sentimos alivio por ello, aunque la rabia no se ha disipado.

Me tiemblan las piernas mientras avanzo por el *paddock*. La adrenalina aún tiene el control sobre mí. Cada paso me resulta un gran esfuerzo, como si el choque no solo hubiera destrozado mi coche. Me llevan a una sala reservada para poder hacerme una revisión médica y descartar

lesiones importantes. La sala está iluminada por luces blancas que hacen que la realidad vuelva a golpearme.

Y entonces veo que alguien que no es del equipo está en la sala. Mi madre.

Por un instante, el mundo se detiene. Mi corazón se acelera por razones distintas a la carrera: sorpresa, incredulidad… Su presencia me deja sin palabras.

¿Qué… qué hace aquí? No esperaba verla, y mucho menos en este momento. Estoy completamente descolocado. Su presencia en este instante me resulta más aterradora que cualquier maniobra arriesgada en la pista. No sabía que estaba aquí, que había venido a verme. Por un instante me siento vulnerable, desnudo. Mi madre siempre ha tenido el poder de destrozarme.

La preocupación en su mirada se mezcla con la ira contenida que lleva dentro. Puedo leer cada emoción en su expresión: miedo, enfado, alivio y confusión. Y yo… yo no sé cómo reaccionar.

—¡Eric! —exclama, más fuerte de lo que esperaba, y su voz llena la sala de manera casi intimidante—. Pero ¿qué has hecho? ¡Podías haberte matado!

Me quedo congelado unos segundos, dejando que sus palabras me golpeen mientras los médicos siguen examinándome. Su mirada es como un radar implacable que analiza cada una de mis reacciones. No hay preocupación maternal ni cariño, solo juicio y furia contenida.

—Mamá… —logro decir con la voz ronca, tratando de mantener la calma—. Estoy bien.

«Bien» no parece ser suficiente para ella. Sus ojos me atraviesan. Veo en ellos decepción, miedo y crítica. Es insoportable. Con su ceño fruncido, parece más implacable que cualquier juez de pista:

—¿Bien? ¿En serio? —replica con una mezcla de incredulidad y furia contenida—. Has arriesgado de más, Eric. No solo podrías haberte hecho daño, ¡has perdido una carrera que tenías controlada! Todo el esfuerzo del equipo, toda la preparación… ¿para qué? Para verte estrellado y fuera de la pista como un principiante.

El nudo de mi garganta me asfixia. Siento rabia por lo que ha pasado en pista, pero también frustración: nunca puedo cumplir las expectativas de mi madre.

—He hecho todo lo posible… —murmuro.

Ella niega con la cabeza, cortante, levantando una mano como si pudiera borrar mis palabras.

Me encierro en mí mismo. Respiro hondo. Trato de controlar el temblor de mis piernas y el calor que me sube por la espalda. Sé que cualquier cosa que diga será un error; no hay espacio para excusas. La presión que ejerce mi madre sobre mí no tiene comparación con nada que haya vivido en la pista.

—Mamá… —insisto, más bajo.

Ella me corta con un gesto firme de la mano, como si apartara cualquier intento de defensa.

—Todo lo posible no basta. —Su tono es un látigo—. No puedes seguir corriendo así, al borde del desastre, esperando que la suerte te salve. No puedes permitirte fallar, Eric. ¡Y hoy has fallado! Y no solo tú… Todo el equipo contigo.

Siento cómo se me aprieta el estómago. No hay consuelo, no hay tregua. Solo la certeza de que nada de lo que haga será suficiente para ella, que cualquier victoria queda empañada si no se ajusta a sus estándares. La mezcla de rabia, frustración y presión que siento me impiden defenderme… No puedo.

Me agarro los muslos con fuerza, tratando de controlarme, y me quedo en silencio, dejando que los médicos continúen haciéndome la revisión. Noto el pulso desbocado. La presencia de mi madre lo llena todo, domina la sala. Este es un tipo de desafío que no puedo resolver con velocidad ni con habilidad, como hago en la pista, sino con paciencia y resistencia.

—La próxima vez, Eric… —dice finalmente, bajando un poco la voz, pero hablando con la misma intensidad—. La próxima vez no me falles. Si vuelves a arriesgarte así… —hace una pausa que pesa como plomo— no habrá excusas que valgan.

Tras decir esto, se va, dejándome en medio de un silencio pesado, cargado de reproche, miedo y expectativas imposibles de cumplir.

Salgo de la sala con el pecho ardiendo y la mente saturada. Hoy no solo he perdido una carrera: he sentido la presión más intensa de mi vida, una que no proviene de la pista, ni de Maxime, ni del público, sino de alguien que espera que nunca nunca falle.

Capítulo 36



Sasha
Barcelona. Domingo
Accidente y posaccidente

Corro por el *paddock*, esquivando mecánicos, cables y fotógrafos que gritan mientras ven la repetición del accidente. Cada segundo me pesa en el pecho, y la adrenalina me empuja a avanzar más rápido de lo que mis piernas son capaces. El corazón me late con fuerza mientras busco la zona médica, el lugar donde sé que podrán decirme si Eric está bien.

Al llegar, me detengo frente a la entrada y respiro hondo antes de entrar.

—Soy Sasha…, su pareja —digo sin titubear, aunque con el pulso acelerado. Es lo único que se me ha ocurrido para evitar que me impidieran pasar—. Necesito verlo.

El personal médico intercambia miradas rápidas, evaluando la situación. Después de un instante que me parece eterno, una enfermera asiente y me deja entrar, pero me advierte con un gesto que sea cuidadosa.

Doy un paso por el pasillo que me indican. La luz blanca es casi cegadora, y el aire huele a desinfectante y a metal. A lo lejos veo la sala en la que está Eric, quien se encuentra sentado en una camilla, con la espalda recta y los hombros tensos. A su lado, de pie, hay una mujer con el porte firme, los brazos cruzados y la expresión tan contenida que parece a punto de estallar. Supe de inmediato quién era, aunque nunca la había visto en persona. Su madre.

El contraste entre ambos me golpea, él está aún con el mono de carreras manchado y lleno de grava, con la respiración agitada y la piel sudorosa. Ella impecable y rígida como si ni siquiera el caos de un accidente pudiera afectarla.

—¡Todo lo posible no es suficiente, Eric! —grita—. ¡No puedes permitirte fallar! ¡Y hoy has fallado!

Me quedo inmóvil, a unos metros, sin atreverme a intervenir. No tengo derecho a estar aquí, y, sin embargo, no puedo irme. Me asusta darme cuenta de lo mucho que me importa que esté bien. El tono de su voz es tan tenso que me da la impresión de que cada palabra le duele más que cualquier carrera perdida.

Eric no responde. Lo veo tragar saliva, apretar los puños, contenerse. Su madre sigue hablando, pero ya no escucho las palabras con claridad; solo el sonido de su reproche llenando el silencio. Quiero acercarme e intervenir, pero algo me detiene. No es el miedo a ser descubierta, al fin y al cabo, ella no sabe quién soy, sino la sensación de estar presenciando algo demasiado íntimo y doloroso. Aun así, me quedo cerca de la puerta sin apartar el oído. Sus ojos se fijan en la nada, como intentando desconectar, procesando la carrera y el enfrentamiento con su madre. Cada fibra de su cuerpo vibra con la adrenalina contenida, y lo siento más vulnerable de lo que jamás lo había visto. Es tan duro consigo mismo, se exige demasiado, nunca se permite un fallo… Eric, el piloto imbatible, también es un ser humano que teme decepcionar a la persona que le dio la vida.

Finalmente, la mujer suspira, toma aire como si necesitara recomponerse, y se dirige hacia la puerta. Pasa junto a mí sin mirarme, como si fuese una persona más a la que dar la espalda, el taconeo de sus zapatos marcando su salida.

Respiro aliviada al darme cuenta de que, al fin, la presión inmediata se ha disipado; la madre de Eric ha salido y el ambiente, aunque sigue cargado, parece respirar otra vez. Los médicos continúan moviéndose por el pasillo, revisando datos en sus libretas y organizando material, pero ya no están pendientes de él.

Me acerco despacio a la puerta procurando no asustar a Eric después del encuentro que ha tenido con su madre. Él alza la vista al notar mi presencia, sorprendido. Sus ojos se abren un poco, incrédulos.

—Sasha… ¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí dentro —murmura, con la voz ronca.

—Lo sé —respondo en un susurro—, pero necesitaba saber que estabas bien.

Por un momento, ninguno de los dos dice nada más. El ruido de los monitores y las voces apagadas del personal médico llenan el silencio entre nosotros. Entonces, sin pensarlo demasiado, acerco una mano y rozo su brazo, apenas un toque, una forma de decir «Estás a salvo, estoy contigo».

Su mirada se cruza con la mía, y en ella hay una mezcla de agotamiento, rabia y algo más profundo: esa necesidad silenciosa de consuelo, de anclarse a alguien después del impacto.

Me inclino hacia él y lo abrazo con suavidad. Al principio se queda rígido, sorprendido, pero luego siento cómo sus músculos se relajan poco a poco. Lo abrazo sin soltar el aire, como si ese gesto pudiera recomponer lo que la carrera y su madre acababan de romper.

Cuando nos separamos, lo miro en silencio. Pienso en todo lo que hemos vivido en estos días, en la confianza que me ha dado y en lo fácil que es olvidarse del resto del mundo cuando estamos así, tan cerca, tan sinceros.

—Eric… —susurro, sin atreverme a decir mucho más—. Estoy aquí.

Él gira ligeramente la cabeza y me lanza una mirada rápida. No dice nada al principio, pero sus ojos buscan los míos con urgencia contenida.

—¿Cuánto has escuchado? —me pregunta con un hilo de voz.

Mi corazón se acelera y respiro hondo, buscando la manera correcta de responder:

—Lo suficiente…, pero quiero que sepas que no estás solo. —Mis dedos rozan los suyos de manera imperceptible, un recordatorio silencioso—. Estoy aquí, Eric.

Sus hombros se tensan, pero luego se relajan un poco, como si ese simple contacto le diera algo de alivio. Afuera todavía se oye la voz de su madre, elevada, cortante, lanzando reproches que atraviesan las paredes como ecos que no se apagan. Me cuesta creer que alguien como ella pueda presionarlo así. Por un segundo, desearía poder detener el ruido exterior y quedarnos solo con este silencio, el que compartimos ahora, donde no hay juicios ni exigencias, solo dos personas intentando respirar entre los restos del desastre.

—No necesito que nadie más me diga lo que tengo que hacer… —murmura—. Pero… gracias por estar aquí.

Sonrío. No podemos borrar el accidente ni todo lo que su madre le ha dicho, pero sí podemos crear un pequeño refugio en medio de todo este caos. En este instante, la cercanía, la comprensión y el silencio compartido nos dan fuerzas, a él y a mí.

—Siempre —susurro, firme—. No te dejo solo, Eric. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo que has hecho tú por mí.

Y mientras la tensión sigue ahí, el peligro latente no desaparece y la carrera aún deja secuelas que no se borran, sé que en este pequeño espacio hemos encontrado algo que nadie puede tocar: un instante de calma, de conexión, donde podemos ser solo Eric y Sasha, vulnerables y reales.

MOTORSPORT INSIDER

Barcelona vibra con un GP lleno de tensión y estrategias decisivas

Por Sasha Harper

El Gran Premio de Barcelona cerró un fin de semana cargado de tensión, estrategia y emociones encontradas. Desde la zona de prensa, la carrera arrancó con un rugido de motores que anunciaba la intensidad que se viviría en la pista. Luca Rossi, piloto de Aurora Motorsport, aprovechó cada oportunidad y firmó una victoria brillante, mientras que los pilotos de Velocity Racing, Eric Brown y Maxime Dupont, sufrieron un accidente que los dejó a ambos fuera de la carrera, haciendo temblar a todo el equipo y a sus seguidores.

Desde la primera y segunda posición, Eric y Maxime intentaron mantener la calma tras una clasificación impecable, pero la presión mutua y la agresividad en pista desencadenaron un toque que los sacó a ambos de la contienda antes de la mitad de la carrera.

A pesar de que Eric y Maxime no lograron puntuar en Barcelona, Velocity Racing se proclama campeón de constructores gracias a la combinación de sus resultados anteriores y la situación de sus rivales. Aunque Luca Rossi conquistó la victoria en el GP, su compañero de equipo en Aurora Motorsport, Javier Morales, no sumó los puntos suficientes para que el equipo pudiera superar a Velocity Racing en la clasificación de constructores.

Esto confirma el dominio técnico y estratégico de Velocity Racing durante toda la temporada, así que celebran de forma anticipada su sexto título de constructores, y aunque el abandono de sus dos pilotos en Barcelona fue frustrante, su consistencia a lo largo de toda la campaña asegura que el equipo celebre el campeonato incluso antes de la última carrera.

CLASIFICACIÓN DEL CAMPEONATO DE PILOTOS

Posición	Piloto	Dorsal	Equipo	Puntos
1	**Luca Rossi**	7	Aurora Motorsport	**301**
2	**Eric Brown**	55	Velocity Racing	**289**
3	**Maxime Dupont**	60	Velocity Racing	**276**
4	**Ethan Williams**	42	Thunderbolt Racing	**250**
5	**Alexéi Romanov**	5	Phoenix Racing	**230**
6	**Javier Morales**	17	Aurora Motorsport	**221**
7	**Oliver Smith**	21	Horizon Motorsport	**202**
8	**Nico Rosales**	14	Thunderbolt Racing	**189**
9	**Benjamin Schmidt**	33	Phoenix Racing	**172**
10	**Carlos Martínez**	11	Horizon Motorsport	**162**

CLASIFICACIÓN DEL CAMPEONATO DE CONSTRUCTORES

Posición	Equipo	Puntos	Pilotos
1	Velocity Racing	**565**	**Eric Brown/Maxime Dupont**
2	Aurora Motorsport	**522**	**Luca Rossi/Javier Morales**

3	Thunderbolt Racing	**439**	**Ethan Williams/Nico Rosales**
4	Phoenix Racing	**402**	**Alexéi Romanov/Benjamin Schmidt**
5	Horizon Motorsport	**364**	**Oliver Smith/Carlos Martínez**

Como ya hemos señalado, Luca Rossi supo aprovechar cada oportunidad y ganó el Gran Premio de Barcelona. Su rivalidad con Eric Brown y Maxime Dupont ha marcado gran parte de la temporada, y esta victoria le permite acercarse al título con fuerza, aunque todavía no le asegura la victoria final: todo se decidirá en la última carrera de la temporada entre estos tres pilotos.

Detrás de él, Ethan Williams, de Thunderbolt Racing, y Alexéi Romanov, de Phoenix Racing, completaron un podio que dejó claro que la temporada sigue guardando emociones intensas hasta el último segundo, manteniendo a todos al borde de sus asientos.

Capítulo 37



Eric
Barcelona. Lunes

El ambiente en el *paddock* de Barcelona es una coreografía extraña, casi contradictoria. La tensión del desmontaje se mezcla con la euforia de un logro histórico. Entre cajas de herramientas que se cierran de golpe, motores embalados y ordenadores que se apagan, corren también botellas de champán que se descorchan sin pedir permiso. Mecánicos con las manos manchadas de grasa se abrazan como si hubiéramos ganado la carrera ayer, aunque ninguno de nuestros coches haya visto la bandera a cuadros. Velocity Racing es campeón del mundo de constructores, matemáticamente, y eso vale oro.

Las carcajadas y los cánticos del equipo rebotan en los muros metálicos del *paddock*, un contraste surrealista con el olor persistente a goma quemada y aceite caliente. Yo los miro e intento contagiarme de su alegría, pero me cuesta sonreír. Estoy contento por ellos, porque se lo han ganado, pero yo… El campeonato de pilotos sigue abierto y Luca me ha arrebatado el liderato delante de todos.

—Una sonrisa algo forzada, diría yo. —Adam me saca de golpe de mis pensamientos. Aparece a mi lado con una lata de cerveza a medio abrir y la expresión satisfecha de quien también se ha quitado un peso de encima.

—No es eso —digo, aunque sé que no sueno convincente—. Es solo que no puedo dejar de pensar en lo que se me viene encima para la próxima carrera.

Adam asiente despacio, con ese gesto tan suyo que mezcla comprensión y pragmatismo. Me entiende, y sé que no va a dejar que me hunda.

—Lo sé. Pero míralo desde este punto: el equipo ya ha cumplido con su parte. El título de constructores está en casa. Ahora la pelea es solo tuya, y se decide en una carrera. Si hay alguien que puede hacerlo, eres tú; ambos lo sabemos.

Lo escucho en silencio. Sus palabras caen sobre mí como plomo, aunque su confianza en mí me da seguridad. Tiene razón: Velocity ya ha hecho su trabajo, ya hemos asegurado el campeonato de constructores. Nadie puede quitarnos eso. Ahora yo tengo que hacer mi parte y ganar el campeonato de pilotos. Una bala. Una oportunidad. Y un margen de error que se ha reducido a cero.

Cierro los ojos un instante y asiento. Pero no puedo fingir alivio, porque lo que siento es una gran presión. El resultado de todo lo que he trabajado durante estos años se verá en apenas hora y media de carrera. Ahora mismo no estoy ni para celebraciones con champán ni para abrazos.

Adam nota mi preocupación. Me conoce bien.

—Eric, no te encierres. Has estado en situaciones límite antes. Esta no es diferente —me dice.

Es un hombre con una gran experiencia; sabe de lo que habla.

Lo miro, intentando convencerme de que tiene razón. Adam siempre ha sabido transmitirme calma y seguridad en los peores momentos, pero esta vez… sí es diferente. Rossi me ha quitado el liderato en el peor momento posible, justo cuando más fuerte debía parecer. Maxime se ha hundido de golpe, sin red, y yo… yo me repito que tengo que demostrarme a mí mismo y a los demás que sigo siendo el que manda. Porque si empiezo a dudar, aunque sea un segundo, estoy acabado.

De repente, entre el ruido metálico de cajas que se cierran y risas de fondo, uno de los ingenieros se me acerca. Tiene la lata de cerveza medio derramada en la mano y la cara encendida por la euforia.

—Oye, Brown… —me dice con media sonrisa, cargada de complicidad —, ¿hay algo que no nos hayas contado? Porque ayer apareció una chica,

pelo castaño, pecas…, era guapísima, corriendo a la zona médica diciendo que era tu pareja. Lo soltó con tanta seguridad que nadie dudó ni un segundo.

Por un instante, la presión del campeonato, el miedo a perderlo todo y la rabia por el accidente se desvanecen. Me quedo en silencio, notando cómo las piezas de mi coraza se resquebrajan, y siento que una sonrisa se me escapa sin permiso. No es una sonrisa fingida, como la de hace un rato. Esta vez es genuina, ligera, involuntaria. Y en medio del caos del *paddock*, entre el olor a gasolina y el eco de los cánticos, me doy cuenta de qué me hacía falta.

Casi al instante, mis dedos vuelan por la pantalla del móvil.

Así que mi pareja, ¿eh? No sabía que teníamos contrato firmado.

Tardo poco en ver los tres puntitos de escritura. La respuesta llega rápido, nerviosa, casi atropellada:

¡Eric! No lo digas así… Me dio vergüenza hasta a mí. Pero si no lo hubiera dicho, no me hubieran dejado pasar.

Sonrío imaginando su cara sonrojada.

Ajá, claro… Una excusa muy convincente. ¿Lo tenías ensayado o te salió natural?

Calla ya… 😬
Fue un impulso, ¿vale? No me lo recuerdes más.

Tranquila. Me lo guardo. Pero esta noche en el hotel tenemos que hablar, por favor.

Miro la pantalla un segundo más antes de guardar el móvil en el bolsillo. La sonrisa se me borra casi tan rápido como ha llegado, porque sigo atrapado en la pista, en esa curva maldita donde todo se torció. El golpe todavía me duele, más en el orgullo que en el cuerpo.

Me paso el día repasando cada segundo: la elección de neumáticos, la presión que Maxime me metía detrás, el instante exacto en el que se pasó de frenada… Su error. Y cómo su error me arrastró a mí también. Maxime siempre camina al borde del límite, lo he visto demasiadas veces. Esta vez lo cruzó. Pero sé que no puedo quedarme en el «¿Qué habría pasado si…?». Lo que debo hacer es aprender de lo ocurrido. No es cuestión de buscar culpables, sino de trazar líneas. Si quiero ser campeón, necesito proteger lo que me queda: mi carrera, mi gente, mi círculo cercano. Y eso, lo sé sin dudar, incluye a Sasha.

Respiro hondo, pero el alivio no llega. Porque hay algo más. Ese número desconocido que lleva días entre nosotros. No puede ser una simple coincidencia que le escriban varias veces. No tengo pruebas, pero mi instinto me dice que todo está conectado. Alguien está jugando con nosotros mientras nos observa, moviendo hilos que no alcanzamos ver. Y yo voy a encontrar al culpable antes de que sea demasiado tarde.

El *paddock* se vacía poco a poco. Los mecánicos guardan herramientas y el eco de la celebración se apaga. Me despido del equipo y camino hacia el coche que me espera junto a la salida del circuito. El conductor abre la puerta y me dejo caer en el asiento, exhausto.

Antes de que el coche arranque, saco el móvil y le escribo un mensaje a Nate.

Estoy de camino al hotel. Voy a hablar con Sasha para contárselo todo. Quiero que vengas para poder presentaros.

Casi al instante, la respuesta aparece en la pantalla:

Perfecto. Llegaré en una hora. No tardes demasiado, quiero ver la cara que pone al enterarse de todo.

Tranquilo. Esto no es un juego. Necesito que estés allí, pero con calma.

Calma…, ja. Lo que hagas con Sasha va a ser todo menos tranquilo. Pero sí, estaré allí.

Guardo el móvil y dejo que el motor y el tráfico me den unos segundos para respirar y organizar mis pensamientos. Todo lo que necesito ahora es verla, pero también medir el terreno: la tensión desde lo ocurrido en Imola sigue viva y no quiero arruinar lo que sea que hay entre nosotros.

Finalmente, el coche me deja frente al hotel y antes de salir del vehículo repaso mentalmente lo que voy a decir y cómo. Cada paso hacia la entrada es consciente, cada respiración controlada.

Sin pensarlo demasiado, escribo:

Sasha, estoy en el hotel. ¿Puedes bajar al restaurante en unos treinta minutos?

La respuesta llega rápido, con ese toque de nerviosismo que no puedo evitar notar.

En unos treinta… Sí, puedo. Solo espero que no sea algo raro. ¿No deberías estar celebrando el

campeonato con el equipo?

He tenido suficiente celebración ya. Confía en mí.
Solo quiero hablar, nada más.

Subo a mi habitación y, tras cerrar la puerta detrás de mí, me quedo un momento frente al espejo. Me cambio: saco una camisa limpia y un pantalón oscuro que sé que me queda perfecto. Ajusto los puños, me miro al espejo otra vez y respiro hondo. Cada detalle cuenta. No es una cita, es un momento que no puedo arruinar.

Cuando bajo al vestíbulo, el ambiente del hotel está en calma: luz cálida, conversaciones en voz baja, el sonido lejano de cubiertos en el restaurante del fondo. Camino hasta el bar que conecta con el comedor y espero de pie, con la vista puesta en las escaleras.

Y entonces la veo. Sasha baja despacio por las escaleras, con el pelo ligeramente despeinado y ese aire nervioso y decidido que siempre la acompaña. La luz del vestíbulo acaricia su rostro y resalta sus pecas. Se detiene al pie de la escalera, como sopesando si acercarse o no, y noto cómo sus dedos juguetean con el borde del bolso.

Por primera vez en horas, siento que todo el caos de Barcelona queda fuera de la sala mientras la observo acercarse.

—Hola —digo, con la voz un poco más baja de lo habitual, como si las palabras necesitaran despejar el aire antes de posarse.

Ella sonríe. Nos dirigimos a una mesa apartada. Nate aún no ha llegado y el silencio entre nosotros es pesado, expectante. Nos sentamos frente a frente y por un momento todo lo demás desaparece. Solo estamos nosotros dos.

—¿Cómo estás? —pregunto.

No es un simple saludo, de verdad me interesa saber cómo está. Hablar con ella con calma, sin prisas ni distracciones.

Sasha me mira, y por un segundo parece que va a reír, pero luego suelta un suspiro que no le había oído antes.

—Bien… Bueno, cansada, pero bien —responde—. El trabajo ha sido… intenso. No sabía si podría venir, al final.

—¿Intenso? ¿Has tenido algún imprevisto? —le pregunto, inclinándome ligeramente hacia ella.

Sasha se queda en silencio un segundo, jugando con la servilleta. Luego sus ojos buscan los míos y se me queda mirando, como tratando de averiguar si puede contarme lo que le preocupa.

—Han sido días complicados —empieza, bajando la voz—. Hay un proyecto que se nos ha complicado y… hay que tener en cuenta mil cosas antes de tomar cada decisión. Y, bueno, no es solo es el trabajo, Eric, es todo lo que viene después. La presión, la gente…

—Lo sé —respondo, suavemente—. Pero cuéntamelo, quiero escucharlo.

—Bueno… —suspira, y parece que un pequeño muro se resquebraja—. He tenido que reorganizar mis artículos y necesito información que nos sirva para la web, y encima estoy sola cubriendo las carreras solo con un portátil y una grabadora… A veces siento que no puedo con todo.

—Suena agotador —digo, inclinándome un poco más hacia ella, tratando de que mi voz no suene demasiado directa—. ¿Y cómo lo llevas?

—Intento no colapsar. —Se ríe, pero no me mira directamente—. Sin embargo, a veces me pregunto si estoy haciendo lo suficiente…

—Lo entiendo —respondo, sin saber bien cómo acercarme—. No… no sé cómo lo haría otra persona, pero diría que tú lo estás haciendo muy bien, sobre todo teniendo en cuenta eso, que estás sola… No debe de ser fácil.

Ella me lanza una mirada fugaz, evaluando si puedo entender su mundo. No busco sonar paternalista ni demasiado cercano; solo quiero que sepa que la escucho, que veo el esfuerzo que hace.

—Bueno, tampoco es algo tan complicado —dice, encogiéndose de hombros—. Solo… es diferente, ya sabes, trabajar así, sin apoyo directo, sabiendo que cada decisión depende de mí.

Asiento, procesando cada una de sus palabras. Me gustaría decir algo más, mostrarle mi empatía, pero las palabras se me enredan, y me limito a

mirarla a los ojos. Quiero que sepa que la escucho, que estoy presente sin invadir su espacio.

—Admiro cómo manejas todo esto. De verdad —acabo diciéndole.

Sasha se sonroja ligeramente y aparta la mirada, volviendo a concentrarse en su copa. Un gesto pequeño, casi imperceptible, pero suficiente para que mi corazón se acelere. No puedo decir lo que siento todavía, porque ni yo mismo sé lo que es. Solo puedo estar ahí, observarla, interesarme por ella de manera genuina, y dejar que confíe en que no voy a juzgarla ni presionarla.

El tiempo parece estirarse y, por un instante, dejo de lado al resto del mundo. Antes de que podamos hablar de Nate, antes de cualquier explicación, me doy cuenta de que este pequeño instante es exactamente lo que necesitábamos: un momento de verdad, donde la tensión se mezcla con algo que podría ser esperanza.

El murmullo del restaurante se acalla un instante cuando la puerta se abre de golpe. Al principio, no distingo bien quién entra, pero luego veo de inmediato al hombre alto, atlético, imponente que acaba de aparecer; todas las miradas se dirigen hacia él. Sus ojos marrón oscuro evalúan cada rincón del lugar antes de fijarse en nosotros.

Nate se mueve con calma, silencioso, con paso medido. Su presencia se hace notar en todo el restaurante. Su actitud tranquila contrasta con mi nerviosismo. Está concentrado, observando, absorbiendo cada detalle.

—Sasha, te presento a Nate —digo, cuando él llega a nuestra mesa—. Confío más en él que en cualquier otra persona.

Ella se queda paralizada un instante, recorriendo con la mirada la figura imponente de mi amigo e intentando entender qué significa esa presentación. La tensión entre nosotros se hace más evidente. Sasha no sabe qué decir, lo noto en cada una de sus reacciones, en cada microgesto. No se esperaba que apareciese nadie más; es evidente que creía que en esta cita solo estaríamos ella y yo.

Nate la saluda inclinándose ligeramente hacia ella, un gesto medido y discreto. Sasha respira hondo y trata de relajarse, pero su nerviosismo es palpable. No puede disimular su sorpresa.

Observo cómo procesa la situación y soy consciente de la tensión que se ha creado entre nosotros tres. Nate continúa mirando a su alrededor, evaluando la sala con precisión casi quirúrgica mientras Sasha, todavía sorprendida, lucha por recomponerse y trata de encontrar en mis ojos alguna explicación. Me inclino ligeramente hacia ella, notando cómo su respiración se acompasa con la mía, cómo sus manos juegan de forma inconsciente con el borde de su bolso.

—Sasha, quería que conocieras a Nate porque… nos está ayudando con algo importante —digo.

Ella arquea una ceja.

—¿Ayudando? ¿A qué te refieres? —pregunta en voz baja, como si temiera que alguien pudiera oírnos.

Nate permanece en silencio, sin dejar de escanear el restaurante. Cuando finalmente se sienta, sigue sin decir nada, pero irradia calma y seguridad, y eso reduce un poco la tensión.

—Es… complicado —continúo, mirándola—. Tiene que ver con lo que te pasó en el club. Alguien nos dejó un mensaje muy claro. No fue un accidente. Necesito que Nate nos ayude a descubrir quién está detrás de esto.

Sasha traga saliva y se le escapa un suspiro nervioso. Sus manos se tensan ligeramente sobre la mesa, y puedo ver cómo cada músculo de su cuerpo está alerta.

—¿Esto… es tan grave? —pregunta, y hay una mezcla de miedo y profesionalismo en su voz—. ¿De verdad es tan serio?

Nate habla por primera vez.

—Lo es. Hay ciertos patrones, rastros digitales, señales que no dejan lugar a dudas —dice Nate. Su voz es grave y parece haber pensado muy bien lo que iba a decir—. Desde que me explicaste todo lo del primer mensaje, estuve rastreando su origen. Al principio parecía algo simple, un número oculto detrás de una red privada, pero encontré coincidencias con otros intentos anteriores: direcciones IP, accesos a servidores del circuito, fragmentos de código repetidos.

Hace una breve pausa y apoya las manos sobre la mesa.

—No es una casualidad y tampoco un error técnico. Alguien con recursos está detrás de esto, y sabe lo que hace. Cada detalle está cuidado.

Sasha me mira, sorprendida. Durante unos segundos parece no saber qué pensar, pero luego noto cómo su respiración se suaviza. Quizá porque por fin alguien le está confirmando que todo lo que ha sentido no era una paranoia suya.

—Bien —dice finalmente—. Entonces… tendré que fiarme. Pero necesito entenderlo todo, Eric.

Respiro hondo y apoyo las manos sobre la mesa. Mi mente repasa los últimos días, los mensajes, el número desconocido. La sensación de que alguien nos observa se ha vuelto demasiado real. Empiezo a contarle lo que hemos visto, lo que he sentido y cómo cada detalle, por mínimo que parezca, podría ser una advertencia o una provocación. Mientras hablo, Nate escucha en silencio, asintiendo, evaluando, tomando notas mentales sin que Sasha apenas se dé cuenta.

—No es solo un número desconocido —le digo—. Es una especie de patrón. Una firma. Alguien quiere que sepamos que nos está vigilando. Y no puedo ignorarlo. No puedo permitir que esto acabe mal. Ya hemos descubierto que no está lejos.

Mientras hablo, Nate está observando y analizando mis gestos y los de Sasha. Todo lo que decimos queda registrado en su mente. Es meticuloso; resulta evidente por cómo inclina la cabeza y cómo frunce ligeramente el ceño cuando algo no cuadra.

—¿Y cómo piensas manejarlo? —pregunta Sasha al final, buscando en mis ojos la certeza que yo todavía no tengo.

—¿Te refieres a cómo voy a averiguar quién está detrás del acoso, las llamadas, los mensajes…? —digo—. No pensamos quedarnos esperando a que vuelva a actuar.

Ella asiente lentamente, comprendiendo por fin el peso de todo aquello.

—Actuaremos con cuidado —respondo—, pero también con precisión. No dejaré que esto nos arrastre ni que haga daño a nadie que me importe. Y eso te incluye a ti.

Sasha me observa un instante más, la tensión aún es palpable entre nosotros, pero ahora veo en ella un atisbo de confianza, como si comprendiera la importancia de esta conversación. Entonces Nate rompe su silencio.

—Lo último que sabemos es que la persona que maneja el número de teléfono ha estado cerca —dice con su voz grave y firme—. Estuvo en el *paddock* este fin de semana, así que pudo ver todo lo que pasaba en el garaje y en la zona médica. No sabemos si nos está siguiendo ahora mismo, pero la ventana de oportunidad no es muy grande.

Sasha se estremece ligeramente, y yo siento que un escalofrío me recorre la espalda. Las palabras de Nate confirman lo que ya sospechábamos: esto no es un juego. Cada movimiento cuenta.

Nate nos mira muy serio antes de continuar:

—A partir de ahora, ningún mensaje, ninguna llamada sin avisarme antes. Voy a rastrear cada contacto que recibáis. Vosotros mantened la calma y actuad con normalidad. Si esa persona sigue vigilándoos, la descubriremos pronto.

Su tono no deja lugar a dudas. Contar con él nos proporciona una sensación de seguridad que contrasta con la inquietud que experimentamos. Puede que el peligro siga ahí fuera, pero no estamos solos.

Capítulo 38



Sasha
Barcelona. Martes
Hotel

Después de la intensa conversación con Nate y Eric la noche anterior, subí a mi habitación para descansar y procesar todo lo que habíamos hablado. Me dejé caer en la cama, todavía con el eco de sus voces y durante unos minutos respiré hondo para tranquilizarme mientras repasaba todo lo que habían dicho, cada gesto, cada una de sus advertencias. No esperaba para nada algo así cuando accedí a cenar con Eric. Está claro que anticiparse a sus movimientos es imposible.

Cuando amanece, la luz de Barcelona se cuela por las cortinas y me obliga a abrir los ojos. Lo primero que hago es ir directa a la ducha. El agua caliente recorre mi espalda y me ayuda a despejar la mente, a ordenar los pensamientos.

Salgo envuelta en una toalla, con el cabello goteando, y entonces escucho unos suaves golpes en la puerta.

—Servicio de habitaciones —anuncia una voz femenina al otro lado.

Abro con cautela. Una mujer de mediana edad me sonríe y sostiene una bandeja con el desayuno.

—Perdona, pero no he pedido nada. Debe haber sido un error.

—Me han indicado que lo trajera a esta habitación —responde con amabilidad antes de marcharse pasillo abajo.

Cierro la puerta y miro la bandeja, confundida. Junto a la taza de chocolate caliente, sobre la servilleta doblada con precisión, hay un pequeño sobre blanco. Lo abro con curiosidad mientras el aroma dulce se esparce por la habitación.

La nota, escrita con una caligrafía supercuidada, dice: «Buenos días, novata. Hoy tenemos una comida pendiente. Ponte elegante, nos vemos en el restaurante del hotel a las 14 horas. No te preocupes, no serás la única invitada. Luca».

No puedo evitar sonreír. Es tan típico de él, convertir hasta una simple comida en algo teatral. Aun así, me hace gracia imaginar qué habrá planeado hoy. Seguro que ha conseguido reunir a todos o tiene algo grande preparado. Doblo la nota sin poder evitar tener cierta curiosidad por ver qué se trae entre manos. Después de leerla desayuno despacio, mirando la ciudad por la ventana, dejando que la rutina del hotel me devuelva una cierta clama. Luego enciendo el portátil. Aún tengo pendientes algunos artículos por cerrar, y este parece el momento perfecto para ponerme al día. Reviso mis notas, las fotos que me ha pasado Sienna y algunas declaraciones de pilotos y miembros de los equipos.

Trato de concentrarme, pero mi mente se dispersa con facilidad. Vuelvo a la conversación con Nate y Eric de anoche. Todo sigue muy presente, como un zumbido persistente en el fondo de mi cabeza.

Cuando el reloj marca la una y media, me doy cuenta de que tengo poco tiempo para arreglarme si quiero llegar puntual.

—Mierda —murmuro, empujando la silla hacia atrás.

Abro la maleta y mis manos se detienen sobre un vestido largo, blanco y satinado. La espalda medio abierta le da un toque delicado y sensual, pero es elegante y discreto. Me permitirá no sentirme demasiado observada. Mientras lo sostengo, pienso en que me gustaría que este día fuera ligero y tranquilo.

Me hago una coleta alta, liberando mi cuello y dejando que mi rostro se vea limpio y definido. Mi maquillaje es sencillo, apenas un toque de luz en los ojos y un leve color en los labios; nada que llame demasiado la atención, solo lo necesario para sentirme yo misma. Cada gesto frente al

espejo me recuerda que, aunque todo sigue siendo intenso, hoy puedo permitirme un pequeño momento de desconexión.

Mientras me observo, noto una punzada de nervios. Recojo mi bolso con cuidado, asegurándome de que solo lo esencial me acompañe, y me miro una vez más en el espejo. Respiro hondo, me ajusto la coleta y dejo que el aire me devuelva algo de serenidad. Este instante es mío y quiero vivirlo con atención plena, consciente de cada mirada, cada gesto, cada palabra que pueda acercarnos un poco más, aunque la sombra de lo ocurrido siga ahí, en algún rincón de mi mente.

Mientras bajo en el ascensor, noto que, por mucho que trate de aparcar la tensión de estos días, sigo sintiéndome nerviosa. Me recoloco el vestido, respiro profundamente e intento caminar con paso firme, fingiendo una seguridad que no siento del todo.

Las puertas del ascensor se abren y me recibe el murmullo del vestíbulo y el brillo pulido del mármol. Camino por el pasillo que conduce al restaurante, dejando que el eco suave de mis pasos acompañe el latido acelerado de mi pecho.

Al cruzar la entrada, un aroma a especias y vino me envuelve. La luz cálida acaricia los manteles blancos y los cristales que reflejan la elegancia del lugar. Hay risas contenidas, conversaciones pausadas, una energía tranquila. Entonces me doy cuenta.

Eric está al fondo, sentado junto a Nate. Hablan en voz baja y se les ve concentrados. Su expresión es seria, enfocada y, aun así, hay algo en su postura que me resulta familiar, casi reconfortante. Luca, con su acostumbrada sonrisa de anfitrión, se mueve entre las mesas, asegurándose de que todo esté en orden. Y también está Sienna, siempre elegante y segura, que me hace un gesto para que me acerque.

Camino hacia ellos intentando mantener la calma. Cuando paso cerca de Eric, levanta la vista y nuestras miradas se cruzan un instante. Hay algo en su forma de observarme que me hace sentir un leve calor en las mejillas.

—Estás preciosa —dice apenas en un murmullo, para que solo yo lo escuche.

Si alguien me hubiera dicho hace unas semanas que Eric Brown me diría algo así, habría pensado que estaba completamente loco. Me limito a sonreír antes de sentarme junto a Sienna, intentando disimular lo que esa frase me provoca.

La tensión no se ha disipado del todo, pero al mismo tiempo, hay un pequeño alivio: estoy aquí, puedo hablar con él, y el resto del mundo, por un momento, queda a un lado.

—Hola —susurro a Sienna, inclinándome ligeramente hacia ella mientras acomodo la silla—. Gracias por guardarme un sitio en la mesa.

—No hay de qué —responde con una sonrisa.

Mientras terminamos de acomodarnos, Sienna se acerca a Eric y Nate. Su mirada curiosa va de uno a otro, como si intuyera algo diferente.

Aprovecho el momento para acercarme un poco a Eric.

—He estado pensando… —le digo en voz baja—. Quizá deberíamos contárselo a ellos. A Luca y a Sienna. No me parece justo mantenerlos al margen si todo esto sigue creciendo.

Eric me sostiene la mirada, serio, y finalmente me dice con voz suave:

—Si eso te hace sentir más segura, si crees que te ayudará a estar más tranquila, lo haremos. Pero tiene que quedarse entre nosotros, Sasha. No puede salir de aquí.

Asiento. Sigo inquieta, pero finjo normalidad. Nadie en el restaurante puede imaginar lo preocupados que estamos. Aun así, intento concentrarme en las conversaciones del resto, en el sonido de los cubiertos y las risas que van llenando el ambiente. En un momento dado, Sienna se inclina un poco hacia delante, y en su gesto asoma esa chispa de energía que siempre la acompaña cuando está a punto de soltar algo interesante.

—Chicos —comienza, con una sonrisa cómplice—. A Sasha y a mí se nos ha ocurrido algo: grabar una minientrevista a Eric y Luca, algo divertido, pero intenso, para calentar motores de cara a la última carrera.

Eric frunce el ceño un instante, entre sorprendido y curioso, y Nate arquea una ceja, evaluando la situación.

—¿Divertido, pero intenso? —pregunta Eric, cruzando los brazos—. ¿Qué tenéis en mente exactamente?

Sonrío un poco, algo tímida, pero luego le explico emocionada la idea:

—Solo unas preguntas rápidas, nada complicado. El objetivo es que la gente vea cómo os preparáis y qué hacéis antes del GP final. Será algo informal, con un poco de humor… Bueno, quizá puede haber alguna broma pesada para ver cómo reaccionáis.

Eric suelta un leve suspiro.

—Está bien…, pero os aviso, si la cosa se pone intensa, vais a ver la verdadera cara de un piloto antes de la última carrera.

Sienna ríe y yo no puedo evitar sonreír también. Luca interviene entonces con su característico entusiasmo:

—Perfecto. Entonces, si queréis, lo grabamos esta tarde en los jardines del hotel. Así aprovechamos la luz natural. Además, es un espacio tranquilo… Podremos hacerlo sin prisas ni interrupciones. Eric, Sasha, traed vuestra mejor actitud, y el resto lo arreglamos nosotros con nuestra fuerza de Aurora Motorsport.

Todos asentimos entre risas. Por un momento, la mesa se llena de una ligereza que casi habíamos olvidado. Pero enseguida noto que Eric está más callado de lo habitual. Sienna también lo percibe, y, curiosa, pasea su mirada entre ambos.

—¿Todo bien? —pregunta con sutileza, bajando un poco la voz.

Eric intercambia una mirada rápida con Nate, y ahí entiendo que ese silencio compartido no es casual. Sé lo que significa: lo del número, la amenaza… Todo sigue ahí, latente.

—Sí, todo bien —responde, pero su tono no logra ser convincente.

Luca frunce el ceño y deja los cubiertos a un lado

—No me lo creo —dice, medio en broma, medio en serio—. Te conozco demasiado. Algo está pasando, ¿verdad?

Eric y yo nos miramos. Es ese instante en el que sabes que ya no puedes seguir fingiendo.

—Quizá deberíamos contárselo ahora —digo, casi en un susurro.

Él asiente despacio, resignado.

—Está bien —murmura—. Pero lo que se diga aquí, se queda aquí.

El ambiente cambia. Las risas se apagan poco a poco, y todos guardan silencio. Eric toma aire antes de hablar.

—Hace unos días, Sasha empezó a recibir mensajes extraños, desde un número desconocido —comienza—. Al principio, parecía algo sin importancia, pero pronto el tono de los mensajes cambió. Eran algo más insistentes y personales. Por eso le pedí a Nate que viniera a ayudarme.

—Analicé los rastros digitales —dice entonces Nate, con su característico tono tranquilo—. No hay duda: la persona que ha escrito esos mensajes ha estado cerca. Las señales se detectaron en el *paddock* este fin de semana. No sabemos aún quién es, pero estamos intentando averiguarlo.

Luca asiente lentamente.

—Vale —dice —. Ahora entiendo por qué te notaba raro estos días, Eric.

Su expresión cambia: la sonrisa relajada deja paso a un gesto de preocupación real.

—Lo importante es que no lo afrontéis solos —añade con firmeza—. Si hay alguien siguiendo vuestros pasos, el equipo debe saberlo.

Miro a Eric, que mantiene su mirada fija en Luca. Sé que no quiere implicar a más gente, pero esta vez ya no hay vuelta atrás. Me incorporo un poco y empiezo a explicar lo que sucedió en el club: lo que vi, las sensación de sentirme vigilada en determinado momento… Hablo con calma, casi como si dictara un informe, pero hay un hilo de emoción contenida que no puedo ocultar. Mientras hablo, observo a Eric, que parece liberar un poco de la tensión que ha acumulado estos días, y también a Luca, que me escucha preocupado, pero también me resulta evidente que está dispuesto a ayudarnos en lo que sea.

—Perfecto —dice finalmente Luca, frotándose las manos con decisión —. Esto es serio, pero, como ya he dicho, no estáis solos. Voy a hacer todo lo que pueda para ayudaros. Y también pienso implicar al equipo.

Eric me lanza una mirada rápida, y yo asiento apenas, experimentando un alivio contenido. Saber que Luca, alguien que respeta tanto la

profesionalidad como la seguridad, está dispuesto a implicarse de esta manera nos da un respiro en medio de la tensión.

Poco a poco, las conversaciones vuelven a ser más ligeras y empiezan a escucharse algunas risas, pero ahora hay un hilo invisible que nos conecta. La amenaza sigue presente, pero no estamos solos. Al compartir todo lo ocurrido, se ha forjado una alianza silenciosa.

Entre plato y plato, Eric y yo intercambiamos miradas fugaces, gestos mínimos que nadie más percibe, recordándonos que estamos juntos en esto, más allá de cualquier peligro que pueda acecharnos.

Pasadas un par de horas, la comida queda atrás y los platos vacíos sobre la mesa cuentan historias de pequeños triunfos y tensión liberada. Me doy cuenta de que Eric me lanza miradas cómplices.

De pronto, Sienna se levanta y dice con su característica sonrisa:

—Sasha y yo vamos a cambiarnos. Nos pondremos algo más cómodo para lo que queda de la tarde.

La sigo, dejando atrás el murmullo de otros huéspedes y el eco del restaurante. Vamos primero a la habitación de Sienna para que ella se cambie, y luego vamos a la mía para que yo haga lo mismo. Es un espacio sencillo, pero cálido. Mi portátil abierto y la grabadora están sobre la mesa.

Me quito el vestido largo, lo cuelgo con cuidado y elijo ropa más cómoda pero elegante para la grabación: una blusa ligera, pantalones de traje cómodos y unos zapatos que no comprometan mi movilidad. Luego ajusto la grabadora y compruebo los cables y echo un vistazo a mis notas para no perder el hilo durante la entrevista. Sienna, a mi lado, termina de revisar también todo su material, y cuando todo está listo, saco el móvil y escribo un mensaje.

Eric, Sienna y yo estamos listas para la entrevista.
Decidnos cuándo os va bien que bajemos.

Guardo el móvil y respiro hondo. Lo tenemos todo: la grabadora, las notas… Cada detalle importa. La entrevista tiene que salir bien; hay demasiadas cosas en juego y no quiero que haya errores. Sienna me lanza una mirada cómplice desde el otro lado de la habitación, y siento un pequeño nudo de nervios, pero estamos listas.

En ese momento me llega una notificación. Eric me ha escrito. Ellos también están listos. Sienna y yo nos miramos en silencio antes de recoger todo el material y luego salimos de la habitación para dirigirnos a los jardines del hotel. El sol comienza a caer, y la luz suave del atardecer crea un ambiente casi cinematográfico, perfecto para la grabación.

Al girar la esquina, los vemos: Luca y Eric nos están esperando. Luca, con su característica actitud relajada, aunque detecto que está en modo alerta, lo que me transmite seguridad y confianza. Eric nos mira fijamente, evaluando cada uno de nuestros movimientos. Tengo un nudo en el estómago y siento que el corazón me late a toda velocidad. No puedo evitar que me tiemblen las manos cuando dejo la grabadora en la mesa que han colocado en los jardines del hotel.

Respiro hondo, intentando centrarme mientras Sienna ajusta los micrófonos, ordena los cables y coloca la cámara en el trípode. Va a grabar toda la entrevista. Me lanza una sonrisa y aprieta mi hombro en un gesto cómplice: es nuestra señal.

—Todo listo —susurro, y ella asiente—. Dale al botón, Sienna.

Cuando la cámara se enciende y ella me indica con un gesto que podemos empezar, una calma inesperada me invade. Es un alivio casi físico; por primera vez en horas, siento que estoy exactamente donde debo estar. El miedo por el número desconocido… Todo eso queda un poco atrás. Ahora estoy aquí, haciendo mi trabajo, y puedo disfrutarlo.

—Empecemos con algo ligero —propongo, dirigiéndome primero a Eric—. Solo unas preguntas para que la gente vea cómo os preparáis antes del GP final.

Él asiente, suavizando su expresión, y noto que sus hombros ceden. Luca se acomoda frente a la cámara con su habitual sonrisa relajada, dispuesto a participar.

—Vale, primera pregunta —digo, sonriendo, sin poder evitar estar algo nerviosa—. Eric, Luca, ¿cómo os sentís sabiendo que el campeonato aún está en juego y que cada punto cuenta?

Eric cruza los brazos, pero sus ojos se iluminan con esa chispa competitiva:

—Siempre es un reto —responde con una media sonrisa—. La presión está ahí, pero nos motiva. No cambiaría esa tensión por nada.

Luca interviene de inmediato, con su tono bromista:

—Sí, y lo divertido es que el otro siempre está ahí, recordándote que no puedes relajarte ni un segundo. Pero fuera de la pista… Bueno, seguimos siendo amigos. Solo que con un poquito de rivalidad sana.

Me inclino ligeramente hacia Eric, anotando mentalmente cada gesto, cada mirada, todas las pequeñas señales de la camaradería que existe entre ellos fuera del circuito. Mi nerviosismo inicial se transforma en fascinación; es un privilegio verlos así: auténticos y abiertos.

—¿Tenéis algún ritual que repitáis siempre antes de salir a la pista? ¿Algo que os ayude a concentraros? —pregunto.

Eric sonríe.

—Café, un par de vueltas en el simulador y… respirar. Muchos ejercicios de respiración.

—Yo hago más o menos lo mismo —agrega Luca—, pero también me pongo música a todo volumen en mis cascos y hago algunas bromas con el equipo para mantener los nervios a raya. La concentración ha de ser máxima…

Sienna hace entonces un comentario gracioso y Eric se ríe con ganas. Luca entonces lanza otra broma y, por un instante, el ambiente se llena de risas, y la amenaza del número desconocido parece desvanecerse.

Mientras hago la transición a la siguiente pregunta, noto pequeños gestos entre Eric y yo: una mirada rápida, una sonrisa contenida, un sutil movimiento de manos al ajustar el micrófono… Son cosas que nadie más percibe, pero que refuerzan nuestra complicidad. Hay un hilo invisible que nos conecta.

—Última pregunta por ahora —digo, tratando de mantener la calma mientras la adrenalina sigue corriendo por mi cuerpo—. Si pudierais daros un consejo a vosotros mismos para esta última carrera, ¿cuál sería?

A pesar de que la rivalidad de Luca y Eric en la pista es evidente, aquí, en este instante, me queda claro cuánto se estiman y se respetan.

—Me diría: «Disfruta. Mantén la calma y no dejes que Eric te gane antes de tiempo» —contesta un sonriente Luca.

Eric se ríe e inclina ligeramente la cabeza hacia mí.

—Yo me diría: «No subestimes a Luca, y recuerda que cada segundo cuenta». Fuera de la pista somos grandes amigos, pero ambos queremos ganar el campeonato; eso está claro.

Me siento ligera y feliz. Mi nerviosismo inicial ha desaparecido. La grabación sigue, fluyendo entre risas, bromas y confidencias, con un trasfondo de respeto mutuo y rivalidad controlada. Por primera vez, mientras los veo, me doy cuenta de que incluso en la Fórmula 1, a pesar de la alta competitividad que existe entre los pilotos, puede haber espacio para la amistad. Momentos como este me hacen sentir que mi trabajo importa y que este es el lugar donde quiero estar.

Capítulo 39



Eric
Barcelona. Martes

La grabación termina y el grupo se dispersa. Sienna se queda recogiendo cables y ordenando el material, y Luca está unos metros más allá, charlando con Nate, que ha venido al jardín cuando hemos acabado de grabar la entrevista. Yo me quedo mirando a Sasha, que se ajusta la blusa mientras, muy concentrada, revisa sus notas.

Me acerco despacio, sin prisas. Ella levanta la cabeza y, por un instante, el mundo se reduce a ese cruce de miradas. Y siento que es más elocuente que cualquier cosa que podamos decirnos.

—Ha estado bien —le digo con voz baja, intentando que suene casual, pero dejando que la intensidad se filtre—. Me lo he pasado mejor de lo que esperaba.

Ella sonríe, un poco tímida, casi avergonzada, y desvío la vista, disfrutando de ese pequeño instante de vulnerabilidad que nunca me había mostrado antes.

—Gracias —responde—. Contigo y con Luca…, bueno, no ha sido tan aterrador como me imaginaba.

Se levanta, recoge sus cosas con movimientos tranquilos y se despide antes de irse para el hotel. Siento que no puedo dejar que se marche así, que hay cosas que aún no nos hemos dicho… Además, hay un peligro acechándola y necesito protegerla. Sin embargo, no digo nada; me quedo observando cómo se aleja y finalmente entra en el hotel mientras sigo dando vueltas a cada detalle de esta tarde: la grabación, las risas, las

conversaciones con Sasha, Sienna y Luca…, y todos mis pensamientos vuelven siempre a ella.

Sin darme cuenta, echo a andar hacia el hotel y me dirijo al ascensor. Tengo la sensación de que los segundos pasan demasiado despacio. Ahora, la adrenalina de la competición, que nunca se apaga del todo, ni siquiera fuera de la pista, se mezcla con esta urgencia nueva: necesito hablar con ella.

Cuando el ascensor llega a la planta de su habitación, mi mente repasa mentalmente lo que voy a decir, cómo voy a empezar la conversación, cómo puedo acercarme a ella sin asustarla ni invadir su espacio… Camino por el pasillo, siendo consciente de que cada segundo que pasa me acerca más a ella. Finalmente, llamo suavemente a la puerta de su habitación. Me abre despacio, con el pelo recogido en un moño suelto, y se me queda mirando con curiosidad.

—¿Eric? —pregunta, sorprendida—. ¿Me he dejado algo abajo?

Niego despacio con la cabeza, intentando controlar mis nervios.

—No… No es eso —digo. Mi voz suena más baja de lo que esperaba—. ¿Puedo pasar un momento?

Sasha duda un segundo y luego se aparta para dejarme entrar. Cierro la puerta detrás de mí con cuidado. El aire de la habitación es cálido, tranquilo. Me preocupa que lo que voy a decir pueda alterar esta calma.

Ella se queda de pie, frente a la ventana. La luz del atardecer dibuja un resplandor suave en su perfil, y por un instante me cuesta hablar. Todo lo que había pensado decirle se disuelve, y solo queda la urgencia de hacerle saber lo que siento.

—Sasha —empiezo, buscando su mirada—, necesito que hablemos.

Su expresión cambia, como si algo en mi tono le hiciera entender que lo que quiero decirle no tiene nada que ver con nada que hayamos hablado antes. Hay tanto que decir, tanto que no quiero que se quede en silencio.

—¿Ha pasado algo? —pregunta con cautela.

Trago saliva, intentando poner en orden todo lo que siento.

—Desde Imola —continúo, titubeando un instante, buscando valor para lo que estoy a punto de decir—. He estado preocupado. No solo por

esos mensajes que has estado recibiendo, o por lo que pasó en el Velvet Club… Por ti. No quiero que te ocurra nada, quiero que te estés tranquila, segura, que sientas que puedes contar conmigo.

Sasha me mira en silencio y siento cómo el corazón me golpea el pecho, demasiado rápido, demasiado fuerte. Durante días he tratado de convencerme de que solo estaba preocupado por ella, pero está claro que no puedo seguir engañándome. Tengo que saber qué llevo dentro. Lo que me inquieta no es solo que pueda correr peligro, sino lo que me pasa cuando la miro.

Doy un paso hacia ella, y luego otro… La tensión se vuelve casi tangible; su respiración parece marcar el ritmo de la mía.

—No puedo prometer que pueda controlarlo todo —admito con voz ronca, bajando un poco la mirada—. Pero sí puedo prometerte que no te dejaré sola, que… —mi garganta se cierra un instante— que no voy a dejar que nadie te haga daño.

Bajo la mirada un instante, intentando contener lo que siento, pero cuando vuelvo a mirarla, algo en su expresión me desarma. No hay miedo, solo una sorpresa contenida, una vulnerabilidad que refleja la mía. Y entonces dejo de pensar. Me inclino despacio, lo suficiente para darle tiempo a apartarse, pero no lo hace. Nuestros labios se encuentran, primero dubitativos, luego con la certeza de que llevábamos demasiado tiempo esperando este momento.

El beso surge natural, inevitable. Es suave al principio, cauteloso, pero pronto se vuelve más profundo, más nuestro. Puedo sentir cada respiración, cada pequeña respuesta de su cuerpo, y por un instante todo lo demás desaparece: la amenaza del número, la presión del campeonato, la próxima carrera… Solo estamos nosotros.

Cuando se aparta, lo hace despacio, con los labios aún temblando y la mirada baja, como si dudara entre quedarse o escapar. No parece que no lo quisiera; al contrario, en el silencio que deja noto todo lo que no se atreve a decir.

—Eric… —susurra al fin, con voz entrecortada, cargada de algo más que miedo—. Esto no está bien… Tú tienes que concentrarte en la

carrera, y yo… yo en mi trabajo. No podemos dejarnos llevar así, no ahora.

Sus palabras suenan razonables, pero su respiración está agitada y la forma en que sus dedos siguen rozando los míos me dicen otra cosa. Y esa contradicción me atraviesa, como si alguien me quitara el aire.

—Tienes razón —susurro, sintiendo cómo si se me escapara el alma—. Lo siento. De verdad, no debí…

Ella suspira y aparta la mirada, buscando recomponerse, y entiendo que su lucha es la misma que la mía. Quiere protegernos a ambos, mantenernos lejos de lo que podría complicarlo todo. Sin embargo, sus gestos, su silencio, su forma de mirarme… me dicen que ya es tarde para fingir que no ha ocurrido nada.

Me paso una mano por el pelo, intentando recuperar el control, pero mi cabeza sigue enredada en el sabor de sus labios y en la calidez con la que me ha devuelto el beso. No fue un impulso. No fue una distracción. Fue la verdad más honesta que he sentido en semanas.

—Eric, no estoy enfadada. Pero… necesitamos ser inteligentes. No podemos arriesgar todo lo que hemos trabajado hasta ahora.

Asiento despacio, tragando el nudo que me sube por la garganta. Tiene razón. Pero no puedo evitar pensar en lo irónico que resulta que lleve toda la vida entrenando para controlar mis reacciones… y que, sin embargo, una sola mirada suya consiga hacerme perder el control.

—Lo sé —susurro al fin, inclinándome apenas, rozando su frente con la mía —. Prometo que no volveré a distraerme hasta el próximo GP. Por mí…, pero también por ti.

Pero en el fondo sé que estoy mintiendo, mientras la tengo tan cerca, siento que lo único que me mantiene en pie no es la disciplina, ni el campeonato, sino saber que ella está bien.

No sé qué pasará después, ni si podremos mantenernos en el equilibrio entre lo que sentimos y lo que debemos hacer. Pero mientras la observo recuperar la calma, entiendo algo con una claridad casi dolorosa: por mucho que la amenaza siga ahí fuera, lo que acaba de pasar entre nosotros ya es parte de lo que somos. Y nada podrá borrarlo.

Capítulo 40



Sasha
Barcelona. Miércoles

El miércoles amanezco todavía con la mente atrapada en lo que pasó ayer.

El beso.

Me quedo unos segundos inmóvil, mirando al techo, esperando que me proporcione alguna excusa lógica. Pero no. No fue un sueño, no fue mi imaginación; ocurrió de verdad. Eric me besó. Y lo más desconcertante no fue eso, fue que yo le correspondí.

Siento un nudo en el estómago solo de pensarlo… Todavía puedo sentir el eco de su respiración, el roce cálido de sus manos, la forma en que el silencio se volvió otra cosa, algo más nuestro. No fue un impulso cualquiera, no fue una broma ni un malentendido. Fue algo que llevaba tiempo gestándose, en cada mirada y en cada conversación.

Y ahora… no sé qué hacer.

Me paso la mano por la cara, intentando aclarar mis ideas. Eric está a punto de jugarse el campeonato del mundo, yo debería estar cien por cien concentrada en el artículo que tengo que escribir sobre él… y, sin embargo, aquí estoy, con la mente enredada en el recuerdo de su boca contra la mía, en la forma en que sus manos me sujetaron como si no quisiera dejarme ir.

Una parte de mí quiere analizar cada detalle, la forma en que me miraba antes, esa tensión silenciosa que siempre estaba presente, las veces que parecía contenerse y apartar la mirada. Ahora lo entiendo todo.

Estaba ahí, latente, esperando el momento. Pero otra parte de mí me grita que deje de perderme en estas sensaciones, que no es el momento ni el lugar, que esto solo puede complicarlo todo.

Suspiro, no puedo dejar que esto nos distraiga. Ni a él, ni a mí.



La entrevista a Eric y Luca ha quedado increíble. Me encanta la relación que tienen, la forma en que se miraban y bromean entre ellos. Son rivales en la pista y grandes amigos fuera de ella. Vuelvo a escuchar las grabaciones, a tomar notas. Cada palabra de Eric se me clava más de lo que debería, y cada carcajada de Luca me devuelve a la realidad. He de centrarme. Estoy escribiendo una historia sobre dos pilotos: amigos fuera de la pista y rivales dentro de ella. Su amistad es lo suficientemente fuerte como para poder resistir la presión de la F1.

Reproduzco el audio y empiezo a transcribir. Me aferro al ritmo del teclado, al clic constante de las teclas, buscando refugio en el trabajo. Pero no me sirve de nada.

«Concéntrate, Sasha. Esto es tu trabajo, no puedes dejar que tus sentimientos interfieran. Has trabajado mucho para llegar aquí».

Sienna llega más tarde a mi habitación, impecable como siempre, con su portátil bajo el brazo y un café en la mano. Se sienta a mi lado, abre los archivos y empieza a revisar las tomas. Su presencia me ayuda a centrarme un poco más.

—Vale —dice con ese tono seguro que siempre adopta cuando sabe que ha dado con algo valioso—. Este momento en el que Luca explica que Eric lo empuja a ser mejor… tiene que ir casi al principio. Tiene mucho gancho.

—Sí… Claro —respondo, aún algo distraída.

Sienna me observa de reojo. Detiene la grabación y cierra el portátil despacio sin apartar la vista de mí.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunta con una ceja arqueada.

Trago saliva e intento sonreír, pero no lo consigo.

—Nada, estoy cansada; eso es todo.

—Cansada, ya… —Evidentemente no me cree—. No hace mucho que te conozco, Sasha, pero se me da bien leer a las personas. Estás rara. Y no me digas que es por trabajo, porque a ti esto te da la vida.

Bajo la mirada hacia mis notas, evitando sus ojos.

—De verdad, no es nada.

—¿Nada? —replica, inclinándose hacia mí—. Pues ese «Nada» te tiene tensa como si estuvieras a punto de explotar. ¿Qué ha pasado?

El corazón me da un vuelco. Por un segundo pienso en inventarme algo, en soltar una excusa cualquiera. Pero no puedo. Las palabras se me arremolinan en la garganta hasta que no queda más salida. Respiro hondo, dejo el bolígrafo sobre la mesa y me giro hacia ella.

—Vale… A ver… Te lo voy a contar. Pero tienes que prometerme que no vas a decir nada. Ni una palabra. No puede salir de esta habitación, ¿me oyes?

Sienna abre mucho los ojos, como si acabara de oler la exclusiva del año.

—Lo juro —responde rápido, inclinándose hacia mí con esa sonrisa felina que me da pánico—. Desembucha —dice, con tono de broma.

Trago saliva, siento que el corazón me late en las sienes.

—Eric… me besó anoche.

El silencio dura apenas dos segundos. Lo suficiente para que yo me arrepienta de haberlo soltado. Pero entonces Sienna se levanta de golpe del sofá y casi tira el portátil al suelo.

—¡¿Qué?! —exclama, llevándose las manos a la cabeza—. ¡¿Qué dices, Sasha?! ¡¿Eric?! ¡¿El Eric que tiene a medio *paddock* comiéndole los talones?! ¡¿El mismo que salió corriendo por ti en Italia?!

—¡Chisss! —susurro, tapándole la boca con la mano—. ¡Baja la voz! ¿Quieres que todo el hotel se entere?

Ella se aparta, pero me mira con los ojos brillantes, como si acabara de recibir la mejor noticia del año.

—¡Estás de broma! No… no puede ser. Cuéntamelo todo, ¡ya!

Me paso las manos por el pelo, desesperada.

—No hay mucho que contar. Fue… fue intenso. Y real. Y yo… no lo detuve.

Sienna se queda mirándome, incrédula, y luego suelta un chillido ahogado que intenta disimular con un cojín.

—¡Madre mía, Sasha! ¿Tú entiendes lo que significa esto?

—Sí, que no debería haber pasado —respondo, llevándome las manos a la cara—. Él está a punto de jugarse el campeonato y yo tengo que concentrarme en mi trabajo, y…

—Él te besó y tú no lo detuviste —me interrumpe, con una sonrisa que no se le borra—. Eso no es nada malo, Sasha. Eso es… ¡BUUUM!

—Es una locura —corrijo, aunque la sonrisa se me escapa por un segundo—. Y no puede salir de aquí.

Sienna levanta las manos, resignada, aunque sus ojos siguen chispeando de emoción.

—Vale, vale, no diré nada lo prometo. —Levanta las manos en señal de rendición, aunque sus ojos todavía chispean—. Pero prepárate, porque, como esto siga…, vas a tener que enfrentarte a algo mucho más grande que un artículo.

Me dejo caer hacia atrás en el sofá. Me siento algo más ligera tras haberle contado a Sienna lo ocurrido. Ya no cargo sola con este secreto.

Su reacción exagerada me arranca una risa nerviosa, de esas que te salen cuando estás demasiado al límite. Promete no decir nada más, pero estoy segura de que, a partir de ahora, va a observar cada uno de mis gestos y cada una de mis miradas cuando Eric esté cerca.

Aun así, haberle contado que nos besamos hace que sienta que es algo real. Que no es un delirio, ni una proyección de mis emociones desbordadas. Eric y yo nos hemos besado y eso ha hecho que algo cambie entre nosotros. Pero también ha hecho que ahora todo sea más complicado.

El resto del día se me escapa entre llamadas a mi jefe, correcciones interminables y la presión constante de dejar listo el artículo antes de la última carrera. Intento convencerme de que el trabajo es lo más

importante, de que nada puede nublar mi juicio. Pero cada vez que dejo la mente libre unos segundos, el recuerdo aparece.

El momento en la habitación. Su voz. Sus labios.

No lo busco. Simplemente está ahí, como una sombra que se cuela entre mis pensamientos, desordenando todo lo que intento mantener bajo control.



La mañana siguiente amanece con un silencio extraño. La luz que se filtra por la cortina es suave. Estoy frente al portátil desde que me he despertado. Repasando notas, frases, fragmentos de la entrevista.

Entonces un nuevo correo aparece en mi bandeja de entrada.

De: Velocity Racing.
Asunto: Sasha Harper. Gran Premio de Las Vegas

El mensaje me indica que baje a recepción a recoger un sobre. Además, me informa que han impuesto un coche para llevarme al aeropuerto y asegurar que llegue sin contratiempos. Obedezco casi por inercia, sin esperar nada fuera de lo común.

El ascensor tarda una eternidad en bajar, y cuando llego al vestíbulo, el murmullo del hotel me envuelve. La recepcionista me entrega un sobre blanco, con el logotipo azul y plateado de Velocity reluciendo bajo la luz. Lo abro allí mismo.

Dentro, los billetes: vuelo directo a Las Vegas, trece horas en primera clase. Todo cuidado al detalle.

Me quedo mirando el papel un momento con el corazón apretado. Trece horas. Trece horas para pensar. Para decidir qué hacer con lo que siento. Para repetirme que tengo que centrarme en mi trabajo, aunque mi cabeza no deje de regresar una y otra vez a ese instante que me robó la cordura.

Subo a la habitación con el sobre en la mano. Preparo la maleta con movimientos automáticos: ropa, cámara, portátil, acreditaciones. Cada gesto es parte de una rutina que conozco de memoria, pero mi mente está lejos, perdida entre la duda y la anticipación.



Con la maleta lista y el portátil en la mochila, salgo del hotel y veo que el coche de Velocity Racing me está esperando. El conductor, con una sonrisa amable y un gesto de cabeza, me da la bienvenida:

—Buenas, señorita Harper. Todo listo para su viaje al aeropuerto. Relájese y disfrute del trayecto.

Me acomodo en el asiento, dejando que el sonido del motor y la suavidad del trayecto me envuelvan. El tráfico es denso para ser jueves, y mientras avanzamos entre coches y semáforos, apoyo la frente en el cristal y observo la ciudad pasar. Intento concentrarme en lo importante: la última carrera, el artículo, el cierre de temporada. Pero una parte de mí late con impaciencia, como si supiera que algo está a punto de suceder.

Al llegar al aeropuerto, el bullicio me envuelve de inmediato: maletas rodando, voces entrecortadas, anuncios por megafonía que se mezclan con pasos apresurados. Camino hacia el área de salidas internacionales con el sobre apretado entre los dedos, repitiéndome que solo tengo que encontrar mi puerta de embarque y seguir con el plan.

Pero, antes de llegar… lo veo.

Eric.

Está apoyado en una barandilla, con una chaqueta ligera y el cabello algo despeinado. Tiene esa expresión concentrada, seria, pero en cuanto me ve, algo en su rostro se suaviza. Me quedo quieta, sin entender del todo lo que estoy viendo.

—¿Qué… qué estás haciendo en el aeropuerto? —pregunto al acercarme, todavía confundida.

Él se separa de la barandilla sin apartar los ojos de mí. Su presencia destruye todo mi orden interno. Tengo la sensación de que solo estamos

los dos y todo el aeropuerto se ha quedado en silencio.

—No vas a volar en ese avión, Sasha.

Frunzo el ceño, levantando el sobre con los billetes, intentando aferrarme a la lógica.

—¿Y entonces qué hago con esto? —pregunto, casi desafiándolo, aunque la voz me tiembla—. Eric, deberías estar en Las Vegas, dando entrevistas… Es jueves.

Él se inclina hacia mí, reduciendo nuestra distancia a un espacio mínimo.

—Olvídate de esos billetes —dice, con voz grave y firme, aunque su mirada tiene una ternura que me desarma—. El equipo se encargará. —Hace una breve pausa y luego añade, sin titubear—. Preferí atrasarme un día y estar contigo. Quería asegurarme de que llegaras bien, sin que nadie te molestara. Así que, dicho esto, tú te vienes conmigo.

Por un segundo, no consigo respirar.

Ese «conmigo» resuena demasiado fuerte, como un eco suspendido entre nosotros.

—¿Contigo? —balbuceo, intentando calmarme.

Eric asiente despacio y hace un gesto hacia el ventanal que da a la pista. Sigo su mirada… y entonces lo veo: el jet privado de Velocity Racing, preparado, brillante bajo la luz del mediodía.

—Viajaremos juntos. —Su voz es tranquila, casi neutra, pero en sus ojos hay una intensidad que me quema por dentro—. Y así no estarás sola durante las trece horas de vuelo.

Intento responder, pero mi mente va más rápido que mis palabras. Siento cómo algo se agita dentro de mí: sorpresa, nervios… y ese calor extraño pero reconfortante que me invade cuando él está cerca. Todo el escenario que había imaginado —mi vuelo comercial, mis notas, mis límites profesionales— desaparece en un instante.

Y en su lugar aparecen él, el jet y la certeza de que durante muchas horas no habrá escapatoria.

Trago saliva.

—Está bien… —murmuro al fin, más suave de lo que pretendía.

Eric toma mi maleta y me guía hacia la zona privada de embarque. Mientras caminamos juntos, dejando atrás el murmullo del aeropuerto, tengo la sensación de que el viaje a Las Vegas empieza mucho antes de despegar.

Caminamos por el pasillo privado hasta el jet, cada paso resonando ligeramente en el suelo acolchado. Siento cómo mi corazón se acelera un poco más con cada mirada que nos cruzamos. Aún no sé manejar esa mezcla de familiaridad y tensión. Eric me acompaña hasta la puerta mientras el piloto la abre. Entro primero, dejando que el aire acondicionado del avión me envuelva.

Guardo la maleta en el compartimento superior, intentando aparentar normalidad. Eric se sienta frente a mí y empieza a revisar unos papeles con esa concentración que parece blindarlo del resto del mundo. Me acomodo en mi asiento, todavía sin creer que esté volando otra vez con él.

Tras unos minutos en silencio, el sonido constante de los motores llena el espacio y por primera vez en horas me permito relajarme y me quedo mirándolo: su perfil contra la luz, la forma en que aprieta los labios mientras lee, la tensión en sus manos.

Eric levanta la vista un momento, notando que lo observo. Su expresión se suaviza.

—¿Estás cómoda? —pregunta, con esa voz grave que parece rozarme por dentro.

Asiento rápido. Un gesto breve, casi torpe.

—Sí… Solo intento organizar un poco mi cabeza —respondo, soltando una risa ligera que no sé muy bien a qué viene.

Él asiente también, y durante unos segundos no dice nada. Hay calma en su mirada, pero bajo ella puedo adivinar la misma tensión que me acompaña a mí desde el martes.

—Eric… —susurro, dudando un instante antes de continuar—. El otro día, en la zona médica, cuando escuché a tu madre gritarte de esa manera… Me sentí fatal por ti, pero también por mí, porque no poder hacer nada por ayudarte me hizo sentir… impotente. —Bajo la mirada,

jugueteando con el cinturón de seguridad—. No sé, simplemente quería que lo supieras.

Deja los papeles a un lado y me mira. Esta vez de verdad. Sin la barrera del piloto, sin el peso de la pista entre nosotros. Se inclina hacia delante y noto cómo su voz me envuelve.

—Sasha, ya estoy acostumbrado —dice despacio. Hay serenidad en su tono, pero también algo que se parece demasiado a la resignación—. Llevo viviendo escenas como esa desde niño. No tienes que preocuparte por mí.

Hace una pausa y me atrevo a mirarlo otra vez.

—Lo que importa —añade con firmeza— es que tú estés bien. Y que encontremos a quien está detrás de todo el tema de los mensajes y ver si tiene relación con lo que te hicieron en la fiesta.

Me invade un calor extraño, una mezcla de alivio y electricidad que su presencia siempre me provoca. No puedo evitar acercarme a él, buscando la seguridad silenciosa que me transmite sin palabras. Cada gesto suyo, cada mínima inclinación de cabeza, parece hecho para calmarme y, al mismo tiempo, acelerar mi pulso.

—Gracias… —susurro, sintiendo cómo se deshace el nudo que llevo sintiendo en el pecho desde hace días.

Él asiente con un gesto breve. Su mirada se suaviza un instante, solo lo justo para dejarme respirar. Luego, con esa habilidad suya para cambiar de tono sin previo aviso, deja escapar un pequeño suspiro y pregunta:

—¿Ya terminaste la entrevista?

Su pregunta me libera de la tensión y me devuelve a un lugar seguro: el trabajo. Asiento.

—Sí, anoche cerré el artículo —digo, notando aún el pulso desbocado —. Me falta arreglar algunas cosas, pero está casi listo.

Él sonríe. Y entonces, como si no existiera ni campeonato, ni presión, ni sombras amenazantes, abre un compartimento, saca un viejo juego de *Hundir la flota* y lo coloca sobre la mesa plegable que hay entre nosotros.

—Vamos a jugar un rato —dice con una media sonrisa que le suaviza los rasgos—. Necesitamos entretenernos. Nos quedan muchas horas de

vuelo hasta Las Vegas.

Parpadeo, sorprendida, y no puedo evitar reír.

—¿En serio? ¿Tú desconectas con esto?

—Siempre funciona —responde, con un deje divertido en la voz—. Además, soy imbatible.

—Eso ya lo veremos —le contesto, tratando de sonar desafiante, aunque la risa me traiciona.

Colocamos las piezas en silencio y empezamos a jugar. Durante un rato, el clic de los tableros es el único sonido en la cabina. Al cabo de varias partidas, la tensión cambia de forma: ya no es incómoda, sino viva, expectante. Cada vez que nuestras manos se rozan al ajustar las fichas, una corriente me atraviesa y me obliga a concentrarme más de lo necesario.

—Cuidado con ese ataque —le advierto, fingiéndome segura—. Esta vez no pienso dejarte ganar tan fácilmente.

Eric levanta una ceja, divertido.

—Oh, vamos, Sasha… Te he demostrado que no puedes conmigo. —Su tono, una mezcla de broma y desafío, que me descoloca—. Pero prometo no cebarme contigo.

—Qué generoso —murmuro, sonriendo sin poder evitarlo.

El sonido de su risa llena la cabina, grave y cálido, y me sorprende descubrir que quiero escucharlo otra vez. Jugamos entre bromas, trampas y pequeñas provocaciones. A veces nos detenemos solo para discutir si una coordenada cuenta o no; otras, para lanzarnos miradas que duran un segundo más de lo que deberían.

El mundo exterior desaparece. No hay ruido, ni motores, ni prensa, ni presión. Solo el tablero, sus dedos rozando los míos accidentalmente y esa línea invisible que seguimos bordeando sin atrevernos a cruzarla del todo.

Cuando le anuncio un «Hundido» con fingido orgullo, me doy cuenta de que el verdadero riesgo no está en perder el juego, sino en seguir jugando a esto… con él.

Siento su respiración cerca y también su aroma, que me calma y, al mismo tiempo, me descoloca. Lo que empezó como un simple pasatiempo

se ha transformado en una coreografía de gestos y miradas, donde cada movimiento parece decir más de lo que nos atrevemos a pronunciar.

—No puedo creer que estés sonriendo mientras planeas hundirme —digo, entre risas, sin poder evitar que se me escape un suspiro al final—. Esto es totalmente injusto.

Él arquea una ceja, divertido, con su característico aire desafiante.

—Injusto sería no darte la oportunidad de remontar —responde, con una media sonrisa—. Pero tranquila, dejaré que ganes esta vez, Sasha. Quiero que disfrutes de un poco de gloria antes de que vuelva a hundirte toda la flota.

No puedo evitar reírme. El tablero deja de ser un juego y se convierte en una excusa para mirarnos, para reír, para respirar…

Y mientras seguimos moviendo las piezas, entre bromas y silencios cómodos. Tengo la sensación de que esto es justo lo que necesitábamos antes de llegar a Las Vegas, un momento para estar solos y relajados.

Capítulo 41



Eric

Llegada a Las Vegas. Jueves por la noche

Sasha se quedó dormida hace unas horas, justo después de ponerse a leer en su libro electrónico. Apenas pasaron veinte minutos antes de que el sueño la venciera y se quedara con él apoyado en el pecho. No quise despertarla. Me limité a quitarle el dispositivo con cuidado y a cubrirla con una de mis chaquetas para que no pasara frío. Desde entonces, no se ha movido.

Ahora, mientras el avión inicia el descenso, la observo en silencio. Su respiración es lenta y regular. Me da pena despertarla. No quiero romper este momento de calma, este instante donde parece ajena a todo lo demás. Sus labios están ligeramente entreabiertos, el pelo le cae sobre su frente… Por un instante, quiero detener el tiempo.

El piloto anuncia el aterrizaje y me inclino un poco para asegurarme de que su cinturón esté bien abrochado. Luego, sin pensarlo demasiado, le paso un brazo por los hombros y la acerco un poco a mí, protegiéndola del movimiento cuando el avión toca la tierra.

—Hey… —susurro, rozando su mejilla con la punta de los dedos—. Hemos llegado a Las Vegas.

Sus labios se curvan en una mueca adormilada y abre los ojos despacio.

—Hum… ¿Ya? —pregunta con voz soñolienta, y no puedo evitar derretirme un poco al verla así—. Me gustaría seguir durmiendo un poco más.

—Lo sé —respondo, sonriendo—, pero tenemos que empezar a movernos. No podemos perder mucho tiempo. Además…, quiero que veas las luces de la ciudad.

Ella suspira, rindiéndose con una media sonrisa. Deja que la ayude a incorporarse y, cuando sus dedos rozan los míos al ajustar la mochila, una pequeña corriente me recorre los brazos. Es un cosquilleo que me recuerda que estas horas juntos, aunque silenciosas, importan más que cualquier palabra.

—Vale, pero te prometo que luego me volveré a dormir —murmura, y luego susurra un leve «gracias» cuando la guío hacia el pasillo.

—Trato hecho —le digo, y por primera vez siento que este viaje empieza de verdad, incluso antes de llegar al hotel.

Cuando salimos del avión, el calor seco de Las Vegas nos envuelve como una ola. La pista brilla bajo las luces del aeropuerto y, en cuanto subimos al taxi, la ciudad nos recibe con su caos luminoso.

Sasha se acomoda junto a la ventanilla. El pelo suelto le cae sobre un hombro. Cierra los ojos un momento, pero el resplandor de los neones acaba atrayéndola.

—Nunca había estado en Las Vegas —murmura, todavía somnolienta —. Es impresionante. Luces por todos lados… Es la ciudad que nunca duerme.

Asiento, contagiado por su entusiasmo. El taxi se incorpora a la autopista que nos lleva hacia el hotel y mantengo la mirada en la carretera, pero no puedo evitar girarme hacia Sasha de vez en cuando. Sus ojos brillan de asombro y fascinación. Parece tan vulnerable…

Durante un instante, olvido el campeonato, las entrevistas y la presión. Solo está ella, mirando el horizonte con una curiosidad que pocas veces he visto en otras personas. Si pudiera congelar un momento, sería este: el ruido amortiguado del tráfico, las luces de la ciudad filtrándose por la ventana y Sasha respirando a mi lado, como si el mundo se hubiera detenido solo para nosotros.

—Es… increíble —susurra, casi para sí misma—. Me alegra que hayamos venido juntos.

Asiento con una sonrisa apenas perceptible, sintiendo algo extraño dentro de mí, es una mezcla de responsabilidad y deseo de protegerla. Quiero que disfrute de este viaje. Sé que en cualquier momento pueden aparecer problemas, pero haré lo que sea necesario para mantenerla a salvo.

Cuando el taxi se detiene frente al hotel, el resplandor de la ciudad parece intensificarse. El edificio, de cristal y acero, se alza imponente, reflejando el caos de luces y carteles que lo rodean. Al cruzar las puertas automáticas, un golpe de aire perfumado nos envuelve. El vestíbulo es amplio, deslumbrante, y está lleno de fuentes. Huele a lujo y sofisticación. Sasha inclina ligeramente la cabeza, fascinada. Me encanta ver cómo está disfrutando del momento.

Nos acercamos al mostrador de recepción con las maletas y la recepcionista nos recibe con una sonrisa, pero hay algo en su mirada que me pone en alerta: un leve titubeo mientras sus dedos vuelan sobre el teclado. Tengo la sensación de que hay algo que no encaja.

—Buenas noches —digo, intentando mantener la voz firme—. Soy Eric Brown. Tenía reservadas dos habitaciones a mi nombre para esta noche.

La mujer teclea rápido con la sonrisa fija y unos movimientos precisos. Pero hay un cambio casi imperceptible en su respiración, un gesto mínimo que me pone en alerta antes incluso de que abra la boca.

—Lo siento mucho —responde, visiblemente incómoda—. No aparece ninguna reserva a nombre de Eric Brown.

Por un instante, el aire parece detenerse. Siento un nudo en el estómago y que la mandíbula se me tensa, pero trato de controlar la respiración y calmarme. No quiero alarmar a Sasha.

—¿Cómo que no hay ninguna reserva a mi nombre? —pregunto, intentando que mi voz no delate mi nerviosismo—. Mi equipo me aseguró que todo estaba arreglado.

Sasha me mira, todavía medio adormilada, pero es evidente que se siente tan sorprendida como yo. ¿Qué ha podido ocurrir? ¿Un error administrativo? ¿Una mala gestión del equipo? No importa, tengo que resolverlo.

Saco el móvil y llamo a Adam. La señal de llamada suena una, dos, tres veces… Nada. Ni siquiera salta el buzón. Cierro los ojos un segundo, respiro despacio y guardo el teléfono, tratando de controlar mi irritación.

—No contesta —murmuro, más para mí que para ella—. Está bien. Vamos a solucionar esto.

Me giro hacia la recepcionista con una calma que no siento.

—Necesitamos dos habitaciones, por favor.

Ella teclea con rapidez y, al levantar la vista, la sonrisa profesional que intenta mantener se deshace ligeramente.

—Lo siento mucho —dice, con un hilo de disculpa en la voz—. Solo queda una habitación disponible… con cama de matrimonio.

Por un momento, solo se escucha el murmullo lejano del vestíbulo y el sonido del agua cayendo en las fuentes decorativas. Siento cómo el pulso se me acelera, pero me esfuerzo por mantener la compostura. Giro ligeramente la cabeza hacia Sasha y en su mirada veo una mezcla de sorpresa y de algo que parece… diversión contenida.

Me inclino hacia ella, bajando la voz.

—Está bien —le digo, con la intención de transmitir seguridad—. Lo arreglaremos mañana. Esta noche solo necesitamos descansar.

Sasha asiente despacio, pero una pequeña sonrisa curva sus labios, y eso me basta para tranquilarme un poco.

—Bueno… Tienes suerte. Yo no ronco —dice con un tono ligero que acaba con la tensión del momento.

No puedo evitar soltar una risa breve, sincera, y siento que todo vuelve a su sitio. Afuera, la ciudad brilla con su ritmo frenético, pero aquí, en medio del vestíbulo, el mundo parece haberse detenido. Tomo la llave de la habitación y nos dirigimos hacia el ascensor. El sonido de nuestras maletas sobre el suelo pulido se mezcla con la música suave del hotel y el murmullo de otros huéspedes. Sasha camina a mi lado, apoyando su mano de forma ligera en mi brazo, y noto que respira un poco más tranquila.

El ascensor se abre con un suave tintineo y entramos. Las puertas se cierran detrás de nosotros, sellando el silencio. Subimos en calma, acompañados solo por el zumbido del motor y la luz tenue del panel.

Sasha se observa en el espejo, jugueteando con un mechón de su cabello, y cuando me lanza una sonrisa cómplice, siento que el cansancio del día se desvanece.

Al llegar a nuestra planta, el pasillo alfombrado nos recibe con una luz cálida, casi cinematográfica. Caminamos en silencio hasta la puerta de nuestra habitación y nos detenemos un instante antes de abrirla, como si los dos anticipáramos lo que nos espera al otro lado. Deslizo la llave, escucho el clic y empujo la puerta.

El interior nos envuelve con una mezcla de calma y lujo discreto: decoración moderna, luces suaves, ventanales que enmarcan el brillo infinito de Las Vegas. La cama de matrimonio, impecable, parece casi demasiado grande para nosotros dos. Junto a la ventana, un sillón de cuero oscuro invita a sentarse o recostarse, como si hubiera sido colocado allí a propósito para los momentos de calma. Por un momento, cualquier inconveniente deja de importar.

—Vaya… —murmuro, aún arrastrando la maleta—. Esto sí que no me lo esperaba.

Sasha se deja caer sobre la cama y se queda mirando el techo un instante antes de girarse hacia mí con esa media sonrisa que siempre logra desarmarme.

—No está mal… —dice, arrastrando un pie sobre la alfombra—. Creo que hasta podemos relajarnos un poco antes de que empiece el caos.

Dejo la maleta en un rincón y me quedo observándola con la espalda apoyada contra la pared. Sasha se levanta de la cama y se acerca a la ventana. Al ver su perfil iluminado con la luz de Las Vegas siento que el aire entre nosotros se carga de algo que no necesita palabras. Por un segundo, no hablamos. Solo sentimos el silencio cálido de la habitación, el murmullo lejano de la ciudad y la certeza de que, al menos ahora estamos solos, sin la presión de los flashes, los papeles ni las llamadas. Después de unos segundos, Sasha se gira lentamente y se sienta en el sillón junto a la ventana, dejando que su cuerpo se relaje. Cada respiración suya me llega como un leve recordatorio de su cercanía. Mis ojos bajan un instante hacia sus manos, y noto que se aferran ligeramente al borde del sillón,

inconscientemente tensas. Un ligero temblor que me dice más de lo que dice su voz. Mis dedos quieren moverse, tocarla, pero me detengo, consciente de la electricidad que llena el espacio entre nosotros.

Siento cómo la habitación se hace más pequeña, cómo cada movimiento, cada mirada, se amplifican. Ella se gira lentamente hacia mí y, por un instante, nuestros ojos se encuentran. Es un contacto breve, cargado de intención, que hace que todo el aire parezca más denso. El silencio se vuelve casi insoportable, un hilo tirante que nos atrae y nos detiene al mismo tiempo. Y aunque ella insista en que no es el momento, que debería estar concentrado en la competición, lo cierto es que mi mente ya no pertenece solo a las carreras.

Una parte de mí está inevitablemente con ella.

MOTORSPORT INSIDER

Entre la rivalidad y la amistad. Así se preparan Brown y Rossi para el GP final de Las Vegas

Por Sasha Harper

El Gran Premio de Las Vegas marcará el cierre de la temporada y, con él, la definición del campeonato de pilotos.

Entre los protagonistas destacan Eric y Luca, quienes, más allá de la pista, han construido una relación compleja: competitiva en el circuito, pero sólida en la vida fuera de él.

En una entrevista exclusiva con ambos pilotos, pudimos observar cómo gestionan la presión que conlleva cada punto y cómo se preparan para una carrera que definirá sus destinos.

Preparación y rutina de los pilotos

Eric admite que la presión es un estímulo: «Siempre es un reto. La tensión nos motiva y nos obliga a dar lo mejor de nosotros. No cambiaría esta sensación por nada», comenta, y luego nos explica su rutina de calentamiento previo, que incluye café, vueltas en el simulador y ejercicios de respiración.

Luca aporta un matiz diferente: «La música alta en mis cascos y las bromas con Eric me ayudan a mantener los nervios bajo control. La concentración es clave, pero también es importante no perder la perspectiva». Ambos coinciden en que la disciplina y la constancia son fundamentales, especialmente en un circuito que combina exigencia física y estratégica.

Rivalidad y camaradería

La tensión de la rivalidad se suaviza fuera de pista. Durante la entrevista, se mostraron abiertos, con gestos de camaradería y sonrisas compartidas que evidenciaron la solidez de su amistad, pero es evidente que estos dos pilotos, que se respetan mutuamente y conocen a la perfección el estilo de conducción del otro, están centrados en ganar en Las Vegas.

Cuando les preguntamos qué consejo se darían a sí mismos antes de correr en Las Vegas, Luca responde: «Me diría: "Disfruta. Mantén la calma y no dejes que Eric te gane antes de tiempo"». Y esto es lo que dice Eric: «Yo me diría: "No subestimes a Luca y recuerda que cada segundo cuenta". Pero fuera de la pista seguimos siendo amigos».

El campeonato está en juego

Esta entrevista revela la dualidad de la relación de Eric Brown y Luca Rossi: intensidad en la pista y una profunda amistad fuera de ella.

Las Vegas se prepara para el GP final, y está claro que el talento, la estrategia y los nervios de acero serán factores decisivos para que uno de estos dos pilotos gane. No obstante, sea cual sea el ganador, lo que nos ha quedado claro es la complicidad que estos dos grandes de la F1 han construido a lo largo de sus vidas como pilotos.

Para los aficionados, la carrera promete no solo espectáculo, sino una historia de rivalidad y amistad que trasciende los límites del circuito.

Capítulo 42



Sasha
Hotel en Las Vegas. Jueves por la noche

La sensación de alivio me recorre mientras reviso por última vez la publicación del artículo sobre Eric y Luca en la web. Lo he terminado, lo he dejado perfecto; el trabajo está hecho y la adrenalina de la temporada me da un respiro. Por fin puedo permitirme pensar en mí, aunque solo sea un momento.

Decido ir a la ducha antes de dormir. Pongo un poco de música en el altavoz del baño y la voz de Damiano David me envuelve. «Voices» comienza a sonar y cada nota rasgada parece recorrer mi piel mientras el agua caliente cae sobre mi espalda. Cierro los ojos y dejo que el calor me relaje. La letra me hace pensar en Eric.

Dejo que los pensamientos fluyan. Las Vegas, la entrevista, la cercanía con Eric en el avión y ese beso que se repite en mi mente una y otra vez. Tengo claro que ahora no es el momento, pero no puedo dejar de pensar en cuándo volverá a suceder. La música llena el espacio, me acompaña y me hace sentir vulnerable y viva. El agua y las voces de la canción me envuelven y me permiten entregarme a este momento.

Salgo de la ducha y me envuelvo en la toalla, ajustándola con cuidado alrededor de mi cuerpo. El contraste entre el calor del cubículo de la ducha y el aire fresco del baño me hace estremecer. Mi piel todavía huele a jabón, a frescura, y por un instante me siento flotando en ese instante, disfrutando de la intimidad que el agua y la música me han dado. Justo

entonces escucho la puerta de la habitación abrirse con suavidad y un nudo de nervios se me aprieta en el estómago.

—¿Eric? —pregunto, desde el baño.

—Tranquila, solo soy yo —responde su voz, amortiguada por la puerta —. Traigo algo de cenar.

Me miro en el espejo, respiro hondo y decido salir. Abro la puerta del baño con cautela. Eric está de pie, con una bandeja en las manos, y cuando me ve, sus ojos se abren de par en par antes de dejar la bandeja en la mesa y llevarse las manos a los ojos.

—No te preocupes —dice con un hilo de risa en la voz—. No estoy viendo nada.

No puedo evitar soltar una carcajada nerviosa y corro hacia el armario para sacar una camiseta larga que siempre uso para dormir. Retrocedo de inmediato al baño, sujetando aún la toalla con fuerza. Me pongo rápidamente la camiseta, dejando que la tela caiga sobre mis piernas y sintiendo al instante un poco más de alivio.

La camiseta es negra y lleva en la espalda una frase de una de mis novelas favoritas. Eric sigue tapándose los ojos con las manos.

—Vale, ahora sí puedo mirar —dice, entre risas—. Pero esto… esto es injusto, ¿sabes?

—¿Injusto por qué? —le pregunto medio riéndome—. ¿Verme así… te ha dejado traumatizado?

—Traumatizado no —responde, inclinando la cabeza, divertido y serio a la vez—. Pero es… peligroso para ti, para mí… y, sobre todo, para el equilibrio del universo.

Me estiro bien la camiseta hasta cubrirme las rodillas; el tejido de algodón me da un mínimo de seguridad. Él baja lentamente las manos y, en cuanto nos miramos, la tensión cambia de inmediato. La diversión del momento desaparece, reemplazada por un silencio cargado de electricidad. El corazón me late más rápido y sé que cada gesto que hagamos a partir de ahora tendrá un peso distinto.

—No sabía qué ibas a querer cenar, así que he traído un poco de todo —dice, con esa voz grave que me eriza la piel, mientras señala la bandeja

que ha dejado sobre la mesa—. ¿Te parece bien?

—Sí…, sí, gracias —tartamudeo ligeramente, intentando aparentar normalidad, pero sigo tirando con fuerza hacia abajo del dobladillo de la camiseta, como si de pronto se hubiera vuelto demasiado corta.

Siento cómo algo en mí se tensa y se relaja al mismo tiempo. Mi corazón late con fuerza mientras nuestras miradas se encuentran y, sin quererlo, doy un paso hacia él, cerrando un poco la distancia. La tensión se hace tangible, como si el aire entre nosotros fuera ahora más denso, como si estuviera cargado del deseo que ambos sentimos, pero que ninguno de los dos nombramos.

—Hay un poco de todo, elige lo que quieras —susurra, señalando la bandeja sobre la mesita, y me invita con un gesto a sentarme.

Nos acomodamos frente a frente, y comenzamos a cenar entre pequeñas sonrisas y silencios cómodos. La comida sabe mejor de lo esperado, aunque la atención no está del todo en ella. Cuando nuestras manos se rozan al tomar los cubiertos, siento un estremecimiento que me recuerda que estamos solos, que no hay nadie que nos observe, y eso hace que todo sea más intenso.

—¿Estás nervioso por mañana? —pregunto antes de beber un poco de agua, esperando que no pueda oír los latidos descontrolados de mi corazón.

Él me mira, ladeando apenas la cabeza, y suelta un suspiro controlado.

—Un poco —confiesa, y su voz grave me envuelve—. No solo por ganar, sino por todo lo que implica. Sabes que cada detalle cuenta, que cada error puede costar caro. Pero, contigo aquí… me siento más tranquilo de lo normal.

—Vaya, eso es bastante… —tartamudeo, sorprendida por su sinceridad —dulce, viniendo de ti.

Eric sonríe. Siempre me desconcierta esa mezcla de confianza y calma que desprende y que lo hace parecer inalcanzable y cercano al mismo tiempo. Nos reímos ligeramente, y por un instante todo parece normal, como si compartiéramos a menudo momentos como este. Me gusta estar así con él, a solas, sin miradas curiosas ni obligaciones.

Se sirve un poco más de comida con movimientos precisos y tranquilos, como si cada gesto estuviera medido, y eso me provoca una extraña fascinación. Pero entonces veo que frunce ligeramente el ceño y se inclina hacia mí, rompiendo el pequeño espacio de seguridad que había creado a mi alrededor.

—Tienes una mancha —dice, con un matiz suave en su voz que me hace estremecer.

Antes de que pueda reaccionar, acerca su mano a mi rostro y con el pulgar limpia lo que tenía en el labio. El contacto es mínimo, casi imperceptible, pero hace que un calor se expanda por mis mejillas, suba hasta mis orejas y me deje sin aliento por un instante. Siento que mi respiración se entrecorta y mis dedos se aflojan alrededor de los cubiertos.

Nos quedamos mirándonos intensamente, sin decir nada. Sus ojos profundos y claros se clavan en los míos, y siento que todo lo que he intentado ignorar estos días se concentra en este instante. Cada parpadeo, cada respiración que compartimos, parecen alargar este momento, como si el tiempo se hubiera ralentizado solo para nosotros.

Mi corazón late con fuerza, y no puedo evitar fijarme en cada detalle: la forma en que inclina la cabeza, la ligera tensión en sus hombros, el calor de su mano que todavía roza la mía, la seguridad que me transmite sin necesidad de palabras.

—Eric… —susurro, con una voz trémula que ni siquiera reconozco como mía. Es como si el mundo entero estuviera desapareciendo a mi alrededor.

Se inclina lentamente, midiendo cada segundo, como si quisiera asegurarse de que cada gesto sea perfecto, como si el tiempo dependiera de nuestra sincronía. Sus labios rozan los míos, primero con suavidad, explorando, y siento un estremecimiento recorrerme de inmediato. El contacto inicial es casi eléctrico, y por un momento el aire entre nosotros parece cargado, vibrante, demasiado denso para ignorarlo. El beso se intensifica con rapidez, como si no pudiéramos contener lo que hemos estado reprimiendo. Mis manos se aferran a su camiseta, sintiendo la textura del tejido bajo mis dedos, mientras él me rodea con un abrazo

firme, cálido, que me deja sin aliento. Hay un choque de emociones contenidas, nervios, deseo, y la certeza de que este momento no puede repetirse exactamente igual. Cada respiración que compartimos, cada latido acelerado son un hilo invisible que nos ata en silencio.

Me inclino un poco más hacia él, buscando contacto, mientras él responde con la misma intensidad. Sus labios presionan con firmeza, pero con cuidado, como si supiera exactamente hasta dónde puede llegar sin romper el equilibrio que hemos creado. El mundo fuera de la habitación ha dejado de existir, solo estamos nosotros, el roce de nuestras pieles y la electricidad que nos mantiene conectados.

Cuando nos separamos apenas un instante para respirar, nuestros ojos siguen entrelazados. Su mirada me quema y, al mismo tiempo, me reconforta. Hay una mezcla de asombro, necesidad y complicidad que es más elocuente que cualquier cosa que podamos decir. La habitación parece más pequeña, más íntima, más nuestra, y cada gesto se magnifica: la forma en que mi pelo se mueve, cómo su mano roza la mía otra vez, cómo su pecho se eleva con cada inspiración…

—Sasha… —susurra. Parece temer pronunciar mi nombre demasiado alto—, esto…

No necesita terminar la frase. Lo entiendo todo sin palabras. Sus labios vuelven a los míos, esta vez con un poco más de urgencia, como si necesitara confirmar que no es un sueño, que estamos aquí, que esto es real. Cada beso me roba el aire, me hace sentir vulnerable y poderosa a la vez, un contraste que me deja mareada y, sin embargo, completamente presente.

Nos separamos solo para mirarnos de nuevo, conscientes de que hemos cruzado una línea invisible. Sin embargo, no hay miedo, solo una intensidad abrumadora que nos mantiene anclados el uno en el otro. Cada parpadeo, cada respiración compartida parecen alargar este instante infinitamente. El mundo entero podría desaparecer y no nos importaría; ahora mismo todo lo que importa es él y yo.

Mis dedos rozan su nuca y Eric responde acercándome más hacia él, sin prisa, pero con determinación. El calor entre nosotros crece, y siento que

los latidos de mi corazón se sincronizan con los suyos. El beso se vuelve más profundo, más intenso, dejándome sin defensas, completamente absorbida por la sensación de proximidad, de conexión, de deseo contenido que finalmente encuentra salida.

Nos separamos unos centímetros, respirando al unísono. Puedo sentir aún el calor de su piel en la mía, como una corriente que no quiere apagarse. Su mano está en mi cintura; la mía reposa temblorosa en su hombro. Por un instante recupero la lucidez.

—No sé… —susurro—. No sé si esto debería estar pasando.

Eric me mira con esa intensidad que siempre logra desarmarme, y una sonrisa lenta, casi peligrosa, curva sus labios.

—Lo sé —responde—, pero no quiero ignorar lo que sentimos. No ahora. No aquí.

Se inclina un poco más, su frente rozando la mía, y la distancia se vuelve insoportable. Su voz me envuelve, grave, segura, tan cerca que la siento más que la escucho.

—Sasha —susurra, acercándose un poco más—, no quiero que esto sea solo un momento. Quiero que lo recuerdes. Que lo recordemos.

No puedo moverme. El aire parece suspendido entre nosotros, y en ese silencio cargado de electricidad, todo lo demás deja de importar. Su mano sube lentamente hasta mi mejilla, y ese roce leve basta para deshacerme por dentro.

—No quiero que desaparezcas de mi lado —continúa, bajando la voz —. No solo en este viaje, ni en esta noche. Contigo a mi lado, todo tiene sentido.

Sus palabras me atraviesan de tal manera que me resulta imposible responder. Mi pulso se acelera, y el temblor de sus dedos sobre mi piel me empuja hacia él sin pensarlo.

Eric se inclina, y esta vez no hay dudas. Nuestros labios se encuentran de nuevo en un beso que empieza suave, cuidadoso, pero que pronto se vuelve más profundo, más intenso. No hay prisa, solo esa necesidad silenciosa de reconocernos. Sus manos me rodean la espalda, firmes, seguras.

—Esto… es real —dice, y no hay duda en su voz. Solo certeza, convicción, intención.

No contesto. Cierro los ojos y me dejo llevar, sintiendo cómo la ternura y el deseo se mezclan. Cada respiración compartida, cada roce, cada mirada sostenida confirman lo que ambos sabemos desde hace tiempo: que esto nuestro es inevitable.

Capítulo 43



Sasha
Viernes por la mañana

Me despierto con la luz filtrándose entre las cortinas y el recuerdo de su piel todavía tibio sobre la mía. El espacio a mi lado está vacío, pero las sábanas aún guardan su calor, esa prueba silenciosa de lo que anoche dejamos que ocurriera. Mi respiración se agita un instante, como si al recordarlo mi cuerpo volviera a vivirlo. Entonces veo una nota en la mesita de noche.

Para que comas algo de camino al circuito, rookie.

Eric

Junto a la nota hay una pequeña bolsa con un desayuno improvisado: fruta fresca, un par de barras de cereales y una botella de agua. Una sonrisa se dibuja en mi rostro; incluso con todo lo que ha pasado, con la tensión de la temporada y las complicaciones de los últimos días, Eric encuentra la manera de cuidar los pequeños detalles.

Recuerdo que los pilotos suelen llegar varias horas antes al circuito para trabajar con los ingenieros y los técnicos, ajustar la telemetría, probar las configuraciones, repasar estrategias… Todo empieza mucho antes de que el público vea los coches en pista. Eric debe de estar allí desde hace un par de horas.

Me levanto despacio, todavía medio adormilada, y me dirijo al baño para ducharme. Opto por vestirme con algo cómodo y organizo mis cosas

mientras repaso mentalmente la agenda del día: entrenamientos libres, entrevistas con los equipos y pilotos… Todo tiene que salir perfecto. Tengo el tiempo justo, y no puedo permitirme distracciones. Pero, aunque la mañana parece estar bajo control, una alerta constante no me abandona, un residuo de tensión que arrastro desde lo que me sucedió en el club.

Salgo del hotel y me acomodo en la parte trasera del coche que me lleva al circuito. Con la bolsa del desayuno en una mano y el teléfono en la otra, observo el mundo a través de la ventanilla. Las luces de Las Vegas todavía brillan con fuerza y el ruido distante de la ciudad llena el aire. Cada sombra que cruza la carretera, cada reflejo en los edificios, cada mirada de los peatones me obliga a mantenerme alerta. No es paranoia, es instinto.

Al girar por la entrada del circuito, algo me hace frenar la mirada. Entre la multitud de personas que acceden a la zona vip, veo a un hombre que parece que no debería estar allí. Se mantiene apartado, observando, con un gesto demasiado calculado para ser casual. Mi instinto se activa de inmediato. Me llama la atención la forma en que sus ojos recorren a los pilotos, la rigidez de su postura… No lo conozco, y eso me alarma.

Justo entonces, un coche se para en la puerta y Sienna sale de él con esa energía que la caracteriza. Lleva gafas de sol, una carpeta bajo el brazo, la cámara colgando del hombro y la expresión decidida de quien ya domina el caos de este deporte. En ese mismo instante, aquel desconocido desaparece entre la multitud, como si hubiera sentido mi mirada. Siento un escalofrío recorriéndome la espalda.

—¡Sasha! —me llama Sienna, haciendo un gesto para que me acerque.

Su presencia rompe la tensión como un golpe de aire fresco.

—¿Todo bien? —me pregunta. Es evidente que, por mi expresión, se ha dado cuenta de que hay algo que me preocupa.

—Sí, sí. Solo es que… Bueno, da igual. No importa —respondo, tratando de mantener la calma y ocultar el temblor de mi voz.

—No te preocupes —dice con esa seguridad que siempre me da confianza—. Estoy aquí, vamos juntas.

Mientras caminamos hacia los boxes, intento no pensar demasiado en el hombre que apareció y desapareció como un fantasma. Pero sé que no fue casualidad. No puedo olvidar que alguien nos observa, que hoy todo será más complicado de lo habitual.

El rugido de los motores me envuelve, los mecánicos corren de un lado a otro, los pilotos revisan datos en las pantallas… Es un caos organizado. Yo me mantengo alerta, pero me siento más tranquila teniendo a Sienna a mi lado.

Me muevo entre los boxes con la libreta en una mano y el teléfono en la otra. Los entrenamientos libres están a punto de comenzar, y el ambiente vibra con esa mezcla inconfundible de ruido, adrenalina y concentración. El rugido de los motores hace que retumbe el suelo, el olor a gasolina y caucho quemado flota en el aire, y los mecánicos se desplazan con precisión milimétrica. Cada uno sabe dónde debe estar exactamente.

Mi cabeza está en modo trabajo, pensando en las entrevistas, las declaraciones, los posibles titulares… Necesito contexto para la lucha por el campeonato, y no puedo perder de vista a Eric, Maxime y Luca.

El primero en mi lista es Daniel García, jefe de Velocity Racing, un hombre serio, pero accesible, de esos que mantienen la calma incluso cuando todo alrededor es un caos; controlado, pero caos. Lo veo ajustando un par de papeles junto al *pit wall* mientras sus ojos siguen la pista.

—Buenos días, Daniel. Sasha Harper, de *Motorsport Insider*. ¿Puedo hacerte unas preguntas? —digo, encendiendo la grabadora.

—Por supuesto —responde con una media sonrisa, aunque sus ojos no se apartan de la pista

—Con Eric y Maxime luchando por el campeonato, ¿cómo gestiona el equipo la presión interna y externa?

Daniel me regala una sonrisa tensa.

—Cada piloto tiene su estilo. Eric es muy competitivo, y Maxime… Bueno, es paciente, calculador, sabe esperar el momento adecuado. Nuestro trabajo es asegurarnos de que ambos saquen lo mejor de sí sin que la rivalidad afecte al equipo.

Mientras toma un sorbo de agua, percibo movimiento a mi alrededor con el rabillo del ojo. Instintivamente, giro la cabeza. Un hombre vestido de manera discreta observa desde la distancia. Enseguida vuelvo a concentrarme en Daniel, pero la presencia de ese desconocido me mantiene alerta.

Una vez que termino de hablar con Daniel, me dirijo al box de Aurora Motorsport, donde Marcus Johnson revisa una tableta mientras conversa con su ingeniero. Cuando me ve, asiente con cordialidad.

—Marcus, con Luca destacando en pista y Javier buscando su momento, ¿cómo maneja la dirección del equipo esta dinámica competitiva? Y, sobre todo, ¿cómo se siente con Luca luchando directamente por el campeonato de pilotos?

Marcus asiente y me sonríe. Es evidente que se siente orgulloso.

—Luca tiene un talento natural —dice, sin pensarlo demasiado—. Tiene esa mezcla de agresividad y control que define a los grandes. La presión existe, claro, pero también es combustible. Mi trabajo es mantenerlo enfocado, que confíe en su instinto sin perder la cabeza. A estas alturas, cada decisión puede cambiarlo todo.

Anoto sus palabras, le agradezco que me haya dedicado su tiempo y me alejo unos pasos, pero mi mente ya no está del todo enfocada en la libreta.

Algo vuelve a captar mi atención.

Ese hombre.

Sigue allí. A unos metros, inmóvil en medio de la agitación del *paddock*. Lleva las manos metidas en los bolsillos y está mirando algo fijamente. No parece amenazante, pero hay alguna cosa en él que me pone la piel de gallina. Es como si estuviera tomando nota de todo lo que ocurre a su alrededor.

Parpadeo. Un grupo de mecánicos pasa entre nosotros y lo pierdo de vista un momento. Cuando vuelvo a mirar, el hombre ha vuelto a desaparecer. Otra vez.

Intento concentrarme. Sigo con mi trabajo, entrevistando a jefes de equipo, revisando estrategias, anotando datos sobre neumáticos, tiempos y configuraciones. Cada detalle cuenta, cada palabra puede convertirse en

una pieza clave para mi artículo. Pero una parte de mí sigue en alerta. No puedo sacudirme la sensación de estar siendo observada.

La presión de la última carrera no solo vibra en los motores o en los tiempos de vuelta. Está en el aire, en los gestos contenidos, en las sombras que se mueven donde no deberían.

Más tarde, mientras me tomo un momento para ordenar mis notas y revisar la grabadora, decido escribir un mensaje en el grupo que Luca creó para mantenernos conectados todos los que estamos pendientes de la temporada, y al que llamó «Paddock FBI». En el grupo están Luca, Eric, Nate, Sienna y yo. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras escribo:

> Creo que me estoy volviendo loca; tengo la sensación de que alguien me sigue…

Pulso enviar y dejo el teléfono a un lado. En el aire queda la sensación de alerta, mezclada con el ruido de motores y conversaciones del *paddock*. Sé que no estoy sola, y que al menos hay un equipo detrás de mí que me respalda…, aunque eso no disminuye la inquietud que siento cada vez que levanto la mirada y no veo a aquel hombre.

Capítulo 44



Eric

Viernes. Prácticas en Las Vegas

El rugido de los motores retumba a lo lejos, vibrando contra las paredes metálicas del *paddock*. Camino por los pasillos, esquivando técnicos y cables, cuando mi teléfono vibra en el bolsillo. Miro la pantalla: un mensaje de Sasha en el grupo que creó Luca para coordinar todo el seguimiento de seguridad del equipo.

> Creo que me estoy volviendo loca; tengo la sensación de que alguien me sigue…

Leo el mensaje y un escalofrío me recorre la espalda, hasta el cuello, erizándome la piel. No es la primera vez que percibe algo extraño, y la idea de que alguien realmente la esté observando me pone en alerta máxima. Cada fibra de mi cuerpo se tensa.

Antes de que pueda reaccionar, mi teléfono vibra de nuevo. Esta vez es Nate llamándome. Contesto de inmediato, con la sensación de que algo va muy mal, de que no hay margen para errores.

—¿Qué pasa? —pregunto, avanzando hacia una zona menos transitada.

Su voz llega firme, con un tono de urgencia que rara vez usa.

—Eric, he localizado el móvil que te comenté. Está dentro del *paddock*, muy cerca de la zona de Velocity Racing. Y te lo confirmo: Sasha no se lo está imaginando. Hay alguien siguiéndola.

Siento un nudo apretarse en el estómago, un golpe seco en el pecho. La pista, el ruido, el caos… Todo se desvanece en un segundo.

Esto no es una coincidencia.

—¿Tienes algo más? —pregunto, intentando mantener la calma.

—No, aún no. El tipo se mueve rápido. Estoy revisando las cámaras de seguridad del *paddock*, te aviso en cuanto tenga una imagen clara.

—Perfecto. Avísame al instante. —Cuelgo.

Noto una fuerte tensión en la mandíbula.

Respiro hondo y comienzo a moverme entre la multitud. Mis ojos recorren los pasillos, buscando cualquier sombra fuera de lugar. En cuanto localizo a Sasha, acelero el paso. Está con Sienna cerca de los boxes de prensa, hablando con uno de los coordinadores. Me acerco sin perder tiempo y hago un gesto breve.

—Venid conmigo —digo en voz baja, con una calma que no siento.

Nos apartamos hacia una zona lateral, detrás de los *hospitality*, donde el ruido de los motores suena más lejano y las paredes de fibra de carbono aíslan parte del bullicio.

—¿Qué pasa? —pregunta Sasha, captando enseguida mi preocupación.

—Vamos a trazar un plan —respondo, directo, sin rodeos—. Sienna, no te separes de ella ni un segundo. Si algo o alguien te parece fuera de lugar, avisa a Nate al momento. Sin dudar. Estamos bajo bandera amarilla, y eso significa precaución total hasta que sepamos que podemos estar tranquilos.

Sasha asiente, aunque percibo que está nerviosa, y Sienna me transmite con la mirada que está lista para implicarse de lleno. Saber que ella va a estar cerca de Sasha me tranquiliza, aunque sigo sintiéndome el principal responsable de su seguridad.

—Eric, ¿y tú? —pregunta Sasha—. ¿Cómo vas a manejar esto y concentrarte en las prácticas?

Respiro hondo, sintiendo cómo cada uno de mis músculos se activa. La concentración en la pista es crucial; cada vuelta, cada curva, cada frenada, cada cambio de marcha requiere una precisión absoluta.

—Tengo que dividir mi atención —respondo con firmeza—. La pista viene primero; si no corro concentrado, lo arriesgo todo. Pero no te preocupes, voy a asegurarme de que estéis protegidas sin que eso me cueste ni una décima en el coche. Tenemos ojos adicionales sobre el *paddock*, y Nate nos respalda desde fuera.

Miro a Sasha una última vez. Sus ojos me dicen más de lo que intenta ocultar: confía en mí, pero teme lo que no puede controlar. Y yo también. Siento ese peso: quiero protegerla, pero también quiero cumplir con mi deber en la pista. Respiro hondo, intentando anclarme en lo que conozco: el control, la precisión, el ruido de un motor que obedece cada orden.

Camino hacia el box, dejando atrás el murmullo del *paddock* y la tensión que flota en el aire. A medida que me coloco el casco, todo se atenúa: el miedo, la duda, incluso el mundo exterior. Solo queda la pista.

El rugido de los motores me envuelve cuando me acomodo en el monoplaza para la primera práctica. Ajusto el volante, respiro hondo y dejo que la adrenalina recorra cada fibra de mi cuerpo. El semáforo se apaga y salgo a la pista. Cada curva exige precisión, cada frenada precisa calcular la distancia exacta, cada aceleración es un desafío contra el tiempo. Siento el volante vibrar bajo mis manos, los neumáticos chirriar mientras buscan adherirse al asfalto. Mi corazón late al ritmo de cada cambio de marcha.

Maxime está en la pista, agresivo y calculador. Sus movimientos parecen predecibles, pero detrás del casco hay un depredador que analiza cada línea que tomo, cada centímetro que dejo libre. No puedo ceder ni una décima. Mantengo la concentración en la pista, pero la mente nunca deja de registrar lo que sucede fuera: gestos extraños, sombras inusuales, cualquier detalle que pueda poner en riesgo a Sasha.

El primer *stint* termina y entro en boxes. Adam me espera con una tableta llena de datos: temperaturas de neumáticos, tiempos parciales, variaciones de presión. Observo los números y sé que, aunque he marcado el mejor tiempo, no todo ha sido perfecto. Algunas trazadas en la curva tres y la siete están ligeramente abiertas; pequeños errores que podrían salirme caros en la carrera.

—Atento a la curva siete —me advierte Adam—. Maxime suele atacar ahí.

Asiento, procesando cada detalle mientras ajustamos estrategias de protección y trazado de carrera. He quedado el primero, pero no siento la alegría de la victoria. Hay margen de mejora, y fuera de la pista, la alerta sobre Sasha no me deja relajarme ni un segundo.

Las horas siguientes se pasan entre análisis de datos, ajustes en el monoplaza y mensajes cruzados con Nate. Cada vez que entro en boxes, reviso el teléfono de forma casi automática, buscando actualizaciones sobre las chicas. Cada minuto es tensión pura: mientras preparo la práctica dos, cada sombra, cada mirada insistente, me mantiene en alerta máxima.

Finalmente, comienzo la segunda práctica. La intensidad es aún mayor; los tiempos son más ajustados, la presión se nota en cada cambio de marcha. Maxime empuja al límite y no puedo permitirme ningún error. Cada adelantamiento es una batalla; cada curva, un combate silencioso. El rugido de los motores y el olor a neumático caliente se mezclan con la tensión de saber que alguien está vigilando a Sasha.

Entre vueltas, repaso mentalmente las rutas de escape, las señales de alerta para Sienna, los protocolos de seguridad que Nate y yo acordamos. Todo está calculado, sincronizado, medido al segundo.

Al final de la sesión, bajo del monoplaza con el cuerpo cargado de adrenalina y la mente alerta. Repaso los datos con Adam, pero mi atención vuelve una y otra vez a Sasha. La temporada y el campeonato importan, sí, pero más que cualquier título, necesito que ella esté segura. Concentro cada segundo, cada pensamiento, en dos frentes que no pueden fallar: la pista y su protección.

Capítulo 45



Sasha

Viernes. Después de las prácticas

Las prácticas terminan sin incidentes, pero la tensión no desaparece con el rugido de los motores. El eco del circuito todavía vibra en el aire y la adrenalina me recorre, mezclándose con una inquietud que no consigo apartar. Camino entre cables, cámaras y técnicos, preparando las entrevistas mientras el móvil en mi bolsillo es un recordatorio constante de los mensajes anónimos. No vibra, no suena, pero su peso es suficiente para mantenerme en guardia.

Intento concentrarme en el trabajo, pero una pregunta me ronda la cabeza: ¿será alguien de aquí, del *paddock*, quien me envía esos mensajes? La idea me roza como una corriente fría.

Empiezo por Eric. Está aún con el casco en la mano y tiene el rostro cubierto de sudor, pero parece concentrado e irradia una calma controlada. Su respiración sigue siendo profunda, como si todavía estuviera corriendo en la pista. Cuando se gira hacia mí, me mira con intensidad.

—Eric, mañana es la clasificación. ¿Cómo afrontas el día sabiendo que cada décima cuenta y que Maxime está tan cerca en la tabla? —le pregunto mientras ajusto la grabadora.

Él frunce ligeramente el ceño.

—No puedo ceder ni una décima —responde—. La clasificación es crítica, pero estoy listo. Hemos afinado el coche y me siento confiado.

Solo queda darlo todo en cada vuelta.

Su tono es controlado, profesional, pero percibo el peso de la presión detrás de cada palabra. Antes de que pueda darle las gracias por atender a mis preguntas, se vuelve hacia su ingeniero, que lo espera con los datos de telemetría.

Sigo con Luca. Su energía contrasta con la seriedad de Eric: una sonrisa fácil, un brillo en los ojos que parece absorber las luces del *paddock*.

—Luca, ¿cómo te preparas mentalmente para la clasificación de mañana? —pregunto.

—La clave es mantener la calma —responde con tono ligero—. Concentración máxima, pero sin perder el sentido del humor y las ganas de disfrutar. La clasificación es importante, sí, pero sé que cada vuelta es solo una parte del todo.

Por último, Maxime. Impecable, controlado, elegante… Su presencia genera una mezcla de respeto y tensión.

—Maxime, con Eric y tú tan cerca en la lucha por el campeonato, ¿cuál es la estrategia para mañana en la clasificación?

Me dedica una de esas sonrisas que parecen haber sido ensayadas frente al espejo, y responde:

—Cada vuelta es un desafío. Mantener el nivel y no cometer errores es lo más importante. Sabemos lo que queremos y cómo conseguirlo.

Guardo el móvil en el bolso y respiro hondo. Siento el pulso todavía acelerado, la mezcla de cansancio y adrenalina que deja un día largo. Eric ha hablado con su habitual contención, esa calma tensa que siempre esconde más de lo que muestra; Luca, con su entusiasmo contagioso, ha intentado restar peso a la presión; y Maxime… Maxime sigue siendo un enigma, tan impecable como inquietante, y siempre con esa mirada calculadora.

El *paddock* continúa vivo a mi alrededor. Ingenieros corriendo entre los boxes, asistentes revisando datos en tabletas, los pilotos cruzando de un punto a otro bajo las luces del atardecer… Intento concentrarme en mis notas, pero mis ojos buscan otra cosa: patrones, gestos, presencias que

no encajan del todo en aquel lugar. Cada sombra me parece más larga de lo habitual; cada mirada, más insistente de lo que debería.

Sienna y yo nos hemos separado hace unos minutos. Ella ha ido a entregar parte del material audiovisual al equipo y a coordinar las tomas del día siguiente, y yo me he quedado con las entrevistas y los últimos detalles para el artículo. Es algo rutinario que en principio no supone ningún problema, al menos en teoría.

Antes de levantarme, echo un vistazo a la zona de boxes. Eric se ha dirigido a su monoplaza, concentrado en los datos de la primera práctica, y no puedo evitar una ligera punzada de preocupación. Cada vez que lo veo tan sumido en su mundo, pienso en que cualquiera podría hacerle daño sin que él se diera cuenta. Pero intento apartar ese pensamiento: ahora mi trabajo es recopilar información, registrar impresiones, preparar preguntas para la clasificación de mañana. Y, sobre todo, encontrar el momento para hablar con Eric fuera de cámaras. Necesito algo más para el artículo con el que tanto insiste mi jefe, algo que solo él pueda darme y que me ayude a destacar.

Mientras avanzo entre periodistas y asistentes, procuro mantener la calma. No es paranoia, es instinto. La experiencia me ha enseñado que los detalles más insignificantes pueden esconder lo importante. Algunas miradas se detienen un segundo más de lo habitual, y ese simple hecho basta para mantener mis sentidos alerta.

Cuando termino de guardar el material, un miembro del equipo me entrega un pase para entrar al *motorhome* de Velocity Racing. Lo sostengo un instante entre los dedos, observando los cristales oscuros que reflejan el ir y venir del *paddock*. Desde fuera parece un refugio: silencioso, ajeno al caos…, pero hay algo en esa quietud que me incomoda, como si al cruzar esa puerta fuera a entrar en otro tipo de carrera.

Me acerco con cautela, procurando no llamar la atención. Cada paso resuena más de lo que debería, amplificado por el silencio tenso del pasillo. Los murmullos del *paddock* se diluyen tras la puerta, pero mi oído se afina y capta el más mínimo sonido. Cuando finalmente entro, el aire

cambia: el ambiente dentro del *motorhome* es distinto, más denso, cargado de voces rápidas, de tecleos, de órdenes que van y vienen. Hay técnicos moviéndose entre pantallas y ordenadores, pero no veo a Eric.

Entonces lo escucho.

Un murmullo distinto, bajo, que proviene del fondo del *motorhome*. Una sala apartada, con la puerta entreabierta y apenas un hilo de luz filtrándose desde dentro.

Contengo el aliento y avanzo pegada a la pared, dejándome envolver por las sombras. Mis pasos se vuelven imperceptibles y siento las manos húmedas a causa de los nervios. El corazón late despacio al principio, luego con más fuerza, como si quisiera escapar antes que yo. Me inclino hacia la puerta.

—… ella no sabe nada, eso es lo importante —dice una voz masculina, fría, precisa, sin una sola nota de duda.

Un escalofrío me atraviesa. Esa voz. La reconozco.

No puede ser…

Pero sí. Maxime Dupont.

Siento un vértigo helado recorrerme de arriba abajo, un golpe seco en el estómago. Me obligo a mantenerme inmóvil, aunque todo en mí quiere retroceder.

—Todo salió según lo planeado —continúa Dupont, sereno, con la calma de quienes creen tenerlo todo bajo control—. Nadie sospechará de mí. En el Velvet, la situación fue perfecta. Y, gracias a eso, ahora tengo a Eric justo donde quería: fuera de control, vulnerable, distraído. Solo necesita un pequeño empujón más para perderlo todo.

Cada palabra me golpea con una claridad insoportable. Lo ocurrido en el Velvet, cuando me drogaron. El caos que siguió. No fue un error, ni una coincidencia. Maxime lo planeó todo. Contrató a alguien. Movió los hilos. Manipuló cada detalle para destruir a Eric.

Un nudo me cierra la garganta. El frío me sube por la espalda hasta la nuca. Escucho su risa baja, contenida, como un eco que me revuelve el estómago. Es la risa de alguien que disfruta haciendo daño. Y por un instante me doy cuenta de lo cerca que he estado de no descubrirlo.

El miedo se mezcla con la rabia, y siento una presión insoportable en el pecho. Mis manos tiemblan, las piernas me piden huir, pero sé que un solo movimiento brusco podría delatarme. Doy un paso atrás. Luego otro. Y otro.

Cuando por fin me atrevo a girar, el *motorhome* se convierte en un laberinto. Los pasillos parecen más largos, las luces más frías, las sombras más densas. El aire quema en mis pulmones. Solo pienso en una cosa: salir. Salir y avisar a Eric, a Sienna, a Nate…, a cualquiera que pueda ayudarme a entender cómo detener lo que Maxime acaba de poner en marcha.

Mis pasos resuenan en el suelo de madera y metal, y cada sombra que se mueve a mi alrededor se transforma en una amenaza. Gente pasando de un lado a otro, risas lejanas, conversaciones de fondo… Trato de asegurarme de que nadie me está siguiendo. La sensación de vulnerabilidad me aprieta el pecho, me quita el aliento, y siento que la ansiedad empieza a apoderarse de mí.

Giro una esquina y casi me tropiezo con una mesita. Me tiemblan las manos y abro y cerro los dedos mientras intento controlar la respiración. En mi mente, una idea se repite una y otra vez: Maxime es un depredador, y yo acabo de verlo con mis propios ojos. Cada palabra, cada risa contenida, cada detalle que escuché sigue vibrando en mi cabeza, amplificado por el miedo.

Finalmente, vislumbro una salida hacia la zona del *paddock*, más abierta y con gente conocida alrededor. Mis piernas avanzan casi solas, impulsadas por el instinto, mientras mi respiración se vuelve entrecortada. Siento el pecho oprimido y la cabeza me da vueltas. Un ataque de ansiedad me sacude con fuerza; lágrimas calientes empiezan a acumularse en mis ojos e instintivamente me llevo las manos a la cara. Necesito a alguien que me haga sentir que no estoy sola.

Veo a Eric aparecer entre la multitud, su figura recortándose entre los boxes y el bullicio del *paddock*. Sin pensarlo, corro hacia donde está y me abalanzo sobre él. Sus brazos me rodean con firmeza y seguridad, y siento

cómo todo el peso del miedo empieza a ceder, aunque el temblor en mis manos y piernas persiste.

—Joder, Sasha —murmura—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Y entonces me doy cuenta de que no puedo contarle lo que he descubierto. No aquí, con todo el *paddock* girando a nuestro alrededor.

—Tranquila, *rookie*… —susurra Eric cerca de mi oído. Su voz consigue calmarme—. ¿Qué ha pasado? Estoy aquí. No estás sola.

Apenas puedo pronunciar palabra; el miedo y la adrenalina me bloquean, pero su presencia me ancla, me recuerda que no estoy indefensa. Su abrazo es firme y protector, y poco a poco siento cómo mi respiración se vuelve más regular. Mis ojos buscan en el *paddock* alguna señal de amenaza mientras repaso mentalmente lo que he escuchado hace unos minutos.

Cada músculo de mi cuerpo permanece alerta, cada sonido del *paddock* me recuerda lo cerca que he estado del peligro, pero Eric no me suelta; es mi ancla en medio del caos. Sé que no puedo perder tiempo: debo contárselo todo. Tenemos que trazar un plan para asegurarnos de que Maxime no pueda dar un paso más sin que lo sepamos.

Capítulo 46



Eric

Viernes. Después de las prácticas

Sujeto a Sasha con fuerza, sintiendo cómo tiembla todavía entre mis brazos. No necesito que me diga nada para saber que está al límite. Tiene la respiración entrecortada y se aferra con fuerza a mi camiseta… Está al borde del colapso.

—Vámonos al hotel —le digo con voz firme. Es casi un orden, pero ella sabe que lo hago por ella—. Aquí no estás segura.

La conduzco fuera del *paddock* con pasos rápidos, sin soltarla ni un instante. Sus dedos siguen enganchados a mí, como si soltarme significara perder la poca estabilidad que le queda. Cada mirada me parece una amenaza potencial. No importa de quién sea. Mecánicos, periodistas, curiosos… Ahora todos me parecen sospechosos. Mi instinto grita que debo apartarla de todo esto cuanto antes.

Subimos al coche del equipo que he cogido prestado y enciendo el motor. El trayecto hasta el hotel lo hago con los nudillos blancos sobre el volante, apretando tanto que casi siento que el cuero se va a desgarrar bajo mis manos. No hablamos. Solo se oye su respiración temblorosa, y he de hacer un gran esfuerzo para mantenerme entero. La tensión me quema por dentro, pero debo contenerme. Si yo me rompo, ella también lo hará.

En cuanto llegamos a la habitación del hotel, cierro la puerta con llave de inmediato, asegurándome de que estamos aislados del resto del mundo. El sonido del clic metálico me da una mínima sensación de control, como si ahora hubiera conseguido mantener lejos el peligro. La

acerco al sofá y se deja caer en él sin fuerzas. Me agacho frente a ella y le tomo las manos con cuidado, sintiendo el frío que emana de sus dedos, un contraste brutal con la tensión ardiente que me consume a mí. Espero, en silencio, hasta que consiga hablar.

—Eric… —su voz tiembla, apenas un susurro, pero sus ojos me buscan con una claridad que corta el aire—. Era su voz. Escuché a Maxime. Él estaba detrás de lo del Velvet. Fue él quien lo planeó, quien me puso en esa situación.

El golpe de sus palabras me atraviesa como un puñetazo directo al pecho. Siento cómo me hierve la sangre y se me tensa la mandíbula. Cierro los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en la piel.

Maxime.

Lo visualizo sonriendo, arrogante, creyéndose intocable, y siento una rabia tan intensa que por un instante quiero arrasarlo todo.

Pero bajo la rabia se abre paso otra sensación, igual de devastadora: la culpa. Sasha sufrió aquel ataque en el club por mi culpa. Ella ha sido una víctima colateral de una guerra en la que el único objetivo soy yo, y ese pensamiento me desgarra por dentro.

Me obligo a respirar. A forzar el aire dentro de mis pulmones antes de que la furia me consuma. No puedo perder el control. No ahora. Si yo me quiebro, ella se hundirá conmigo. Y no pienso darle ese poder a Maxime.

—Está bien, *rookie* —murmuro mientras le acaricio suavemente la mejilla con el dorso de la mano, obligándola a alzar la mirada hacia mí—. Ya no estás sola. Esto no se va a quedar así.

Me levanto, saco el teléfono y llamo a Nate. Me contesta al segundo.

—Tenemos un problema —le digo sin rodeos—. Sasha ha escuchado a Maxime hablando con alguien… Por lo visto, él estuvo detrás de lo que pasó en Velvet. Necesito que lo investigues a fondo, que no quede un cabo suelto. Y, Nate… —aprieto la mandíbula—, quiero pruebas. Quiero que quede expuesto.

Al otro lado, silencio. Está tomando notas, ya en modo operativo.

—¿Sasha tiene alguna grabación? —pregunta.

—No. Lo escuchó hablar y reconoció su voz. Fue en una de las salas del *motorhome* del equipo. Necesito las grabaciones de las cámaras del pasillo, los registros de acceso, quién entró y salió, a qué hora… Revisa los pases vip, las listas de personal, todo lo que tengas del circuito y del club de Italia. Y mueve a seguridad sin levantar sospechas.

—Puedo tirar de CCTV del *paddock* y de las acreditaciones. También revisaré movimientos del equipo de Maxime y pagos a terceros. Si hay un intermediario, lo encontraré.

—Bien. Nada de meter a la policía todavía. Quiero discreción absoluta. Necesito algo sólido antes de dar el paso. Y, por favor, no pierdas de vista a Sasha; si detectas algo cerca de Velocity Racing, me llamas al instante.

—Entendido —responde—. Déjamelo a mí.

Cuelgo y regreso junto a Sasha, que sigue temblando en el sofá, con las manos entrelazadas como si tratara de sostenerse a sí misma. Me siento a su lado, la rodeo con un brazo y la acerco contra mi pecho. Al principio, su respiración es irregular, como si le doliera cada inhalación, pero no dejo de acariciarle el pelo y de susurrarle palabras que pueden tranquilizarla y noto que, poco a poco, empieza a calmarse.

—Estás a salvo —murmuro, bajando la voz hasta casi un suspiro—. No voy a dejar que vuelvan a tocarte. Ni él ni nadie.

Ella aprieta los ojos, como si intentara contener lágrimas que ya no tiene fuerzas para derramar. Su cuerpo finalmente cede y se apoya del todo contra mí. La noto rendirse al cansancio, a la necesidad de que alguien la sostenga sin pedirle nada a cambio. La tensión de sus músculos empieza a aflojarse, aunque sé que el miedo sigue ahí, escondido bajo la piel, acechando.

Le paso la mano por la espalda una y otra vez, marcando un ritmo constante, hasta que su respiración se acompasa con el movimiento. Su cabeza descansa contra mi pecho, y escucho ese sonido frágil de alguien que lucha contra el agotamiento, pero que se deja cuidar.

Lo importante ahora no es la rabia que me consume ni la sed de venganza que late en cada pensamiento, sino que ella pueda cerrar los ojos sin miedo. Que recupere fuerzas. Que sepa que no está sola.

La mantengo entre mis brazos, incluso cuando sus párpados empiezan a cerrarse por el cansancio. Y, aunque por dentro sigo ardiendo de furia, trato de calmarme. Pronto encontraré el momento para ajustar las cuentas con Maxime, un momento en el que me cobraré con intereses el daño que le ha hecho a Sasha. Pero esta noche lo único que importa es ella. Su descanso, su calma, su seguridad.

Capítulo 47



Sasha
Las Vegas. Sábado
Antes de P3 y *qualy*

El despertador apenas llega a sonar cuando siento una mano cálida en mi hombro. Abro los ojos lentamente y lo primero que veo es a Eric, inclinado sobre mí, con la mandíbula apretada y la mirada fija. Su voz me llega grave, serena, pero cargada de una tensión que no me pasa desapercibida.

—Despierta, *rookie*. Hoy necesito que estés con Sienna y con el equipo de Luca. —Hace una breve pausa, como si quisiera asegurarse de que grabo cada una de sus palabras—. No quiero que te acerques a Maxime ni que estés cerca del equipo, ¿me entiendes?

Parpadeo, todavía entre el sueño y la realidad, pero el tono de su voz me despeja de golpe. Hay una urgencia detrás de esa instrucción, una mezcla de preocupación y rabia contenida que no le había escuchado antes.

Los recuerdos de la noche anterior me golpean de inmediato. Después de contarle lo que había escuchado en el *motorhome*, Eric no se separó de mí ni un segundo. Me sacó del circuito, me llevó al hotel y cerró la puerta tras nosotros con una determinación que me tranquilizó, como si pudiera alejarme del peligro con un solo gesto. Me dejó hablar, aunque las palabras me salían rotas, me temblaban entre los labios. Le conté que había reconocido la voz de Maxime, que él estaba detrás de lo que pasó

en el Velvet. Vi cómo la rabia le cruzaba la mirada, cómo los músculos de su mandíbula se tensaban. Y en medio de todo eso, vi también la culpa. Una que no le pertenecía, pero con la que cargó igual.

Pasamos un buen rato hablando de por qué lo habría hecho, de cómo íbamos a afrontarlo sin que la prensa se oliera nada, de lo peligroso que era tener a alguien con tanto poder y visibilidad jugando en las sombras. Y cuando ya no quedaron palabras, él se quedó conmigo, en silencio, sosteniéndome, manteniendo lejos todo lo que me da miedo.

Asiento ahora, tragando saliva, porque discutir sería inútil… y porque en el fondo tiene razón. No puedo arriesgarme a estar sola ni un segundo, y mucho menos a quedarme a merced de Maxime. El recuerdo de su voz susurrando en aquella sala me golpea como una descarga.

Eric suaviza la expresión un instante y me roza la mejilla con los dedos; es una caricia breve, casi imperceptible, un recordatorio de que, detrás de toda esa firmeza, está el hombre que me ancla cuando siento que voy a perder el control.

—Prométeme que lo harás —insiste, sin apartar la mirada.

—Lo prometo —respondo con un hilo de voz.

Solo entonces parece relajarse un poco. Se endereza, coge sus cosas con rapidez y se dirige a la puerta. Antes de salir, se gira una última vez; la intensidad de su mirada me atraviesa.

—Procura estar siempre acompañada, Sasha. Pase lo que pase.

La puerta se cierra tras él, y el eco de sus palabras queda retumbando en mi pecho como una orden imposible de ignorar. Respiro hondo, intentando calmar el temblor de mis manos y de mi corazón, pero cada latido resuena como un tambor insistente que me recuerda lo que pasó ayer.

Unos minutos después, llaman a la puerta de la habitación. Abro y me encuentro a Sienna, con su acreditación colgando del cuello y una expresión entre preocupada y decidida.

—Eric me ha dicho que no te deje sola, así que nos vamos juntas —dice, sin rodeos.

Asiento, agradecida por su presencia. La tensión que me había estado oprimiendo el pecho se afloja apenas un poco.

—Gracias, de verdad. No sé qué haría sin ti.

Me pongo la chaqueta, recojo mis cosas y me dirijo hacia la salida del hotel, con Sienna a mi lado, alerta y silenciosa.

El trayecto en coche se me hace interminable. Me asustan las luces que pasan por la ventanilla, los reflejos en los edificios…, pero intento concentrarme en respirar, en no dejar que el miedo me domine mientras nos acercamos al *paddock*.

Cuando por fin llegamos al circuito, el mundo parece girar a otro ritmo. La ciudad de Las Vegas vibra a nuestro alrededor como un corazón acelerado. Sienna y yo bajamos del coche y nos abrimos paso entre el bullicio del *paddock*, que se está llenando de pilotos, ingenieros y periodistas. Cada paso que doy me hace sentir como si estuviera caminando por una cuerda floja; cada mirada que se cruza conmigo dispara un resorte de alerta que no puedo ignorar. Los gritos de los mecánicos, el eco de los motores arrancando, el murmullo de las conversaciones; todo se mezcla en un zumbido constante que agudiza mis sentidos.

Entonces mi teléfono vibra. Una nueva notificación de un número desconocido. La persona que está detrás de esto se ha convertido en una sombra pegada a mi espalda.

Estoy más cerca de lo que crees.

Un escalofrío me recorre la columna y se me instala en la nuca. Aprieto el teléfono con fuerza, como si así pudiera borrar las palabras, pero sé que no hay escapatoria. Está jugando conmigo, tratando de averiguar hasta dónde puede empujarme, justo cuando debería estar concentrada al máximo. La garganta se me seca y un temblor sutil se apodera de mis piernas. Y lo peor es que ahora sé quién está detrás… y me siento menos segura que antes.

Respiro hondo e inhalo el aire caliente del *paddock*, intentando que la adrenalina no me paralice. No. No voy a dejar que esto me controle. El miedo tiene que quedarse en un segundo plano; la voz de Eric resuena en mi cabeza, firme y clara: «No estás sola».

Miro a mi alrededor, buscando a Sienna. Está a pocos metros, revisando el equipo de cámara junto al box de Aurora. Me acerco rápido, intentando que mi paso parezca normal. Cuando llego, la toco en el brazo, lo justo para llamar su atención sin levantar sospechas.

—Sienna… —susurro.

Ella se gira hacia mí y enseguida capta mi expresión angustiada y deja lo que está haciendo.

Le paso el teléfono. Lee el mensaje con el ceño fruncido.

—¿Otra vez? —pregunta, casi sin mover los labios.

No necesito responder. Mi silencio lo dice todo.

Sienna, instintivamente, se coloca delante de mí para protegerme y mira disimuladamente alrededor. Su tono cambia, más firme, contenido.

—Vale. No te separes de mí ni un centímetro. Reenvíale el mensaje a Nate ahora, esto ya no puede esperar… Y si manda otro mensaje, se lo reenviamos también.

Asiento, respirando un poco mejor, aunque la sensación de peligro sigue latente, como un zumbido constante bajo la piel.

Levanto la vista y lo noto. A unos metros, detrás de un grupo de ingenieros, Maxime me observa. No es descarado, ni exagerado, pero sus ojos me siguen con una calma inquietante, como si disfrutara de mi incomodidad. El corazón me late con fuerza y un frío me atraviesa de arriba abajo, pero no aparto la mirada. Esta vez no voy a ceder.

Vuelvo a girarme hacia la pista, hacia los tiempos en pantalla, al rugido de los motores que me envuelven. Es la práctica tres, la última oportunidad antes de la clasificación para ajustar los coches, analizar el comportamiento de los neumáticos y afinar detalles de estrategia. En el *pit lane*, los ingenieros gritan códigos, los mecánicos cambian los neumáticos con una precisión increíble y las cámaras captan cada movimiento.

En la pantalla, los nombres parpadean. Eric acaba de salir, su monoplaza ruge al pasar por la recta, marcando parciales en morado en los dos primeros sectores. Un pequeño orgullo me atraviesa, un recordatorio de por qué estamos aquí.

Pero entonces, el sonido cambia. Otro motor despierta con un rugido distinto, más grave, más agresivo. Miro instintivamente hacia el box de Velocity Racing, y ahí está.

El coche de Maxime se pone en marcha. La tensión me recorre de nuevo, una corriente eléctrica que me eriza la piel. Sienna lo nota y me lanza una mirada rápida; no hace falta decir nada. Maxime sale a pista justo detrás de Eric, como si fuera una provocación calculada. Las cámaras los enfocan, los comentaristas suben el tono y el murmullo del *paddock* se intensifica.

Mis manos se cierran ligeramente sobre la grabadora y el cuaderno, mis hombros se tensan, pero mi respiración se regula. Estoy presente, alerta y consciente de cada movimiento. Y aunque la amenaza siga ahí, acechando desde el borde de mi visión, sé que no estoy sola.

Capítulo 48



Eric
Las Vegas. Sábado
Qualy

El ambiente en el *paddock* es eléctrico. Los motores rugen a lo lejos, los ingenieros corren entre cables y pantallas, y el aire vibra con esa mezcla de gasolina, tensión y promesas rotas que solo existe antes de una clasificación.

La P3 de esta mañana dejó las cartas sobre la mesa: yo primero, Luca segundo y Maxime tercero. Un margen mínimo, apenas por unas décimas, pero suficiente para recordarme que no hay espacio para el error. El coche respondió bien, el equilibrio está ahí, aunque la temperatura del asfalto puede cambiarlo todo. Luca está empujando fuerte, y Maxime… se mantiene en la sombra, observando, esperando el momento de atacar.

Intento concentrarme. Escucho a los mecánicos ajustar la presión de los neumáticos, los técnicos debatiendo los tiempos de simulación. Todo parece estar en orden, pero debajo de esa rutina hay una corriente invisible que me mantiene en guardia.

El reloj avanza y sé que cada segundo cuenta. En unos minutos saldremos a pista para buscar la *pole*, y el margen entre control y caos es tan delgado que casi se puede oler. Mi teléfono vibra en el bolsillo del mono antes de subirme al monoplaza. Es Nate. Contesto al instante, sin apartar la vista de los monitores que muestran los coches entrando al *pit lane*.

—Eric —dice con voz grave—, hemos revisado los números del teléfono de Maxime. Hay múltiples llamadas con otros números sospechosos y movimientos bancarios que no cuadran. Estoy organizando una investigación completa y voy a enviar toda la información al equipo de Velocity Racing. Mantente alerta, esto va más allá de la pista.

Por un momento, todo el ruido a mi alrededor se apaga. Solo quedan su voz y el zumbido constante de mi respiración dentro del casco.

—¿Cómo de grave es para que tengas que enviarle algo al equipo? —pregunto en voz baja.

—Lo suficiente para que no bajes la guardia. Y lo suficiente para entender que lo que Sasha escuchó no era una exageración. —Hace una pausa breve, casi imperceptible—. Si Maxime está jugando sucio, no lo está haciendo solo.

Aprieto la mandíbula, siento cómo la adrenalina se mezcla con la rabia contenida. No solo es una lucha por la *pole*. No solo es velocidad. Es una guerra encubierta, disfrazada de competencia.

—Entendido —respondo, y corto la llamada.

Respiro hondo. El aire me sabe a metal. Maxime ha estado moviéndose de forma oculta. Las piezas empiezan a encajar, y el resultado no me gusta.

Miro hacia el *pit lane*. La tensión entre nosotros puede sentirse incluso estando en sitios diferentes. Subo al monoplaza para la primera sesión de la *qualy*, y cuando el casco se cierra, el mundo se reduce al sonido del motor y al latido acelerado dentro de mí.

Las vueltas se suceden una tras otra, cada una más exigente que la anterior. Noto la vibración del motor mientras busco la trazada perfecta, sintiendo el límite del coche como una extensión de mi propio cuerpo. Cada frenada está bien calculada, cada aceleración es una apuesta milimétricamente estudiada entre la adherencia y el riesgo.

El asfalto quema. Los neumáticos rugen. El aire dentro del casco se vuelve más denso con cada respiración. Los demás pilotos empujan al máximo, pero Maxime… Maxime está ahí. Siempre en el espejo, siempre calculando. Su estilo es quirúrgico, no se permite cometer ningún error, pero lo conozco lo suficiente para saber cuándo está forzando. No está

compitiendo solo para obtener el mejor tiempo, está probando mi control, presionándome para hacerme dudar.

El viento me golpea el casco; el rugido de los motores se convierte en un metrónomo que marca mi concentración. Apenas parpadeo. Recorro con la mirada cada punto de referencia: el vértice, el bordillo, la sombra exacta donde debo frenar. Una vuelta más. Otra. Los parciales se aprietan. Maxime recorta. Yo respondo. No es solo velocidad, es una partida de ajedrez a 320 kilómetros por hora.

Cuando cruzo la línea por última vez, la tensión me estalla en los hombros. Reduzco velocidad, respiro hondo y miro la pantalla. *Pole*. Mi nombre en primer lugar.

Por un instante, dejo que el alivio me atraviese, pero dura poco. Segundo está Ethan Williams, tan frío como el hielo; Luca, tercero, apenas unas milésimas detrás; y Maxime…, cuarto. Un puesto que supone una herida en su ego, pero no tan atrás como para darse por vencido. Sé que algo se está gestando.

El equipo celebra en silencio contenido, con gestos medidos, sabiendo que la batalla real aún no ha empezado. Yo apenas puedo disfrutarlo. Siento el pulso acelerado, la adrenalina mezclada con esa alerta constante que ya se ha vuelto parte de mí. Sasha. Maxime. Todo lo que se mueve en la sombra fuera de la pista.

Entonces lo veo. Adam se abre paso entre los ingenieros. Lleva una tableta en la mano y va con el ceño fruncido. Me hace una seña. Lo sigo por un corredor lateral, lejos del bullicio del *paddock*. El ruido de los motores se apaga poco a poco y queda reemplazado por un silencio tenso. Su forma de mirarme me basta para entender que esto no va a ser una charla sobre cuestiones técnicas.

—Eric —dice en voz baja—. Tenemos que hablar. Durante la clasificación he recibido información preocupante sobre Maxime.

Frunzo el ceño y respiro hondo para mantener la calma. Su mirada no deja dudas: esto no es un rumor.

—¿Qué tipo de información? —pregunto, intentando sonar firme a pesar de la presión en el pecho.

Adam me muestra la pantalla de su tableta. Registros de llamadas entre el número de Maxime y varios teléfonos desconocidos, transferencias bancarias que no cuadran con su contrato, y movimientos vinculados a cuentas que ya están siendo investigadas.

—Esto viene directamente del informe que tu amigo Nate ha enviado al equipo —continúa Adam—. Todo apunta a que Maxime ha estado implicado en actividades fuera del reglamento. No sabemos hasta dónde llega, pero no podemos ignorarlo. Hemos decidido que, después de este Gran Premio, su contrato quedará rescindido. No seguirá formando parte de Velocity Racing.

Siento cómo el aire se vuelve más denso. Era cuestión de tiempo, pero escucharlo así, tan claro, lo hace real. Aspiro profundamente y le miro a los ojos. Es hora de decirlo todo.

—Adam…, hay algo que necesitas saber —empiezo, bajando la voz—. Sasha Harper, la periodista de *Motorsport Insider*, ha descubierto que Maxime estuvo detrás del incidente del que ella fue víctima en el Velvet Club de Imola. Oyó a Maxime hablar de ello con alguien en el *motorhome*. Por lo visto, contrató a un tipo para que la drogara.

Adam asiente lentamente, todavía procesando la información, su tableta olvidada por un momento mientras comprende la magnitud del problema.

—¿Qué… qué quieres decir, exactamente? —pregunta, serio y cauteloso.

Le explico, de manera resumida pero suficiente para transmitir la magnitud de la amenaza: lo que Sasha oyó, cómo reconoció la voz de Maxime y cómo todo encaja con aquel incidente que pudo haberla lastimado. Cada palabra pesa; no hay margen de error ni de subestimar la amenaza.

—Esto lo cambia todo —dice—. Si lo que dices es cierto, Maxime no solo se está comportando como un delincuente, sino como un hombre peligroso.

Asiento.

—Ya he tomado medidas. Sienna Blake y el equipo de seguridad estarán con Sasha todo el tiempo. No va a estar sola en ningún momento.

Si Maxime intenta hacerle algo, se lo impediremos.

Adam asiente, muy serio. Mientras el ruido del *paddock* sigue a nuestro alrededor, aquí, en este corredor apartado, cada decisión que tomemos a partir de ahora puede marcar la diferencia. Cada movimiento cuenta; cada segundo es vital.

Capítulo 49



Sasha
Las Vegas. Sábado noche
Después de la P3 y la *qualy*

El ascensor del hotel se abre con un sonido metálico y avanzo por el pasillo del hotel, todavía con la adrenalina de la clasificación latiendo en mis venas. El ruido de Las Vegas se filtra incluso hasta aquí: bocinas de coches, música, voces que parecen no agotarse nunca… Pero yo no pienso en las luces ni en el bullicio. Solo en Maxime. En esa sombra constante que me obliga a mirar por encima del hombro incluso cuando estoy «a salvo». Odio este miedo que ha conseguido crear en mí.

Cierro la puerta de la habitación detrás de mí y me dejo caer unos segundos sobre la cama. Inspiro profundamente y exhalo poco a poco. No voy a permitir que el miedo me paralice. No ahora. He trabajado demasiado para estar aquí, para contar esta historia desde dentro. Y si quiero seguir adelante, necesito aferrarme a lo que sé hacer: escribir.

Me levanto despacio, como si cada movimiento necesitara convencer a mi cuerpo de que todavía tengo el control, y enciendo la lámpara de la mesita del lado de mi cama. La luz cálida contrasta con los destellos de neón que se cuelan por la ventana, recordándome que allá fuera el mundo sigue girando a un ritmo frenético mientras yo trato de poner orden en mi cabeza.

Abro el portátil y repaso mis notas de la tercera práctica y de la clasificación. Los tiempos, los adelantamientos, las fricciones apenas

disimuladas. El duelo entre Eric y Maxime en la pista, la sorpresa de Luca, la tensión casi palpable en cada vuelta. Cada detalle me habla de un deporte que vibra en la superficie, pero que esconde turbulencias oscuras. Mis dedos vuelan sobre el teclado, escribir se convierte en un refugio, una forma de convencerme de que todavía hay espacio para la verdad en medio del ruido.

La adrenalina no cede. Se mezcla con el cansancio y con un nudo extraño en el estómago. Me sorprendo mordiéndome el labio, con la respiración agitada como si aún escuchara los motores rugiendo a centímetros de distancia. Escribir me ancla, me recuerda que estoy aquí por algo más grande que el miedo.

Me repito a mí misma que estos artículos no son solo un trabajo: son mi forma de mantenerme en pie, de no dejar que Maxime me robe también la calma. Son mi escudo y mi recordatorio de que sigo siendo dueña de mi voz, aunque él intente arrebatarme la paz.

Dos horas más tarde, escucho el clic de la cerradura. Ese sonido casi insignificante hace que mi cuerpo reaccione con un sobresalto. Mis dedos se tensan sobre el teclado antes de que mi mente pueda procesarlo. Levanto la vista y veo entrar a Eric. Su silueta queda perfilada por la luz del pasillo, y de inmediato reconozco el gesto serio, la tensión aún marcada en sus facciones. Lleva el peso del día sobre los hombros.

Deja la chaqueta en la silla con un movimiento distraído y me mira como si buscara las palabras en un idioma que no termina de encontrar.

—¿Cómo estás? —pregunta en voz baja—. ¿Has cenado algo?

Asiento, aunque la verdad es que apenas probé bocado. Eric se inclina un poco, apoyando la mano en el respaldo de mi silla, con ese gesto protector que me desarma, aunque trate de ocultarlo.

—Hoy ha sido un día larguísimo… —Su voz suena áspera, cargada de cansancio—. Entre la carrera, las entrevistas, el equipo… siento como si llevara una vida entera encima. Estoy agotado, Sasha, de verdad.

Se pasa una mano por el cabello, suspira y me dedica una mirada en la que se mezclan el cansancio físico y algo más profundo, como si dentro de él estuviese librando una batalla.

—Lo único que quería era llegar y verte… —añade en un tono más bajo, casi vulnerable.

La ternura dura apenas un instante. Eric se endereza, me sostiene la mirada y entonces, con su voz grave que no admite rodeos, suelta lo que inevitablemente debía llegar:

—Tengo que contarte algo —dice finalmente.

El pulso se me acelera y mi corazón late tan fuerte que me cuesta respirar con calma. Me enderezo en la silla, como si al alzar la espalda pudiera prepararme mejor para lo que viene.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, bajando la voz más de lo que pretendía.

Eric arrastra una silla hasta quedar frente a mí. Se frota las manos y respira hondo.

—Antes de que veas nada en las redes, quiero que sepas que el equipo ya tiene toda la información sobre lo que ha hecho Maxime y ha tomado una decisión —dice, finalmente—. Después de esta carrera, Maxime ya no formará parte de Velocity Racing. Le van a rescindir el contrato. Por lo tanto, quedará un asiento libre en el equipo y aún no sabemos qué va a pasar.

Parpadeo, incrédula al principio. Sus palabras se clavan en mí como un golpe de aire frío. Un alivio inmediato recorre mi pecho, casi físico, como si una de las tantas cadenas que me aprietan se hubiera roto de golpe. Y, sin embargo, la tensión no desaparece del todo. Porque la realidad me alcanza en un segundo: hasta mañana, hasta que la bandera a cuadros caiga, Maxime seguirá estando cerca. Y esa idea me hiela la sangre.

—Es un paso enorme —logro decir, intentando forzar una sonrisa que apenas se dibuja en mis labios. Pero mis manos delatan lo que trato de ocultar: tiemblan sobre el escritorio, como si mi cuerpo se negara a creer en la seguridad que mi mente ansía—. Pero todavía falta la última carrera.

Eric asiente despacio, sus ojos fijos en los míos. Están cansados, marcados por el peso de la jornada, pero en esa mirada hay una firmeza que me sostiene.

—Por eso quiero que sepas que no estarás sola —me dice, con voz suave ahora, pero igual de contundente—. Sienna, el equipo de seguridad, yo… Todos nos hemos coordinado. Maxime no va a tener ninguna oportunidad de acercarse a ti; no te va a pasar nada.

Lo miro en silencio, dejando que sus palabras me calen. Una parte de mí se aferra desesperada a esa promesa, a la determinación que veo en él. Y otra parte, la más vulnerable, se permite reconocer lo mucho que necesito creer en alguien como Eric para no derrumbarme.

—Gracias por no dejar que me hunda por culpa de todo esto —susurro.

Eric me rodea con el brazo, apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos, como si pudiera esconderme del mundo en ese instante. Siento su calor, su fuerza, esa calma contenida que contrasta con el ruido que late dentro de mí.

Afuera, las luces de Las Vegas, la ciudad de la celebración permanente, parpadean. El mundo sigue girando, inconsciente de nuestro particular drama, de que lo que ocurra mañana puede cambiarlo todo para nosotros.

Eric rompe el silencio y afirma con determinación:

—Mañana, si noto que Maxime intenta algo, lo que sea… Me da igual la carrera, voy a ir a por él.

Levanto la cabeza de golpe y lo miro a los ojos, incrédula.

—¿Qué? No, Eric, ni se te ocurra. —Mi tono es más rotundo de lo que esperaba—. No puedes dejar que te arrastre a su terreno. Ese es justamente su juego. Lo que quiere es sacarte de tu foco, hacerte perder todo lo que has trabajado durante este año. Sabe que es su única opción para ganarte.

Él aprieta la mandíbula, tenso. Es evidente que la rabia le hierve bajo la piel.

—No voy a quedarme de brazos cruzados si veo que estás en peligro.

Me inclino hacia él, sin apartar la mirada.

—Y yo no voy a permitir que tires por la borda tu campeonato por culpa de ese tío. —Trago saliva, la voz me tiembla, pero sigo—. Necesito que estés concentrado, ¿me oyes? Tienes que descansar, mañana has de

salir a la pista con la cabeza fría. Lo que ocurra fuera de esa pista lo vamos a controlar los demás. Voy a estar bien.

Eric se queda en silencio, con los ojos clavados en mí, como si quisiera discutir, como si necesitara soltar toda esa furia contenida, pero después suspira y baja un poco la guardia, aunque todavía noto la tensión en sus hombros.

—A veces me olvido de lo fuerte que eres —murmura.

Intento sonreír, aunque siento un nudo en la garganta.

—No es cuestión de fuerza, Eric. Es cuestión de sobrevivir. Y mañana, la forma de hacerlo… es que tú cruces el primero la línea de meta.

Asiente al fin, resignado, y me acaricia el rostro con la yema de los dedos. Yo me obligo a respirar hondo, a mantenerme firme, pero no me resulta fácil.

Aun así, debemos conservar la calma antes de la tormenta.

MOTORSPORT INSIDER

¡Escándalo en la Fórmula 1! Maxime Dupont y la tormenta que sacude Velocity Racing

Por Sasha Harper

Lo que prometía ser un fin de semana espectacular de cierre de temporada en Las Vegas se ha convertido en un auténtico huracán mediático. El piloto francés Maxime Dupont, figura clave de Velocity Racing, está en el centro de la polémica tras filtrarse información sobre su presunta implicación en situaciones extremadamente delicadas fuera de la pista, lo que ha generado un terremoto en la parrilla y entre los aficionados.

Según fuentes cercanas al paddock, la tensión interna del equipo ha alcanzado niveles insostenibles. Velocity Racing ha confirmado que el contrato de Maxime Dupont será rescindido, y que, tras el Gran Premio de Las Vegas, ya no formará parte de la escudería. Esta decisión deja una plaza vacante en uno de los equipos más importantes de la temporada, justo en el momento en que Eric Brown, Maxime Dupont y Luca Rossi se juegan el campeonato de pilotos en la última carrera.

Dupont, conocido por su carisma frente a los medios y su actitud confiada en la pista, no ha hecho declaraciones. Sin embargo, diversas fuentes señalan que la decisión del equipo estaría relacionada con una investigación interna iniciada en los últimos días, tras descubrirse supuestas irregularidades que habrían comprometido la imagen y la

integridad del equipo. La salida de Dupont marca un giro inesperado en esta final de temporada y abre un abanico de preguntas sobre cómo afectará al campeonato y a la dinámica interna de Velocity Racing. Con Eric Brown en la pole y Luca Rossi intentando mantener su posición en el campeonato, el equipo tendrá que reorganizarse rápidamente para afrontar la última carrera de manera competitiva.

El Gran Premio de Las Vegas, convertido en epicentro de la atención mundial, será escenario no solo de la batalla final por el campeonato, sino también de los últimos pasos de Maxime Dupont bajo los colores de Velocity Racing. Entre el brillo de los neones y el ruido de los motores, la Fórmula 1 vive uno de sus fines de temporada más tensos, dramáticos y mediáticos de los últimos años.

Seguiremos informando a medida que surjan nuevas declaraciones y se confirmen detalles adicionales por parte del equipo y la FIA.

MOTORSPORT INSIDER

La parrilla de salida de cara al último GP de la temporada

Por Sasha Harper

La noche de Las Vegas nunca había brillado con tanta intensidad como lo hace hoy. No solo hablamos de luces de neón y espectáculos, sino del mayor evento deportivo: el último Gran Premio de la temporada. Todo está servido para un desenlace que promete ser histórico, y la clasificación nos ha dejado una parrilla de salida que eleva la tensión hasta niveles insoportables.

Eric Brown partirá desde la pole position. El británico ha demostrado, una vez más, que su sangre fría y su precisión milimétrica marcan la diferencia en los momentos clave. Su vuelta final fue impecable, con cada sector medido al límite, logrando arrancar el rugido del público, que sabe que mañana puede convertirse en campeón del mundo.

Junto a él, en la primera fila, estará Ethan Williams, que ha sorprendido con un ritmo constante y sólido durante toda la sesión. Su segundo puesto no solo le asegura una salida privilegiada, sino también la oportunidad de inmiscuirse en la batalla que todos esperan entre Brown, Rossi y Dupont.

En tercera posición, Luca Rossi. El italiano no pudo extraer todo el potencial de su monoplaza en la última vuelta lanzada, pero su garra es indiscutible y parte desde una posición que le permite estar al acecho desde el inicio. Su estilo agresivo y su capacidad para ganar terreno en

las primeras vueltas hacen que nadie lo descarte en la lucha por el título.

El cuarto lugar lo ocupa Maxime Dupont, en medio de la tormenta mediática más grande de su carrera. La pista lo mantiene en el foco deportivo, pero fuera de ella el francés carga con titulares que han eclipsado su desempeño. Aun así, Dupont ha vuelto a demostrar que es competitivo, y desde la segunda fila puede convertirse en una amenaza inmediata si encuentra ritmo en la carrera.

La parrilla de salida refleja lo que todos esperábamos: un final de temporada que se decidirá en la pista, rueda contra rueda, sin concesiones. Los cuatro primeros, cada uno con sus motivaciones, representan un tablero de ajedrez donde cualquier error puede costar un campeonato.

Mañana, cuando el semáforo se apague, el destino de toda una temporada se resolverá en las calles iluminadas de Las Vegas. Y yo, desde este lado del muro, solo puedo contener la respiración.

Capítulo 50



Eric

Las Vegas. Sábado noche y domingo por la mañana

Cuando Sasha se queda dormida apoyada en mi pecho, todo en mí se aquieta. Su respiración es suave, constante. Su ritmo lento contrasta con el ruido que tengo en la cabeza. Fuera, la ciudad sigue despierta, pero aquí dentro todo es silencio.

Podría pasarme la noche entera mirándola. Hay algo en su forma de dormir, en cómo su frente se relaja, que me hace pensar que todo lo que está mal en el mundo podría arreglarse. Pero sé que necesito cerrar los ojos, conservar energía, guardar la calma antes de que amanezca, pues mañana probablemente será uno de los días más importantes de mi vida. Pero, antes de dormir, llamo a Nate.

—Solo quería darte las gracias por tu trabajo. Gracias a ti, hemos podido descubrir lo que Maxime ha estado haciendo —le digo en cuanto descuelga.

Al otro lado, escucho su risa breve que denota cansancio.

—No me des las gracias todavía. Mañana nos vemos en el *paddock*, y ahí lo celebraremos de verdad.

—Hecho —respondo, sintiendo un alivio extraño. Nate consigue que me tranquilice, que pueda confiar en que todo va a estar bien.

Colgamos. Dejo el móvil en la mesa y me giro hacia Sasha. Me acerco despacio, la rodeo con un brazo y la abrazo con cuidado. Ella se acomoda entre mis brazos, suspira en sueños… Y es lo último que escucho antes de dormirme.

La noche pasa como un suspiro, entre sueños fragmentados y el murmullo lejano de la ciudad que nunca se detiene. Mi mente viaja una y otra vez a la carrera, a las vueltas, a la sombra de Maxime y a lo que está en juego. Y, cada vez que el miedo asoma, al sentir el calor de Sasha a mi lado, consigo volver a respirar.



El despertador suena demasiado pronto. Sasha se despereza a mi lado, y lo primero que hace es sonreírme, como si quisiera recordarme que no hay espacio para las dudas.

—Hoy es tu día —susurra, con esa calma suya que siempre consigue atravesarme por dentro.

Asiento sin hablar. Nos movemos en una sincronía silenciosa: ella recoge su bolso, yo reviso los guantes, el reloj, la llave del coche. Somos dos piezas que encajan a la perfección sin necesidad de palabras.

Sasha desaparece unos minutos en el baño. Escucho el suave sonido del agua, el roce de la tela, la puerta que se abre y se cierra. Me quedo sentado en el borde de la cama, mirando la ventana del hotel y el reflejo lejano de las luces de la ciudad. Intento concentrarme en la carrera, pero mi mente vuelve una y otra vez a ella, a todo lo que hemos pasado hasta llegar aquí.

Cuando sale del baño, el tiempo parece detenerse. Lleva un vestido corto azul, de tonos más claros que los colores de Velocity Racing: una mezcla perfecta entre el azul marino y el blanco del equipo. La luz de la mañana se refleja sobre la tela. Tengo la sensación de que nunca la había visto así tan serena, con un aspecto tan fuerte e inquebrantable. Por un segundo, se me olvida la presión, el miedo, el campeonato.

Solo puedo mirarla y pensar que, pase lo que pase, ya he ganado algo que no quiero perder.

Ella me sostiene la mirada.

—¿Qué? —pregunta, arqueando una ceja y sonriendo.

Recoge su bolso.

—Nada… —respondo—. Es solo que estás impresionante.

Ella niega suavemente con la cabeza, restando importancia a mis palabras, pero sé que puede ver en mis ojos cuánto la admiro y la deseo, y que tenerla aquí, conmigo, lo cambia todo.

Vamos a la entrada del hotel, donde nos espera el coche del equipo. El amanecer de Las Vegas tiñe de naranja las calles vacías, como si la ciudad, después de tantas horas de ruido y luces, se tomara al fin un respiro antes de que el espectáculo vuelva a comenzar.

El aire fresco de la mañana contrasta con la resaca de neones que todavía palpita en el horizonte. El murmullo lejano de las máquinas de limpieza y algún taxi perdido rompen el silencio, pero aquí dentro, en esta burbuja que formamos Sasha y yo, todo parece distinto.

Subimos al coche. En cuanto arranca, ella coloca su mano sobre la mía en la consola, firme, cálida, anclándome al presente. Me aferro a ese contacto como si fuera el mejor talismán antes de enfrentarme a la batalla que me espera en la pista.

—No tienes que estar nervioso —me dice. Su voz suave se cuela hasta donde las palabras no alcanzan—. Vas a hacerlo genial.

La miro de reojo y asiento, pero noto un nudo en el estómago, como siempre me ocurre antes de una carrera. Aunque esta vez es diferente. Hay tanto en juego que siento que apenas puedo respirar. Sin embargo, con ella a mi lado, consigo rehacerme y no desmoronarme antes de llegar al circuito.

Sasha está preciosa. No puedo dejar de mirarla. Ese vestido azul le queda genial. Verla así, tan luminosa, me da unas fuerzas que no esperaba encontrar en una mañana como esta. Con la ciudad detrás del cristal, dorándose con la luz del amanecer, y ella sentada a mi lado, ajena a todo el ruido del mundo, me parece estar viviendo un sueño.

Pienso en todo lo que se ha esforzado para llegar hasta aquí. Sasha no pertenece a este mundo de motores, focos y estrategias, y aun así se ha abierto paso entre nosotros como si siempre hubiese estado destinada a estar aquí. Tiene una forma distinta de mirar las cosas; no solo observa las carreras, las siente desde su posición de periodista.

Entiende el trabajo de precisión que hay en cada adelantamiento, entiende cada gesto en el box… Es como si pudiera ver más allá de los cascos de los pilotos y de los cronómetros. Me intriga cómo alguien con tanta sensibilidad, con tanto talento para las palabras, decidió sumergirse en un entorno tan despiadado como este. Y antes de pensarlo demasiado, la pregunta se me escapa:

—¿Cómo llegaste a la Fórmula 1, Sasha? ¿Por qué elegiste este mundo?

Ella sonríe, casi con timidez. Es evidente que no esperaba que le hiciera esta preguntara ahora, en este momento. Su mirada se pierde un instante por la ventanilla, en el amanecer que aún pinta de dorado los edificios.

—La verdad es que… no entré en la F1 por casualidad, pero tampoco de la forma que muchos creen. Llegué porque Klaus Flick, mi compañero, se dio de baja por paternidad, y alguien tenía que sustituirlo. —Hace una pausa, como si midiera lo que viene después—. Y porque mi propósito principal era entrevistarte a ti. Conseguir una exclusiva contigo.

—Klaus es un buen tipo —comento, recordando los encuentros fugaces en ruedas de prensa y la calma con la que siempre se movía entre tanto caos—. Lo respeto mucho.

Me acomodo un poco en el asiento, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y noto cómo la curiosidad me quema por dentro.

—Pero, dime…, ¿por qué esa entrevista conmigo? —pregunto.

Ella asiente, mordiéndose ligeramente el labio.

—Desde que empecé en esto, sabíamos que queríamos contar tu historia. Tu manera de correr, tu forma de estar en la pista… En *Motorsport Insider* siempre pensamos que había mucho más detrás del piloto que todos ven en la tele. —Hace una pausa y baja un poco la voz—. Pero entonces todo cambió… y ahora siento que estoy viviendo algo mucho más grande de lo que imaginaba.

Me quedo unos segundos en silencio, procesando lo que acaba de decir. No porque me parezca raro, sino porque me conmueve su sinceridad.

Me río suavemente y niego con la cabeza.

—Pues entonces entrevístame ahora. Tienes un asiento privilegiado, Sasha. Tienes a tu protagonista justo aquí, atrapado en un coche contigo

antes del Gran Premio más importante de su vida.

Ella abre los ojos como si no pudiera creer lo que acaba de oír.

—¿De verdad me estás diciendo que…?

—Hazme la entrevista. Ahora. Antes de llegar al *paddock*.

El brillo en su mirada es tan genuino que me desarma. Con dedos ligeramente torpes por la emoción, saca la grabadora de su bolso a toda prisa. La forma en que la enciende, nerviosa pero entusiasmada, me arranca una sonrisa.

—Bien… Eric, vamos a empezar con algo fácil —dice, tomando aire—. ¿Cuál dirías que ha sido el momento más decisivo de tu carrera hasta ahora?

Respiro hondo, sorprendido por lo directa que es, y me dejo llevar:

—Hay muchos…, pero si tuviera que escoger uno, sería la primera vez que sentí que podía competir al nivel de los grandes. No fue un podio ni una victoria, sino un día en que supe que podía mantener la cabeza fría cuando todo a mi alrededor explotaba.

Sasha asiente, con una sonrisa leve, como si mis palabras la impulsaran a seguir.

—Y, fuera de la pista…, ¿qué te mantiene motivado?, ¿qué te hace levantarte cada día y querer seguir?

Miro la carretera frente a nosotros, concentrado, y no puedo evitar que un destello de honestidad se cuele en mi voz:

—Hay muchas cosas, pero ahora mismo… hay alguien que me recuerda por qué vale la pena darlo todo. —Veo que ella sonríe, sorprendida, y baja la grabadora un instante antes de volver a centrarse en la entrevista.

Sigue haciéndome varias preguntas hasta que nos acercamos a nuestro destino. Todas ellas son bastante personales, un tipo de preguntas que no suelo responder en las ruedas de prensa, pero me sorprende la facilidad con la que puedo hablar con ella.

—Dejando a un lado la competición, ¿qué es lo que más te hace disfrutar cuando participas en una carrera? —me pregunta, sosteniendo con firmeza la grabadora ante mí y con los ojos brillando de curiosidad.

—La sensación de libertad. Cuando el coche responde a cada movimiento y parece que nada más existe. Es lo más parecido a volar que he sentido nunca.

Ella sonríe, como si se guardara esa respuesta para sí misma, y luego se inclina un poco más hacia mí.

—¿Y qué es lo que menos te gusta?

—Los silencios después de una derrota. Cuando bajas del coche y compruebas que todo el esfuerzo que has hecho no ha sido suficiente. Ese vacío es peor que cualquier crítica.

Hace una pausa, como midiendo si debe arriesgarse con la siguiente.

—¿Y qué parte de ti crees que casi nadie conoce?

La pregunta me toma por sorpresa, pero no desvío la mirada.

—Supongo que… la gente cree que soy invulnerable, que siempre estoy listo para ganar. Pero no es cierto. Me equivoco, dudo, tengo miedo…, aunque a veces me cuesta reconocerlo.

El ambiente dentro del coche cambia con cada respuesta. La entrevista que empezó siendo un juego se ha convertido en una conversación íntima, una ventana abierta a mi interior que normalmente mantengo cerrada con llave.

—Última pregunta mientras llegamos al *paddock* —dice, con una mezcla de picardía y seriedad—. ¿Cuál es tu miedo más grande cuando estás en la pista?

Cierro los ojos un segundo, sintiendo cómo la adrenalina empieza a mezclarse con algo más cálido, más humano.

—Perder el control… y no poder proteger a los que dependen de mí. Esos son mis fantasmas.

El coche se detiene frente al *paddock*. El mundo exterior irrumpe como un rugido: el ruido de motores, voces y cámaras nos envuelve. Sasha guarda la grabadora con cuidado, se alisa el vestido y su expresión cambia. La mujer que acaba de desnudar mi alma se convierte en la periodista dispuesta a enfrentarse al caos que rodea la Fórmula 1.

Yo inspiro hondo. Miro hacia el *pit lane* y, por un momento, todo el ruido se apaga. Solo existen la recata, la línea de salida y esa certeza que

me quema por dentro. Hoy todo se decidirá en la pista.

Capítulo 51



Sasha
Las Vegas. Domingo
Antes del GP

Me encuentro con Sienna en el *paddock*, entre el bullicio de técnicos, periodistas y pilotos que se mueven con precisión coreografiada. El olor a neumático quemado y a combustible recién derramado se mezcla con el aroma del café que los equipos se están preparando para mantenerse despiertos en todo momento. Las pantallas muestran los tiempos de las prácticas y la clasificación, y los cronómetros parpadean con cada tiempo. Mientras tanto, yo trato de concentrarme en mi misión: terminar el artículo sobre Eric antes de que comience la carrera.

Sienna se sienta a mi lado, revisando su libreta, y yo abro el portátil sobre una mesa improvisada dentro del garaje del equipo de Aurora Motorsport. Tecleo con rapidez, como si cada palabra pudiera capturar la esencia de lo que se ve en pista y transmitir la intensidad de este deporte. Cada frase refleja la concentración de Eric, la manera en que siempre maneja el coche con precisión quirúrgica, y cómo su mente siempre trata de estar centrada en la pista. Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa y se relaja al compás del sonido de las teclas mientras cuento la historia de Brown.

A medida que avanzo, me rodea el murmullo constante del *paddock*: mecánicos gritando, cámaras enfocando a los pilotos, la mezcla de excitación y tensión flotando en el aire. Cada pitido, cada grito, cada

motor que ruge me recuerda que no puedo distraerme. Cada segundo cuenta. Quiero reflejar esta sensación y quiero que cada detalle que incluya en este artículo marque la diferencia para los lectores. Sienna me lanza un par de miradas cómplices. Compartimos silencios llenos de entendimiento, no necesitamos palabras para transmitirnos seguridad y apoyarnos en nuestro trabajo.

Tras una hora intensa concentrada en escribir este artículo, finalmente lo doy por terminado. Lo leo una última vez, repasando cada palabra y sintiendo cómo cada línea refleja la historia que quería contar. Me siento satisfecha; cada frase, cada detalle, cada giro en la narrativa me recuerda por qué elegí este trabajo. Este artículo no es solo un encargo más, es la oportunidad de mostrar a Eric Brown como piloto y como persona, y de transmitir al público la pasión que lo impulsa en cada vuelta.

Sonrío, satisfecha, y sin pensarlo demasiado, escribo a mi jefe, Mike Hamilton, para mandarle el artículo y que lo publique en la web. Mientras escribo, siento un pequeño hormigueo de orgullo y responsabilidad, porque sé que mi artículo servirá para que los lectores conozcan al verdadero Eric Brown.

Poco después, mi teléfono vibra. Abro el mensaje de Mike y leo.

¡Me ha encantado! Excelente trabajo, Sasha.

Escribo rápido, aún con la emoción recorriéndome el pecho.

Gracias, Mike. Me alegro mucho de que te haya gustado.

Su respuesta llega casi al instante.

Estoy muy orgulloso de tu trabajo. Has conseguido transmitir la pasión y la

intensidad de Eric como pocos podrían hacerlo. Lo has hecho genial.

No puedo evitar sonreír de nuevo, dejando que las palabras calen en mí. Respiro hondo y le contesto:

Significa mucho viniendo de ti. Gracias por confiar en mí.

Confío en ti siempre. Este artículo es de los que marcan. Hoy, los lectores van a sentir la pista, los motores y la tensión como si estuvieran allí contigo.

Una oleada de satisfacción y orgullo me recorre. Las palabras de felicitación de mi jefe hacen que sienta que todo el esfuerzo que he hecho ha valido la pena. Respiro hondo, permitiéndome disfrutar de ese momento, y me reclino ligeramente en la silla. La actividad sigue a mi alrededor, pero hay un silencio relativo del *paddock*.

Justo entonces otra vibración corta el aire. Miro el teléfono y leo sorprendida el mensaje:

Ya estamos aquí. Gracias por invitarnos.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Son los padres de Eric.

Hace unos días, cuando escuché a la madre de Eric gritarle de esa manera, no pude haber imaginado que hoy estarían en Las Vegas para el Gran Premio, y mucho menos que yo estaría involucrada de alguna manera en su llegada. La sensación me llena de ternura y de un calor inesperado en medio del estrés del *paddock*.

Ayer telefoneé a la madre de Eric, tras pedirle el número a Adam. Le expliqué lo importante que son ella y su marido para él, lo mucho que su presencia le daría apoyo y fuerza en un momento tan crucial. Le hablé de la intensidad de la temporada, de la presión que sufre Eric, y le dije que tenerlos cerca sería un revulsivo para él.

Adam no ha dudado ni un segundo en ayudarme a organizarlo todo. Nos coordinamos para conseguir pases vip para los padres, de forma que pudieran estar lo más cerca posible de su hijo sin interferir en la rutina del equipo.

Necesito un instante para procesar la mezcla de emociones que siento en este instante: orgullo, sorpresa y un leve cosquilleo de alegría. Saber que Eric tendrá a sus padres cerca durante un día tan crucial me da una sensación de calma, aunque también aumenta la ansiedad por lo que está por venir.

No puedo evitar imaginar la reacción de Eric cuando vea a sus padres, cómo se iluminará su rostro al darse cuenta de que su familia ha ido a verlo, a apoyarlo sin que él lo esperara. Para mí, es un pequeño triunfo en medio de toda la tensión del Gran Premio.

Guardo el teléfono con cuidado. De momento, no voy a decírselo a nadie. Esta pequeña sorpresa será solo para Eric. Cada detalle cuenta en un día como hoy.

Respiro hondo. Soy consciente de que estos momentos de calma antes del caos que traerá la carrera son un pequeño lujo, y quiero disfrutar de él.

—Vamos a saludar a Luca —dice Sienna, compartiendo una sonrisa cómplice.

Nos levantamos y nos abrimos paso entre el bullicio del box. Estamos rodeadas de un montón de pantallas, de ingenieros y de asistentes que pasan corriendo de un lado a otro. Cada paso que damos me recuerda la magnitud del día: el rugido de los motores, el olor a neumático caliente y gasolina, los flashes de las cámaras que capturan cada gesto, cada movimiento. Todo es un recordatorio de que estamos en el corazón de la Fórmula 1, en el último Gran Premio de la temporada.

Vemos a Luca junto a su coche, rodeado de su equipo, concentrado en hacer los últimos ajustes antes del caos. Sus manos se mueven con precisión, con gestos seguros y medidos, pero su mirada se ilumina cuando ve que nos acercamos.

—¡Eh, Luca! —digo, riendo ligeramente—. Aquí estamos, listas para molestarte un poquito antes de que todo empiece.

Él sonríe, divertido. En su mirada hay una mezcla de nervios y complicidad.

—¡Gracias por pasaros! —responde—. Se agradece un poco de apoyo antes de empezar.

Siento el impulso de acercarme un poco más.

—Te va a ir genial —le digo—. Has trabajado mucho y sabemos que hoy lo vas a dar todo.

Sienna, rápida y entusiasta, saca la cámara del bolso, todavía sonriente, lista para capturar un poco de contenido para las redes del equipo de Aurora.

—Vamos a enseñarles a todos cómo se vive esto desde nuestro lado —dice mientras enfoca a Luca y graba un par de segundos de sus gestos concentrados y del equipo trabajando a su alrededor.

El piloto ríe de nuevo, más relajado ahora, y nos guiña un ojo mientras se prepara. La escena tiene algo casi íntimo en medio del bullicio: risas, gestos de camaradería, la energía del equipo respirando al mismo ritmo. Los flashes de cámaras y el rugido de los motores alrededor no logran eclipsar este pequeño momento de conexión y apoyo mutuo, del que Sienna y yo somos testigos privilegiados.

Mientras observo a Luca, siento cómo se mezcla la emoción por la carrera con la responsabilidad que tengo: cada detalle que escriba, cada historia que capture hoy formarán parte de la memoria de este Gran Premio. Estoy nerviosa, sí, pero sé que mantenerme concentrada y presente es lo que hará que todo tenga sentido.

MOTORSPORT INSIDER

Eric Brown: Tras el volante, la mente y la pasión de un campeón

Por Sasha Harper

Eric Brown no es solo un piloto de Fórmula 1, es un ejemplo de disciplina, precisión y concentración en cada curva. Desde su llegada a la máxima categoría, su carrera se ha caracterizado por su determinación y su control, algo que lo diferencia de otros competidores. Su actitud dentro y fuera de la pista revela a un piloto que entiende que el éxito en la Fórmula 1 no solo es cuestión de velocidad, sino de estrategia, resistencia mental y preparación minuciosa. Quien lo observa de cerca, como yo he tenido la oportunidad de hacer, nota que detrás de esa máscara de control hay una tensión constante. Cada mirada, cada gesto medido, parece proteger algo que solo él conoce.

En la pista, Brown demuestra un estilo que combina agresividad calculada con calma sorprendente. Cada adelantamiento, cada frenada, cada maniobra estratégica evidencia que no se trata solo de competir, sino de anticipar movimientos, comprender los límites del coche y adaptarse al comportamiento del asfalto en cada vuelta. «La diferencia entre ganar y perder está en los detalles que nadie ve», comenta Brown sobre su enfoque meticuloso. Desde mi lugar como periodista, puedo decir que esa atención al detalle no es solo técnica: es también un reflejo

de su carácter, de cómo su necesidad de control se traslada a cada aspecto de su vida profesional.

La temporada actual ha estado marcada por una tensión adicional: la rivalidad con Maxime Dupont, su compañero de equipo y competidor directo. La situación fuera de la pista alcanzó un punto crítico, y el equipo Velocity Racing ha decidido rescindir el contrato de Dupont tras el Gran Premio de Las Vegas. Aun así, Brown mantiene la concentración, demostrando que el valor de un piloto se mide tanto en la mente como en el desempeño físico y técnico.

Más allá de la pista, su enfoque y profesionalidad se reflejan en la relación con su equipo. Desde la coordinación estratégica hasta la comunicación con el personal de ingeniería, Eric sabe que cada decisión afecta no solo a su rendimiento sino también al resultado colectivo. La capacidad de liderar con calma, incluso bajo presión, es un rasgo que lo distingue y que inspira confianza dentro del equipo de Velocity Racing. He tenido la oportunidad de ver momentos en los que es capaz de mantener esa calma incluso cuando todo parece tambalearse; es un equilibrio que no todos pueden mantener y que revela mucho de quién es Eric realmente.

Los entrenamientos, las prácticas y la clasificación previa al GP de Las Vegas han mostrado a un Brown concentrado, seguro de sus movimientos, que estudia cada curva y evalúa cada maniobra de sus rivales. Su habilidad para mantener la cabeza fría en medio de la tensión y la adrenalina es una de las razones por las que hoy se encuentra en la pole, listo para afrontar la carrera que podría definir la temporada.

Su historia dentro del deporte también refleja un proceso de crecimiento constante. Desde sus primeras competiciones hasta su consolidación en la máxima categoría del mundo del automovilismo, Brown ha trabajado para perfeccionar cada aspecto de su pilotaje:

técnica, resistencia física, toma de decisiones en décimas de segundo y, sobre todo, gestión emocional. En un deporte donde cada error se paga caro, la capacidad de mantener la calma frente a la presión es tan valiosa como la velocidad misma.

El Gran Premio de Las Vegas representa, más allá de la lucha por el campeonato, un escenario en el que Eric Brown puede demostrar que la excelencia no depende únicamente del talento natural. Requiere disciplina, preparación, concentración y, sobre todo, pasión. Desde el pit lane hasta la cabina del coche, Brown encarna la combinación perfecta de mente estratégica y reflejos impecables, ofreciendo una lección de cómo se construye un campeón en la Fórmula 1 actual.

Mientras la temporada se acerca a su desenlace, los ojos del mundo están sobre él. Cada vuelta, cada curva, cada adelantamiento serán observados con atención por aficionados y expertos. Pero para Brown la prioridad sigue siendo la misma: controlar lo que depende de él, mantenerse enfocado y dar lo mejor en cada instante. Su trayectoria demuestra que la grandeza en este deporte no depende solo del talento, sino de la disciplina, la pasión y la capacidad de mantener la mente clara incluso bajo la presión más extrema.

Para quien ha tenido la oportunidad de acercarse un poco más, se percibe la faceta más humana: Eric Brown, bajo esa fachada de piloto invencible, es consciente de lo que significa proteger a los que dependen de él y de la responsabilidad que conlleva cada decisión.

Capítulo 52



Eric
Las Vegas. Domingo
GP

El *pit lane* es un hervidero de actividad, pero mi mundo se ha reducido a este instante. Siento la vibración del motor bajo mis pies, mi respiración acelerada, los susurros del equipo por radio… Los cronómetros parpadean, los neumáticos humean y el olor a gasolina y caucho quemado me envuelve, pero no dejo que nada me distraiga.

Repaso mentalmente la estrategia de la carrera, los puntos críticos, la gestión de neumáticos, cada adelantamiento posible. Nada puede fallar. Hoy no es solo otra carrera: el campeonato se decide aquí y ahora. Mis manos tiemblan ligeramente al ajustar los guantes, noto el sudor frío en la nuca, el casco presionando mi cabeza, recordándome que cada centésima de segundo cuenta.

El rugido de los motores rivales me atraviesa, y por un instante siento cómo la adrenalina y los nervios luchan dentro de mí. Respiro hondo, obligándome a calmar mis músculos, a silenciar el murmullo en mi cabeza. Todo lo demás desaparece cuando me concentro en lo único que importa: la línea de salida y lo que tengo que hacer.

Entonces, un mensaje inesperado irrumpe en mi radio:

—Estás muerto, Eric. —Es Maxime.

No respondo. No puedo. Solo asiento con la cabeza, controlando la respiración, intentando que el pulso frenético en mi pecho no traicione lo que siento. Sé que cada pensamiento fuera de la pista es un riesgo; hoy no

hay espacio para emociones que me desvíen de la concentración absoluta. Hoy no solo es la última carrera. El campeonato de pilotos está en juego.

Siento las manos sudadas al rozar el volante, los músculos tensos, la mandíbula rígida. Respiro hondo, llenando los pulmones, y exhalo lentamente, repitiéndome a mí mismo que todo lo que necesito en este momento está en este coche, en la pista que conozco tan bien. Cada curva, cada frenada, cada aceleración calculada son vitales.

Adam aparece a mi lado por última vez antes de la arrancada y se inclina ligeramente sobre el monoplaza.

—Lo tienes hecho, Eric —me dice con voz firme, pero tranquila—. Concéntrate, confía en ti mismo y en el equipo. Suerte.

Asiento e intento absorber la seguridad que transmite, como si sus palabras fueran un escudo frente a la presión que siento. El ruido del *paddock*, los motores rugiendo, los gritos de los mecánicos, todo se filtra, pero nada me distrae. Lo dejo de fondo mientras mi mente se centra solo en la línea de salida, en los pilotos que tengo detrás de mí, en las décimas de segundo que marcarán la diferencia.

El motor ruge, potente, vibrante, como si conociera la importancia de este día. El casco me aprieta la cabeza, recordándome que cada centímetro de mi cuerpo está atrapado en este instante decisivo. Siento cómo el corazón me golpea con fuerza, pero me obligo a mantener la calma, a dejar que la concentración se haga más fuerte que la ansiedad.

El semáforo se apaga y salimos. Es una salida limpia. Maxime ya está a mi lado, intentando presionarme desde el primer metro. Su estilo es agresivo y arriesgado, y aunque ya lo conozco, no deja de agobiarme. Pero mantengo la calma. Controlo el ritmo, ajusto la estrategia de neumáticos en mi cabeza y miro las curvas como si fueran viejas amigas.

La primera vuelta es un juego de nervios. Maxime intenta recortar terreno por el interior, pero mantengo la trazada ideal y no cede. Luca está cerca, es tercero, sólido y consistente, controlando su ritmo sin cometer errores.

Cada adelantamiento que evalúo está calculado, no hay espacio para la improvisación. Siento cómo mis manos se tensan sobre el volante. Cada

fibra de mi cuerpo está alerta y cada respiración me recuerda que el campeonato se decide aquí.

En la vuelta cinco, Maxime hace un movimiento arriesgado para intentar sobrepasarme en la recta de atrás. Mi instinto me dice que podría perder un poco de terreno, pero confío en el control del coche y en la estrategia que Adam y el equipo me han marcado después de varias reuniones.

Ajusto la presión de los neumáticos en mi mente, suavizo la entrada en la curva y la paso sin perder mucho tiempo. La tensión en mi pecho baja un poco, pero no me relajo, todavía queda mucha carrera.

Luca se mantiene constante, aprovechando cualquier error de Maxime para acortar distancia entre ellos. Sus adelantamientos son elegantes, medidos, y me obliga a seguir calculando cada movimiento. La carrera es un tablero de ajedrez a más de trescientos kilómetros por hora, cada decisión cuenta, cada centésima puede ser determinante.

Las vueltas se suceden y la estrategia del equipo demuestra su valor. Ajustes por radio, información sobre los neumáticos, referencias de los rivales; todo se filtra y se convierte en decisiones rápidas que debo ejecutar sin vacilar.

Maxime realiza maniobras cada vez más arriesgadas, buscando provocar que cometa un error, pero mi concentración está blindada. La adrenalina corre por mis venas, pero no me domina. Tomo con precisión cada curva y aprovecho al máximo cada recta.

En la vuelta quince, escucho la voz de Adam por el intercomunicador:

—Eric, ¿cómo ves las ruedas? Tienes un ritmo bueno hasta ahora, ¿verdad?

—Sí, todo está bajo control —respondo, ajustando la trazada en la curva ocho—. Los neumáticos aguantan bien y el ritmo es constante.

Adam asiente desde el *pit wall*.

—Perfecto, sigue así. Mantén la calma y guarda un poco para el final. Maxime está presionando, pero no está rompiendo tu ritmo.

Un par de vueltas más tarde, llega la sorpresa: Maxime pierde el control en la curva once, trompea y derrapa varios metros sobre el asfalto. Mi

respiración se acelera, pero no puedo permitirme distracciones; solo lo observo mientras recupera la posición, cayendo varias plazas, pero sin salirse de pista. Mi mente procesa rápido: es una oportunidad que no puedo desaprovechar, y ajusto mi estrategia para mantener la ventaja y seguir liderando con precisión.

—Eric, excelente —suena la voz de Adam por radio—. Mantén la línea, controla el ritmo y no te precipites. Maxime ha perdido algo de terreno, aprovecha sin arriesgar demasiado.

—Entendido —respondo, ajustando la trazada para la siguiente curva —. Ritmo estable y ruedas en buen estado.

Adam insiste, firme:

—No dejes que la emoción te domine. Cada vuelta cuenta. Luca está cerca, pero tú tienes el control. Mantén la cabeza fría y sigue tu plan.

Sus palabras me centran aún más. Respiro profundamente, mido cada giro del volante, cada aceleración, cada frenada. Maxime recupera un poco, pero no lo suficiente; su trompo ha marcado la diferencia y mi estrategia sigue intacta.

—Vas perfecto, Eric —me anima Adam—. No hay margen de error ahora. Confío en ti. Mantén la concentración hasta el final y la victoria será tuya.

Asiento, recordando la parada en boxes anterior: fue rápida, impecable, cada mecánico hizo su trabajo con precisión milimétrica.

Esta parada me permite recuperar tiempo, afianzar la ventaja y entrar en la recta final con la calma necesaria para no cometer errores. Cada segundo ganado es una pequeña victoria dentro de esta batalla enorme.

Cada curva es un desafío; cada metro de asfalto, un campo de batalla. Siento la tensión en todo mi cuerpo. Luca sigue presionando, sus adelantamientos son elegantes y calculados, y debo medir bien todas mis maniobras, cada frenada, cada aceleración.

Maxime está intentando recortar distancia, pero sus neumáticos empiezan a ceder, sus movimientos son arriesgados y le hacen perder precisión. La oportunidad que me brinda su anterior error se convierte en

una ventaja que no puedo dejar escapar. Mi respiración está controlada, pero mi corazón late como un tambor enloquecido.

Las últimas vueltas son un infierno. El motor lo llena todo, la vibración del volante me sube por los brazos y siento el pulso martillándome en las sienes.

Por radio, Adam me guía con precisión quirúrgica.

—Mantén la cabeza fría, Eric. Tu ritmo es sólido. No cometas errores ahora. Todo está en tus manos.

Asiento, aunque sé que no puede verme. No hay margen para errores, cierto. Mi respiración se entrecorta dentro del casco; cada metro cuenta.

Cuando por fin veo la bandera a cuadros, un torrente de emociones me atraviesa. La alegría explota dentro de mí, mezclándose con el alivio, la satisfacción y la euforia. No solo hemos ganado la carrera, sino que el campeonato de pilotos es nuestro. Todo el esfuerzo, la tensión, la estrategia y el sacrificio se condensan en ese instante.

Suelto un grito de alegría dentro del casco.

—¡Lo has conseguido! ¡Eres campeón del mundo, Eric! —exclama Adam por radio con la voz quebrada por la emoción.

Doy una vuelta por todo el circuito, saludando y celebrando con la gente que ha vivido este final de temporada increíble. Los aplausos, los vítores, las banderas…; todo me atraviesa como un latido compartido, y siento que la tensión acumulada durante meses se mezcla con la euforia de la victoria.

Y entonces una voz inesperada entra por la radio.

—Eric, aquí tu *rookie* —dice Sasha—. No tengo palabras. Estoy muy orgullosa de ti.

Durante un segundo, todo el ruido desaparece. No oigo el motor, ni los aplausos, ni los fuegos artificiales. Solo su voz.

Cierro los ojos un instante mientras sigo rodando despacio sonriendo bajo el casco.

En ese momento lo entiendo con claridad. He ganado mucho más que una carrera. He encontrado a alguien que hace que todo cobre sentido. La quiero de verdad.

Al llegar a la zona de los integrantes del podio, veo los coches de Ethan y Luca ya estacionados, pero apenas los registro. Mis sentidos están concentrados en algo más grande: la liberación que explota dentro de mí.

Salto del coche, todavía temblando por la tensión de la carrera. El motor se apaga, pero mi corazón sigue martilleando como si no hubiera visto la bandera a cuadros. Mi equipo me espera…, pero no voy hacia ellos. No hoy. Hoy, cada paso me lleva directo al box de Aurora Motorsport, al lugar donde está Sasha y donde realmente necesito y quiero estar. Con ella. La adrenalina, el orgullo y el alivio me empujan hacia adelante.

Corro como si quisiera atrapar cada segundo de este momento, cada gesto del equipo, cada mirada de quienes me han acompañado en esta carrera. La victoria ya no es solo un número en la clasificación: es el reflejo de todo lo vivido, de todo lo superado, y de todo lo que todavía nos queda por compartir.

Y allí está ella, Sasha.

Sus ojos me buscan, brillando con una mezcla de orgullo, sorpresa y emoción. No pienso, no dudo. La tomo entre mis brazos y la beso delante de todos con toda la intensidad de lo que hemos vivido.

La adrenalina, la victoria y el latido frenético de mi corazón se entrelazan con la calidez de su abrazo. Siento que todo el peso de la temporada desaparece en ese beso, que todos los sacrificios, todos los segundos de concentración y la tensión vivida han encontrado su recompensa en este instante.

El ruido del *paddock*, los motores, las cámaras, los gritos y aplausos se difuminan; solo existimos nosotros, conectados, celebrando no solo un triunfo deportivo, sino un vínculo que se ha fortalecido durante todos estos días llenos de presión y grandes emociones, en la certeza de que no estamos solos.

Lo importante no es haber ganado.

Es sentir que cada segundo de lucha ha merecido la pena, que todo lo vivido ha culminado en esta explosión de euforia y cercanía. Sasha está entre mis brazos y su respiración está sincronizada con la mía.

Este es un momento que jamás olvidaré.

Capítulo 53



Sasha
Las Vegas. Domingo
Después del GP

Me quedo paralizada unos segundos mientras Eric me besa delante de todo el mundo. Siento un calor que me recorre de los pies a la cabeza, un latido tan fuerte que parece resonar en cada músculo de mi cuerpo. La intensidad del momento me atraviesa como una ola que es una mezcla de orgullo, alivio y una felicidad que no recordaba haber sentido en semanas.

—Eric…, nos está mirando todo el mundo —susurro entre risas nerviosas, apenas separándome un centímetro.

Él sonríe contra mis labios, con su genuina y peligrosa calma.

—Déjalos que miren —responde, con un brillo en los ojos que me corta la respiración—. Tú solo concéntrate en mí.

Y entonces me besa otra vez.

Los flashes empiezan a estallar a nuestro alrededor, como una explosión de estrellas. Escucho los clics de las cámaras, los gritos de los fotógrafos, los vítores del público mezclándose con el rugido de los motores que aún vibran en el aire. Pero todo es como un murmullo distante, una especie de eco difuso. Solo siento su mano en mi espalda, el temblor de sus dedos, el latido de su pecho contra el mío.

Cada gesto suyo, cada suspiro, cada roce de sus labios habla más que mil palabras: todo lo que hemos vivido, la tensión, los miedos, el esfuerzo,

las carreras interminables… Todo culmina aquí, en este instante que me parece eterno y frágil a la vez.

Cuando nos separamos, apenas puedo seguirle con la mirada mientras corre hacia su equipo. Sus mecánicos lo reciben con gritos, aplausos y abrazos. Adam le da un toque en el hombro, orgulloso, y veo en los gestos de Eric cómo el peso de la temporada se diluye en la euforia del triunfo. Aun así, su mirada no deja de buscarme.

Me detengo, hipnotizada, y entiendo algo que no necesito que diga: no es la victoria lo que lo hace brillar ahora. Es saber que estoy cerca, que compartimos esto, que soy parte de este momento. Mi presencia le importa tanto como ganar.

De repente, algo lo hace girar. Sus ojos se abren con sorpresa al ver a sus padres acercándose por la pasarela del *paddock*.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Eric, con la voz un poco más alta de lo normal y una expresión nerviosa.

Su madre, con una calma extraña en ella, sonríe y dice:

—Estate tranquilo, hablamos luego.

Eric parpadea, claramente desconcertado, y por un instante parece dividirse entre la sorpresa y la concentración. Se inclina primero hacia su padre y luego hacia su madre, recibiendo un abrazo rápido pero cálido, un gesto de despedida que lo reconecta con su familia sin romper el instante que compartimos.

Me giro y miro hacia el fondo del box de Aurora Motorsport y ahí está Sienna, con la boca completamente abierta, incapaz de disimular la sorpresa. Me acerco unos pasos, todavía riendo presa de la emoción y los nervios.

—¿Ves cómo se te caía la baba? Ya lo sabía yo —me dice Sienna.

La empujo suavemente entre risas.

—No puedo creer que os hayáis besado delante de todo el mundo —susurra divertida.

En el fondo está encantada.

—No creo que haya sido para tanto —respondo, todavía intentando procesar lo que está ocurriendo.

—¿Cómo qué no? ¡Pero si hasta yo os he sacado fotos! Luego te las paso —contesta entre carcajadas mientras, a nuestro alrededor, seguimos oyendo los flashes de las cámaras.

Al cabo de un rato, lo veo subir al podio y el himno retumba en mis oídos. Cada nota parece vibrar dentro de mí. El trofeo reluce bajo el sol de Las Vegas, reflejando a la multitud y el brillo de los flashes de las cámaras. Sin embargo, lo que más me impresiona no es la copa ni la ceremonia: es él, ahí, erguido, con una sonrisa triunfal, pero que también derrocha cariño y agradecimiento para todos los de su equipo.

Me descubro sonriendo, con los ojos brillantes, mientras el aire se llena de vítores, aplausos y murmullos, aunque todo ello parece desvanecerse ante la intensidad de nuestra conexión silenciosa. Es un instante que nos pertenece solo a Eric y a mí.

Después de los primeros aplausos, comienzo mi trabajo. Me abro paso entre micrófonos, cámaras y periodistas, buscando el mejor ángulo y el momento adecuado para acercarme a los pilotos. Las grabadoras parpadean, las luces de los focos me deslumbran durante unos instantes, y el murmullo del público y los comentaristas se mezcla con el rugido lejano de los motores. Respiro hondo y me concentro: cada pregunta que haga debe reflejar la intensidad de lo que acabo de presenciar en pista.

—Eric, increíble gestión de la carrera —digo, sosteniendo la grabadora con firmeza—. ¿Cuál ha sido tu clave para mantener la calma frente a Maxime y Luca durante los adelantamientos?

Él me mira, y por un instante el tiempo parece detenerse.

—La concentración y la estrategia —responde—. Sabía que cualquier error podía costarnos la carrera, así que simplemente me centré en mi ritmo, en las curvas y en no perder la calma, pese a la presión de Maxime y Luca.

Tomo nota mentalmente mientras sigue hablando sobre la gestión de neumáticos, los ajustes por radio y la comunicación con Adam. Cada palabra es una lección de claridad, confianza y control. En mi artículo quiero transmitir a los lectores no solo la alegría de su victoria, sino también cómo esta se construyó, vuelta a vuelta, decisión a decisión.

—Eric, después de una temporada tan intensa y con tanta presión fuera de la pista, ¿qué significa para ti esta victoria? —continúo.

Él me sonríe con ternura y me mira fijamente con sus ojos claros.

—Significa que todo el esfuerzo ha valido la pena. Me siento satisfecho no solo por haber ganado la carrera, sino porque hay personas que han confiado en mí, que me han apoyado y han estado ahí durante cada desafío.

Mientras lo entrevisto, los comentaristas resaltan que Ethan ha logrado un segundo puesto sorprendente y Luca cierra un podio impecable. Maxime, tras su trompo, ha terminado cuarto. La emoción de la competencia se mezcla con la satisfacción de ver cómo cada piloto ha dado lo mejor de sí, pero para mí todo se concentra en Eric.

Cada uno de sus gestos, cada pausa, cada mirada cómplice que me dedica entre flashes y micrófonos me recuerdan que, aunque la carrera haya terminado, la conexión que hemos construido sigue intacta. Cuando parece que va a alejarse para seguir con el protocolo del equipo, se inclina hacia mí. El ruido a nuestro alrededor se atenúa un instante. Sus manos se posan con firmeza a ambos lados de mi rostro y sus labios encuentran los míos con determinación y suavidad. Tras besarme, apoya su frente en la mía y, sonriendo, me susurra:

—Nos vemos en el box. —Luego se gira y se pierde entre su equipo, dejando que la euforia y la responsabilidad lo envuelvan de nuevo.

Yo me quedo allí, con el corazón latiendo con fuerza, la adrenalina recorriendo mis venas y la certeza de que, pase lo que pase, este momento nos pertenece solo a nosotros.

Cuando la celebración empieza a dispersarse, Eric se mueve entre su equipo con naturalidad, respondiendo a abrazos y hablando con los ingenieros, asegurándose de que todo funciona como debe. Observo cómo combina su alegría con la seriedad de su rol, y comprendo que esta victoria no es solo suya; es de todos los que lo han acompañado en cada curva y en cada decisión de la temporada. Me quedo un instante más, apreciando la coordinación, el respeto mutuo y la confianza que se respira

entre ellos, y siento que este equipo, junto a Eric, es mucho más que la suma de sus piezas.

Y entonces mi teléfono vibra. Lo tomo con manos ligeramente temblorosas y abro el mensaje.

> Quiero que seas tú quien escriba mi artículo, quería que fueras la primera en saberlo.

Es Luca. Una sonrisa inmediata se dibuja en mi rostro. Saber que confía en mí, que cree que soy la persona indicada para contar su historia, me llena de orgullo. Es mi pequeño triunfo, casi íntimo, en medio de esa gran euforia colectiva tras la victoria de Eric en el GP.

Mientras leo y releo el mensaje, mi mente viaja por toda la temporada: la tensión con Maxime, la presión constante sobre Eric, las noches en vela revisando información, los momentos de incertidumbre y peligro fuera de la pista. Cada recuerdo resuena ahora con fuerza, pero en lugar de ansiedad, me inunda una sensación de alivio y logro.

Y aquí estoy, disfrutando de la victoria de Eric, todavía palpable en el aire, del rugido de los motores y de la presencia de los padres de Eric y de nuestros amigos. Siento que puedo respirar de nuevo, que hay espacio para mirar hacia delante.

El futuro parece lleno de posibilidades, de historias por escribir, de carreras que correr y de momentos que, aunque fugaces, quedarán grabados para siempre en nuestra memoria y en la de quienes nos acompañan.

MOTORSPORT INSIDER

Luca Rossi, nuevo piloto de Velocity Racing

Por Sasha Harper

Velocity Racing ha anunciado oficialmente la incorporación de Luca Rossi como su nuevo piloto para la próxima temporada, en un movimiento estratégico que busca consolidar la posición del equipo en la parrilla y reforzar su rendimiento de cara a los próximos campeonatos.

Rossi, que ha brillado en la presente temporada con actuaciones consistentes y un podio destacado en el Gran Premio de Las Vegas, llega a Velocity Racing con la reputación de ser un piloto rápido, preciso y extremadamente carismático. Con su monoplaza de Aurora en tonos amarillos y verdes, ha sido un contendiente constante y ha desafiado a los favoritos en cada carrera, mostrando un talento innato para leer las situaciones más complejas en pista. En Italia, es conocido como *Il Fulmine Milanese*, un apodo que refleja no solo su velocidad, sino también la intensidad y la determinación que despliega cada vez que se pone el casco. Siempre sonriente ante las cámaras y los aficionados, esa sonrisa desaparece en el instante en que se encierra en su cabina de carrera y se transforma en un piloto de F1 que da prioridad a la concentración y el cálculo milimétrico.

La incorporación de Rossi se enmarca dentro de un proceso de reestructuración profundo en el seno de Velocity Racing, que incluye ajustes en la alineación técnica y deportiva, así como la redefinición de roles en el equipo de ingenieros y mecánicos.

El objetivo es claro: optimizar la coordinación entre los pilotos y el personal, asegurar que cada decisión estratégica se traduzca en un rendimiento máximo en pista y crear un entorno de trabajo estable y profesional que minimice riesgos y aumente la competitividad del equipo.

La salida de Maxime debido a su conducta problemática marca un punto de inflexión para la escudería. Según declaraciones oficiales de la dirección de Velocity Racing, mantener la integridad del equipo ante patrocinadores, medios de comunicación y aficionados es una prioridad, y la continuidad de un piloto que comprometa estos valores no era sostenible. Este cambio subraya la importancia que la escudería otorga al profesionalismo y a la cohesión interna, asegurando que la cultura del equipo esté alineada con sus objetivos deportivos y estratégicos.

Con Rossi a bordo, Velocity Racing confía en recuperar impulso en la lucha por el campeonato, equilibrando experiencia y juventud, y potenciando un enfoque renovado en la preparación de las carreras y la ejecución en pista. La llegada del piloto italiano promete no solo una mejora competitiva, sino también la introducción de nuevas perspectivas tácticas, impulsando un enfoque fresco en la gestión de estrategias, neumáticos y desarrollo del monoplaza.

Este anuncio llega en un momento de alta expectación. Tras una temporada marcada por intensas rivalidades, decisiones estratégicas cruciales y victorias que definieron campeonatos, la integración de Rossi simboliza un paso audaz hacia la consolidación de Velocity Racing como equipo referente en la Fórmula 1.

Para Luca Rossi, este es un nuevo capítulo que combina desafíos y oportunidades; para el equipo, representa una renovación con visión de futuro, apuntando a un equilibrio perfecto entre talento, experiencia y proyección internacional.

Capítulo 54



Eric
Las Vegas. Domingo
Después de la carrera

La noche en Las Vegas tiene un brillo distinto después de la victoria. Las luces de neón parecen desbordar energía, como si la ciudad entera estuviese de celebración con nosotros. El aire huele a humo, perfume y electricidad; cada pantalla, cada cartel luminoso, cada eco de música parece amplificar lo que late en mi pecho.

En el hotel, me reúno con Luca, Sienna, Sasha y Nate. Nadie necesita hablar demasiado: nos miramos, y con eso es suficiente. Hay una complicidad silenciosa, un alivio que nos envuelve como una segunda piel. La temporada ha terminado, y por primera vez en mucho tiempo sentimos que podemos respirar.

Luca levanta una copa de champán, recién servida con la botella que me han dado después de ganar la carrera, y con su eterna sonrisa dice:

—Por todo lo que hemos logrado juntos.

Todos reímos.

Decidimos ir al casino. Queremos seguir de celebración y soltar la tensión acumulada en cada curva, en cada estrategia, en cada noche sin dormir.

Al cruzar las puertas del casino, nos envuelve un mundo frenético: el tintinear metálico de las fichas cayendo, la ruleta girando como si nunca se detuviera, las risas que se mezclan con gritos de victoria y gemidos de

derrota. Es otra adrenalina, distinta a la del circuito, pero igual de peligrosa, igual de hipnótica.

—¿Sigues procesando todo lo ocurrido? —me pregunta Sasha, casi en un susurro,

—Intento hacerlo, la verdad —respondo, apretando su mano—. Y contigo a mi lado…, me resulta más fácil.

Avanzamos entre la multitud cogidos de la mano. Su calor me ancla, me recuerda que estoy aquí y no dentro de un monoplaza. Y de pronto los veo de nuevo en el casino. Mis padres han venido.

Mi corazón da un pequeño vuelco. Aunque los vi antes, su presencia aquí, en medio de la euforia y las luces, me hace sentir un nudo de emociones inesperado.

Mi madre da un paso al frente. Sus ojos, que tantas veces me miraron con dureza, brillan ahora de un modo distinto: hay orgullo, hay ternura, pero también un arrepentimiento que jamás pensé ver reflejado en ellos.

—Eric… Estoy orgullosa de ti —dice, con voz temblorosa, como si le costara hablar, como si cada una de sus palabras tuviera que atravesar años de exigencias y reproches para poder salir de su boca—. Y lo siento, de verdad. He sido muy dura contigo y demasiado exigente.

—Mamá… —respondo, pero me interrumpo; a mí también me cuesta hablar.

Ella tiene los ojos llenos de lágrimas, pero sonríe. Siento un nudo en la garganta tan grande que me resulta difícil respirar. Las palabras de mi madre son para mí más valiosas que cualquier victoria o cualquier trofeo.

—Dale las gracias a tu chica —me dice antes de que yo pueda seguir hablando. Y añade, con una sonrisa que nunca le había visto antes—: Ella es quien me llamó y me pidió que viniera. Ha sido ella quien me ha abierto los ojos.

Me giro hacia Sasha. Su mirada es tranquila, serena, y está cargada de una calidez que podría derribar muros. En esos ojos encuentro la confirmación de algo que ya sabía: ha sido ella, siempre ella, la que ha logrado lo imposible. Ha conseguido que mis padres vengan a verme y ha dado un giro a una historia que yo nunca creí poder cambiar.

—Te lo debía —dice.

—Te quiero —le susurro sin apartar la mirada de ella. Sasha parpadea una sola vez, como si mis palabras la hubieran golpeado con fuerza, y luego sonríe. Esa sonrisa… que siempre me desarma.

—Yo también te quiero —responde en voz tan baja que apenas puedo oírla, pero no me hace falta, porque siento su amor en mi piel, en mi pecho.

Por un segundo, el mundo se apaga. El ruido del casino, las luces, las voces, todo se disuelve en un silencio perfecto. Solo quedamos nosotros dos, respirando el mismo aire, con la certeza de que esto es real.

La emoción me desborda. No puedo decir nada más. Solo sé que este instante, este pequeño milagro, vale más que cualquier campeonato.

La celebración en el casino parece no tener fin. Las luces parpadean, las copas tintinean y las risas se mezclan con el murmullo constante de las máquinas. Sienna grita de emoción al ver cómo la bola cae justo en su número en la ruleta.

—¡Lo sabía! —exclama levantando los brazos—. ¡Tenía que ser el veintidós, mi número de la suerte!

—Más bien ha sido la magia de Las Vegas —responde Nate entre risas, chocando su copa con la de ella.

Luca llega con una sonrisa de oreja a oreja y una pila de fichas en la mano.

—No sé si soy más rápido en la pista o ganando a las cartas —bromea, y deja caer todas las fichas sobre la mesa—. Aunque, bueno, en Velocity me van a tener ocupado.

—¿Así que es oficial? —pregunto, alzando una ceja.

Luca asiente. En su mirada hay una mezcla de emoción y nerviosismo que reconozco bien.

—Sí. Firmamos esta semana. Nuevo coche, nuevo equipo… y, por lo visto, tengo un compañero bastante raro. —Me lanza una mirada cómplice—. Espero que estés listo para tenerme enfrente en el box.

Río, y le doy una palmada en el hombro.

—Mientras no intentes robarme el número uno, creo que podremos sobrevivir.

—Sin promesas —responde con su eterna media sonrisa—. Pero te lo advierto, Brown, no pienso quedarme atrás.

Sienna, que escucha la conversación, levanta la copa con entusiasmo.

—¡Por la nueva era de Velocity Racing! —grita, y todos la imitamos.

Chocamos las copas. El sonido del cristal se pierde entre risas y música, pero queda grabado en nuestras mentes, como una promesa.

Observo a los míos: a Luca, que empieza un nuevo capítulo; a Nate, por fin relajado; a Sienna, con los ojos brillantes; y a Sasha, a mi lado, sonriendo. La adrenalina de la carrera se disuelve y deja paso a algo más profundo: la calma, la pertenencia.

Me inclino hacia ella.

—Hoy no celebramos solo la carrera —le digo, rozando su mejilla—. Celebramos que hemos llegado hasta aquí… juntos.

Ella apoya su frente en la mía y sonríe.

—Entonces brindemos por eso y por todo lo que está por llegar.

Alzamos las copas una vez más. La temporada termina aquí, bajo las luces deslumbrantes de la ciudad que nunca duerme, entre risas, abrazos y la certeza de que lo que hemos ganado es mucho más importante que un campeonato.

El futuro aún no está escrito, pero lo escribiremos juntos.

Lo tengo muy claro cuando miro a Sasha, a Luca, preparado ya para enfrentarse a su siguiente desafío, y al resto de mi gente.

Agradecimientos

Jamás pensé que llegaría a escribir los agradecimientos de una de esas ideas que tantas veces han habitado en mi cabeza. Esta historia me ha acompañado durante mucho tiempo, y confieso que pocas veces creí de verdad en ella. Hoy, verla convertida en un libro es un regalo.

A veces, los sueños no llegan como un golpe de suerte, sino como una suma de pequeñas decisiones, de personas que aparecen justo cuando más lo necesitas. Por eso, este espacio es para detenerme un momento, mirar atrás y dar las gracias a toda la gente que me ha acompañado hasta que mis niños han llegado a las librerías.

Gracias a Irene, por darme la oportunidad más bonita de todas. Sin tu insistencia, esto no habría sido posible, quiero que eso te quede superclaro. Me siento profundamente agradecida por tu confianza y por abrirme la puerta a este sueño.

A Belén, mi editora, por guiarme en este camino con paciencia y cercanía, y por la ilusión que me has transmitido desde el primer momento. Gracias por creer en Eric y en Sasha, por ayudarme a dar forma a cada detalle y por hacerme sentir acompañada.

A todo el equipo que tiene detrás esta novela, por confiar en mí y en mi historia. Por darle un lugar tan bonito a mis chicos y haberlos cuidado tanto.

A Lotty, mi ilustradora. Jamás habría imaginado tener un libro tan bonito, es un sueño hecho realidad. Gracias por haberles dado vida y por tu arte.

A mi padre, que ha sido la persona que me enseñó a descubrir el maravilloso mundo de las letras y de este deporte tan increíble y emocionante. Las historias que nos leías antes de dormir fueron la primera chispa que encendió en mí esta pasión. Te juro que no hay nada en este universo que me haga más feliz que tenerte como padre.

A mi madre, mi pilar más grande, la persona que me ha sostenido siempre, incluso cuando yo misma dudaba de mí. Gracias por ser fuerza, calma y el gran ejemplo de mi vida.

A mi hermano, por ser el mejor amigo del mundo, mi compañero de vida principal, por estar siempre ahí, incluso en silencio, y recordarme la suerte que tengo cada día de ser tu hermana mayor.

A Niebla, mi perrita, por acompañarme siempre, por ser mi refugio incondicional y recordarme, que, aunque no hablemos el mismo idioma, siempre estaremos conectadas.

A mis amigas Rocío, Ainhi y Abril, que han sabido acompañarme en cada bloqueo, en cada dolor de cabeza y en cada crisis provocada por mi síndrome del impostor.

A Maka, por escucharme, entenderme, aconsejarme y sobre todo quererme. Eres una de las personas más bonitas que he conocido jamás, nunca dejes de ser tú. Gracias por tu paciencia y por quererme siempre.

A Judith, porque poder vivir esto contigo es una de las experiencias más bonitas que me llevo de esta vida. Ojalá todo el mundo supiese lo fuerte y valiente que eres. Eres magia. Los cuervos siempre me recordarán a ti.

A Carla, porque eres una parte fundamental en todo este proceso y, desde hace mucho, en mi vida. Gracias por darme la energía que me faltaba desde hace años y por impulsarme a ser mejor.

A Alexandra, por ser como una hermana mayor y un hada madrina. Gracias por tus consejos y por tu presencia constante. Nunca dejes de ser tu misma.

A Paula, por haber confiado en mí siempre y por compartir este proyecto con tanta ilusión. Eres luz; no lo olvides nunca.

A todas esas mujeres que lucharon para que el resto tuviésemos un hueco en este mundo tan maravilloso. Gracias por haber sido inspiración para todas nosotras.

A Carlos Sainz jr. Sin él, mi pasión por este deporte no sería la misma.

A Jesús, mi compañero de vida, por enseñarme lo que es el amor más verdadero. Gracias por apoyarme, por tu paciencia en mis peores días y por recordarme siempre lo que valgo. Jamás imaginé encontrar a alguien como tú. Gracias por hacer feliz a toda mi familia, por arrancarme sonrisas incluso en mis días malos y por regalarme la historia de amor más bonita con la que jamás soñé.

A mí misma, por no rendirme cuando dudaba de todo, por escribir incluso cuando el miedo gritaba más fuerte que la inspiración. Por atreverme a contar esta historia, aunque pensara que no era suficientemente buena. Por dejar toda mi pasión en cada palabra, en cada latido de un deporte tan extremo, intenso y humano como es la Fórmula 1.

Y, por último, gracias a ti, que estás leyendo esto. Yo casi nunca leo los agradecimientos, así que, si has llegado hasta aquí, significa mucho para mí. Gracias por elegirme, por darme la oportunidad de compartir contigo una parte de mí y de este deporte que tanto amo. Ojalá nos encontremos muchas veces más. Nos vemos en los circuitos.

Con amor,

Sara

Peligro en la pista: llega un sport romance de F1 totalmente adictivo



Ella cuenta historias. Él las protagoniza. Y ambos están a punto de estrellarse.

Eric Brown es el piloto estrella de Velocity Racing, y lo tiene todo bajo control: cada vuelta, cada curva, cada decisión puede marcar su destino. La presión y sus propios demonios internos hacen que mantenga una distancia fría con el mundo, pero sobre todo con la prensa.

Sasha Harper es periodista en Motorsport Insider, y llega al paddock con un claro objetivo: conseguir una entrevista exclusiva del piloto destacado de la temporada. Sabe que no será fácil, pero no piensa rendirse. Sólo necesita captar su atención.

Entre el rugido de los motores, las luces del pit lane y la adrenalina de cada carrera, descubrirán que algunas batallas no se libran solo en la pista… y que la conexión más intensa puede aparecer cuando menos te lo esperas.

Sara Hernández es estudiante de periodismo, y su línea de meta es el periodismo deportivo, enfocándose en el mundo del motor. Desde pequeña se grababa con la cámara que le dejaba su padre, quien además le leía cuentos, y le inculcó la importancia de la lectura. Desde entonces, la escritura y la narración se convirtieron en su gran pasión. Gran aficionada del cine y las series de aventuras, fantasía y acción, es una amante de los animales y adora a su perrita Niebla. Encuentra inspiración en los pequeños detalles de la vida cotidiana. El otoño y las aceitunas son sus pequeñas debilidades. La podrás encontrar en redes por @saraasjournal.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Sara Hernández Ferreiro
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Recursos de los interiores: iStock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Lotty Illustrations (@lottyillustrations)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-02-0

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Bajo bandera amarilla
Nota de la autora
Playlist
Prueba de acceso a Motorsport Insider
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Sara Hernández
Créditos